Ella salva brujas
Él las caza
Juntos arderán

Crimson Moth

Kristen Ciccarelli

montena

KRISTEN CICCARELLI

CRIMSON MOTH

Traducción de Elena Macian Masip

montena

Para quienes temen ser ellos mismos

¡Camaradas! Solo con la muerte del Viejo Mundo podremos evitar el retorno del mal. Debemos destruir a las brujas y extinguir su magia. Todo está permitido si el fin es alcanzar este objetivo superior: liberarnos de su opresión.

Que su sangre manche para siempre nuestras calles.

NICOLAS CREED, vuestro Buen Comandante

Obertura

Cuando la Guardia de Sangre sospechaba que una muchacha era una bruja, le arrancaban la ropa y buscaban cicatrices en su cuerpo.

Durante el reinado de las Reinas Hermanas, las brujas lucían con orgullo las cicatrices de sus hechizos, porque era así como exhibían su poder, al igual que se haría con anillos de piedras preciosas y ropajes de sedas. Las cicatrices eran señal de riqueza y de rango y, sobre todo, de magia.

Ahora marcaban a las condenadas.

La última vez que Rune había visto las cicatrices de una bruja había sido dos años antes, después de que hubieran asesinado a las reinas brujas en sus lechos y la sangre de su consejo corriera por las calles. La Guardia de Sangre se hizo con el control de la ciudad y empezaron las purgas.

Ya atardecía cuando una multitud creciente se reunía en el centro de la ciudad bañada por la niebla. Rune estaba entre ellos, incapaz de no reparar en las miradas sedientas y febriles que la rodeaban. El pueblo clamaba venganza; la deseaba como quien disfruta de una copa de sabroso vino tinto.

Las gaviotas sobrevolaban la plaza entre graznidos cuando la vieja bruja subió las escaleras del cadalso dando traspiés. A diferencia de las que vinieron tras ella, la anciana hechicera ni lloró ni suplicó clemencia, sino que se enfrentó a su destino con mirada firme y estoica. La Guardia de Sangre le arrancó la manga izquierda de la camisa, revelando así las pruebas de sus crímenes: un delicado dibujo hecho con cicatrices le cubría el brazo entero, como si se tratara de un elegante encaje blanco sobre su piel dorada.

Rune no podía evitar encontrarlas hermosas. Aquellas cicatrices, antaño una señal de una posición social superior, eran ya imposibles de esconder y convertían a la anciana en una presa fácil para los cazadores de brujas.

Por eso Rune nunca se cortaba la piel.

No podía permitir que encontrasen sus cicatrices.

Uno

Rune

ESPEJISMO: m. Es la categoría de hechizos más básica y de menor nivel.

Los Espejismos son ilusiones sencillas que pueden sostenerse durante un corto periodo de tiempo y que requieren muy poca sangre. Cuanto más fresca sea esta, más poderosa será la magia, y más fácil será conjurarlos.

De Las reglas de la magia*, de la reina Callidora la Valerosa*

Un rayo atravesó el cielo mientras Rune Winters se abría paso a través del bosque húmedo, apenas cobijada de la lluvia por las densas copas de los pinos. El resplandor de su candil le iluminaba el camino, cuya superficie perturbaban ramas retorcidas y charcos de agua de lluvia.

Era una noche terrible para conjurar hechizos. La lluvia le había empapado la capa y la humedad empezaba a difuminar las marcas mágicas que se había escrito con sangre en la muñeca. Debía dibujar de nuevo los símbolos antes de que la lluvia los borrase por completo, disipando su magia con ellos.

La ilusión con la que Rune se había disfrazado debía sostenerse, al menos hasta que tuviera la certeza de que Seraphine no la mataría.

Antaño consejera de las Reinas Hermanas, Seraphine Oakes era una bruja poderosa. Tras dos años de búsqueda, Rune había descubierto por fin dónde se escondía. Y, ahora que lo había logrado, ¿a quién se encontraría en la cima de aquel cabo boscoso: a una amiga o a una enemiga?

Rune se mordió el labio inferior al recordar las últimas palabras que le había dicho su abuela dos años antes. «Prométeme que encontrarás a Seraphine Oakes, cariño. Ella te contará todo lo que yo no he podido contarte».

Cuando la Guardia de Sangre arrestó a su abuela y la sacaron a rastras de su casa, pintaron una «X» con sangre en la puerta principal que advertiría a todo el mundo que allí habían hallado a una enemiga de la República que iba camino de su purga.

El recuerdo de aquel día se le clavaba como un puñal. Sin embargo, Rune siguió adelante, notando una vibración ansiosa en la sangre. Era como una obertura, cada vez más rápida y fuerte. Si Seraphine veía a través de la ilusión que la cubría antes de escuchar lo que tenía que decirle, tal vez la expulsara de su casa o, aún peor… Puede que la matara.

Porque dondequiera que fuese Rune Winters, su reputación, construida con mimo, la acompañaba.

Era una informante que odiaba a las brujas, una de las hijas más queridas de la Nueva República.

Rune era la chica que había traicionado a su propia abuela.

Por eso, aquella noche se había disfrazado de vendedora ambulante y portaba una mula cargada de género. El olor a burro mojado permeaba el aire y su carga de sartenes y cazuelas repiqueteaba con cada paso que daba el animal. La magia de la sangre de Rune había invocado aquellos detalles, y los símbolos dibujados en su muñeca los sostenían, vinculando el hechizo a ella misma.

Se trataba de un Espejismo, la categoría más básica de hechizos, pero Rune había necesitado toda su energía para conjurarlo. El dolor de cabeza que le había ocasionado todavía le rugía en las sienes.

La fuerza de la lluvia sacudía las ramas. Un rayo iluminó la pequeña cabaña que se erigía en el borde del acantilado, donde llegaba a su fin el bosque. La luz cálida de las lámparas brillaba detrás de los cristales de las ventanas, y Rune olía el humo que brotaba de la chimenea.

Las marcas de su hechizo se desvanecían a toda prisa, y la ilusión parpadeó a su alrededor. Necesitaba que el hechizo aguantase un poco más, así que dejó su candil apoyado, sacó el frasquito de vidrio que llevaba escondido en el bolsillo y

lo destapó. Mojó la punta del dedo en la sangre que había en el interior, acercó la muñeca a la luz y repasó los símbolos para reforzarlos. Uno de ellos alteraba su apariencia, confiriéndole una melena gris, arrugándole la piel y encorvándole los hombros; mientras que el otro invocaba la manifestación de la mula que caminaba junto a ella.

El embrujo rugió en sus oídos en cuanto terminó, y el sabor de la sangre le permeó la lengua. Una vez reforzado su vínculo con Rune, la ilusión volvió a su lugar de golpe y el dolor de las sienes se intensificó. Se tragó el sabor salado de la magia, se puso la capucha y apretó los dientes para zafarse del fuerte dolor de cabeza, y entonces recogió su candil y salió del bosque para dirigirse al camino que llevaba a la casa.

El barro se le pegaba a las botas y la lluvia le azotaba el rostro.

Sentía que el corazón estaba a punto de salírsele del pecho.

Lo que ocurriera cuando abriese aquella puerta estaba en manos de las Ancianas. Si Seraphine la veía a través de la magia y la mataba con una maldición, no sería menos de lo que Rune merecía. Y si era clemente…

Rune se mordió el labio. No quería albergar esperanzas en vano.

Recorrió el patio y oyó el quejido ansioso de un caballo desde un establo cuya silueta atisbaba en la distancia. Debía de haberse asustado con la tormenta. Cuando llegó a la casa, se encontró la puerta abierta. Un triángulo de luz dorada se alargaba sobre el patio.

Agarró con fuerza el anillo de latón del candil. ¿Acaso Seraphine la estaba esperando?

Algunas brujas predecían destellos del futuro, aunque en aquellos tiempos era ya una habilidad poco frecuente y a menudo poco fiable; nada que ver con la clarividencia de las profecías de las poderosas sibilas de antaño. Puede que Seraphine fuera una de ellas.

Aquella posibilidad hizo que Rune se enderezase y se obligase a entrar. Si Seraphine había previsto aquella reunión, ya sabía quién era Rune y también que esa noche acudiría.

«Una razón más para acabar con esto», pensó.

Dejó la ilusión de la mula en el patio y cruzó el umbral de la casa, pero allí no

había nadie esperándola. Los restos de un fuego casi apagado resplandecían en la chimenea, llena de brasas todavía rojas y parpadeantes, y había un plato de comida sobre la mesa con la salsa cuajada, como si llevara ya un buen rato. La lluvia seguía cayendo y entraba por la puerta abierta, mojando el suelo de piedra bajo sus pies.

Rune frunció el ceño.

—¿Hola? —La única respuesta fue el silencio—. ¿Seraphine?

La casa gimió al oír el nombre de su dueña: las vigas crujieron, las paredes temblaron con el viento. Rune miró a su alrededor en busca de cualquier rastro de la mujer que vivía allí. La casita tenía solo una habitación, con una cocina en un lado y un pequeño estudio en el otro.

—Tienes que estar en algún sitio…

En el centro había una tosca escalera que llevaba a una plataforma superior. Rune subió y encontró una cama sin hacer y tres velas encendidas que vertían gotas de cera de color miel en el suelo de madera. Volvió a bajar y echó un vistazo a la puerta trasera, que daba a un jardín vacío.

No había ni rastro de Seraphine.

La inquietud le erizó la piel.

«¿Dónde está?», pensó.

El caballo volvió a gemir en la distancia.

«¡Claro! ¡En el establo!».

Si el animal se había asustado, Seraphine debía de haber ido a tranquilizarlo.

Con el candil en la mano y el dolor de cabeza aún palpitándole en la sien, volvió a cruzar el umbral y salió bajo la lluvia, dejando la puerta abierta tras ella. Recogió la ilusión de la mula al pasar. La lluvia golpeteaba contra su muñeca y el hechizo se movía a su alrededor, intentando sostenerse. Se apresuró. Cuando ya estaba a medio camino, pisó algo blando y mojado bajo sus botas. Era difícil ver con nitidez en la oscuridad y en mitad de aquella tormenta, así que se agachó y dejó el candil en el barro.

Era una prenda de ropa.

Alargó una mano para cogerla, se puso de pie y estudió su hallazgo bajo la luz: un vestido de lana sencillo, como el que llevaría un sirviente para fregar el

suelo.

Pero alguien lo había rajado por la espalda.

«¿Por qué…?».

Miró al camino y vio otra prenda de ropa. Se agachó y descubrió una combinación de algodón, manchada de barro y también cortada por la espalda. «No —pensó Rune mientras acariciaba los bordes deshilachados con los dedos castigados por la lluvia—. Cortada no».

Arrancada.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Como llevaba la muñeca a merced de los elementos, la lluvia acabó por borrar las marcas mágicas que sostenían el hechizo. La ilusión se desvaneció y, con ella, el dolor de cabeza. De repente, antes de que pudiera redibujar los símbolos, un golpe de viento ululó como un lobo furioso.

¡PUM!

La puerta de la casa de Seraphine se había cerrado de golpe.

Rune soltó el vestido de lana y volvió hacia la casa. Se quedó sin aliento. Con la puerta cerrada, la «X» de sangre que recorría la superficie de madera de esquina a esquina se veía con claridad.

La marca de la Guardia de Sangre.

Seraphine no estaba en el establo tranquilizando a su caballo. Los soldados la habían encontrado, la habían desnudado y se la habían llevado.

La amiga más antigua de su abuela estaba en manos de la Guardia de Sangre: el lugar más peligroso del mundo para una bruja.

Dos

Rune

Rune acució a la vieja yegua de su abuela, Dama, mientras galopaba por las calles cubiertas de niebla de la capital.

Las farolas iluminaban el camino y su luz blanca parecía emitir un zumbido al caer sobre las tiendas cerradas que la flanqueaban. El sonido de los cascos de Dama contra los adoquines contrastaba con el silencio reinante.

Habían pasado dos años desde que la sangre de las brujas corriera por entre aquellos adoquines, en el día del nacimiento de la República de la Paz Roja. Rune se había pasado esos dos años buscando a Seraphine Oakes, decidida a honrar el último deseo de su abuela.

El régimen había ejecutado a todas las amigas brujas de su abuela y luego se había quedado con sus propiedades y su patrimonio. La única que había logrado escapar a la purga era Seraphine, y solo porque la anterior reina la había mandado al exilio casi dos décadas antes y nadie la había visto desde aquel momento.

Y entonces, la noche que Rune por fin la había encontrado, los cazadores de brujas se le habían adelantado.

¿Había sido una coincidencia? ¿O alguien intuía lo que Rune se traía entre manos? Sabía que tarde o temprano tenía que pasar. De ahora en adelante debería ser más cuidadosa que nunca. Si algún miembro de la Guardia de Sangre sospechaba de ella, necesitaba despistarlo como fuese.

Intentó no pensar en la sangrienta «X» de la puerta o en la ropa hecha jirones que había encontrado en el barro. Sabía exactamente qué le había ocurrido a

Seraphine. Había sido testigo de ello el día que la Guardia de Sangre había ido a por su abuela.

La misma Rune los había invitado a pasar.

Inmediatamente después del alzamiento, los soldados habían detenido a toda bruja conocida y la habían condenado a la purga. El ejército de la Nueva República había tomado el control de los puertos y se había asegurado de que nadie abandonase la isla. Habían confiscado los barcos de su abuela, así que era solo cuestión de tiempo que los cazadores de brujas llegaran a la Mansión Wintersea para arrestarla.

Pero su abuela había ideado un plan. Su antiguo socio tenía un barquito de pesca con el que estaba ayudando a las brujas a escapar de la isla. La embarcación partía a medianoche desde su ensenada particular, y había sitio tanto para ella como para Rune, siempre que lograran llegar a tiempo.

En aquel entonces, Rune tenía solo dieciséis años y la magia no se había despertado en ella todavía. De hecho, aquella posibilidad jamás se le había pasado por la cabeza, ya que sus padres biológicos no eran brujos, y solo una bruja podía engendrar a otra bruja, aunque, a veces, la magia se saltaba a algunos niños, e incluso generaciones, así que era difícil de predecir. Los padres de Rune se habían ahogado en un terrible naufragio cuando ella era apenas un bebé, y la habían dejado huérfana, sin ninguna familia que pudiera hacerse cargo de ella. Kestrel Winters la había adoptado.

Pero no importaba que Rune no fuera bruja, o que no fuese de la misma sangre que ella. Bajo la Paz Roja, lo que importaba era que Rune no había entregado a su abuela. Cuando la Guardia de Sangre acudiera a buscarla, proclamarían que Rune era una simpatizante y la ejecutarían junto a ella como castigo a su crimen: no haber entregado a la bruja.

Era su última oportunidad de escapar.

Rune estaba recogiendo sus cosas a toda prisa cuando recibió un mensaje de Alexander Sharpe, su amigo de la infancia: «Alguien te ha traicionado —decía—. La Guardia de Sangre conoce vuestros planes. Los soldados han detenido al pescador esta tarde y os están esperando en la ensenada».

Pero aquella no era la peor noticia que contenía el mensaje de Alex: «Las

carreteras para salir de la ciudad están cortadas y detienen a cualquiera que no tenga permiso para viajar».

No podían huir; estaban atrapadas en la Mansión Wintersea. Podían esconderse, pero ¿cuánto tiempo aguantarían?

«Tienes que delatarla, Rune. Antes de que sea demasiado tarde».

El mensaje era muy claro: si no entregaba a su abuela de inmediato, las ejecutarían a las dos. Si se negaba, Rune recibiría la más cruel de las muertes. Pero ¡era su abuela! Era la persona que más amaba en este mundo. Entregarla sería como arrancarse el corazón y deshacerse de él. Así pues, le llevó la nota a su abuela, confiando en que ella supiera cómo sacarlas de aquel entuerto.

No había olvidado la mirada de acero de su abuela al leer la nota. Sin embargo, en lugar de trazar otro plan para escapar, le dijo: «Tiene razón. Debes entregarme de inmediato».

Rune negó con la cabeza, horrorizada: «¡Tiene que haber otra manera!».

Su abuela la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza. Rune aún recordaba el olor de aceite de lavanda que se ponía detrás de las orejas. «Si no lo haces, te matarán, cariño».

Rune rompió a llorar y se encerró en su habitación. «Si de verdad me quieres —insistió su abuela desde el otro lado de la puerta—, sálvame de la agonía de ver cómo te matan».

Rune tenía los ojos anegados en lágrimas; sollozaba con tanta fuerza que apenas podía respirar.

«Por favor, cariño. Hazlo por mí».

Rune cerró los ojos con fuerza. Lo único que quería era despertar de aquella pesadilla. Pero no era ninguna pesadilla. Tenía dos opciones: entregar a su abuela o enfrentarse a una muerte horrible a su lado.

Un sinfín de lágrimas calientes rodaba por sus mejillas.

Al final abrió la puerta y salió. Su abuela le dio un fuerte abrazo y le acarició el pelo, como hacía cuando era una niña. «Ahora vas a tener que ser lista, cariño. Lista y valiente».

Con la ayuda de Lizbeth, Kestrel montó a Rune en un caballo y la mandó galopando hacia la noche. Esta recordaba que el viento arreciaba y la lluvia la

golpeaba; recordaba que le temblaba el cuerpo entero. Era una noche gélida, pero el miedo que se le había alojado en el corazón era más frío aún.

Podría haberse negado a hacerlo. Podría haberse presentado ante los soldados y haberse entregado en lugar de su abuela.

Pero no lo hizo.

Porque, en el fondo, Rune no quería morir.

En el fondo era una cobarde.

Empapada y sin dejar de temblar, Rune entró dando tropiezos en el Cuartel General de la Guardia de Sangre y pronunció las palabras que condenarían a su abuela. «Kestrel Winters es una bruja y está intentando escapar —confesó, renegando de la persona a la que más amaba en el mundo—. Puedo llevaros hasta ella. Pero debemos darnos prisa y llegar antes de que logre huir».

Guio a la Guardia de Sangre hasta Wintersea, donde la arrestaron. Sacaron a la anciana a rastras de la casa mientras Rune observaba muda y quieta, reprimiendo todo lo que sentía.

Cuando los soldados se hubieron ido y estuvo a salvo, se derrumbó en el suelo y lloró.

Rune había dedicado los últimos dos años a intentar reparar el daño que había causado aquella noche.

Sin embargo, su abuela tenía razón: delatarla había demostrado que Rune era tan leal a la Nueva República como los demás. Más, incluso. Al fin y al cabo, ¿qué clase de persona traicionaría a su propia abuela? Una persona que odiara a las brujas más que a cualquier otra cosa.

Un ardid del que ahora dependía la vida de incontables brujas.

Rune apretó las riendas de Dama con manos temblorosas mientras oteaba las calles neblinosas de la capital. Las cuerdas de cuero se le clavaron a través de los guantes de piel de ciervo. Con un poco de suerte, la Guardia de Sangre encerraría a Seraphine en algún calabozo temporal hasta que cazaran algunas brujas más, para luego trasladarlas a todas a la vez a la prisión de palacio.

Pero si la suerte no estaba de su lado…

Pensar en la alternativa, que Seraphine ya estuviese encarcelada en los sótanos de la fortaleza, esperando su purga, le provocó náuseas.

Acució de nuevo a la yegua e intentó ignorar las náuseas.

Aquello era lo que necesitaba descubrir aquella noche: si Seraphine seguía viva y, si era así, dónde la tenía la Guardia de Sangre.

Cuando Dama y ella llegaron al centro de la ciudad, una cúpula se erigía entre la penumbra. La envergadura del edificio rivalizaba con la del mismísimo palacio.

La ópera.

En su interior habría cazadores de brujas, así como miembros del Tribunal. Algunos de ellos tenían que saber dónde estaba el nuevo calabozo temporal.

Lo primero que vio fue el pabellón recubierto de cobre de la ópera, en forma de cúpula, donde los carruajes dejaban a los mecenas. Lo rodeaban cinco enormes columnas de hasta cinco plantas de altura.

A Rune siempre le había sorprendido que el Buen Comandante hubiera permitido que siguiera abierta. Poco después de la revolución, los patriotas habían saqueado el edificio y le habían arrebatado gran parte de su antiguo esplendor, destrozando, quemando o tirando al mar muchos cuadros, estatuas y otras piezas ornamentales cuyo origen se remontaba al Reinado de las Brujas. Sin embargo, el interior conservaba sus asientos de terciopelo rojo y sus recubrimientos de pan de oro, una innegable reminiscencia de la opulencia en la que nadaban las reinas brujas.

Al entrar al pabellón, Dama aminoró el ritmo a un suave trote. Un anciano caballerizo dio un paso al frente desde el arco de entrada. Llevaba un uniforme negro, pulcro y bien cuidado.

Rune desmontó, pero, cuando sus zapatos planos de seda dieron contra el camino de piedra, las piernas estuvieron a punto de fallarle. Después de haber cabalgado como alma que lleva el diablo para llegar a tiempo, no había ni un solo hueso en el cuerpo que no le doliera.

—Ciudadana Winters, esta noche llega usted un poco tarde.

Rune se estremeció al oír esa voz conocida. Prefería a los mozos de cuadra más jóvenes que a aquel viejo patriota. Los jóvenes no solo admiraban la riqueza y los contactos de Rune, sino también su reputación como heroína de la revolución. Sin embargo, Carson Mercer nunca se había mostrado muy

impresionado con la joven, y la mala impresión que parecía causarle le inquietaba. ¿Sospechaba de ella o no era más que un viejo amargado?

—La ópera ya va por la mitad.

Rune se metió en su papel en cuanto oyó el tono de desaprobación en su voz. Se quitó la capucha de su elegante capa de lana y sacudió la cabeza para que su melena de color rubio rojizo le cayera sobre los hombros como las olas del mar.

—Prefiero perderme el primer acto, señor Mercer. De lo contrario la velada me resulta muy tediosa. Lo único que hace falta saber es el final. ¿A quién le importa el resto?

—Entiendo —respondió Carson con los ojos entornados—. Uno podría preguntarse incluso por qué venir. —Se volvió para llevar la yegua a los establos de la ópera.

Su tono de voz no le gustó un pelo, así que le contestó:

—¡Por los chismes, por supuesto!

En cuanto el hombre desapareció de su vista, toqueteó nerviosamente el bolsillito secreto que le había cosido a su vestido, donde escondía el frasquito de sangre. Más tranquila, se obligó a apartar al caballerizo cascarrabias de sus pensamientos y entró en la ópera, donde los miembros de la Guardia de Sangre estarían jactándose de su captura más reciente. Lo único que debía hacer era mantener los ojos y los oídos bien abiertos y hacer las preguntas adecuadas. Para cuando cayera el telón, ya tendría la información que necesitaba para salvar a Seraphine.

Mientras entraba, pasó junto a varios niños que pedían monedas para comer. A juzgar por las cicatrices que atravesaban sus frentes, eran Penitentes, los descendientes de los simpatizantes de las brujas. Eso significaba que algún miembro de su familia se había negado a delatar a una bruja o que había ayudado a alguna a esconderse de los cazadores. En lugar de ejecutarlos o encarcelarlos, el Buen Comandante les había grabado el símbolo de los Penitentes en su propia carne, para que todo el mundo supiera lo que habían hecho. Era una advertencia, una forma de disuadir a los demás de ayudar a las brujas.

Rune sintió el impulso de sacar algunas monedas de su cartera, pero ayudar

directamente a un Penitente era ilegal y no se atrevía al estar Carson tan cerca. Así pues, se limitó a sonreír. Las sonrisas que le devolvieron los niños le retorcieron el corazón de culpa.

Al entrar, Rune descubrió que Carson estaba en lo cierto: la primera mitad de la ópera ya había tenido lugar. Ante ella, la escalinata, que se dividía en dos escaleras que divergían y se entrelazaban, estaba casi desierta. Sin embargo, la mezcolanza de voces que venían del gran vestíbulo de la planta superior era una señal inconfundible de que había llegado justo en el entreacto.

Se agarró con fuerza a la balaustrada de mármol, apartó a los niños Penitentes de sus pensamientos y empezó a subir escalón tras escalón, consciente de la presencia de los hombres que había a su alrededor. Sus atentas miradas seguían fijas en ella mucho después de que hubiera pasado por su lado, lo que le recordó a una conversación que había mantenido hacía poco con su amiga Verity.

«¿No crees que ya es hora de que elijas uno?».

Se refería a un pretendiente, a uno de los muchos jóvenes casaderos que hacían cola para aceptar los lazos de baile de Rune en todas las fiestas, que la invitaban a cenas románticas y la llevaban a dar largos paseos en carruaje. Pero no era Rune quien les tentaba. Sí. Tal vez algunos estuvieran verdaderamente interesados en la cara bonita que presentaba al mundo; sin embargo, la mayoría de ellos iban tras la fortuna de su abuela, su empresa de transporte de mercancías, que era muy rentable, y su enorme finca, todos ellos «regalos» de la Nueva República en agradecimiento a su heroísmo durante la revolución.

Hacía más de un año que Rune les daba alas a algunos de ellos, todos de familias con buenos contactos y acceso a los secretos que necesitaba. Secretos que a menudo conseguía que le confesasen en oscuras esquinas y cuartitos ocultos en las sombras.

Pero era imposible seguir así para siempre. La paciencia de aquellos hombres tenía un límite, y Rune no podía permitirse enemistarse con ellos. La mañana siguiente a su charla, Verity le había preparado una lista con los nombres de los pretendientes más valiosos y se la había dejado sobre la almohada.

Tenía que elegir a uno y tenía que hacerlo pronto.

«Pero no esta noche», pensó apresurándose escaleras arriba. Esa noche

charlaría con los hijos y las hijas de la revolución, se mezclaría entre ellos y robaría así todos los secretos que pudiera.

Cuando llegó a la cima de las escalinatas entrelazadas, el gran vestíbulo se abrió ante ella, repleto de mecenas de la ópera vestidos con sedas de colores tenues y puntillas exageradas y peinados decorados con perlas de color crema. Los iluminaba una docena de candelabros parpadeantes colgados de los techos del enorme recibidor.

—¡Rune Winters! —dijo una voz que la hizo detenerse en seco—. Entrando tarde y a hurtadillas, ya veo. ¿Vienes de un encuentro amoroso con uno de tus amantes?

Una ristra de risitas escandalizadas sonaron a modo de respuesta.

La voz pertenecía a Verity de Wilde, la mejor amiga de Rune. Estaba bajo las luces con los brazos en jarras y una sonrisa juguetona pintada en los labios. Tenía el rostro rodeado de unos finos tirabuzones castaños y los ojos oscuros enmarcados por unas gafas. Su vestido era del color de los girasoles, con mangas blancas de encaje y escote en la espalda; uno de los de la temporada anterior que Rune le había regalado. La primera versión no tenía mangas, pero, como los vestidos sin mangas ya no estaban de moda, Rune le había pedido a su modista que se las añadiera antes de dárselo.

Al lado de su amiga estaba su grupo de elegantes amigos: hombres y mujeres jóvenes que se habían sentado a la mesa de Rune a cenar y que habían danzado en su salón de baile cientos de veces. Y volverían a hacerlo aquella noche, en la fiesta que había organizado para después de la ópera.

Puede que el término «amigos» fuese demasiado generoso, ya que todos ellos la entregarían sin pensárselo dos veces si supieran lo que era.

—O quizá —dijo otra voz, tras lo que todo el mundo se volvió hacia ella— Rune lleve toda la noche rescatando brujas. Dicen que la Polilla Carmesí solo trabaja cuando la esconde la oscuridad.

Las palabras le helaron la sangre, pero Rune miró directamente a los penetrantes ojos de Laila Creed. Laila era varios centímetros más alta que ella —y por eso siempre parecía que la estuviese mirando por encima del hombro— y pertenecía a la Guardia de Sangre. También era hermosa, con los pómulos

marcados y el pelo negro como las plumas de un cuervo, que esa noche llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Rune reconoció el modelo que tenía puesto: un vestido de cintura alta de un azul vivo con un tono ligeramente verdoso. Era un diseño de Sebastian Khan, un famoso diseñador de moda del Continente cuya lista de espera era de al menos un año. Sus vestidos eran la envidia de la temporada: adquirir uno era imposible, a no ser que tuvieras una riqueza y unos contactos dignos de consideración.

Rune guardaba dos de ellos en su armario.

Si Laila lucía aquel vestido tan exclusivo en lugar de su uniforme significaba que esa noche no estaba de servicio. Probablemente, no era una de las cazadoras que habían detenido a Seraphine.

Se le heló la sangre al recordar la casa vacía de Seraphine, cómo la Guardia de Sangre había encontrado a la bruja antes de que llegara. Si alguien la espiaba, Laila bien podría ser la espía. Rune nunca le había caído bien por razones que ella solo podía adivinar.

Tras ponerse la máscara detrás de la que escondía a la verdadera Rune Winters, echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír:

—¡Ja! ¿Te lo imaginas? ¡Yo, pasando mis noches callejeando por esta isla, con este clima espantoso, las lluvias eternas y el barro que no se acaba nunca! ¡Piensa en cómo terminarían mis Minews!

Se levantó el borde de la falda para enseñar sus zapatos de seda, hechos a medida por Evelyn Minew, una diseñadora de alta costura del otro lado del mundo cuyos diseños eran únicos. No los replicaba jamás. A Rune le había costado medio año contactar con ella, y los zapatos habían tardado otro medio año en llegar.

«Chúpate esa, Laila Creed».

Al ver las miradas de envidia y sorpresa, Rune se soltó la falda y entró en el círculo que se había formado a su alrededor con una sonrisa, poniéndose un poco delante de Laila para desplazarla. Bajó la voz como si estuviera contando un secreto y dijo:

—¿Os habéis enterado? Esa justiciera sacó a su último grupo de brujas por las alcantarillas. ¡Las alcantarillas! Imaginadlo.

Todos arrugaron la nariz disgustados.

A Rune no le hizo falta fingir. Se le ponía el estómago del revés al recordar el hedor pútrido de las aguas negras que llenaban el túnel oscuro, en las que tuvo que meterse hasta las rodillas. Las hermanas gemelas que había rescatado —que apenas tenían trece años— y ella habían tenido que abrirse paso ante aquel hedor durante kilómetros, mientras recorrían la ciudad bajo tierra. Un sirviente había encontrado las sábanas de las muchachas escondidas debajo de unos tablones del suelo y las había delatado. Las manchas de sangre no eran rojas, sino negras: señal inequívoca de que el poder de aquella bruja había despertado con su primer sangrado.

Esa noche, Alexander Sharpe —el mismo amigo que le había contado a Rune que la Guardia de Sangre iba a por su abuela— las estaba esperando a la salida con ropa limpia y un caballo que llevaría a las chicas directas al muelle, donde uno de los cargueros de Rune estaba listo para zarpar. Alex era quien siempre la esperaba al final del camino; a veces con caballos o un carruaje; otras, con barcos. Aquel era siempre su papel en los golpes de la Polilla Carmesí, y no la decepcionaba jamás.

El carguero había llegado a puerto hacía dos días, y las gemelas habían mandado un mensaje en clave para hacerles saber que estaban a salvo en el Continente.

—Cualquiera que prefiera caminar a través de la caca que dormir como un tronco en una cama limpia y blandita es… En fin, ¡asqueroso! —Empezaba a tener calor bajo la capa, así que empezó a desabrochársela.

A su alrededor, todo el mundo respondió con un murmullo de aprobación, excepto una persona: Laila.

—¿No es precisamente eso lo que diría la Polilla Carmesí?

Se le agarrotaron los dedos de golpe mientras terminaba de desatar los cordones de la capa. La prenda se le deslizó por los hombros desnudos y, antes de que pudiera cogerla, alguien dio un paso tras ella, tomó la prenda de delicada lana y se la puso sobre el brazo.

—Vamos, vamos —dijo una voz reconfortante—. Si Rune fuera la Polilla, ¿habría condenado a su propia abuela a la purga?

Levantó la vista hacia el dueño de la voz, que se puso a su lado. Alex Sharpe. Ahora que contaba con la presencia de su más viejo amigo —un amigo de verdad, como Verity— sintió que cada músculo del cuerpo se le relajaba.

Aquella noche Alex parecía un león: su pelo dorado resplandecía bajo la luz de los candelabros y su mirada era cálida y firme; sin embargo, arrugaba la frente de forma sutil y ligera, lo que le decía que sabía dónde había estado y que estaba preocupado por ella.

En ese momento intervino Noah Creed, hermano de Laila y uno de los jóvenes que habían entrado en la lista de Verity, titulada «Candidatos a tener en cuenta».

—La Polilla Carmesí no ataca desde hace semanas —dijo, también en defensa de Rune. Para fundamentar su teoría, añadió—: Me he enterado de que esta noche han detenido a otra bruja sin obstáculo alguno. La Polilla ni siquiera ha intentado rescatarla.

Rune dirigió toda su atención a Noah.

«Me pregunto dónde te habrás enterado de eso».

El chico tenía los mismos ojos marrón oscuro que su hermana, los mismos pómulos marcados y una piel de color ocre. Además de estar guapo con un abrigo negro de hombros caídos y solapas de seda, era el hijo del Buen Comandante. Aquella posición lo acercaba mucho a una fuente de primera mano de la información más confidencial, lo que lo convertía en una opción nada desdeñable.

«Pero ¿se dará cuenta si su esposa no está en su cama en plena noche? ¿Si vuelve exhausta al atardecer… y a veces magullada?».

Rune sonrió a Noah.

—¿Una bruja? ¿Esta noche? No juegues con nosotros, Noah. ¡Cuéntanos más!

Noah abrió mucho los ojos, sorprendido por haberse convertido en el centro de atención. Sin embargo, alzó las manos a modo de protesta y dijo:

—La ha detenido Gideon Sharpe. ¡Es lo único que sé!

¡Gideon Sharpe!

Rune casi hizo una mueca de rabia al oír el nombre del hermano mayor de Alex. Devotamente leal a la Nueva República, era un cazador despiadado y sediento de sangre. Había enviado a la purga a más brujas que ningún otro

miembro de la Guardia.

Además, era famoso por haber ayudado a asesinar a las Reinas Hermanas, convirtiendo la chispa de la revolución en una llamarada.

Rune lo odiaba.

Los dos hermanos Sharpe no podían ser más distintos.

Verity miró a Rune a los ojos y enarcó una ceja oscura; una pregunta muda. Como respuesta, Rune se puso un mechón de pelo detrás de la oreja para mostrarle los pendientes de rubí de su abuela, que colgaban de los lóbulos como gotas de sangre. Se los había puesto aquella noche, y eran su respuesta —fracaso—, pues con ellos le comunicaba a su cómplice todo lo que necesitaba saber sobre los acontecimientos de la noche. «Seraphine está en manos del enemigo». Verity deduciría el resto por sí sola y, si no, Rune le daría todos los detalles antes de la fiesta que iba a celebrar en su casa aquella noche.

Verity apretó los labios al ver los rubíes. Se volvió y carraspeó a toda prisa:

—En fin, yo siempre he pensado que la Polilla Carmesí es la señora Blackwater —opinó, atrayendo la atención del grupo al mirar al otro lado del bullicioso vestíbulo, donde había una mujer con el pelo encrespado y una cantidad excesiva de perlas en el cuello. La señora Blackwater estaba sentada sola en la terraza del café de la ópera, murmurando para sí—. Imaginaos a esa vieja urraca llevando a la Guardia de Sangre por el camino de la amargura, en una búsqueda totalmente infructuosa. ¡La perfección hecha disfraz!

Todos los presentes se echaron a reír.

Mientras se lanzaban al aire otras posibilidades, Rune aprovechó la oportunidad que le había dado Verity y se adentró silenciosamente entre la multitud, armada con un nuevo propósito: encontrar a Gideon Sharpe.

Tres

Gideon

Otra noche y otra bruja.

Gideon Sharpe apretó los puños contra los azulejos de la ducha. Dejó que el agua caliente le abrasara la espalda y contempló impertérrito cómo la sangre corría como la tinta por su piel y creaba un remolino en el desagüe.

No sabía si la sangre era real o se la imaginaba. Sus pesadillas habían dejado de estar confinadas a sus horas de sueño; a menudo lo asaltaban también durante las de vigilia.

Pero aquello no era ninguna pesadilla. Sabía muy bien a quién pertenecía esa sangre; era tan real como él mismo.

«No deberías haberlos dejado solos con ella», se reprendió.

Los hermanos Tasker eran muy amigos de desobedecer órdenes y, aunque el mismo Gideon aborrecía a las brujas, no toleraba la crueldad innecesaria. Ya había querido despedir a los hermanos la última vez que habían apalizado a una bruja hasta dejarla medio muerta, pero sus superiores le habían recordado que pegar a una bruja hasta que perdiera el conocimiento no era diferente de pegar a una rata infesta.

Así que los abusos habían continuado. El de aquella noche era un incidente más.

«¿Y qué piensas hacer al respecto?».

Gideon cerró los ojos y sumergió el rostro en el chorro humeante de agua caliente.

«Ya lo pensaré mañana».

En ese momento, estaba demasiado cansado para ocupar su mente. Demasiado

cansado para moverse del sitio. Había tardado casi un año en dar con la bruja que había detenido aquella noche —una bruja notoria— y había cabalgado con ahínco para atraparla.

Habría preferido no ver una montura en, al menos, una semana.

Sin embargo, aquella noche había quedado en la ópera con Harrow, una de sus fuentes. Era Harrow quien le había dado el soplo sobre el paradero de Seraphine, y tenía noticias de la Polilla Carmesí: aquella piedra que estaba permanentemente en su zapato. Estaba desesperado por escucharlas.

Solo de pensarlo se sentía motivado de nuevo. Frotó la pastilla de jabón con las manos y se restregó el cuerpo exhausto con la espuma, hasta llegar a la marca grabada a fuego en su pectoral izquierdo: una rosa con espinas como puñales cercada por una luna creciente.

Una marca que le pertenecía a ella.

A pesar del calor de la ducha, se estremeció.

Tal vez la más joven de las Reinas Hermanas estuviera muerta, pero a él lo había marcado para siempre.

Gideon pensaba a menudo en cortársela de la piel, solo para librarse de aquella última huella suya. Sin embargo, arrancarse la marca del cuerpo no le quitaría los recuerdos de su mente; tampoco lo libraría de las regresiones al pasado ni suavizaría las pesadillas.

No importaba. Cada vez que sacaba el cuchillo y colocaba su borde afilado contra la piel, las manos le temblaban demasiado como para hacer un buen trabajo, así que, de momento, tendría que quedarse donde estaba.

Pensar en ella lo llevaba a preguntarse si los espíritus de las brujas particularmente malvadas podrían perdurar más allá de sus muertes y volver para perseguir a aquellos a los que habían atormentado en vida. Deseó de inmediato no haberlo pensado jamás. Cerró el grifo y contempló el cuarto lleno de vapor mientras permitía la entrada del aire fresco, que le erizó el vello de brazos y piernas.

«Está muerta, idiota. Y los fantasmas no existen».

Pero, por muerta que estuviera Cressida, ahí fuera había brujas igual de peligrosas. Hacía tres noches habían encontrado otro cuerpo mutilado debajo de

un puente, abierto en canal y desangrado. A Gideon no le sorprendió enterarse de que pertenecía a un miembro de la Guardia de Sangre. Siempre era así. Era el tercero en lo que llevaban de mes.

No podía demostrar que la Polilla Carmesí fuese la autora de aquellos crímenes atroces, pero tenía la sensación de que era ella. En general, los asesinatos se producían antes de un asalto de la justiciera, antes de que liberara a sus detenidas de los calabozos y escapara de las medidas de seguridad, que eran cada vez más estrictas. Para ello, la justiciera necesitaba hechizos, y los hechizos requerían sangre. Sangre fresca.

«¿Cuál de nosotros será el siguiente?».

Se frotó la cara con las manos, se escurrió el pelo y cogió una toalla para secarse, desviando sus pensamientos hacia otra parte. Hacia donde fuera.

«La ópera».

Sí. Perfecto. Repasaría mentalmente la velada, y la preparación lo distraería de aquel frío tan inquietante que lo envolvía.

En primer lugar, se vestiría con un uniforme limpio y cabalgaría hasta la ópera. Allí, mientras representaban alguna historia inútil sobre el escenario, Harrow le contaría lo que había descubierto sobre la prófuga que firmaba sus crímenes con una polilla de color carmesí. Y, por último, Gideon volvería a casa, trazaría un plan mientras se metía en la cama, dormiría sin pesadillas —o eso esperaba— y retomaría su búsqueda de la justiciera al despertar, armado con nueva información.

Y esta vez la atraparía.

Pero primero debía sobrevivir a una noche en la ópera; una actividad aún menos tolerable que soportar el barro y la lluvia a lomos de un caballo para dar caza a una bruja.

La única buena noticia de todo aquello era que se iba a perder la primera parte.

Cuatro

Rune

Allí, en el vestíbulo, los miembros de la Guardia de Sangre llamaban tanto la atención como las amapolas en un prado. Con aquellos uniformes rojos les resultaba imposible pasar desapercibidos, incluso entre esa multitud de gente vestida de colores. Sin embargo, ni uno de ellos era Gideon.

«Quizá no haya venido», se dijo.

Si el hermano mayor de Alex había detenido a Seraphine, tal vez aún estuviese procesándola. O quizá se hubiese tomado el resto de la noche libre.

Rune no podía dejar de preguntarse si habría sido él quien le había arrancado a Seraphine el vestido del cuerpo; si habría sido él quien la había obligado a salir desnuda bajo la lluvia mientras, con la ayuda de sus soldados, le buscaba cicatrices por toda la superficie de la piel.

Apretó los dientes al imaginarlo.

Gideon Sharpe.

Lo detestaba.

La ira de Rune crepitaba como brasas ardientes, pero, aun así, se las arregló para desplazarse habilidosamente entre el gentío con una expresión feliz y sonriente, haciendo comentarios sobre peinados y vestidos nuevos o sobre las encantadoras cenas a las que había asistido la semana anterior en casa de los ciudadanos más pudientes de la Nueva República. Nunca se quedaba mucho rato en el mismo sitio, ya que no dejaba de buscar el siguiente uniforme escarlata.

Pasó por sus objetivos habituales: afiliados a la Guardia de Sangre, hijas e hijos de miembros del Tribunal, personas que no solo tenían buenos contactos,

sino que disfrutaban presumiendo de ellos y que, al hacerlo, proporcionaban información sin darse cuenta. Sus conversaciones zumbaban en el aire como abejas ebrias de polen.

Los candelabros del techo iluminaban el fresco que lo cubría: un cielo azul oscuro lleno de estrellas; una obra que había permanecido intacta después de la revolución. A un lado y otro del vestíbulo, a lo largo de las paredes, había dos salones más, y tras las columnas que rodeaban la sala se escondían pequeñas alcobas adyacentes para… reuniones más ilícitas.

Cuando Rune iba camino del salón, donde a menudo se juntaban los miembros de la Guardia Real, una mano la agarró de la muñeca y tiró de ella hacia una de las alcobas, sacándola de la multitud. Cuando se volvió para ver quién era su agresor, se encontró con unos ojos castaño dorado que la miraban desde debajo de unas cejas leonadas.

La tensión se esfumó de su cuerpo.

Solo era Alex.

—Rune… —La atrajo más hacia la oscuridad, apretando la sensible piel de su muñeca con las puntas de los dedos—. Tienes pinta de estar a punto de entrar en el mismísimo infierno.

Rune sintió la necesidad repentina de apoyarse en él durante un rato y descansar a salvo antes de volver a zambullirse en el peligro.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Apartó aquella necesidad al recordar su misión.

—¿No has oído lo que ha dicho Noah? ¡Tu hermano! Eso es lo que ha pasado —contestó molesta—. Gideon ha encontrado a Seraphine antes que yo.

Alex frunció el ceño.

—Entonces tú…

Un coro de voces, una de ellas la de Laila Creed, se oyó cerca de donde estaban. Rune atrajo a Alex hacia las sombras por instinto, hasta que casi estuvieron pecho contra pecho. No le preocupaba que alguien los viera así; darían por hecho que era exactamente aquello de lo que Verity la había acusado de forma jocosa hacía un rato: un encuentro amoroso.

Lo que sí le inquietaba era que alguien los oyera.

Se quedaron en silencio y esperaron a que las voces se alejasen. La punta de la nariz de Rune estaba a menos de un centímetro de la barbilla de Alex, y su olor, como a cuero y roble, permeaba el aire. Aquel espacio tan reducido parecía encogerse a su alrededor y, por un segundo, la noche en la que Rune había entregado a su abuela afloró en su memoria. Alex había corrido a Wintersea y la había abrazado toda la noche mientras ella lloraba sin parar.

—Me preocupas —le susurró al oído. Su voz era cuidadosa, suave, como si Rune estuviera hecha de cristal y él tuviese que sostenerla con mucha cautela—. Te pasas la vida cuidando a los demás, pero ¿quién cuida de ti?

—Tú cuidas de mí —musitó ella con la boca pegada a su solapa—. Por no hablar de Verity. Y Dama.

—Dama es una yegua —replicó—. Y Verity corre tantos peligros como tú.

Parecía a punto de decir algo más, pero en ese momento las campanas que señalaban el final del entreacto reverberaron por el vestíbulo. Rune se apartó de aquella figura firme y familiar y asomó al exterior de la alcoba. Una columna le tapaba la vista casi por completo, pero atisbó el pelo de Laila, trenzado en una elegante corona, mientras se dirigía a las puertas de la platea. Los murmullos de las conversaciones se estaban ya apagando. El vestíbulo quedaría desierto y silencioso en pocos minutos.

Y Rune todavía no había encontrado a Gideon.

Se negaba a resignarse a que la noche hubiera sido en vano. Necesitaba saber dónde estaba Seraphine.

—¿Ha venido tu hermano? —murmuró mientras oteaba el vestíbulo como un halcón que busca al ratón más rollizo del prado.

—No lo sé. No he hablado con él en toda la semana. ¿Por qué? —Ella no le respondió. No hacía falta. Alex sabía qué pensamientos recorrían su mente—. Ni hablar, Rune. Mi hermano es un peligro. —La agarró suavemente del hombro desnudo y la volvió para que lo mirase—. Sobre todo para ti.

—Tu hermano es un peligro para todas y cada una de las brujas de la Nueva República. —Se apartó para quitarse su mano de encima—. Especialmente para Seraphine. Si no descubro dónde la tiene…

¿Acaso no lo entendía? Desconocía dónde estaba Seraphine, ni cuándo tenían

pensado trasladarla. Por lo que Rune sabía, podría estar ya camino de la prisión de palacio. Y si era así…

«Jamás lograré sacarla de allí. La matarán como mataron a mi abuela».

Cuando la Guardia de Sangre encerraba a una bruja en prisión, era imposible salvarla. La prisión de palacio era inexpugnable.

«Y, si no logro salvarla, fracasaré en lo último que ella me pidió».

No podía aceptarlo.

—Rune…

—¿Qué otra opción tengo? —preguntó, volviéndose de nuevo hacia él—. Tú no quieres hacerlo.

Por leal que Alex fuese a la Polilla Carmesí, a ella, este trazaba una línea en todo lo que tuviera que ver con su hermano. De ningún modo manipularía a Gideon de la forma en que Rune, Verity y él mismo lo hacían con los demás. Rune se lo había pedido una vez y había sido testigo de cómo sus vivos ojos dorados se tornaban oscuros y fríos. Su respuesta, cortante y poco propia de él —«Rotundamente no»—, la había disuadido de volver a hacerlo.

Rune sabía que Alex había ayudado a matar a la más joven de las Reinas Hermanas, Cressida Roseblood. Él nunca hablaba de eso, salvo para decir que lo había hecho por Gideon. Después de aquello, siempre desviaba la conversación hacia otros temas. Rune no sabía qué quería decir con eso. ¿Le había pedido Gideon que la matara? ¿Lo había obligado a hacerlo? ¿O, de algún modo, la había matado por voluntad propia para salvar a su hermano? La última hipótesis, de ser cierta, se le habría antojado extraña, pues Gideon era, de los dos, el violento, un depredador natural. Alex era amable, afectuoso y despreciaba profundamente las matanzas de brujas. Por no mencionar la lealtad que le profesaba a Rune.

El problema era que su lealtad a Gideon era igual de inquebrantable. A veces, Rune sospechaba que era incluso más leal a su hermano, pero, aunque no sabía por qué, no confiaba menos en él por eso. En el fondo, sabía que Alex jamás la traicionaría.

Y tampoco traicionaría nunca a su hermano.

Un conflicto que a menudo los enfrentaba.

Antaño, Rune habría podido entender la devoción que Alex sentía por su hermano. Años antes de la revolución, la misma Rune había querido ganarse la aprobación de Gideon. En aquel entonces, Alex era su mejor amigo y, aunque todavía no conocía a su hermano mayor, había oído historias sobre él. Historias sesgadas, como ahora sabía, que le había contado Alex. Y este adoraba a su hermano.

Y la joven e inocente Rune se había creído aquellas historias. Cuanto más le hablaba Alex de su hermano, más sentía ella que lo conocía. Pronto empezó a experimentar un cierto enamoramiento, así que causarle una buena impresión cuando por fin se conocieran era muy importante.

Volviendo la vista atrás, la situación le parecía infantil y absurda.

El día que se habían conocido, Rune tenía trece años, y Gideon, quince. Él no solo se había negado a estrecharle la mano, sino que había insultado sin ambages el atuendo que ella había elegido; un vestido que se había puesto con el único fin de impresionarlo. Alex le había pedido que se disculpara, pero él se había negado.

Las historias de Alex no eran ciertas. No tenían nada que ver con la realidad. Aquel día aprendió que eso era lo único en lo que no podía fiarse de su amigo: era incapaz de hacer un juicio acertado de su hermano.

Gideon era un animal, y Rune jamás había vuelto a intentar ganarse su afecto.

—Conjuraré una ilusión —le dijo a Alex mientras tamborileaba con los dedos en el frasquito de sangre que tenía escondido en el vestido. La había recogido del sangrado del mes anterior—. No sabrá que soy yo.

Pero a Rune solo le quedaban dos frascos, además del que llevaba encima. Cuando los terminara, no le quedaría nada hasta que el ciclo volviera a empezar, y necesitaba toda la sangre posible para salvar a Seraphine.

Alex negó con la cabeza.

—Olerá la magia. Gideon no es como esos pretendientes que te hacen ojitos, Rune. Él es…

—Pues lo invitaré a mi fiesta. —En la que le llenaría la copa de vino encantado y lo acribillaría a preguntas inocentes que la ayudarían a obtener las respuestas que necesitaba.

—Odia las fiestas.

Rune lanzó los brazos al aire y replicó entre dientes:

—¡Pues ya se me ocurrirá otra cosa!

Le dio la espalda a Alex, pero, cuando estaba a punto de marcharse, la entrecortada voz de él la interrumpió:

—Estoy harto de ver cómo te lanzas al peligro.

Rune se detuvo y suspiró con la mirada fija en el vestíbulo vacío.

—Pues no me mires.

No esperó a que respondiera. Salió de la alcoba…

Y se dio de bruces contra un uniforme de la Guardia de Sangre.

Cinco

Rune

Se golpeó la frente contra un pecho duro como el cemento. El impulso de los pasos del soldado la habría tirado al suelo si él no la hubiera agarrado del codo, manteniendo así el equilibrio de ambos.

—Discúlpeme…

Levantó la vista. Y se encontró con una mirada tan negra y fría como un océano sin fondo.

Gideon Sharpe.

Le dio la sensación de que su mirada penetrante la abría en canal, que retiraba las capas de la chica que fingía ser, como un cuchillo que se clava en la piel dura de una manzana para llegar a la carne tierna y vulnerable que hay debajo.

Se le puso el estómago del revés. Apartó bruscamente el codo de la mano de él y retrocedió. El corazón le latía desbocado. El capitán de la Guardia de Sangre —responsable de mandar a más brujas a su ejecución que cualquier otro soldado— se puso recto, y sus facciones mudaron de la sorpresa a algo oscuro e impenetrable.

Rune se maldijo. Tal vez la Polilla Carmesí tuviera razones para acobardarse ante aquel monstruo, pero Rune Winters, la heredera boba y superficial que fingía ser, ni se inmutaría.

Gideon la miró de arriba abajo antes de que ella lograra aunar el coraje suficiente. La fuerza de su atención era como si la apuntaran al corazón con un rifle: le aceleraba el pulso y le cortaba la respiración. Rune era un cervatillo, y él, un cazador. Le estaba tomando la medida, apuntando cada detalle y cada defecto,

intentando decidir si la cacería merecía la pena.

Al cabo de un segundo, frunció el ceño y apartó la vista.

Era evidente que no la merecía.

—Mis disculpas, ciudadana Winters. Yo…

Su incisiva mirada se desvió tras ella, atraída por el movimiento repentino que había hecho su hermano menor, que todavía estaba en la alcoba. Al ver a Alex, relajó su rígida postura y pasó de largo rodeando a Rune, como si no fuese solo decepcionante, sino también olvidable por completo.

—Alex, ¿qué te pasa? Pareces alterado.

—¿Qué? Ah… —Alex negó con la cabeza—. No pasa nada. Debe de ser la iluminación; es terrible. —Hizo un gesto para señalar el alumbrado de gas que había en las paredes. Gideon ladeó la cabeza; no parecía muy convencido. Alex cambió de tema a toda prisa—. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta noche.

Los dos hermanos parecían espejos opuestos. Eran igual de altos; y sus rasgos, igual de bellos: mandíbulas fuertes y cejas pobladas; sin embargo, Alex era dorado y cálido como un día de verano, mientras que Gideon era oscuro y cerrado como una habitación sin ventanas.

Los hermanos eran hijos del Dueto Sharpe, una pareja de amantes que había empezado una humilde carrera como sastres durante el Reinado de las Brujas. Sin embargo, su trabajo había captado la atención de las soberanas, así que la familia Roseblood los contrató para que se convirtieran en los modistos reales. Aquello había lanzado a los padres de Alex y Gideon a una fama que no duró mucho: ambos habían muerto aquel mismo año, justo antes de la revolución.

Cualquiera que se moviera en los círculos de la moda se quedaba mudo de admiración cada vez que alguien mencionaba sus nombres.

—¿Y? —preguntó Alex con la voz tensa—. ¿Ha sido una cacería exitosa?

Gideon suspiró y se pasó una mano por el pelo húmedo.

—A pesar de un desafortunado incidente, sí. La bruja está detenida.

«¡Se refiere a Seraphine!», pensó Rune. Recordó la ropa tirada en el barro, y la máscara que se ponía en sociedad se deslizó aún más de su rostro. ¿Se habrían reído él y los otros mientras la desnudaban? Recordó la «X» rojo oscuro pintada

en la puerta de Seraphine, sabedora de quién era la sangre que habían derramado para pintarla.

Como un cervatillo que se recupera repentinamente del miedo paralizante que siente ante su cazador, Rune recobró su voz, con cuidado de desproveerla de odio antes de hablar:

—¿Qué clase de incidente desafortunado?

Gideon la miró, como si le sorprendiera que todavía estuviera allí. Hizo una pausa y la observó. Pero, esta vez, Rune le dirigió la misma mirada escrutadora y permitió que sus ojos se desplazaran libremente sobre él. La caída de la tela del uniforme rojo sugería que debajo había un cuerpo recio y eficiente. No había nada suave en él; estaba desprovisto de calidez. Solo había músculos invencibles, como si fuera una fortaleza impenetrable. Tenía una boca prominente y cruel, y el pelo negro seguía mojado de la lluvia, o de la ducha, tal vez. Y, aunque debía de haber terminado tan exhausto como ella en la búsqueda de Seraphine, estaba limpio y pulcro, desde la pistola que llevaba en la cadera hasta las hebillas de latón de las botas. Rune se preguntó si se habría limpiado la sangre con la misma precisión con la que sus padres cosían sus elaboradas prendas para las Reinas Hermanas.

El único rasgo desaliñado que había en él se hallaba en los nudillos de su mano derecha, que estaban rojos e irritados, como si hubiese aporreado algo.

O a alguien.

A Rune le hervía la sangre y, temerosa de que él percibiera la furia que emanaba de sus ojos, bajó las pestañas, consciente del efecto que aquel gesto tenía en otros hombres.

—Espero que no sufriera ningún daño en ese… ¿incidente?

Cuando parecía que Gideon iba a responderle, le interrumpió el último repique de campanas que indicaba el final del entreacto. Los tres miraron a su alrededor, oteando el gran vestíbulo, que se había transformado por completo. Sin la multitud que charlaba, el vacío parecía casi amenazante, los candelabros que colgaban del techo de repente se le antojaban demasiado grandes y brillantes, y los techos pintados más gloriosos de lo que merecían tan insignificantes seres. Los acomodadores empezaron a apagar las luces de gas y a mirarlos

contrariados. Al otro lado de las puertas del vestíbulo, la orquesta había empezado a tocar.

Gideon entendió la indirecta y empezó a alejarse de su hermano:

—Mañana he reservado el ring. ¿Te apetecen unas rondas?

Alex asintió.

—Claro. Estaría bien.

Antes de volverse, Gideon miró a Alex, a Rune y a la alcoba de la que los dos habían salido. Entreabrió los labios ligeramente y una sombra de comprensión asomó en su mirada. Fuera lo que fuese, se lo guardó para sí y se marchó.

Alex exhaló y Rune maldijo por lo bajo. Se había dejado intimidar por él y había encontrado su valentía demasiado tarde. Había desaprovechado la oportunidad de conseguir la información que necesitaba. Apretó los puños. Tenía que ponerle remedio, y deprisa. No quedaba mucho tiempo para que trasladaran a Seraphine a la prisión de palacio.

Se alisó el vestido y cambió la mueca de disgusto de su rostro por una dulce sonrisa, preparándose para retomar el papel que llevaba dos años representando a la perfección. Al verla, Alex alargó una mano hacia ella.

—Rune, no… —Ella se apartó para que no la cogiera—. ¡Rune!

Pero, cuando ella fue tras su hermano, no la siguió. Sus zapatos de seda apenas hacían ruido en el suelo de mosaico del vestíbulo, por lo que Gideon no tenía ni idea de que le seguían los pasos. De momento, se habían invertido los papeles. Rune era la depredadora, y él, la presa. Y estaba cada vez más cerca.

Al llegar al final de la sala, donde los arcos de la galería enmarcaban la ciudad neblinosa del exterior, Gideon se volvió y subió unas escaleras: las que llevaban al palco reservado para los miembros de la Guardia Real.

Unos instantes después, Rune lo siguió.

Se recogió las faldas, corrió escaleras arriba, apartó las cortinas de terciopelo que aislaban el palco y entró en un balcón oscuro anegado por un mar de rojo.

Estaba repleto de cazadores de brujas.

Rune vaciló.

Ella era la Polilla Carmesí, una criminal en busca y captura, por no hablar de que también era una bruja que se ocultaba ante los ojos de los demás. Sin

embargo, aquella no era la primera vez que entraba en una sala llena de gente que cazaba a las de su especie. Lo había hecho cientos de veces sin ni siquiera pestañear.

Pero, ahora, ¿por qué notaba brotar en su interior una diminuta semilla de terror?

Porque Alex tenía razón.

De entre todas las armas de una guerra, Gideon era la más letal de todas; y Rune iba directa hacia ese borde afilado con el cuello expuesto.

«No sospecha de ti —se dijo, intentando apaciguar la vibración nerviosa de su sangre—. Lo único que ven estos bestias cuando te miran es justo lo que tú quieres que vean: una chica tonta de la alta sociedad. Son estúpidos, y Gideon Sharpe no es distinto».

Armada con aquel recordatorio, Rune se dirigió al asiento vacío que había en la primera fila del palco. Gideon estaba reclinado en el de al lado, con el codo apoyado en el respaldo. Relajado a más no poder, como si la inminente ejecución de Seraphine no le perturbara en absoluto.

Rune reunió su coraje como había hecho con las faldas de su vestido. Se sentó a su lado y le preguntó:

—¿Le importa si le acompaño?

Seis

Rune

Gideon apartó el brazo del respaldo de inmediato, sobresaltado por su presencia. Mientras la música de la orquesta se elevaba en un crescendo, las luces del auditorio en forma de herradura se atenuaron. El segundo acto estaba a punto de empezar.

—En realidad, ese asiento…

—Nunca había visto una ópera desde aquí arriba —lo interrumpió ella. Notó una oleada de emoción provocada por la sensación de peligro. Corría por sus venas mientras echaba un vistazo a los asientos de platea, que estaban ya ocupados, excepto por algunos rezagados que pasaban por encima de otras personas para llegar al suyo—. ¡Qué vistas!

Notaba el peso de la mirada de él, pese a estar casi en la más completa oscuridad.

—Sí. ¿Está Alex con usted?

—No, él… —Rune levantó la vista y sus miradas se cruzaron. Notó una descarga eléctrica que le puso los pelos de punta, como si estuviera atrapada en una tormenta justo antes de que cayera un rayo.

—¿Señorita Winters? ¿Va todo bien?

La pregunta la devolvió a la tierra.

«Eres una actriz —se recordó—. Y esto es una representación».

Pero ¿cuál era su personaje? ¿La heroína, la villana o el bufón?

«El bufón».

—Sí, ¡maravillosamente! —contestó más concentrada—. Es que me encanta

la ópera. ¿A usted no?

Las luces del escenario se encendieron e iluminaron los trajes de satén y de lentejuelas de colores de los actores, que ya habían ocupado sus posiciones. Iluminaron también a Gideon, que la observaba en la oscuridad.

—¡Es todo tan bonito! —continuó, sacando a la luz la imagen de ella misma que quería que él viera—. Los trajes, los decorados, las canciones… —Le dedicó la sonrisa más deslumbrante que fue capaz de esbozar—. Aunque no estaría mal que las historias fueran más cortas. Mucho más cortas, ¿no cree? Las encuentro un poco…, en fin, aburridas, ¿entiende? ¡Y es muy difícil seguirlas! Cuando terminan siempre estoy un poco confundida.

Soltó una risita para que el papel que representaba fuese más coherente. Sin embargo, en el fondo se le partía el alma.

Antes de la muerte de su abuela, iban a la ópera todos los sábados. Para Rune era su día favorito de la semana. Su abuela la peinaba, la maquillaba y le prestaba cualquier joya que ella quisiera. A Rune le encantaba danzar escaleras arriba con su vaporosa falda nueva, adoraba sentirse incluida en las conversaciones de los sofisticados amigos de su abuela; amaba transportarse a un mundo distinto dentro del teatro. Aunque lo que más le gustaba era lo que ocurría después, cuando, mientras volvían a casa, las dos tenían acalorados debates sobre las historias que se habían representado en el escenario.

Pero la Paz Roja había prohibido las viejas óperas. Lo que representaban ahora era una farsa, óperas preaprobadas por el Ministerio de Seguridad Pública. No eran historias; al menos, no buenas historias. Solo eran lecciones ligeramente veladas sobre cómo comportarse bajo el nuevo régimen, recordatorios de quién era el enemigo y por qué debías detestarlo. Los villanos de las nuevas óperas siempre eran brujas o simpatizantes de brujas, y quienes las delataban o las cazaban eran los héroes.

Eran tan predecibles… Le daban asco.

Su abuela las habría odiado.

Miró a Gideon de soslayo. «Seguro que a él le parecen puro arte», pensó.

—El entreacto es mi parte preferida —continuó Rune—. Y las fiestas que se celebran luego, por supuesto. —Se inclinó hacia él como si se dispusiera a

contarle un secreto, y notó el olor a pólvora que emanaba de su traje—. De hecho, por eso estoy aquí. Para invitarle a mi fiesta.

Él hizo una mueca de irritación que le convirtió la boca en una severa línea.

—Ojalá tuviera la paciencia necesaria para aguantar charlas bobas y compañías superficiales —contestó—. Pero no la tengo.

Ante el insulto, notó que el rubor le trepaba por el cuello. Le había recordado al día que se habían conocido, en el que había hecho comentarios igualmente desdeñosos. De repente, se sintió agradecida por la oscuridad. Apretó los puños contra la suave seda de su vestido, pero asintió con un gesto comprensivo.

—Lo entiendo perfectamente. Es obvio que alguien como usted prefiera la compañía de una pandilla de brutos cortos de entendederas y un estilo terrible para vestir.

La miró a los ojos, y ella se reprendió para sus adentros. «Pero ¿qué hago?». Debía fingir que ni siquiera se daba cuenta de que sus comentarios eran hirientes, ni devolverle los golpes. «Deja que te insulte. Recuerda por qué estás aquí».

Encerró su desbocado orgullo en una cajita y le dedicó una sonrisa inocente. Él la observó con atención y cierta desconfianza. Pronto pareció decidir que no la había oído bien y volvió a fijar su atención en la ópera.

«Esto va a ser más difícil de lo que creía», pensó Rune. Era evidente que Gideon no solo la consideraba merecedora de sus insultos, sino también demasiado estúpida como para darse cuenta de que la había insultado. En general, esto lo habría utilizado en su beneficio. Sin embargo, al ver que él giraba la cabeza, se cruzaba de brazos y clavaba la vista en el escenario, se dio cuenta de que, en lugar de abrirse con ella, se estaba cerrando en banda.

Su presencia le molestaba. Igual que el día que se habían conocido.

«Odia las fiestas», le había advertido Alex. Pero aquel era su mejor truco. El método más efectivo para vencer las defensas de un hombre era ofrecerle una copa tras otra de su vino encantado, quedarse a solas con él y coquetear hasta que el hechizo le soltara la lengua lo suficiente como para cantar como un pajarito.

Rune tamborileó sobre su rodilla con los dedos, devanándose los sesos.

Se había dado cuenta de que a él se le había iluminado el rostro al ver a su hermano. Para él, Rune había dejado de existir en cuanto Alex había salido de aquella alcoba. Tal vez los hermanos Sharpe fueran polos opuestos con opiniones contrarias en cualquier tema de importancia, pero entre ellos había un vínculo profundo e indescriptible. No era la primera vez que lo percibía.

—A Alex le encantaría que viniera.

Gideon se puso tenso.

—No debe de conocer muy bien a mi hermano si cree que mi presencia en su casa pueda alegrarle. —Rune frunció el ceño mientras intentaba descifrar aquellas palabras. ¿Qué había querido decir?—. Y, como le he dicho antes, algunos de nosotros tenemos cosas mejores que hacer con nuestro tiempo.

Se disponía a intentarlo de nuevo con otra táctica, pero, antes de que pudiera hacerlo, una sombra se alargó sobre ellos. Gideon levantó la vista y se puso de pie de inmediato:

—¡Harrow! Por fin. Pensaba que tendría que tragarme esto hasta el final.

—No te habría venido mal —respondió una voz femenina—. ¿No es ese el objeto del arte? ¿Domesticar a los monstruos que viven en nosotros?

La pregunta le llamó la atención a Rune. La frase pertenecía a una de sus óperas preferidas. Entornó los ojos para intentar descubrir quién era la recién llegada, pero los acomodadores habían apagado todas las luces de aquella planta. La oscuridad no le permitía ver ni el rostro ni las ropas de la chica, ni ningún detalle que pudiera revelar su identidad.

—Igual lees demasiados cuentos de hadas —contestó Gideon mientras pasaba por encima de Rune—. Tendrá que disculparme, ciudadana Winters. Diviértase en su… fiesta. —Esta vez, el desdén era imposible de malinterpretar.

Rune se volvió y vio cómo ambos salían del palco hablando en voz baja. Apretó el puño con fuerza en cuanto se hubieron marchado.

«He vuelto a fallar».

Apoyó la cabeza en el respaldo de terciopelo y se frotó la cara con las manos. Estaba perdiendo un tiempo muy valioso. Necesitaba descubrir dónde estaba Seraphine cuanto antes, a poder ser aquella misma noche. Y no podía seguir persiguiendo a Gideon Sharpe; de lo contrario, empezaría a sospechar de ella. «Y

eso es lo último que necesito». El capitán había encontrado a Seraphine antes que ella, y en la misma noche que ella debía acudir a casa de su presa.

Tal vez fuese una coincidencia. O tal vez no.

Sin embargo, parecía haberlo convencido con su actuación. Si alguien la estaba espiando, dudaba de que se tratase de él. Pero entonces recordó la sospecha que teñía las preguntas de Laila Creed y se vio obligada a contemplar la posibilidad de que sus enemigos estuvieran cada vez más cerca.

Se hundió en su asiento e intentó pensar en que estaba rodeada de cazadores de brujas.

«Si están cada vez más cerca, ¿cómo los puedo despistar?».

Estaba tan exhausta que su mente era como un lodazal que le embarraba los pensamientos. Cada vez que se sentía así iba en busca de Verity. Sus inteligentes preguntas siempre le encendían la chispa de la imaginación, como si reviviera el fuego de unas brasas con un atizador. Verity era la segunda al mando de la Polilla Carmesí. Se le ocurrían tantos planes como a Rune y la ayudaba a llevarlos a cabo.

Así que, cuando la actriz terminó su aria, Rune se puso de pie, abrió la cortina del palco y fue en busca de su amiga.

Siete

Gideon

Rune Winters.

Cada vez que Gideon miraba a la joven heredera se acordaba del mar: en la superficie, era tan bonito que te dejaba sin aliento, y a la vez contenía la promesa de unas profundidades inabarcables.

Sin embargo, cuando abría la boca y escuchaba las estupideces que salían de ella —en las cenas de gala, salones y reuniones en casa de los ricos y famosos— recordaba lo mucho que pueden engañar las apariencias.

En Rune Winters no había profundidades incognoscibles, solo superficie, superficie y más superficie.

Aquella noche le había quedado claro.

—¿Hola? ¿Gideon? —Harrow le chasqueó los dedos oscuros delante de la cara—. Te he preguntado si quieres tomar algo. Invito yo.

El ruido del Nido de Cuervos volvió a sus oídos. Tenía los codos apoyados en la mesa de pino, que estaba pegajosa, y el aire olía a cerveza rancia.

Negó con la cabeza.

—No quiero nada, gracias.

Harrow chasqueó la lengua, irritada. Se volvió hacia la barra, y Gideon intentó no mirar al lugar donde debería haber tenido la oreja izquierda. Llevaba el pelo de ese lado rapado casi al cero, y la pelusa oscura se veía casi resplandeciente. Era como si se enorgulleciera de estar desfigurada y quisiera presumir de ello.

Gideon suponía que era más o menos de su edad, aunque no estaba seguro, y nunca le había preguntado cómo había perdido la oreja. Antes de la revolución,

hacía trabajos forzados para una familia de brujas. Eso era todo lo que necesitaba saber Gideon.

Habían tenido suerte de encontrar mesa justo cuando se marchaban los ocupantes anteriores. Harrow se negaba a pedir en la barra, por si alguien le robaba el taburete, así que, mientras le gritaba su comanda al camarero, Gideon volvió a pensar en Rune.

No lograba entender por qué había aparecido de repente en el palco. En los últimos cinco años, no le había dirigido la palabra más que un puñado de veces, y de repente… ¿lo invitaba a su casa? ¿Por qué?

Intentó no obcecarse con lo extraño que era, pero, por mucho que lo intentaba, no lograba que la imagen de ella sentada a su lado en el palco abandonara sus pensamientos. Su melena rubia rojiza se veía un poco más salvaje que de costumbre, y el vestido a la última moda que había elegido dejaba al descubierto sus elegantes clavículas. La tela de color cobrizo contrastaba con sus ojos grises y su complexión pálida, reclamando la atención de su mirada más veces de las que habría querido admitir.

Por mucho que fuera la muchacha más superficial de la ópera, no podía negar que también era la más bella.

«Una lástima de cara bonita. Qué desperdicio», se dijo.

Una persona mejor se habría sentido culpable por insultarla, pero no era el caso de Gideon. Esperaba haberle dejado claro lo que pensaba y que así, en el futuro, lo evitase. De hecho, creía habérselo dejado claro ya hacía años, cuando se vieron por primera vez.

Se había dado cuenta de cómo la miraba su hermano, de que su voz se suavizaba al pronunciar su nombre. No tenía ni idea de lo que Alex veía en ella, salvo por lo evidente —que, en su caso, no bastaba para tentarlo—, pero no tenía ninguna intención de acercarse a ella. Aquello era tan cierto entonces como lo había sido cuando eran unos críos.

En esa época, Rune Winters era una aristócrata de la que su hermano no paraba de hablar. Alex encontraba la forma de nombrarla en cualquier conversación. «Rune piensa eso. A Rune le encanta esto otro». De no haber sentido tanta curiosidad, le habría molestado.

Pero entonces la vio. La conoció. Y supo de inmediato que jamás serían amigos.

—¿Sabes esas gemelas que se escaparon hace tres semanas?

La voz de Harrow lo arrastró de nuevo al presente, justo a tiempo para ver cómo la espuma de la cerveza se le resbalaba vaso abajo. Luego se lamió la espuma que se le había quedado entre los dedos.

—La Polilla Carmesí se las llevó la noche que tenías que trasladarlas a la prisión de palacio. ¿Te acuerdas?

¿Cómo iba a olvidarlo? Tenían la misma edad que su hermana cuando esta murió. Eran delgaduchas, muy poca cosa. Las recordaba acurrucadas juntas, aferradas la una a la otra tras los barrotes de la celda en la que las había encerrado, temblando y con los ojos muy abiertos.

—Sí, me acuerdo.

Y también recordaba que a la noche siguiente habían desaparecido de aquella misma celda. Encima del catre donde dormían había aparecido una firma mágica. Gideon la tenía grabada en la mente: una polilla, delicada y de color rojo sangre que flotaba en el aire. Se había enfadado tanto que quiso cogerla y estrujarla, pero no era más que una firma, la marca que dejaba una bruja después de uno de sus hechizos, como el artista que escribe en un lienzo su nombre.

La polilla se desvaneció en menos de una hora.

Harrow dio un trago con delicadeza:

—Un estibador encontró firmas en un carguero hace tres días cuando atracó en Puerto Grace. Las dos brujas debieron de lanzar una ilusión para que pareciese un cargamento.

Sin embargo, cuando la ilusión se desvaneció, las dos firmas habían quedado allí.

Puerto Grace era un puerto muy importante del Continente. Todo lo que no se fabricaba, cultivaba o extraía en la isla se lo enviaban desde allí.

Gideon frunció el ceño.

—¿Las volvieron a capturar?

Harrow negó con la cabeza.

—No, pero… —Miró a su alrededor y se inclinó hacia él. El aliento le olía a

cerveza—. El carguero pertenece a Rune Winters.

«¿Qué?», pensó.

Sintió que la taberna daba vueltas a su alrededor. Puso las palmas de las manos sobre la pegajosa mesa para no perder el equilibrio.

«Eso no puede ser».

—¿Estás segura?

Harrow se enderezó de nuevo y dio otro trago de cerveza.

—Mi contacto vio las firmas en el cargamento del barco con sus propios ojos.

—Eso no significa que ella tenga algo que ver —repuso Gideon pensativo—. Que Rune sea la dueña de los barcos no quiere decir que sepa todo lo que pasa en ellos. Es totalmente posible que alguien de la tripulación esté colando a las brujas sin que ella lo sepa.

—Pero la convierte en sospechosa —apuntó Harrow—. Y en la mejor pista que has tenido en mucho tiempo.

Hacía meses que Gideon sospechaba que la Polilla Carmesí era alguien que se movía en los círculos sociales de élite, alguien con acceso a cenas privadas y a los bailes más exclusivos. Alguien que se codeaba con la gente más poderosa y mejor conectada.

¿Era posible que ese alguien fuera Rune Winters?

Gideon recordó la conversación con ella en la ópera. Cuanto más le hablaba, más lo irritaba.

—No es posible —repuso—. En la cabeza de esa chica no hay ni una pizca de inteligencia.

Y la Polilla era inteligente. Para competir con él, para ser incluso más lista que él, tenía que serlo. Si los cuerpos mutilados que estaban encontrando por la ciudad eran sus víctimas, también era despiadada. Y una demente.

Y malvada.

Era difícil conciliar aquel retrato con la ridícula muchacha del palco de la ópera.

Pero, si todavía necesitaba más pruebas de la inocencia de Rune, no tenía más que retroceder un par de años. Él mismo había estado en la finca de las Winters cuando la Guardia de Sangre arrestó a Kestrel Winters en su propia casa. Las

órdenes de Gideon eran vigilar a su nieta adoptiva, Rune, mientras los demás soldados sacaban a la bruja de sus aposentos. Gideon no le quitó la vista de encima, lo que no había sido una ardua tarea, a decir verdad. En aquel entonces Rune era igual de hermosa, como esas esculturas de mármol que adornan las lujosas mansiones de la aristocracia y cuyo único propósito es impresionar a los invitados. Cuando uno de los soldados de la Guardia de Sangre golpeó a Kestrel en la cara con su pistola, ni se inmutó. Se limitó a observar con calma y frialdad cómo desnudaban a la anciana, le buscaban las cicatrices y se la llevaban a rastras a su ejecución.

Rune no mostró ni una pizca de arrepentimiento.

Si Rune y Kestrel hubieran estado emparentadas biológicamente, tal vez Gideon la habría tomado en consideración. Sin embargo, los padres de la chica no eran más que adinerados mercaderes. No había ninguna bruja en su estirpe —lo había comprobado—, lo que imposibilitaba que ella lo fuera.

—Rune mandó a su propia abuela a la purga —le recordó a Harrow—. No es ninguna simpatizante. Solo una patriota con la mente hueca.

—O quizá eso es lo que quiere que pienses —repuso Harrow.

Gideon negó con la cabeza. Aquello no tenía sentido.

—¿Por qué arriesgaría su vida ahora para salvar a otras brujas, cuando hace dos años traicionó a su abuela con tanta crueldad?

—Podría ser un engaño.

Gideon estaba a punto de rechazar aquella posibilidad, pero esa clase de engaños eran justo lo que había aprendido a esperar de la Polilla Carmesí.

«¿Y si Harrow tiene razón?», pensó.

Su camarada cogió el vaso y dio vueltas a la cerveza que había en el interior, despacio, mientras observaba cómo Gideon reflexionaba sobre el asunto.

No le había dado importancia en ese momento, pero, en un cierto punto, en el palco, el parloteo insustancial de Rune se había vuelto mordaz. «Es obvio que alguien como usted prefiera la compañía de una pandilla de brutos cortos de entendederas y un estilo terrible para vestir».

Aquello no demostraba nada. Las aristócratas como Rune Winters siempre lo habían mirado por encima del hombro. En la Guardia de Sangre se cobraba bien,

pero un buen sueldo no elevaba la posición de ningún hombre. Gideon ya no era pobre como las ratas, pero estaba muy lejos de ser su igual. A ojos de Rune Winters, la gente como él —soldados, hijos de sastres, miembros de la clase trabajadora— siempre estaría por debajo de ella.

Pero habían encontrado en su barco firmas mágicas. Gideon no podía descartar la posibilidad de que la Polilla fuese ella, o que al menos estuviese compinchada con ella.

—Vigilaré los muelles —se ofreció Harrow.

Gideon levantó la vista y vio que tenía una expresión pensativa:

—Te pagaré por la información que encuentres.

La luz de los dorados ojos de ella parpadeó. Dejó el vaso quieto de inmediato.

—Ni hablar.

Gideon suspiró. Hacía un año, Harrow había acudido a él para ofrecerle sus servicios. El día anterior, la Polilla Carmesí le había robado a otra bruja, y él estaba desesperado por ganarle la partida de una vez. Había aceptado la oferta de Harrow convencido de que pagar por sus servicios le costaría un buen dinero. En cambio, había rechazado los pagos. Cuando le había preguntado por qué, Harrow se limitó a señalar la oreja que le faltaba y se marchó.

—¿Tu hermano pequeño no se movía en el mismo círculo que Rune? Pídele que la espíe en tu lugar.

Gideon se puso tenso. Aquello siempre había sido un tema espinoso entre ellos dos. Su hermano no quería saber nada de la caza y la purga de las brujas. Se lo había dejado bien claro los dos últimos años, y él ya había dejado de insistirle.

El pasado que tenían en común los perseguía de formas opuestas. Alex quería olvidar; Gideon no podía permitírselo.

—Alex no está interesado en ser mi espía.

—Vaya… Pues supongo que, en ese caso, tendrás que encargarte tú.

Gideon levantó la vista.

—¿Encargarme de qué?

—Yo no puedo mezclarme entre ellos. ¿Yo, con uno de esos vestidos elegantes y joyas colgando de los dedos? —Harrow se volvió para mostrarle el lado de su cabeza donde debía haber una oreja y no la había. La razón por la que

no encajaba en grandes salones de mármol ni comiendo de platos dorados saltaba a la vista—. Pero tú sí puedes.

—¿Qué sugieres? ¿Que me haga amigo de Rune Winters?

—Más que eso, camarada. —Esbozó una sonrisa de oreja a oreja. En el gesto había una sombra malévola—. Deberías cortejarla.

Estuvo a punto de atragantarse.

—No hablarás en serio. —Había empezado a sudar solo de pensarlo.

Harrow se inclinó hacia él y añadió:

—Tú no haces amigos, Gideon. Al menos no con facilidad. Y, sin duda, no amigos como Rune. Sin embargo, sí que coleccionas admiradoras, te des cuenta o no.

—Me ha llamado bruto y corto de entendederas.

Ella esbozó una sonrisa torcida, como si le pareciera graciosísima.

—Me parece que es de las mías.

—Hablo en serio. No tengo nada que ofrecerle. Cuando las chicas como Rune eligen a sus futuros maridos, la gente como yo no está incluida en sus listas.

—Te sorprenderías.

Gideon se obligó a contemplar la posibilidad. Un horror frío se le extendió por todo el cuerpo.

Si Rune era la Polilla Carmesí, era una maestra del disfraz; y la única forma de atraparla era jugar al mismo juego que jugaba ella.

Solo había un problema.

Alex.

Si Gideon hacía lo que le había sugerido Harrow y se convertía en uno de los muchos pretendientes de Rune, estaría cortejando a la chica que le gustaba a su hermano pequeño. O, al menos, es lo que parecería.

Los instintos de Gideon querían rebelarse contra ello.

Pero, si Rune era en efecto la Polilla Carmesí, no solo tenía la obligación de acabar con ella, sino también la de proteger a su hermano menor. Si era necesario hacerle daño a Alex en el proceso, que así fuera. Era un precio con el que tendría que vivir.

No había salvado a Alex de una bruja para permitir que cayera en las garras de

otra. Eso era precisamente lo que lo forzaba a llevarlo a cabo: su hermano estaba en peligro.

Gideon se pasó bruscamente los dedos callosos por el pelo, pensando de nuevo en lo ocurrido en el palco. Hizo una mueca al recordar la crueldad con la que le había hablado a Rune.

—Hay otro problema.

Harrow puso un codo sobre la mesa y apoyó la mejilla en el puño.

—Cuéntame.

—Esta noche la he insultado. Me ha invitado a su fiesta y la he desairado.

Harrow apretó los labios, como si ver a Gideon retorciéndose como un bicho en una telaraña pegajosa fuese lo más gracioso que había visto en todo el día. Se toqueteó la pelusa marrón de la parte rapada de la cabeza.

—Hay una solución muy evidente, pero no te va a gustar. —Gideon asintió, apremiándola a continuar—: Tienes que ir a esa fiesta y volver a caerle en gracia.

—O sea que tengo que arrastrarme.

—Pues sí. Pero no puedes limitarte a ir y decirle que lo sientes. Tienes que demostrárselo. Si vas a ser un verdadero contendiente en la lucha por el corazón de Rune Winters, tendrás que derrotar a la competencia.

Apretó los dientes al pensarlo.

Harrow se inclinó hacia delante. Hasta sus brillantes ojos parecían reírse de él.

—La pregunta, camarada, es cómo lo vas a hacer.

Ocho

Rune

MENORA: f. Una categoría de hechizos de pequeños a medios.

Los hechizos Menora precisan de la sangre fresca de una bruja. En general, la sangre vieja no funcionará y podría tener consecuencias dolorosas para quien los conjure. Puede haber excepciones si se utiliza la sangre de otra. Algunos ejemplos de Menora serían cerrar una puerta desde el otro lado de una habitación o encender una vela sin una cerilla.

De Las reglas de la magia, *de la reina Callidora la Valerosa*

El grimorio de su abuela parecía mirarla desde las estanterías viejas y mohosas del cuarto de los hechizos.

—Te queda muy poca —observó Verity mientras acariciaba los frasquitos que colgaban de la pared opuesta. De los seis que había, cuatro estaban vacíos y dos llenos. Uno contenía la sangre de Rune y el otro la de Verity.

—Ya lo sé —contestó Rune desde el escritorio, donde estaba dibujando la marca de un hechizo llamado Cuentaverdades en el fondo de una taza de cerámica. Sus invitados llegarían en menos de una hora y tenía que estar preparada—. Pero mi ciclo no empieza hasta dentro de dos semanas.

Poco después de enterarse de que era una bruja, Rune había desarrollado un sistema de almacenamiento de sangre con los frascos que Verity robaba de los laboratorios de química de la universidad. De ese modo, Rune lograba que ni una sola cicatriz mágica marcara su cuerpo: si recogía su propia sangre al inicio de cada ciclo menstrual, solía conseguir la suficiente para sobrevivir al mes

entero, siempre que la utilizara con cautela y se limitara a conjurar simples Espejismos. Cuanto más complicado era un hechizo, más marcas mágicas requería y más sangre hacía falta para mantenerlo vivo.

Unos meses después de la purga de su abuela, Rune había sangrado por primera vez. Todas sus amigas habían empezado a tener los ciclos mensuales años antes que ella, alrededor de los trece años. Sin embargo, el primer sangrado de Rue fue tardío, después de la revolución, cuando ya había cumplido los dieciséis. Y con él llegó la certeza de que, en efecto, era una bruja.

Todavía recordaba los dolorosos retortijones en la parte baja del abdomen. Estaba en una fiesta y tuvo que disculparse para ir al baño. Allí vio la mancha negra en su ropa interior, brillando como si fuera tinta.

Rune se la quedó mirando. No se lo podía creer.

Era lo primero que te señalaba como bruja: al comienzo de tu primer sangrado, no sangrabas rojo, sino negro.

Rune había visto cómo su abuela conjuraba sus hechizos y había aprendido algunas de las cosas más fundamentales, pero todo lo demás se lo había enseñado Verity, cuyas dos hermanas mayores habían sido brujas y habían permitido que su hermana menor las ayudara con la magia. Fue Verity quien había empezado a recoger su propia sangre y a dársela a Rune para ayudarla a fortalecer sus hechizos.

Como el encantamiento que tenía entre manos. Cuentaverdades era un hechizo Menora y, por lo tanto, más avanzado que los Espejismos que solía lanzar. Por eso estaba usando la sangre de Verity en lugar de la suya.

Esta dio la espalda a los frasquitos y fue hacia el centro del cuarto, donde Rune estaba sentada al escritorio. Junto a ella tenía abierto el grimorio, en cuyas amarillentas páginas aparecían los símbolos del hechizo Cuentaverdades escritos con tinta roja. Rune lo estaba utilizando para encantar la copa de vino.

—Ya me preocuparé de eso en otro momento —comentó Rune mientras dibujaba las marcas con la sangre. El sabor de la sal le había invadido la garganta, y la magia rugía en sus oídos—. Esta noche tenemos que descubrir dónde tienen a Seraphine.

Cuando terminó de dibujar las marcas, la magia creció en su interior como una

ola. Tragó saliva para librarse del sabor a mar y esperó a que retrocediera el rugido de sus oídos. Mientras la sangre se secaba y el hechizo se solidificaba, Verity se subió las gafas por la nariz. Rune no pudo evitar fijarse en las oscuras ojeras que lucía, con toda probabilidad, por culpa de las noches en vela que había pasado ayudando a la Polilla Carmesí para luego quedarse despierta hasta la mañana siguiente y terminar así los deberes de biología.

Verity tenía una beca para estudiar en la universidad de la capital.

—Hace semanas que estamos buscando los nuevos calabozos y seguimos sin saber nada —apuntó Verity—. ¿Qué te hace pensar que hoy será diferente?

—¡Porque tiene que serlo! —contestó desesperada.

Verity tomó impulso y se sentó en la mesa, al lado del grimorio. Su perfume a lavanda invadió todos los sentidos de Rune. Los aromas florales estaban de moda, y Verity prácticamente se bañaba en uno que le habían regalado sus hermanas.

—Lo de codearse con patriotas y cazadores de brujas funcionaba hace un año —insistió su amiga—, pero la Guardia de Sangre se ha refinado. Ahora son más listos. Si queremos rescatar a Seraphine a tiempo, si la Polilla Carmesí tiene intención de seguir yendo un paso por delante de los cazadores, necesitamos una táctica mejor que esta. ¿Has reflexionado sobre mi idea?

—¿Esa que consiste en que renuncie a mi libertad y me case con un pretendiente petulante?

Verity puso los ojos en blanco.

—No seas dramática. Podrás despedirte de ir hecha un asco si planeas un matrimonio estratégico con alguien que te ayude a salvar brujas sin saberlo. —Empezó a hojear el grimorio con aire distraído, leyendo los hechizos por encima —. ¿Has visto a Charlotte Gong esta noche? Llevaba un anillo de oro en un collar.

—¿Y qué? —replicó Rune. La marca del hechizo ya se había secado, así que dejó la copa encantada sobre el escritorio. A nadie se le ocurriría buscar restos de magia en el fondo de su bebida, sobre todo en casa de una chica que odiaba a las brujas.

—Pues que se ha comprometido. Con Elias Creed. —Elias era el hermano

mayor de Laila y Noah—. Trabaja para el Ministerio de Seguridad Pública. Lo puse en el primer puesto de tu lista de solteros, ¿recuerdas?

—Qué pena —contestó Rune sin un atisbo de decepción. Se alegraba por Charlotte; tenía un carácter muy dulce y una vez le había dicho que las purgas de brujas le provocaban dolor de estómago.

—Pues sí, qué pena. Elias habría sido perfecto para ti. Aburrido, no demasiado inteligente, cercano a una fuente de información confidencial valiosa… Dentro de poco, todos los buenos estarán cogidos y te quedarás sin opciones.

—Podrías casarte tú y luego darme toda la información confidencial que saques.

Verity esbozó una media sonrisa.

—Lo haría si pudiera, pero nadie útil querría casarse con alguien más pobre que las ratas.

Por desgracia, era cierto.

La madre de Verity había odiado a las brujas tan profundamente que había delatado a sus hijas mayores a la Guardia de Sangre, y eso acabó en sus muertes. De ahí que Verity hubiese cortado todos los lazos con su familia y, de paso, se quedara sin su apoyo monetario. Rune sospechaba que la historia era aún más oscura de lo que su amiga contaba, a juzgar por cómo reaccionaba cuando la gente le sacaba el tema: se quedaba callada como un muerto y la mirada se le oscurecía como unas nubes de tormenta.

La permanencia de Verity en la universidad dependía de sus becas; becas que solo podía mantener si sacaba la nota máxima. De lo contrario, se quedaría sin techo, sin régimen de pensión completa y de patitas en la calle.

Rune se levantó y se dirigió a la ventana del dormitorio. El jardín laberíntico de su abuela se extendía bajo la mansión, iluminado por la luna creciente. El mar era como un negro espejo en la distancia.

No se sentía preparada para casarse. El problema no era que no estuviera enamorada de ninguno de sus pretendientes; Rune nunca había esperado amor. Desde la ausencia de su abuela, a veces se sentía viva solo a medias, como si el corazón se le hubiera marchitado dentro del pecho.

Ya no era capaz de amar, ni lo necesitaba. Lo que necesitaba era tomar la decisión más estratégica que estuviese en su mano. Sus reticencias se debían más bien al carácter definitivo de la misma, al yugo de atarse a alguien durante el resto de su vida; sobre todo cuando ese alguien no podría enterarse jamás de quién era ella en realidad.

«Pero Verity tiene razón —pensó—. Ha llegado la hora».

Para que un plan semejante fuera lo más eficiente posible, la persona elegida debía tener un conocimiento profundo de los secretos de la Guardia de Sangre. Quizá se estaba pasando de quisquillosa, pero, al leer la lista de solteros de Verity y tener en cuenta los que mejor conectados estaban, había sospechado que podía conseguir algo mejor.

Debía conseguir algo mejor.

Faltaba un nombre en esa lista.

—Noah Creed es una buena opción. Se dice que su padre lo está preparando para ser el próximo Buen Comandante… Pero es listo —dijo Verity, que todavía estaba observando los hechizos del grimorio—. Bartholomew Wentholt es mejor. No es tan astuto, y su madre es una famosa cazadora de brujas.

—Bart está obsesionado consigo mismo —protestó Rune mirando por la ventana.

—Sí, pero eso podría ser una ventaja para ti. No prestará mucha atención a tus idas y venidas si está ocupado mirándose en el espejo cada diez minutos.

Rune suspiró y volvió al escritorio. Verity había dejado el libro abierto en dos hechizos que Rune llevaba semanas intentando dominar: Cerrojo y Ganzúa. Servían para abrir y cerrar las puertas de las celdas.

—Está bien —cedió Rune con los brazos en jarras—. Este es el plan. Seduciré a Bart. Lo invitaré a mi cuarto y le ofreceré vino. —Miró la copa encantada con el Cuentaverdades—. Si la información que me proporciona es valiosa, lo elegiré a él. Si no, probaré suerte con Noah.

Si un candidato no tenía acceso a información útil o no era capaz de retener dicha información, era una pérdida de tiempo.

Alguien las interrumpió llamando a la puerta. A Rune se le aceleró el corazón. Aquel cuarto estaba escondido tras una pared falsa que ella siempre cerraba. No

quería que las sirvientas la descubrieran en el cuarto de los hechizos de su abuela.

—¿Señorita Winters? —la llamó una voz amortiguada.

Rune exhaló un suspiro de alivio. Solo era Lizbeth.

Después de que arrestaran a Kestrel, el personal de la Mansión Wintersea había huido en mitad de la noche. Nadie quería servir en la casa de una bruja conocida. O tal vez no querían servir en la casa de una informante. O, posiblemente, ambas cosas.

La única que se había quedado era Lizbeth.

—Los invitados están llegando.

—Gracias. Enseguida bajamos.

Rune cogió la copa encantada del escritorio. Se la dejaría a Lizbeth en la cocina, y esta la llenaría de vino y esperaría a que la llamara. Lo habían hecho tantas veces, con tantos pretendientes, que se sabían la rutina de memoria.

Rune miró a Verity, que se encogió de hombros y dijo:

—Sea Noah o sea Bart… Diría que cualquiera de los dos te conseguirá lo que quieres. En fin, mientras tú tomas tu decisión, Alex y yo descubriremos dónde tienen a Seraphine.

Se bajó del escritorio de un salto. Rune accionó la palanca de la falsa pared y la abrió. Esperó a que Verity saliera del cuarto de los hechizos y luego la siguió.

—Ayer estaba pensando mientras le daba de comer a Henry… —continuó Verity.

Henry era una araña. Una araña «mímica», como a Verity le gustaba señalar. Rune se estremeció al acordarse de la colección de arácnidos que Verity tenía en los frascos que colocaba en la estantería de su dormitorio. Eran para un proyecto de investigación en el que estaba trabajando.

—¿Recuerdas que te conté que la araña mímica come pequeños mamíferos?

En realidad, Rune habría preferido no recordarlo. Odiaba a las arañas, y ahora se estaba acordando de la última vez que había ido a visitar a su amiga a su residencia, y esta le había dado un tarro enorme en el que había una criatura brillante con las patas largas que miraba a Rune fijamente mientras se daba un festín con una cosa peluda dos veces más grande que ella. Debía de ser un ratón.

—Sus telarañas deben ser lo bastante fuertes para atrapar y retener comida mucho mayor —siguió Verity sin darse cuenta del asco que sentía Rune—. Fingen debilidad y sus gritos atraen a roedores en busca de una presa fácil. Sin embargo, cuando el cazador cae en la telaraña de la araña mímica, se convierte inmediatamente en cazado. Y, una vez atrapados, la araña los devora poco a poco durante días. Se los come vivos. —Verity le dirigió una mirada penetrante—. Esta noche tú tienes que ser como la araña mímica.

Rune arrugó la nariz.

—Qué… Qué asco.

Sin embargo, la imagen se le quedó grabada en el cerebro.

—Si puedo evitarlo, ¡nunca voy andando a ningún sitio! ¿Para qué voy a andar si tengo tres carruajes preparados para llevarme adonde quiera?

Bart Wentholt estaba matando a Rune de aburrimiento. Esta había tenido que contener un bostezo mientras paseaban por el salón de baile, que estaba en ese momento lleno de vida, repleto de invitados que danzaban.

—¿Por qué no me acompañas a un paseo en el más nuevo? —prosiguió—. ¿Qué te parece este domingo? Aunque tendrá que ser por la tarde, por supuesto. Nunca me levanto antes de mediodía.

«Muy conveniente —pensó Rune—. Yo me acuesto a mediodía».

Bart miró hacia las ventanas y su reflejo le devolvió la sonrisa. Rune quiso cruzar una mirada con Verity y poner los ojos en blanco, pero había demasiada gente observándola: Alex, que solo estaba enfrascado a medias en una conversación a unos metros de distancia; Noah, que bailaba con una chica en el otro extremo del salón… Y varios jóvenes más que formaban parte de la lista «Candidatos para tener en cuenta» de Verity, todos ellos listos para atacar en cuanto Bart se despistara un segundo.

Así que se limitó a juguetear con el lazo azul cielo que llevaba atado a la muñeca. Era de seda y tenía bordado el emblema de los Winters. El resto de los lazos ya se los había dado a los jóvenes que se los habían pedido al principio de la noche. Rune se había guardado el último para Alex, como hacía siempre.

Además de ser una forma de pasarse información sin levantar sospechas, bailar con él era un soplo de aire fresco que agradecía cada vez.

—¿Estará tu madre en casa? —preguntó Rune con la esperanza de que no resultara demasiado directa—. ¡Me encantan sus historias de cacerías de brujas! ¿O está muy ocupada con la Guardia de Sangre?

—Oh, ¿no te has enterado de la terrible noticia? —Bart seguía admirando su reflejo. Se apartó un mechón de cabello cobrizo para que cayera de forma más estilosa hacia un lado, como si la noticia que estaba a punto de darle no le afectase lo más mínimo—. La retiraron con honores la semana pasada. Una de las bestias a las que intentaba dar caza le cortó el tendón del tobillo de un navajazo. No volverá a andar como es debido.

«¿Qué?».

—¡Eso es terrible!

Terriblemente inoportuno. Rune hizo una mueca. La única razón por la que tomaba a Bart en consideración era por el puesto de cazadora de brujas de su madre. Lo tachó mentalmente del primer puesto de la lista de Verity y empezó a volver su atención hacia el joven que ocupaba el segundo: Noah Creed.

Cuando terminó la canción que estaba tocando el cuarteto que había contratado, Noah detuvo su mirada sobre ella, que se toqueteaba el último lazo de la muñeca, destinado a la siguiente canción. Miró adonde Alex bailaba con Charlotte Gong, que, en efecto, llevaba una cadenita de la que colgaba un anillo de oro. Según la creencia popular, llevar un anillo en el dedo antes del día de tu boda daba mala suerte, así que las chicas presumían de sus anillos de compromiso de aquel modo.

Apartó la vista del anillo de Charlotte y la fijó en Alex.

Claro que había pensado en él como en una solución a su problema con los pretendientes. Era su mejor amigo, como un hermano para ella. Tal vez no hubiera nada romántico entre ellos, pero había buenos matrimonios que se habían construido sobre bases mucho menos sólidas.

El problema era que Alex no era la opción más estratégica. Si la principal directriz de Rune era conseguir acceso a una fuente de información valiosa y recurrente, elegir a Alex era poco práctico. Ya compartía con ella, por voluntad

propia, cualquier información que obtuviese.

Así que Rune apartó la vista de él y la detuvo de nuevo en Noah. Si lograba desembarazarse de Bart —que en aquel momento se estaba valiendo de su reflejo para ajustarse la corbata—, podría darle el lazo que se había reservado antes de que tocasen la última canción.

«Parece que ya he tomado una decisión», pensó, tragándose la decepción.

Noah era más que aceptable. Era el hijo del Buen Comandante, el hombre más poderoso de la República. Y su hermana Laila era una cazadora de brujas. Así pues, cuando el murmullo de los instrumentos se acalló, indicando el final del baile, Rune abandonó a Bart con su reflejo. Probablemente, tardaría varios minutos en darse cuenta de que se había quedado solo.

Se quitó el lazo de la muñeca, se pintó una sonrisa en la cara y, mientras se preparaba para continuar un ratito más con su agotadora farsa, alguien se cruzó en su camino y se interpuso entre ella y su objetivo.

—Ciudadana Winters.

Rune dio un respingo al oír la voz. En su mente, empezaron a repicar campanas como si se estuviera anunciando un incendio, como si hubieran saltado todas sus alarmas.

Conocía aquella voz. Esa noche no era la primera vez que la oía.

Gideon Sharpe.

¿Qué hacía en su salón de baile?

Su cerebro empezó a reaccionar, preparándose para paralizar su cuerpo u obligarla a huir, pero entonces vio la flor que le tendía.

—Le debo una disculpa.

«¿Una qué?».

Sostenía la rosa sobre la palma de la mano, dejando que el tallo se colara por entre sus dedos. Si había existido una rosa más perfecta, Rune jamás la había visto. Los pétalos de color carmesí nacían desde el centro formando una espiral y se inclinaban ligeramente hacia atrás, como si estuviera a medio florecer.

—Antes he sido poco considerado —continuó tendiéndole la rosa—. Y poco cortés.

Consciente de que eran el centro de todas las miradas, aceptó la rosa a

regañadientes y descubrió que el tallo no estaba lleno de espinas, que ni siquiera estaba vivo, sino que era suave y liso. La miró más de cerca y descubrió que era seda del color del jade enrollada en un alambre. Los pétalos también eran de tela. Estaban cosidos por los bordes con la mayor de las delicadezas.

Rune echó un vistazo al traje gris de Gideon. No era habitual que ella viera una prenda y no supiera de inmediato quién la había diseñado. La moda era su especialidad. Sin embargo, el estilo de aquel traje le resultaba totalmente desconocido. «¿Será *vintage*?», se preguntó impresionada, muy a su pesar, por lo bien que le quedaba.

Sin el uniforme, parecía aún más ancho y corpulento.

—Acababa de volver de una cacería agotadora —se explicó Gideon—. No es excusa, pero el cansancio me volvió un poco irritable. Estaba algo fuera de mí.

Ella levantó la vista y lo miró a los ojos. Cuando sus miradas se cruzaron, el salón se quedó en silencio. Las luces, las voces y los vestidos de sus invitados se difuminaron por completo, y solo quedó espacio para un pensamiento que la dejó helada.

«Gideon Sharpe es el nombre que falta en mi lista».

Aquello le resultaba tan terrorífico como tentador.

Sin embargo, una cosa era convertirse por la noche en la Polilla Carmesí, la justiciera que rescataba brujas de su ejecución siempre un paso por delante de la Guardia de Sangre —un peligro al que estaba acostumbrada…—, y otra muy distinta seducir al cazador de brujas más letal de todos, un soldado frío y despiadado que deseaba acabar con la vida de la Polilla Carmesí por encima de todo lo demás.

«Tendré que fingir más que nunca».

Esconder constantemente la verdad sería el mayor desafío al que Rune se había enfrentado jamás. Estaría siempre en peligro.

Sin embargo, el riesgo merecería la pena… Porque Gideon Sharpe era, sin lugar a duda, la elección más táctica. Si Gideon y ella se cortejaban, Rune tendría acceso exclusivo a toda la información que necesitase para salvar a cada una de las brujas… en ese momento y en el futuro.

Carraspeó y dijo:

—Qué oportuno. —Si hubiera llegado quince segundos más tarde, la decisión ya estaría tomada: habría estado ya en brazos de Noah—. Aceptaré sus disculpas de buen grado… —Alzó el lazo que se había quitado de la muñeca y se lo ofreció—. Si me concede este baile.

Nueve

Gideon

Normalmente, Gideon hacía todo lo que estuviera en su mano para evitar ese tipo de fiestas. Así pues, cuando Rune le tendió ese lazo, no tenía ni idea de qué hacer con él. Estaba suspendido en el espacio que había entre los dos, reflejando la luz. Cuando los demás invitados enmudecieron y clavaron sus miradas en aquel idiota plantado torpemente ante su anfitriona, Gideon recordó que estaba fuera de lugar. Que la revolución había cambiado mucho las cosas, y a la vez nada en absoluto.

Seguía siendo el hijo pobre de un sastre pobre, y el traje pasado de moda que lucía se lo confirmaba a todo el mundo. Gideon había crecido jugando en suelos sucios, comiendo sopa aguada para sobrevivir a los crudos inviernos y notando como su ropa, cada día más harapienta, se le quedaba pequeña porque no había dinero para comprar nueva. Mientras tanto, la gente que ahora lo miraba con los ojos muy abiertos comía de platos bañados de oro, le daba las sobras a sus gordos perros y renovaba su armario al final de cada temporada.

Mientras Gideon guiaba a un grupo desesperado de hombres por los sótanos infestados de ratas del palacio para asesinar a las tiranas en sus camas, aquellos «revolucionarios» no habían siquiera tocado una pistola. No se habían manchado las manos en absoluto. En lugar de perder a sus seres queridos en la batalla de la víspera del Nuevo Amanecer, muchos de aquellos aristócratas se habían limitado a entregar a sus seres queridos a la purga, traicionando a amigos y familiares para mantener su estatus social en la Nueva República después de haber pasado años dorándole la píldora a las Reinas Hermanas. Para ellos la política no era

una cuestión de vida o muerte, sino que consistía en cambiar vestidos pasados de moda por cualesquiera que fuesen las últimas tendencias.

Gideon habría preferido abrirse paso a caballo a través de un metro de barro, colina arriba, en un maldito huracán, antes de codearse con aquella gente.

Y Rune Winters era la peor de todos.

El roce de unos dedos cálidos sobre su muñeca rompió el hechizo que parecía haber embrujado el salón. Gideon bajó la vista y vio que la mismísima anfitriona le estaba atando el lazo azul en la muñeca. La piel le picaba donde ella lo había tocado. Luchó contra el instinto de excusarse, cruzar las puertas y no mirar atrás; se obligó a quedarse quieto, pensando en el informe de Harrow. En la firma mágica que habían encontrado en el carguero de Rune.

«Si estás aquí es por la Polilla, y, cuanto antes la atrapes, antes llegará el momento en el que hayas condenado a la purga hasta a la última bruja de este mundo».

Estudió a la chica que tenía delante. «¿Eres tú?».

Le parecía absurdo. La hija predilecta de la Nueva República, abriendo los cerrojos de sus calabozos, fugándose con sus prisioneras en mitad de la noche y asesinando en la calle a soldados de la Guardia de Sangre. Y, sin embargo, podría ser la razón por la que no había logrado cazar a la Polilla en dos años: porque se podría haber ocultado con maestría ante los ojos de todo el mundo.

Cuando Rune terminó de atar el lazo, se puso la rosa de seda en el cabello rubio rojizo, que se había recogido en una trenza en forma de media corona en la nuca. Gideon se había pasado dos horas fabricándola para ella, sintiéndose ligeramente mareado cada vez que cosía un pétalo. Las rosas siempre hacían resurgir recuerdos dolorosos. Pero el consejo de Harrow —cortejar a Rune— resonaba en su cabeza; y su madre nunca podía resistirse a las rosas de seda que su padre le hacía cuando discutían.

Por supuesto, todo aquello fue antes de que las Reinas Hermanas la hicieran perder la razón.

—Oh, vaya. ¡Qué torpe! Lo estoy estropeando…

Gideon bajó la vista y vio que Rune se había liado con el tallo de la rosa, que ahora estaba enganchado en su pelo.

—A ver, permítame…

Rune bajó las manos, y él empezó a separar los mechones de pelo dorado del tallo de alambre. Estaban tan cerca que su fragancia permeaba el aire. Gideon se puso tenso, recordando a otra chica, otra fragancia. Sin embargo, no había olor a magia en Rune. Lo único que olía era la brisa marina, salada, que entraba por las ventanas abiertas.

«Eso no significa nada».

Tras un largo baño, Cressida tampoco olía a magia.

«Cressida».

Su nombre era como un rugido en su mente. ¿Habría cenado Cressida bajo aquel techo? Por lo que sabía él, Cressida y Rune podrían haber sido amigas.

Tragó saliva, intentó obviar la desagradable sensación que se le había alojado en la garganta y metió con cuidado la flor en la trenza de Rune hasta que se quedó fija, bien colocada hacia un lado. Como llevaba su madre las flores que le hacía su padre.

La música empezó antes de que pudiera dar un paso atrás. Levantó la vista y se vio rodeado por parejas de bailarines.

Rune le tendió la mano enguantada, colocándola en el aire, con una chispa en la mirada. Dio un paso al frente y le puso la otra mano en el hombro.

—¿Preparado, capitán Sharpe?

Gideon se puso tenso bajo el ligero peso que ejercía la mano de ella.

«¿Qué estoy haciendo?».

No conocía la canción, y mucho menos los pasos o la danza que la acompañaran. A diferencia de las parejas que bailaban a su alrededor, que se deslizaban y giraban al compás de la melodía, cada uno espejo del otro, Gideon estaba plantado como una estatua frente a Rune, que mantenía la postura con gracia, preparada para bailar.

La chica enarcó las cejas, como diciéndole: «¿A qué esperas?».

Sintió que el rubor le trepaba por el cuello.

—Señorita Winters…

Ella debió de darse cuenta de lo que ocurría por su tono de voz, porque bajó las manos y retrocedió:

—¡Oh! No… No sabe.

La mayoría de sus amigos los observaban. Algunos esbozaban una sonrisilla, otros murmuraban, tapándose la boca con la mano. ¿Se estaban riendo de él? ¿Se estaba riendo Rune de él?

De nuevo, pensó en otra chica. En otra fiesta. Una celebración en la que lo habían exhibido y humillado. Creía haber apagado aquella vergüenza, pero ahora llameaba de nuevo, como unas ascuas que hubieran revivido.

Harrow se equivocaba. Gideon no tenía ninguna oportunidad de cortejar con éxito a una chica como Rune. Acababa de llegar y ya la estaba avergonzando. Cuando ella se diera cuenta de que no disponía ni de riquezas ni de una gran mansión —después de la revolución, le había cedido su botín de guerra a Alex—, también se reiría de él. Si es que no lo estaba haciendo ya.

Tenía que arreglar aquello como fuera.

Con el consejo de Harrow en mente, se inclinó, eliminando así la distancia que los separaba, y le dijo al oído:

—Si estuviéramos en otra clase de fiesta, te daría una respuesta distinta.

En ese momento resurgió otro recuerdo que llenó su mente con la melodía rítmica de un violín. Casi podía ver a su hermana pequeña vestida con su camisón de algodón, despierta, a pesar de que era muy tarde y debería haber estado en la cama. La humedad de las cocinas hacía que el pelo se le rizase y se le pegase a la piel, sudorosa de bailar con los friegaplatos, que se habían remetido toallas de algodón en las cinturas de los pantalones. El cocinero, con las mejillas sonrosadas por el calor de los hornos, tocaba el violín en una esquina, mientras el resto del personal de palacio daba palmas, zapateaba y se pasaba un odre lleno de cerveza, para luego unirse también al baile.

Gideon no tenía muchos recuerdos felices.

Aquel casi le hizo sonreír.

Sin embargo, a medida que el recuerdo se difuminaba y las luces parpadeantes del salón de baile recuperaban su nitidez habitual, recordó que Tessa no estaba con él. Había enterrado muy hondo a su hermana pequeña en la tierra, en un lugar donde nunca volvería a bailar.

Por culpa de una bruja.

Entonces recordó dónde estaba y quién era la persona que tenía delante: una chica que tal vez fuese una bruja escondida tras un disfraz, una chica que amaba ser el centro de atención, y dijo:

—Parece que he escandalizado a tus invitados. Me pregunto si deberíamos darles algo más de lo que hablar.

Rune lo miró a los ojos, claramente intrigada:

—¿Y qué se te ocurre?

«Que estés sola».

Sola sería vulnerable.

—¿Me enseñarías tu casa en privado? —Aquello le ofrecería la posibilidad de buscar señales de brujería no solo en Rune, sino también en su casa.

Curvó la boca en una bonita sonrisa.

—Por supuesto. Te lo tendría que haber ofrecido yo. —Lo sorprendió cogiéndolo de la mano. La tenía más pequeña de lo que él pensaba; era casi la mitad de la suya—. Acompáñame.

Gideon dejó que lo guiara a través de los invitados, que no dejaban de murmurar, esparciendo sus habladurías como moscas. Para ser tan menuda, Rune le agarraba la mano con fuerza. Tiró de él hacia la gran escalinata que había al otro lado de la sala. Luego le soltó la mano y empezó a subir, alejándolos del ruidoso salón.

Al llegar a la mitad de la escalera una voz conocida lo llamó desde abajo.

—¿Gideon?

Se quedó de piedra con una mano en la barandilla. Sin embargo, enseguida se volvió para mirar a su hermano, que estaba al principio de las escaleras. Alex había dejado la chaqueta de su traje en algún sitio del salón, mostrando los tirantes marrones y la blanca e inmaculada camisa. Miró a Rune, que esperaba en lo alto de la escalera, y de nuevo a Gideon, que estaba entre los dos, y finalmente reparó en el lazo azul pálido que llevaba atado a la muñeca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alex—. Si tú odias las fiestas.

—No todas —respondió Gideon, recordando de nuevo las de las cocinas de palacio después de la medianoche a las que iba con su hermana.

—Estas sí. Lo que significa que estás de caza.

—Me ha invitado Rune —replicó Gideon un poco a la defensiva.

—No lo dudo. —Alex miró a la chica con los ojos entornados y le dijo—: Quiero el baile que me corresponde ahora.

Gideon miró atrás y vio que Rune estaba fulminando a Alex con la mirada.

Cielo santo. ¿En qué se había metido?

Era evidente que Rune no quería bailar con su hermano y además, si de verdad era la Polilla, Gideon no quería que él se acercase a ella.

—Me ha prometido que me iba a enseñar la finca.

—Ya te la enseñaré yo —replicó Alex mientras empezaba a subir—. Después de mi baile con Rune.

Alex ni siquiera lo miraba. Su mirada gélida estaba fija en la de Rune.

No pretendía meterse en una batalla como aquella, pero, si quería convencer a Rune de que pensaba competir en serio por su afecto, debía dejárselo claro. Sin embargo, hacerlo crearía entre su hermano y él una sima donde ya había un gran quiebre. La grieta se había abierto años antes y no había hecho sino crecer desde entonces.

Recordó las firmas mágicas del carguero de Rune.

«No pude proteger a Tessa —pensó mientras contemplaba a su hermano—, pero todavía puedo protegerte a ti».

Cuando estaba a punto de detener a su hermano, la misma Rune se interpuso entre ellos. Alex estaba más abajo, mirándola.

—La canción ya se ha terminado, Alex. Tendrás que esperar hasta el próximo baile.

Y, sin darle tiempo a discutírselo, dio media vuelta, con el vestido cobrizo brillando bajo la luz, y dejó a su espalda a ambos hermanos. Al final de la escalera, miró atrás. Aunque los ojos le chispeaban bajo el resplandor de las luces de gas, allí estaba más oscuro y las sombras le endurecían los rasgos:

—¿Vienes, Gideon?

Él hizo una pausa y le dirigió a su hermano una mirada de disculpa.

«Lo hago por ti».

Pero Alex no parecía herido sino preocupado.

Y Gideon no sabía muy bien por quién, si por él o por Rune. Pero no tenía

tiempo de descubrirlo. Volvió su atención a la tarea que tenía entre manos —desenmascarar a la Polilla Carmesí— y acudió a toda prisa junto a la chica. Y juntos dejaron la fiesta, y a Alex, atrás.

Diez

Rune

Estaba tan irritada que sentía un cosquilleo en las puntas de los dedos. Sí, Alex le había advertido de que se mantuviera alejada de su hermano. Y sí, Rune le había hecho caso omiso. Sin embargo, contaba con recibir una regañina por su parte, no un intento de sabotaje.

Tendría que atajar aquellas intromisiones de raíz… En cuanto se hubiera ganado a Gideon.

«¿Y cómo voy a hacer eso?», se preguntó.

Aquella noche, esperaba abandonar la fiesta con Bart o con Noah. Gideon era un hombre muy distinto. No solo se ganaba la vida cazando brujas, sino que también cabía la nada descabellada posibilidad de que sospechara que Rune era una. Podía incluso ser la razón por la que estaba allí.

Se preguntó por qué habría cambiado de opinión. ¿De veras su descortesía en el palco de la ópera la había causado la fatiga? ¿O había descubierto algo sobre Rune que quería investigar él mismo?

No podía confiar en él; de eso estaba segura.

Rune pensó en la araña mímica de Verity, Henry, que fingía ser débil para atrapar a los depredadores en su red.

Verity tenía razón. Debía ser como Henry.

Rune había invitado a su depredador más peligroso al corazón de su casa y ahora debía tenderle una trampa para vencerlo al igual que había derrotado a tantos otros antes que a él: ofreciéndole vino de la copa que había encantado. El Cuentaverdades lo compelería a confesarle la verdad sin darse cuenta de que

estaba obligado a contarla.

Gideon la alcanzó en pocos pasos, y ella recordó la escena del salón de baile. Le había sorprendido que no supiera bailar; Alex era un experto bailarín.

«Pero eso es porque yo le enseñé», pensó. Era evidente que a Gideon no le había enseñado nadie.

Si hubiera sabido que no sabía bailar, jamás se lo habría pedido. Humillarlo de aquel modo delante de todos sus amigos no la ayudaría a ganarse su afecto. Y, a juzgar por la tensión que había en sus hombros y su rigidez al caminar, todavía no había bajado la guardia.

Si quería que cayera en su trampa, primero tenía que lograr que se sintiera cómodo.

—Disculpa a mis invitados. Eres una novedad. Supongo que te habrás dado cuenta. No podían evitar mirar.

Él echó un vistazo a su alrededor. Se fijó en todo, desde las baldosas azul pálido hasta las columnas de mármol que enmarcaban aquella sala.

—¿Es una manera educada de decirme que no tengo pedigrí?

—¡En absoluto! —Forzó una carcajada, acomodándose poco a poco a su personaje—. Solo hay que ver el traje que te has puesto.

—Era de mi padre —respondió a la defensiva.

Rune frunció el ceño y aminoró la marcha. «Se cree que me estoy riendo de él». ¿Cómo era posible que lo estuviera estropeando de aquel modo?

—Un momento… —Frunció el ceño de nuevo al entender lo que acababa de decir—. ¿Era de tu padre o lo hizo tu padre?

—Las dos cosas.

Rune se detuvo en seco. Gideon estaba unos pasos por delante y, al darse cuenta de que ya no la tenía al lado, se volvió para mirarla.

—Gideon… Llevas un traje *vintage* fabricado por el Dueto Sharpe ¿y crees que mis invitados se están riendo de tu falta de pedigrí?

Ladeó la cabeza:

—¿No?

Ella se lo quedó mirando. «No tiene ni idea».

Su abuela y sus amigas no tenían nada hecho por el Dueto Sharpe, pero no

porque no lo hubieran intentado. Hasta ese mismo momento, Rune ni siquiera había visto una de sus prendas tan de cerca.

—Un coleccionista pagaría decenas de miles de dólares solo por esa chaqueta. Es extremadamente rara.

—Porque mis padres están muertos. Eso es lo que quieres decir.

Rune se estremeció. Técnicamente, sí. Que ya no estuvieran vivos para elaborar más prendas aumentaba el valor de las que existían. Sin embargo, los diseños de los Sharpe ya habían sido raros cuando estaban vivos. Después de que las Reinas Hermanas los contrataran, Sun y Levi Sharpe solo cosieron para las Roseblood, que se aseguraron de que los originales fueran escasos.

Seguro que Gideon lo sabía.

—Lo que estoy intentando decir es que si mis invitados te estaban mirando así era porque eres Gideon Sharpe, una leyenda viva. Un héroe que arriesgó la vida guiando a los revolucionarios por palacio y matando con sus propias manos a dos reinas brujas. —El asombro que había en su voz no era ninguna farsa. Que Rune lo despreciara profundamente por lo que había hecho no quitaba que reconociera el coraje que había mostrado—. Te miran porque estás en la misma fiesta que ellos. No eres famoso por aceptar invitaciones, precisamente.

—Lo que quieres decir es que carezco de los modales más básicos. —Asintió con ademán comprensivo—. Aunque no sé en qué se diferencia eso de carecer de pedigrí.

Ella gimió ligeramente. Parecía decidido a malinterpretarla. Pero entonces, para su sorpresa, le sonrió. Si es que a ese ligero espasmo de la comisura de la boca se le podía llamar sonrisa.

«¿Me está… chinchando? —se preguntó. Un rubor producto de la furia le trepó por el cuello—. ¿Se ha estado riendo de mí todo el rato?».

Al ver que se sonrojaba, Gideon sonrió del todo, curvando los labios hacia arriba durante varios segundos. Rune apartó la vista e intentó concentrarse. «No te olvides del plan. Tiéntalo».

—Si vinieras más a mis fiestas… —le dijo mientras se acercaba poco a poco a él—. Te aseguro que sabrías cómo bailar una canción cuando una chica te lo pidiera.

—¿Te estás ofreciendo a darme clases?

La pregunta la cogió desprevenida.

«¿Lo estoy?».

Rune había enseñado a bailar a su hermano. Alex había sido un alumno entusiasta y había dejado que Rune marcara el paso de buen grado. Dudaba de que Gideon estuviera dispuesto a someterse a lo mismo.

—Yo…

—Estoy seguro de que una chica como tú tiene otros menesteres a los que dedicar su tiempo.

Pero no los tenía. Al menos, no durante el día, que estaba repleto de compromisos sociales: pícnics, almuerzos, paseos en carruajes… Y todo para poder enterarse de las habladurías, estrujando a sus amigos como si fuesen toallas mojadas, esperando desesperadamente que aquello la ayudara a salvar a más brujas.

Pero él no parecía muy interesado.

—No hace falta que desvíes el tema —replicó—. Puedes decir que no quieres bailar conmigo y listo.

Él levantó la mirada con brusquedad.

—No quería…

Esa vez fue él quien se detuvo en seco. Cuando Rune se volvió para mirarlo, lo encontró apretando los dientes y rascándose la barbilla.

—Tengo una contraoferta —le dijo él mirando en dirección al salón de baile—. Podrías acompañarme a una fiesta de verdad. No habrá vestidos largos, ni músicos a sueldo. No habrá canciones con pasos ridículos… —Se interrumpió y la examinó bajo la luz de gas, que parpadeaba—. Pero una chica como tú no permitiría que la pillaran bailando con la chusma en locales de dudosa reputación.

En realidad, se emocionaba solo de pensarlo.

Aunque no debería.

—¿Y quién dice que me pillarían? Dime el sitio y el lugar, y allí estaré.

Él arrugó al frente.

—Tenga cuidado, señorita Winters, o tal vez le tome la palabra.

—¿Tan seguro estás de que voy de farol?

De nuevo, un espasmo en la comisura de su boca. Como si quisiera sonreír.

Se sintió victoriosa.

Sin embargo, decidió dejar el tema y subió a la tercera planta por otra gran escalinata. Allí, unas puertas dobles llevaban al segundo salón más grande de la mansión.

—Esta es la sala favorita de Alex.

Gideon entró tras ella en la amplia estancia, donde se apreciaba un ligero olor a té rancio y libros viejos. Frente a ellos se erigían unos ventanales del suelo al techo, igual de altos que si ocuparan tres plantas. Los ventanales daban a los jardines de su abuela y, más allá, se veían los acantilados que caían hasta el mar. En el agua, en la distancia, el reflejo de la luna era como la llama de una vela blanca que parpadea entre las olas.

Rune encendió las lámparas de gas, que arrojaron su luz por toda la sala, y contempló a Gideon recorrerla, trazando un círculo con sus pasos y observando las estanterías llenas de libros que cubrían las paredes, los balcones del segundo y el tercer nivel y la escalera de caracol que llevaba hasta arriba.

—¿Tienes algún grimorio por aquí? —murmuró él.

A Rune le dio un vuelco el corazón.

Tras el Nuevo Amanecer, el Buen Comandante había decretado que todo objeto utilizado para la brujería era contrabando. Encontrar un grimorio en posesión de un ciudadano era suficiente para acusarlo de simpatizar con brujas.

—Mira todo lo que quieras —repuso ella, ocultando el terror detrás de una sonrisa. Todos sus libros de encantamientos estaban escondidos en el cuarto de los hechizos—. No te detendré.

Gideon estaba a punto de responder cuando una enorme silueta cerca de la ventana llamó su atención.

—¿Eso es…? —Era el piano en el que Alex había dado sus primeras lecciones. Ahora tenía el suyo, pero seguía prefiriendo aquel. A menudo se pasaba el día entero allí, practicando—. No me extraña que Alex esté tanto tiempo aquí.

Alex iba cada día a la Mansión Wintersea a tocar el piano desde que tenía

once años. Rune odiaba aquellas clases con todas su fuerzas; odiaba tocar, odiaba incluso ver aquellas teclas blancas y negras, pero su abuela no le permitía dejarlas. Y Alex no solo estaba desesperado por tocar, sino que además tenía talento. Era una pena que su familia no pudiera permitirse pagarle las clases. Así que Rune chantajeó a su profesor para que le diera clases a Alex en lugar de a ella, y pasaron meses hasta que su abuela se enteró.

Gideon se acercó al instrumento y lo rodeó. Al final se detuvo al otro lado del banco, de cara a las teclas.

—¿Sabes tocar? —le preguntó ella.

—No. —Pulsó una tecla de color marfil. La nota mi resonó clara y fuerte por toda la sala—. El que tiene buen oído es mi hermano.

Rune asintió. Nadie tocaba de un modo tan bello como Alex. Incluso Kestrel había acabado aceptándolo, seducida por tanto talento.

—El día que llegó su carta de admisión del Conservatorio Real se la escondió a nuestros padres. —Gideon pulsó otra tecla, la esta vez, y la nota resonó desde el corazón del piano.

Rune frunció el ceño. Alex nunca se lo había contado.

—¿Por qué?

—Nuestra familia apenas podía pagar el alquiler. Ese tipo de matrícula estaba fuera de su alcance, y él no quería avergonzarlos.

Si Alex hubiera acudido a Rune, ella habría convencido a su abuela de que le prestara el dinero, o habría encontrado el modo de pagarlo ella misma. El Conservatorio Real era una escuela del Continente muy prestigiosa. Era tan difícil entrar en su programa de estudios de música que solo aceptaban a un puñado de estudiantes al año.

Pero Alex sí que había estudiado en el conservatorio, al menos durante unos años. Después de la revolución, abandonó el programa para no volver.

Así que ¿de dónde sacó el dinero?

Intrigada, se sentó en el banco, al lado de donde Gideon permanecía de pie.

—Y, si tu familia no podía permitirse la matrícula, ¿de dónde sacó el dinero?

Gideon pulsó la siguiente tecla —do central—, avanzando por el teclado, acercándose más a Rune. La progresión de notas que había elegido formaba una

tríada menor, una melodía melancólica. Sintió la tristeza de la música en su propio pecho.

—Tuvimos suerte. —Se le endureció la voz al pronunciar aquella palabra: «suerte»—. La ropa de nuestros padres empezó a llamar la atención de la aristocracia. —Otra tecla; otra nota triste. Aquella estaba tan cerca de Rune que la manga de su chaqueta le acarició el hombro desnudo—. Las dos reinas brujas mayores, Analise y Elowyn, se quedaron tan prendadas de los diseños de mi madre que los quisieron todos para ellas.

Gideon se puso justo detrás de Rune y su sombra se le extendió por la espalda. El movimiento la sobresaltó y se quedó paralizada, con el pulso acelerado. Sin quitar la mano de la tecla que acababa de tocar, deslizó la otra al otro lado de Rune y tocó las teclas a su derecha, fa y fa sostenido, encerrándola entre sus brazos.

El pelo de la nuca se le erizó. En aquel momento, no debían de separarlos más de un par de centímetros. A ella se le habían agudizado los sentidos, y se preguntó si la araña mímica podría subestimar su presa mayor y terminar atrapada en su propia red a veces.

Si sobrevivía a aquel encuentro, pensaba preguntárselo a Verity.

Oyó la voz de Gideon junto a su oído y notó su aliento en la mejilla.

—Analise le ofreció a mi madre un puesto como modista real, con la asistencia de mi padre y la mía. El sueldo anual era más que suficiente para mandar a Alex al conservatorio.

Rune tragó saliva, pero, con voz despreocupada, preguntó:

—¿Fue entonces cuando tu familia se trasladó a palacio?

—Sí, todos nosotros, a excepción de Alex. —Se hizo un largo silencio y luego, en voz baja, añadió—: Él escapó a aquello de lo que los demás no pudimos escapar.

«¿Qué significa eso?».

Alex casi nunca hablaba de su familia. Rune se había enterado de lo que sabía gracias a las habladurías de los demás: poco antes de la revolución, una terrible enfermedad le había robado la vida a su hermana pequeña. No mucho después, sus padres se ahogaron en un desgraciado accidente en el agua, y Gideon y él se

habían quedado huérfanos.

Pero le faltaban algunas piezas de la historia. Todo había empezado cuando las reinas habían contratado a los Sharpe. Hacia la mitad de la historia, tres miembros de la familia habían muerto. Y, en el desenlace, Gideon y Alex habían matado a las tres reinas mientras dormían.

¿Qué unía todos esos acontecimientos?

Rune había conocido a la más joven de las Reinas Hermanas. Cressida. La había visto solo una vez en una de sus fiestas de temporada. La reina bruja le había recordado a un elegante cisne, sereno y distante. Tenía la piel de porcelana, los ojos más azules que había visto nunca y una melena que parecía de marfil. Se había limitado a decirle un par de frases y luego se había marchado, como si flotara, junto a sus hermanas.

Cressida tenía fama de tímida y casi nunca salía de Thornwood Hall, su residencia de verano. Había quien pensaba que era una cuestión de orgullo, y que Cressida se creía mejor que los demás. «Es una reina —había pensado Rune entonces—. Es mejor que nosotros».

Recordó entonces uno de los rumores más maliciosos: el de su amante de clase baja. Nunca permitía que la acompañara a eventos ni apariciones públicas, como si aquel romance la avergonzara. La gente murmuraba en las fiestas, pero poca gente conocía el nombre del joven y, por supuesto, tampoco qué aspecto tenía. Podría haber sido perfectamente una mentira diseñada para crearle mala fama.

Y en este momento, dos años después del asesinato de Cressida y sus hermanas, junto con el de las brujas de su consejo, el chico que había llevado a los revolucionarios a palacio estaba detrás de Rune, respirándole en el pelo, con los dedos sobre las teclas de su piano.

«¿Por qué las mataste? —quiso preguntarle—. ¿Por qué nos odias tanto?».

Pero ya sabía la respuesta. Gideon odiaba a las brujas por la misma razón que el resto del mundo. Rune estaba muy versada en el odio de la sociedad a la que pertenecía. No lo mantenían precisamente en secreto.

«Para ellos somos escoria», le había dicho su abuela antes de la revolución, cuando los ánimos estaban empezando a cambiar. Antes de que asesinaran a las

reinas, ya habían empezado a organizarse motines y disturbios en las calles. Sacaban a rastras a las brujas de sus casas y las apalizaban; y cosas peores. Las hermanas Roseblood habían mandado a su ejército para ejecutar a los perpetradores como a perros, pero solo había servido para empeorar la situación. «Nos ven como una contaminación de lo bueno y lo natural. Temen nuestra magia como temen a la enfermedad».

Las hermanas nunca recibieron un sepelio digno, y nadie sabía todavía dónde yacían sus cuerpos. Circulaban teorías distintas, por supuesto. Que las habían quemado en la hoguera, tirado al mar o descuartizado para impedir su resurrección.

Nadie lo sabía.

Desde sus muertes, y desde el nacimiento de la Nueva República, el Buen Comandante le arrebataba la magia a cada bruja que se capturaba purgándola de su fuente: las ataban por los tobillos como a animales, les cortaban el cuello y las dejaban colgadas hasta que no quedaba una sola gota de sangre en sus cuerpos.

Rune se estremeció.

Y, como si lo hubiera notado, Gideon retiró las manos de las teclas del piano y dio un paso atrás. Ella acusó su repentina ausencia como si le hubieran quitado un abrigo demasiado pesado de los hombros; le permitió respirar de nuevo. Él se volvió hacia los miles de lomos de libros que recubrían las paredes, iluminados por la luz tenue.

—¿Te importa si echo un vistazo?

Aliviada por la distancia que había de nuevo entre los dos, hizo un gesto con la mano y contestó:

—Adelante.

Si él había vivido en palacio, lo había hecho entre brujas, lo que significaba que sabía interpretar las señales que indicaban que estaba entre una de ellas. Los grimorios eran una prueba irrefutable, pero no encontraría ninguno en aquella biblioteca. Las firmas mágicas eran otra, pero el único hechizo que había conjurado con la antelación necesaria para dejar una firma estaba en el cuarto de los hechizos de su abuela, donde Rune había encantado la copa que le había dado a Lizbeth.

«No hay nada que encontrar», se dijo sin apartar la mirada del cazador de brujas.

Tal vez había llegado el momento de recurrir a la copa. Gideon parecía sentirse cómodo, y, cuanto antes se enterase Rune de dónde tenían a Seraphine, antes podría rescatarla de la Guardia de Sangre. Debía hacerlo antes de que la trasladaran.

Tras observarlo contemplar los libros unos segundos le dijo:

—Leer es muy aburrido, ¿no te parece? A veces me agoto solo de ver tantos libros.

Gideon, que en aquel momento estaba mirando su colección de óperas y obras de teatro, la ignoró o no la oyó. La luz le iluminaba los dedos mientras acariciaba los títulos de los lomos gastados. Cuando llegó a la favorita de Rune —una sobre un héroe misterioso que arriesga su vida para rescatar a aristócratas en peligro—, sacó el libro de la estantería y lo abrió por la primera página. Rune apretó los dientes, molesta porque hubiera elegido precisamente ese. No quería que tocase algo que amaba tanto con las mismas manos con las que arrancaba la ropa de los cuerpos de las brujas. Con las que buscaba cicatrices en su piel. Con las que las entregaba a su purga.

—Para no gustarte leer, tienes muchos libros.

—Eran de mi abuela. Estaba obsesionada con los libros.

Rune acarició el banco del piano con las puntas de los dedos, conteniendo el impulso de decirle que soltara sus libros y no volviera a tocarlos jamás. Contó hasta diez, perdió la paciencia y dijo:

—¿Le gustaría ver el dormitorio de una bruja, ciudadano Sharpe?

Para su alivio, cerró el libro y lo devolvió a la estantería. Cuando se volvió para mirarla, sus ojos se habían convertido en dos profundos pozos.

—Nada me gustaría más, señorita Winters.

Rune se levantó del banco y tocó la campanilla para hacerle saber a Lizbeth que había llegado el momento de llevar a cabo la última parte de su plan.

Once

Rune

En su dormitorio ya estaban encendidas las luces. Las llamas arrojaban un resplandor tenue, como si la habitación hubiera estado esperando pacientemente a su dueña.

Rune se volvió hacia Gideon, que le recordó a un lobo al adentrarse en territorio desconocido: distante, desconfiado y preparado para enseñar los dientes a la primera señal de peligro.

Estudió la estancia con mirada de acero, fijándose en las paredes de color lavanda y el techo de cristal. Además de la cama de cuatro postes, el mobiliario era escaso, elegante y discreto. Tal y como a Rune, a la verdadera Rune, le gustaban las cosas.

La brisa del mar entró por las ventanas, alborotando el pelo del cazador.

—Este es tu dormitorio.

Ella dio una palmada.

—Exacto.

Era su lugar favorito. Su lugar seguro. Y acababa de invitar a un peligroso enemigo a entrar.

—Antes has dicho que pertenecía a una bruja. —Se acercó a ella poco a poco, clavándole la mirada.

—Le pertenecía a mi abuela, sí.

Gideon se detuvo.

«¿Pensabas que te lo iba a poner fácil?». Lo miró con el ceño fruncido. Aquel juego no se le daba muy bien.

De repente, oyeron unos pasos que se acercaban. Allí estaba Lizbeth, con una

bandeja con dos copas y un decantador de vino tinto.

—Su refrigerio, señorita Winters.

Rune asintió a modo de agradecimiento, y la sirvienta, que había representado aquel papel docenas de veces, llevó la bandeja a una mesita que había delante del sofá.

—Antes ha llegado un telegrama para usted. Se lo dejo junto a las bebidas.

¿Un telegrama? Debía de ser de alguien importante, de lo contrario, Lizbeth habría esperado hasta el día siguiente.

—Ah —añadió deteniéndose junto a la puerta—, y Verity la estaba buscando.

—Puedes decirle dónde estoy. Y que no tardaré en volver a la fiesta.

Rune esperó a que Lizbeth se marchara para arrellanarse entre los mullidos cojines del sofá. Levantó el decantador y sirvió vino para ambos. La copa encantada le vibraba bajo las puntas de los dedos. Cuando Gideon se sentó a su lado, se la ofreció.

Él negó con la cabeza.

—No, gracias.

Rune no retiró la mano. La mantuvo extendida y le acercó la copa.

—Oh, ¡tienes que probarlo! —Se obligó a sonreír—. Es de mi colección de añejos. Esta botella viene de las montañas umbrianas, del Continente. Lizbeth lo ha descorchado solo para nosotros. ¡Pruébalo! —Se lo acercó.

Gideon no hizo ademán de aceptarlo.

—No bebo.

«¿Cómo?». Unas gotas de sudor frío le rodaron por la espalda.

¿Por qué a Alex no se le había ocurrido mencionar un dato tan importante?

Tragó saliva, sosteniendo todavía la copa.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

Era extraño en ella, pero Rune se quedó en blanco. Su método siempre había sido aquel: elegía a un posible candidato, lo llevaba lejos de la fiesta valiéndose de sus encantos y luego le ofrecía vino hechizado. A veces conseguía la información que necesitaba y otras no, pero nunca porque rechazaran la copa.

—Por favor —añadió Gideon mientras la estudiaba con los ojos entornados—.

No te abstengas por mí.

«Ah, no, no se me ocurriría», pensó. Un traguito la relajaría y la ayudaría a tranquilizarse para encontrar otro camino. Dejó la copa encantada sobre la mesa y alargó una mano hacia la otra.

—¿Es que a esa le pasa algo?

Rune se quedó congelada, paralizada como un conejillo en una trampa.

—¿Qu… qué?

—La copa que me has ofrecido. La he rechazado y entonces la has dejado para coger la otra.

«Rayos», maldijo para sus adentros.

—¿Ah, sí?

«Rayos. Rayos. Rayos».

Extendió el brazo en el respaldo del sofá y se cogió de la estructura de madera de caoba, justo detrás de Rune.

—No estarías intentando drogarme, ¿no? —Esbozó una media sonrisa, como si estuviera coqueteando, pero sus ojos eran dos pozos de oscuridad y en ellos resplandecía una chispa amenazante y peligrosa.

«Lo sabe».

¿Qué le había dicho Alex aquella misma tarde? Que, si se atrevía a conjurar un hechizo en presencia de Gideon, este sería capaz de oler la magia en ella.

Intentó no dejarse llevar por el pánico. El olor de la magia era diferente en cada bruja. Rune solo era capaz de conjurar hechizos menores y crear ilusiones, para lo que se necesitaba una magia bastante débil, por lo que su olor no era fácil de detectar. De hecho, la única persona que alguna vez había reconocido el aroma de su magia era Verity. Unos meses después de la revolución, Rune había conjurado su primera ilusión antes de asistir a un baile. Verity, que entonces no la conocía, tendría que haberla delatado en cuanto la olió. Sin embargo, se llevó a Rune aparte y le aconsejó que tuviera más cuidado.

Eran amigas desde entonces.

«Aunque Gideon sospeche de mí…, no tiene pruebas».

Dejó la copa sobre la mesa y cogió la otra. La sostuvo de la parte de abajo con las dos manos para esconder las marcas mágicas que había dibujado, lo miró a

los ojos, se la llevó a los labios y dio un largo trago.

—Si está drogada, lo sabrás en unos minutos.

Él soltó la estructura de madera, flexionó el codo y apoyó la sien en el puño.

—Lo estoy deseando.

Mientras el alcohol invadía su cuerpo, calentándola hasta los pies, algo fluía con él.

Magia.

Era como la hiedra salvaje que entra en las ventanas de una casa, abriéndose paso a través de los cerrojos. Así es como sentía que el Cuentaverdades vencía sus defensas, la desinhibía y permitía que le sacaran sin esfuerzo lo que tenía dentro. Rune se agarró a la copa con fuerza y se preguntó cómo iba a salir de esa.

«Es tu hechizo —se dijo—. Contrólalo».

No tenía ni idea de si eso era posible. Nunca había probado Cuentaverdades con ella misma.

Sin embargo, aquel embrujo no forzaría a su víctima a ofrecer la verdad si no la apremiaban a ello. Si Gideon quería sacarle información, tendría que hacerle una pregunta. Y Gideon no sabía que había encantado la copa, y mucho menos que la había encantado con un hechizo para contar la verdad, así que, en teoría, no tenía ninguna razón para interrogarla.

«No va a pasar nada. Tranquilízate».

Pero era casi imposible. Se sentía como un animal acorralado.

Gideon estaba sentado a escasos centímetros de Rune, y resultaba fácil darse cuenta de que era mucho más grande y fuerte que ella. No pudo evitar reparar en el calor que emanaba de él, así como un aroma que no era solo a pólvora, sino también a algo más fuerte, como cedro recién cortado. Le resultaba tan agradable que le entraron ganas de acercarse a él.

Alarmada ante aquel instinto, se apartó de inmediato. Intentó no inmutarse a pesar de que todo parecía escapar a su control, y alargó una mano para coger el telegrama que Lizbeth había dejado en la bandeja. Empezó a desdoblarlo y preguntó:

—¿Eres abstemio por alguna razón en particular? —Si conseguía que siguiera

hablando, tal vez no le haría ninguna pregunta a ella.

—No me gusta perder el control sobre mí mismo.

—Pero ¿no es eso parte de la diversión? —Levantó los ojos para mirarlo.

Él apartó la vista, pero no antes de que se le oscureciera la mirada.

—Hace tiempo quizá habría estado de acuerdo contigo.

Rune bajó el telegrama y lo miró con curiosidad.

—¿Y bien?

—Hubo un tiempo en el que lo necesitaba para sobrevivir. Junto con otras sustancias más fuertes. —Apretó los labios—. O eso es lo que me decía.

«¿Sustancias más fuertes?». Rune se preguntó cuáles debían de ser. Años antes, durante el reinado de las Reinas Hermanas, el láudano había sido muy popular entre su abuela y sus amigas. «¿Se referirá a eso?».

—Seguro que Alex podría contártelo —añadió.

Frustrada por no poder sacarle la verdad a base de magia, insistió:

—¿Y si quiero que me lo cuentes tú?

La miró a los ojos. Los suyos estaban llenos de sombras, y no le respondió. Señaló el telegrama con la cabeza y preguntó:

—¿Un poema de amor de uno de tus admiradores?

—No… —Rune bajó la vista, empezó a leer y frunció el ceño de inmediato—. Es…

> Señorita Rune Winters
> Mansión de Wintersea
>
> Al Ministerio de Seguridad Pública le complace nombrarla invitada de honor en la Cena de los Luminarios de la próxima semana. Le rogamos que prepare un discurso que ensalce las nobles virtudes de la República. Hasta el jueves,
>
> AILA WOODS,
> ministra de Salud Pública

Rune sintió que le fallaban las piernas.

La Cena de los Luminarios era un tributo mensual a los héroes de la revolución, y el objetivo era afianzar la lealtad al régimen. Aquella vez, Rune pensaba perdérselo. El último le había resultado muy difícil de soportar.

Releyó el telegrama y se le cayó el alma a los pies.

Si rechazaba la oferta a ser la invitada de honor, el Tribunal interpretaría el gesto como un acto de deslealtad. No le quedaba más remedio que aceptarla.

No solo carecía del tiempo necesario para preparar un discurso: la Cena de los Luminarios la obligaba siempre a llevar a cabo una representación de la peor clase. Tendría que mostrarse orgullosa de lo que había hecho, fingir ambivalencia ante la violenta pérdida de la persona que más amaba. En su discurso, tendría que alabar a la República, clamar por un aumento de las purgas y denunciar la maldad de las brujas.

Tendría que escupir de nuevo en el recuerdo de su abuela.

Al principio, fingir le había resultado fácil. Era capaz de contener la ira y la pena. Sin embargo, cuanta más fidelidad juraba a la Nueva República, cuantas más brujas fracasaba en salvar, más difícil se le hacía.

Si no hubiera tenido otro centenar de razones para despreciar a Gideon Sharpe, con esta le habría bastado; él no necesitaba esconder quién era. Él no tenía que fingir odiar cosas que en realidad amaba.

Si no lo odiara tanto, tal vez lo habría envidiado.

Rune se apoyó en los cojines y dijo:

—¿La invitada de honor de este mes no iba a ser Lola Parsons?

Gideon miró el telegrama con el ceño fruncido.

—La guardia detuvo a Lola la semana pasada. —Cogió el papel con gentileza y lo leyó—. Uno de sus sirvientes informó de un avistamiento de una firma mágica en su sótano. Ella lo niega, pero creemos que estaba dando asilo a una bruja.

Vaya.

—¿Te han pedido que seas la invitada de honor? —preguntó. Rune asintió con poco entusiasmo, y él frunció todavía más el ceño—. ¿Y eso es malo?

Rune sintió cómo la respuesta, la verdadera, trepaba por su garganta.

«Sí. No lo soporto más. Si tengo que brindar con los villanos que asesinaron a mi abuela una sola vez más, tendré que prenderles fuego a todos».

La respuesta, la absoluta verdad, se le hinchaba en la lengua, presionaba contra su paladar. Sintió cómo pasaba por entre sus dientes y…

«¡No, no, no!».

Presa del pánico, Rune intentó pensar en otra razón por la que una invitación como esa la contrariara. Si conseguía pronunciar una verdad más pequeña antes de que se le escapara la más peligrosa, quizá lograra subvertir el hechizo.

—¡No tengo ningún vestido que ponerme!

Gideon retrocedió, sobresaltado por el arrebato.

Rune se tapó la boca con la mano para evitar que se le escapara la verdadera razón, pero la necesidad de soltarla disminuyó. Al menos, por el momento.

Él enarcó una ceja oscura.

—¿Eso es todo?

Maldición.

El impulso empezó de nuevo, porque no, no era todo. El Cuentaverdades rebuscaba palabras en las profundidades de su alma, como si sacara agua de un pozo.

«Odio esta República espantosa. La quemaría hasta los cimientos si pudiera, pero solo soy una persona y si no os sigo la corriente seguiréis matando a chicas como yo».

Esta vez, cuando las palabras amenazaron con salir a borbotones de su boca, Rune apretó las manos en sendos puños, intentando retenerlas mientras pensaba en algo —cualquier cosa— que decir en su lugar. Algo que no la condenara, aunque fuera cierto.

—¡No tengo tiempo de pedir que me hagan un vestido! ¡Mi modista está ocupada hasta el mes que viene, y la cena es en una semana!

Rune le dirigió una mirada patética que no era del todo falsa. Estaba sudando de pies a cabeza y el corazón le latía tan rápido que le dolía.

—Vaya. Es desafortunado, sí.

Pero el hechizo todavía no había acabado con ella. Seguía serpenteando por su garganta, amenazando con asfixiarla.

«Cuéntaselo —la apremiaba—. Cuéntale lo demás».

—Y… —Las palabras le picaban en la boca. Intentó tragárselas, pero no pudo —. Querrán que hable sobre mi abuela.

Ahora él sí que le prestó toda su atención. Le dirigió una mirada penetrante y

determinada.

—Y tú no quieres.

Ella negó con la cabeza. Le ardían los ojos; se le estaban llenando de lágrimas. La aterrorizaba acabar soltando lo demás. Se llevó las manos al cuello, dispuesta a estrujárselo si algo peor intentaba escapar de sus labios.

Una lágrima empezó a rodar por su mejilla. Gideon se ablandó de forma visible:

—Lo siento. Debió de ser duro que te criara una bruja.

No era una pregunta, así que Rune no tenía que responder. Sin embargo, su pecho seguía subiendo y bajando con violencia al compás de su respiración entrecortada.

En ese momento, él miró por detrás, y ella siguió su mirada. Entre las cortinas traslúcidas azul cerúleo de su cama, que estaban recogidas y atadas a los cuatro postes, se veía un enorme retrato. Kestrel Winters ocupaba casi todo el lienzo. Llevaba un vestido negro de terciopelo con detalles de encaje y los rizos recogidos hacia atrás, de forma que el artista había logrado capturar cada arruga y recoveco de su solemne rostro. En aquella pintura tenía casi sesenta años y su belleza a menudo le recordaba a Rune a la de un roble magnífico.

Sin embargo, lo que más llamaba la atención de quien observara el cuadro era la niña que la mujer tenía sentada en las piernas. Llevaba un vestido de encaje con lazos azul pálido, pero su elegancia terminaba allí. Estaba roja como un tomate de tanto correr, y el pelo rubio rojizo, que le habían peinado con mimo poco antes de posar, era una maraña enredada.

En las medias blancas, a la altura de una de las rodillas, había una mancha de hierba y, aunque le habían pedido que se quedara quieta, el artista no había podido obviar su energía en los trazos. Tenía ojos brillantes y traviesos, como si se estuviera aguantando las ganas de reír y lo lograra solo por educación.

Era el cuadro preferido de Rune. Siempre que lo miraba, sentía como si le estuviese intentando contar un secreto.

Conservar el retrato de una bruja a la que habías traicionado no era ilegal, pero podía levantar las sospechas de Gideon.

—Estuve a punto de tirarlo cuando la purgaron —dijo en voz baja—. Pero no

quería olvidar que el mal se esconde donde menos te lo esperas. Así que lo conservo, para que me lo recuerde.

Gideon podría haber interpretado que con el mal se refería a las brujas como Kestrel, pero, para Rune, el mal estaba en sus propias acciones, en lo que le había hecho a la persona que más quería.

—Eras muy mona —comentó él, observando con atención a la niña del cuadro.

Rune lo miró. El vino no había funcionado, pero ¿y las lágrimas?

«¿Es ese tu punto débil? —se preguntó—. ¿Las chicas que lloran?».

En cualquier caso, todavía no había perdido la partida. Necesitaba recuperar el control antes de que el hechizo la obligara a confesar verdades todavía más letales.

—¿Lo era? —lo chinchó—. ¿Ya no lo soy?

No podía sacarle la verdad con el vino encantado, pero tenía otros métodos para obtener información, métodos que había puesto en práctica con un buen número de cándidos jóvenes. La idea de utilizar aquellos trucos con Gideon le encogía el estómago, pero se había quedado sin opciones. Si quería salvar a Seraphine, necesitaba descubrir dónde la tenía encerrada la Guardia de Sangre. Y, estuviera donde estuviese ese lugar, Gideon debía de haberla encerrado allí él mismo.

Se volvió hacia ella con toda su atención, y ella se estremeció.

—¿Mona? No. —Los ojos le brillaban con la luz de las velas, atrayéndola—. No, no diría eso.

Ella le acarició la solapa de la chaqueta con suavidad.

—¿Cómo me describirías, pues?

Él se quedó en silencio, observando sus dedos.

Rune odiaba esta parte del juego. Las caricias seductoras, que la conducían inevitablemente a los besos, eran siempre el último paso, y el más desesperado, para obtener información.

Pero eran un mal necesario. Y ella haría cuanto estuviera en su mano para salvar a más chicas del destino que había corrido su abuela. Un destino al que ella misma la había condenado.

Gideon todavía no le había dado una respuesta.

—¿Y bien? —Le puso las manos sobre el pecho y se preparó para acariciarle los hombros—. Seguro que…

Entonces, él la cogió de la muñeca y la detuvo. Rune levantó la vista y vio que él estaba mirando fijamente la mano que le había cogido. Sin decir nada, deslizó la punta de los dedos por la palma de su mano con suavidad. Recorrió dedo tras dedo, muy despacio, como si supiera exactamente lo que hacía, y ella sintió que se le iba a salir el corazón por la boca. Era como si lo hubiera hecho miles de veces.

Tragó saliva. Su piel crepitaba allá donde él la tocaba.

Se inclinó hacia ella y, rozándole la mejilla con la suya, le dijo:

—Rune… —Notó su aliento cálido en el cuello—. ¿Quieres volver?

—¿Volver? —murmuró ella.

—A la fiesta. —Le acarició el cuello y la clavícula con el dedo—. Tus invitados se estarán preguntando dónde estás.

Le estaba ofreciendo una salida por si la quería. Como un caballero.

Se sobresaltó ante ese pensamiento.

Ella negó con la cabeza.

—Que se pregunten lo que quieran. A no ser que… —Se inclinó un poco hacia atrás para mirarlo a los ojos. De tan cerca, pudo distinguir que no eran negros, sino de un marrón muy oscuro—. ¿Quieres volver tú?

La miró con gesto incrédulo.

—¿Para hacer qué? ¿Charlar con Bart Wentholt? —Frunció el ceño—. Mantengo conversaciones más estimulantes con mi caballo.

Fue tan inesperado (¡un chiste de Gideon Sharpe!) que soltó una carcajada.

Él le soltó la mano y se quedó en silencio. Cuando dejó de reírse y lo miró, reparó en su expresión pensativa.

—Tu risa es como una mecha. Te ilumina —añadió él.

A Rune se le paró el corazón. Nadie le había dicho eso nunca.

«No es sincero».

Gideon Sharpe era un asesino frío y sin corazón, no un pretendiente afectuoso y tierno. Estaba jugando al mismo juego que ella, y era más habilidoso de lo que

pensaba.

El miedo le clavó sus garras.

Quizá traerlo a su dormitorio había sido un error.

Lo recorrió con la mirada, fijándose en su pecho ancho, en sus hombros, en los fuertes músculos de los brazos y en la sombra que le oscurecía las mejillas, que pronto se convertiría en una barba incipiente. Era mucho más corpulento que ella. Si quería, podía levantarla del sofá y llevarla a la cama.

Rune se quedó perpleja.

¿A qué venía esa ocurrencia?

Cogió la copa de vino con manos temblorosas. Ya no le importaba el hechizo —embrujada ya estaba—, así que dio otro trago con cuidado de tapar la parte inferior con las manos. Necesitaba tranquilizarse. Se miraron a los ojos por encima de la copa, y luego Rune la bajó con cuidado. Gideon, como si supiera el efecto que tenía sobre ella, se inclinó, y, de nuevo, se quedó allí, cerca, con la frente apoyada en su sien, acariciándole el brazo con ternura. La piel se le encendía con su tacto; sus caricias eran más fuertes que el vino y la cautivaban.

«¿Cómo es posible que se le dé tan bien?».

Cerró los ojos e intentó mantener el control.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Mi jornada empieza al amanecer.

«Su jornada para cazar brujas», se recordó. Era un cazador de brujas.

Cuando le acarició el lado de la cara con el pulgar, se vio obligada a reprimir un pequeño gemido. Era como un arma diseñada para ponerla en peligro.

—¿Vas a cazar a alguien en particular?

—Tal vez. —Su aliento le acariciaba el cuello.

—¿A quién?

Hizo una pausa.

—¿Por qué quieres saberlo?

Rune tragó saliva. ¿Qué escondía su tono de voz? ¿Sospecha o seducción?

«¡Peligro, peligro!», gritó su cerebro.

—¿Qué haces con ellas cuando…?

La cogió de la barbilla y la volvió hacia él. Su mirada era intensa, su

respiración, errática y superficial.

—Rune… —le dijo con las pupilas dilatadas. De repente, parecía hambriento, como un hombre que no hubiera comido en años—. Hablas demasiado.

«Va a besarme», pensó.

Y lo que más la atemorizaba era que lo deseaba. Lo deseaba más que obtener información, más que rescatar a Seraphine. En aquel instante, quería saber cómo se sentiría con su boca contra la suya, si la besaría con dulzura o con brusquedad. Quería saber si sería tan suave como sus dedos o si se abandonaría a la avidez y la devoraría.

Aquel deseo la impactó tanto que se despertó del estupor.

Rune ya no era la araña mímica ni estaba atrayendo a una víctima a su telaraña. Había caído en su propia trampa y estaba a punto de ser devorada por su presa.

Desesperada por liberarse, Rune recordó la copa que tenía en las manos.

Y, antes de que Gideon la abrumara por completo, le tiró el vino en el traje.

Doce

Rune

Gideon se levantó del sofá como un rayo y se apartó, mirando la mancha oscura que se extendía en su exclusiva y carísima chaqueta.

La culpa se le clavó como un cuchillo.

—¡Ay, Gideon! ¡Lo siento muchísimo! —Se levantó del sofá y cogió el chal de lana que colgaba de la silla del tocador. Le temblaban las manos y estaba mareada—. Qué torpe. Deja que te ayude a limpiarte…

Él retrocedió con los brazos levantados.

—No pasa nada. No te estropees el chal, por favor —dijo al tiempo que se desabotonaba la chaqueta, se la quitó e inspeccionó los daños.

—Llamaré a Lizbeth. Tal vez si la metemos en agua…

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó una voz desde el umbral de la puerta.

Rune se dio la vuelta justo cuando Verity entraba en la habitación. A pesar de las perlas que le adornaban el cuello y las muñecas, estaba despeinada y sin aliento, como si hubiera oído el grito de Rune y, esperándose lo peor, hubiese subido corriendo.

Al ver a Gideon se detuvo en seco y los miró como si acabara de pillarlos en mitad de un acto escandaloso. Formó una «o» en forma de corazón con la boca.

—Creo que ha llegado la hora de que me marche —dijo Gideon. Se puso la chaqueta manchada sobre el brazo, miró a Rune y añadió—: No hace falta que me acompañe, señorita Winters. Buenas noches.

Antes de que Rune pudiera responder, pasó junto a Verity, que seguía boquiabierta, y desapareció pasillo abajo. Cuando se hubo marchado, su amiga le

espetó entre dientes:

—¿Es que te has vuelto loca? —Era como si le sobrevolase una nube de tormenta—. ¡Ese no era el plan! —Señaló bruscamente en la dirección en la que Gideon se había marchado—. ¡Gideon Sharpe no está en la lista!

Rune fue hacia la puerta y se asomó para ver la silueta del capitán de la Guardia de Sangre desaparecer por el recibidor. Tenía calor en todo el cuerpo, que vibraba con el recuerdo del encuentro íntimo. Cuando por fin él se hubo marchado, contestó:

—Porque nunca había mostrado interés.

Verity enmudeció unos segundos.

—¿Ha mostrado interés?

Rune notaba un cosquilleo en la barbilla, donde Gideon la había tocado. Todavía sentía la avidez con la que había pronunciado su nombre.

Era posible.

O eso, o era un maestro de la seducción tan frío como calculador.

—No lo sé. —Rune cerró la puerta y se volvió hacia su amiga—. Pero ha venido y me ha regalado esto. —Se quitó la rosa de seda del pelo, haciendo una mueca al tirarse de algunos mechones, y se la tendió a Verity—. De repente, ninguno de los nombres de tu lista me parecían lo bastante buenos. He tenido que improvisar.

La boca de Verity formó una delgada línea. Cogió la flor como si fuera de verdad y estuviera llena de espinas.

—Aquí hay algo raro —dijo—. Gideon Sharpe no corteja a chicas como Rune Winters.

«Au».

Por alguna razón, aquello le dolió.

—Vaya, gracias, Verity.

Su amiga levantó la vista:

—Ay, Rune, no lo decía a malas.

Rune hizo como si nada.

—Quizá necesite una mujer rica. Igual apuesta demasiado y está hasta el cuello de deudas.

—O igual te está engañando.

Rune apartó la mirada y recordó el vino encantado y la forma en la que Gideon había sabido exactamente cómo desarmarla, solo a base de caricias. En eso tenía más experiencia que Rune, era evidente.

«Verity tiene razón. Esto me queda grande».

Aquella noche, Gideon había sabido cambiar las tornas. Primero con el vino; luego, con la escena del sofá y, en último lugar, negándose a revelarle los secretos de la Guardia de Sangre a pesar de las apasionadas distracciones. Ninguno de sus trucos había funcionado con él. Por lo tanto, cortejarlo implicaría un alto nivel de peligro…, pero ¿a cambio de qué recompensa?

Rune suspiró, fue hacia la cama y se dejó caer en ella, permitiendo que el edredón la arrullara con su suavidad. Cerró los ojos cansados y dijo:

—Me parecía la oportunidad perfecta.

—El riesgo es demasiado alto. —Verity se sentó en la cama y le cogió la mano con fuerza. En voz baja, añadió—: No quiero perderte a ti también.

Rune también oyó lo que su amiga no le dijo: «Ya perdí a mis hermanas. Eres lo único que me queda».

Y, en su caso, también era cierto. Rune y Verity habían perdido a las personas que más querían y ahora solo se tenían la una a la otra. Y a Alex.

La cama le regalaba a Rune una promesa de dicha y tranquilidad. Había cabalgado bajo terribles condiciones climáticas para llegar hasta Seraphine, y no había un solo hueso del cuerpo que no le reclamara descanso. Cuanto más tiempo permaneciera allí tumbada, más probable era que se abandonara al sueño.

—Prométeme que lo rechazarás y que buscarás a alguien más seguro —le pidió Verity.

Rune sabía que debía seguir el sabio consejo de su amiga. Lo más razonable era dedicar sus atenciones a alguien más sencillo, alguien que entrañara menos peligros que Gideon Sharpe. Pero, si el cazador ya sospechaba de ella, ¿cortejarlo no era el mejor modo de acabar con sus sospechas?

—¿Rechazar a quién? —interrumpió una nueva voz.

Rune abrió los ojos de golpe y se apoyó en los codos para incorporarse, protestando al luchar contra la gravedad. Alex entró en el dormitorio.

—A tu hermano —respondió Verity, que todavía apretaba el tallo de alambre de la rosa. Se la dio al recién llegado—. Igual tú puedes hacerla entrar en razón.

Alex cogió la rosa.

Verity suspiró y se levantó de la cama.

—Ahora os veo en la fiesta.

«Si soy capaz de levantarme», pensó Rune mientras se dejaba caer de nuevo en el edredón. Alex miró a Verity y preguntó:

—¿Y a esta qué le pasa?

Rune contestó con un ruidito. Estaba demasiado cansada para explicárselo.

Alex se tumbó a su lado, adueñándose del espacio que hasta entonces había ocupado Verity. Rune notó el calor de su cuerpo, aunque los separaran varios centímetros. Se quedaron tumbados bocarriba, mirando el techo de estuco.

—¿Dónde está Gideon? —preguntó Alex con la voz tensa al pronunciar el nombre de su hermano. Levantó la rosa de seda para contemplarla.

Rune se estremeció al recordar la discusión velada que habían mantenido en las escaleras. Verity y ella no le habían contado nada sobre la lista de candidatos, a sabiendas de que no le parecería bien. «Es mejor que se lo contemos cuando ya esté hecho», había sugerido Verity. Y en ese momento, al recordar cómo había interferido un rato antes, Rune se dio cuenta de que estaba de acuerdo con su amiga.

Alex era ferozmente protector con su hermano mayor.

—Gideon se ha ido a casa —contestó Rune con los ojos cerrados. La llamada reconfortante del sueño acariciaba su mente como las olas la orilla, pero una vocecilla no hacía más que recordarle que su fiesta no había terminado, que debía levantarse, bajar y retomar su papel de anfitriona.

«Solo un ratito —le dijo a la voz—, y luego bajo».

Alex se refugió en un lugar tranquilo de su mente al que iba a ordenar sus pensamientos, y el silencio los envolvió. Le gustaba reflexionar y analizar todos ellos antes de mostrárselos al mundo.

Hubo un tiempo en el que aquellos largos silencios la enervaban. No sabía qué significaban, así que siempre intentaba llenar aquel espacio con palabras. Sin embargo, casi una década de amistad le había enseñado a amar los silencios de

su amigo, que ahora le resultaban tan reconfortantes como su música.

Cuando por fin habló, ya estaba más dormida que despierta.

—¿Rune?

—¿Sí?

—No sé qué estás haciendo con mi hermano, pero, sea lo que sea, tiene que parar. —Se sentó de golpe, rebotando sobre el colchón, y Rune notó que le quitaba un zapato y luego el otro. Quiso pedirle que se los dejase puestos, porque tenía que bajar a la fiesta, pero no le dio tiempo—. Gideon está obsesionado con cazar brujas. Si descubre lo que eres, te matará sin dudarlo.

—¿Por qué me odia tanto? —preguntó sin abrir los ojos.

Rune notó que se volvía a tumbar junto a ella, y que luego se volvía. Su aliento le acarició la mejilla con la suavidad de una pluma.

—Mi hermano vio cosas horribles mientras vivió en ese palacio. Cosas que causan un daño irreparable en una persona.

Recordó el momento en el que Gideon había rechazado el vino. «Hubo un tiempo en el que lo necesitaba para sobrevivir». Quería saber más, pero no era correcto intentar sacarle a un hermano los secretos del otro.

Sin embargo, Alex no había contestado del todo a su pregunta. Rune había desagradado a Gideon desde el día que se habían conocido, cinco años atrás, mucho antes de estos daños a los que Alex se refería. Le daba la sensación de que en ella había algo en concreto que él no soportaba. Y le molestaba más de lo que quería admitir.

Alex alargó un brazo hacia ella, que levantó la cabeza y permitió que se lo pusiera debajo a modo de almohada.

—Es demasiado tarde para Gideon —añadió, poniéndola de lado y apoyando su espalda en el pecho—. Pero tú todavía puedes salvarte.

Si hubiera tenido los ojos abiertos, los habría puesto en blanco.

«Hace siete años que nos conocemos», pensó, recordando el momento en que vio a Alex por primera vez. Tenía once años y había acompañado a su abuela a la Biblioteca Real, que era un edificio de cristal en el que se encontraban todos los libros de hechizos que existían, antes de que la Guardia de Sangre los quemara y reconvirtiera el edificio en su sede, el Ministerio de Seguridad Pública. Mientras

paseaba entre los pasillos llenos de libros, Rune oyó una melodía que venía de algún lugar de la biblioteca, una canción rebosante de sentimiento. Buscó por todas partes hasta que dio con el muchacho que la tocaba.

«En todos esos años, ¿cuántas veces he necesitado que me salven?».

Debió de preguntárselo en voz alta, porque Alex contestó:

—No me preocupan las veces que no necesitas que te salven. Me preocupa la vez que lo vayas a necesitar y no haya nadie para hacerlo.

De no haber estado tan cansada, tal vez le habría pellizcado el brazo. En lugar de eso, se acurrucó contra él, respiró el olor a limpio de su camisa recién planchada y se permitió relajarse por primera vez en todo el día.

Alex era familiar.

Alex era un lugar seguro.

—¿Rune?

Pero, dijera lo que dijese, se perdió en el sonido de sus ronquidos.

Trece

Rune

Dos años antes

El día que Rune descubrió que era una bruja estaba en la fiesta del decimosexto cumpleaños de Alex, que ella misma había organizado. Llevaba meses preparando el evento en Thornwood Hall: había encargado las decoraciones, había contratado el espectáculo para amenizar la velada y decidido el menú con semanas de antelación.

Aquella noche se sentía cansada y dolorida; había estado de pie todo el día. Sin embargo, cuando empezó el baile, acusó un dolor desconocido: unos retortijones en la parte baja del abdomen que nunca había experimentado. Le dolía tanto que era incapaz de seguir una conversación, y mucho menos de ejecutar los pasos de un vals. Pero era la anfitriona, y estaba decidida a terminar la noche en pie.

Solo se excusó para ir al baño cuando sintió una humedad repentina entre las piernas. Allí, se subió las faldas, se bajó la ropa interior y descubrió…

Sangre.

Sangre negra.

Aquello no podía ser.

La tela de algodón de las bragas estaba empapada, así que se las quitó, abrió el grifo y las metió debajo del agua. Luego cogió el jabón y se puso a frotar.

Y a frotar.

Y a frotar.

La mancha no solo no desaparecía, sino que se estaba extendiendo con una

rapidez antinatural.

«No soy una bruja —pensó mientras el agua negra se arremolinaba en el desagüe—. No puedo ser una bruja».

Los retortijones empeoraron. Rune quería hacerse un ovillo en el suelo y mecerse hasta que desaparecieran. «Todo irá bien —se dijo—. Las esconderé en el bolso y me iré directa a Wintersea. Nadie se enterará jamás».

Sin embargo, miró hacia atrás para comprobar la espalda del vestido y descubrió que la mancha había traspasado también la seda amarilla. Si alguien lo veía —o si ya lo había visto—, además de ser humillante, la incriminaría.

Se le aceleró la respiración. La desesperación se había adueñado de ella. Se quitó el vestido, lo puso debajo del grifo y empezó también a frotar la sangre negra. Frotó y frotó hasta que le dolieron los brazos y la piel de las manos estuvo enrojecida.

Pero la mancha no se había ido; no había hecho más que extenderse por la seda.

Ya no podía seguir negándolo. La magia de su primer sangrado estaba tiñendo su vestido de negro.

«Soy una bruja».

Se quedó paralizada de miedo.

En ese momento, el pomo de la puerta empezó a moverse. Rune lo miró de golpe, a tiempo de ver cómo la puerta empezaba a abrirse, y se abalanzó sobre ella a toda prisa.

—¡Hay otro baño en la segunda planta! —gritó con el corazón a punto de salírsele por la boca.

—¡Ah! —contestó Lola Parsons desde el otro lado—. Disculpa, Rune.

Se apoyó contra la madera pintada; desnuda, esperó a que Lola se marchase y echó el cerrojo.

Aquel cuarto de baño no tenía ninguna ventana por la que pudiera escapar, y la única puerta daba al pasillo, donde los invitados de Alex se paseaban arriba y abajo. Su ropa no solo estaba mojada, sino que, por cada segundo que pasaba, estaba más y más teñida de negro. No podía marcharse.

Estaba atrapada.

Alguien llamó a la puerta y dio un brinco.

—¿Rune? —la llamó Alex—. ¿Va todo bien? Llevas casi una hora ahí metida.

«¡Ayúdame, Alex!», quiso pedirle. Pero aquello habría implicado reconocer la verdad y, si lo hacía, la delataría. Por mucho que fuera su mejor amigo, también había matado a una de las reinas brujas y le habían recompensado por ello.

En ese momento, la ropa mojada se le resbaló de las manos y cayó al suelo con un chapoteo.

—¿Rune? —insistió Alex.

—No… No me encuentro bien —consiguió decir.

El pomo se giró, pero, cuando Alex empujó, el cerrojo se mantuvo en su sitio.

Ella dio un paso atrás. El terror le recorrió la espina dorsal.

—Rune, déjame entrar.

—Preferiría que no —susurró.

—Me estás asustando. Tengo la llave, Rune. Puedo abrir la puerta yo mismo, pero preferiría que lo hicieras tú.

A sabiendas de que no podía quedarse allí encerrada para siempre, a sabiendas de que no tenía otra opción —si era una bruja, Alex lo descubriría tarde o temprano—, cogió una de las toallas, se envolvió en ellas y, tras enjugarse las lágrimas, quitó el cerrojo y dio un paso atrás.

La puerta se abrió hacia dentro. Alex hizo ademán de entrar, pero al verla tapada solo con una toalla se sobresaltó:

—¿Por qué estás…? —empezó a preguntar al tiempo que le brotaban dos manchas rosas en las mejillas.

Estuvo a punto de apartar la vista cuando reparó en que ella tenía el rostro lleno de lágrimas o, quizá, el maquillaje corrido.

Por fin, entró y cerró la puerta.

Rune retrocedió hasta tocar la pared con la espalda. Sentía que aquello era el final, que todo había terminado; su amistad, su vida… Se sentó en los azulejos y dejó de contener las lágrimas.

—¿De qué va todo esto? —preguntó él.

Y entonces reparó en el vestido arrugado en el suelo y en la ropa interior del lavabo. En la mancha negra que no hacía más que extenderse por la tela.

Rune atisbó en su rostro el momento en el que él lo comprendió.

Se quedó blanco.

—Oh, Rune, no… —Se quedó plantado mirando la ropa, apretando las manos en dos puños.

—Lo siento —susurró ella.

—Quédate aquí. No salgas.

Y, sin decir ni una palabra más, abrió la puerta, salió y la encerró allí dentro.

«Va a delatarme», pensó, acostada en las baldosas. Se llevó las piernas al pecho, cerró los ojos y lloró en silencio, soportando el dolor en el vientre, mientras esperaba a que llegara la Guardia de Sangre. Podía abrir la puerta e intentar huir, pero ¿de qué serviría? ¿Y adónde iría? La Guardia de Sangre daría con ella.

Cuando la puerta se abrió, solo era Alex, que entró y echó el cerrojo de nuevo. Llevaba un montón de ropa debajo del brazo y una taza de té humeante en la otra mano. Rune no se molestó en incorporarse.

—Es de Emily —le dijo mientras dejaba la ropa a su lado. Emily era su cocinera—. Y esto también me lo ha dado ella. —Dejó la taza en el suelo—. Dice que te ayudará con el dolor. —Ella frunció el ceño. No entendía nada—. Voy a prepararte un baño caliente, ¿vale?

Rune se obligó a incorporarse y, sentada en el suelo, lo miró llenar la bañera.

—¿Dónde está la Guardia?

Él la miró ladeando la cabeza.

—¿Qué?

Se aclaró la garganta.

—La… La Guardia de Sangre. ¿Cuánto tardarán?

Alex la miró como si se hubiese vuelto loca.

—Rune… Tu secreto está a salvo conmigo. —Dejó el grifo abierto y volvió junto a ella. Se arrodilló y, mientras le acariciaba la mejilla, añadió—: Esta noche puedes dormir en la habitación de invitados. Y mañana ya veremos qué hacer.

Lo miró incrédula.

—Si se enteran, te matarán a ti también.

Él le sonrió y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Que se atrevan.

Rune lo rodeó con los brazos y se aferró a él con fuerza. Él la atrajo hacia sí y la abrazó durante un largo rato. Fue allí, en sus brazos, donde Rune comprendió por vez primera que podía confiarle su vida a Alexander Sharpe.

Catorce

Gideon

Cuando Gideon por fin llegó a la Ciudad Vieja, con la chaqueta de su padre empapada de vino en la mano, ya había repasado más de una vez mentalmente la velada en la Mansión Wintersea.

¿Había cometido un error yendo tan rápido? Se había percatado de que Rune temblaba bajo sus caricias y tenía la sensación de que le había tirado el vino encima a propósito.

Había sido demasiado directo, demasiado brusco.

Suspiró y repasó de nuevo lo sucedido. Rune se había comportado con cierta torpeza, si es que su actitud no se podía calificar directamente como extraña. Primero, lo del vino; luego, la desazón que le había provocado el telegrama con la invitación y, para acabar, todas aquellas preguntas sobre su trabajo mientras intentaba seducirlo.

No bastaba para acusarla de nada. Para eso necesitaría pruebas concretas. Cicatrices mágicas, por ejemplo. Si las tenía, debía encontrarlas.

«¿Y si la Polilla no es ella?».

Pero, si no lo era, ¿para qué lo había invitado a su dormitorio? ¿Para qué había intentado seducirlo con tanto descaro?

A no ser que estuviese interesada en él de verdad.

«No es posible», pensó.

Cansado, recorrió las calles iluminadas por farolas de la Ciudad Vieja mientras seguía dándole vueltas a lo ocurrido. Aquella noche había mucha niebla y, mientras se acercaba a la calle en la que estaba el bloque donde vivía, oyó el

suave sonido de unos pasos tras él.

Miró atrás, pero aquella niebla era tan densa como el humo.

Un repentino olor a rosas pareció florecer en el aire húmedo. Se le heló la sangre.

«Está muerta —se dijo—. Te lo estás imaginando».

Sin embargo, aceleró el ritmo, sobre todo al recordar el cadáver que habían encontrado hacía tres noches debajo del puente.

Los pasos que lo seguían también se aceleraron.

Se le hizo un nudo en el estómago. Se llevó una mano a la pistola que tenía enfundada en la cadera, solo para recordar que aquella noche la había dejado en casa. Los opulentos salones de la Mansión Wintersea no eran lugar para un arma.

«Eres un capitán de la Guardia de Sangre. Los pasos en la niebla no te asustan».

Pero no le asustaban los pasos, sino el olor.

El olor de ella.

En aquel momento, se dirigía a un sendero que conducía al callejón que había detrás de su edificio. A no ser que se conociese el barrio y uno supiese que era allí, era difícil de encontrar. Justo cuando los pasos empezaban a acortar distancias, Gideon llegó al inicio del sendero. Dio un paso a un lado y se apretujó contra la valla de madera.

Si su perseguidor conocía el camino y lo seguía, al menos contaba con el factor sorpresa.

Los pasos se oían cada vez más fuertes. Más cerca.

Gideon, tenso, se preparó para defenderse… Pero, entonces, el desconocido pasó de largo.

Gideon se quedó quieto y contuvo el aliento. Se dejó caer contra la valla, que se hundió un poco bajo su peso. Los pasos se fueron perdiendo en la distancia, amortiguados por el martilleo de su propio corazón.

Y la fragancia de ella había desaparecido.

¿Había llegado a su olfato de verdad o estaba solo en su cabeza?

«Eres un idiota. Seguro que solo era un farolero que volvía a casa después de su jornada».

Se apartó de la pared y emprendió el camino que llevaba a la parte trasera de su edificio. Esa puerta no daba directamente a su apartamento; tenía que cruzar el espacio abandonado de la planta baja. El viejo taller que había pertenecido a sus padres.

Gideon lo había sellado con tablones hacía años y casi nunca tenía razones para entrar. Sin embargo, aquella noche había ido a buscar tela y agujas para coser una flor para Rune. La puerta del interior del taller daba a la escalera desde donde se subía a los apartamentos de la planta superior. Cuando había cruzado la mitad de la estancia, algo lo hizo detenerse.

«No tengo ningún vestido que ponerme —le había dicho Rune—. Mi modista está ocupada hasta el mes que viene».

Gideon rebuscó en la oscuridad hasta encontrar las cerillas que aquella misma noche había dejado junto a la puerta. Encendió un candil y el resplandor naranja de las llamas iluminó la sala. Las paredes estaban cubiertas de rollos de tela y había una mesa enorme para medir, cortar y coser; una trastienda para tomar las medidas de los clientes y un mostrador con una caja registradora vieja y polvorienta.

Gideon se dirigió a las telas. Al lado había una estantería con una docena de cuadernos de tapas de cuero. No los había tocado desde la muerte de sus padres. Contenían las notas de su padre y los bocetos de su madre, sus diseños originales con todo lujo de detalles.

Cogió el único que había en blanco y un pedazo de carboncillo del tarro que había al lado y acercó un taburete a la mesa.

Si su madre diseñara un vestido para Rune Winters, ¿qué clase de vestido sería?

Empezó a bosquejar. Con la imagen en sus pensamientos de Rune en el sofá, deslizó velozmente el carboncillo por la página en blanco. Recordó su pelo rubio rojizo, llameante bajo la luz de las lámparas, su piel ruborizada mientras la acariciaba, su pulso errático cuando se había inclinado para besarla.

De nuevo, se reprendió a sí mismo por haberla intimidado. Pero había sido ella quien lo había invitado a su dormitorio. Ella había mandado traer vino.

Ella fue la que había dado el primer paso.

En cualquier caso, debía continuar con aquella farsa. Si Rune era la Polilla y la persona que iba dejando cadáveres por toda la ciudad, cuanto más se acercase a ella, más fácil le resultaría encontrar pruebas de sus crímenes. Y, si no se trataba de ella, era posible que fuera alguien cercano a ella, así que aun así le convenía infiltrarse entre su círculo de confianza. Le convenía cortejarla.

Si ella se lo permitía.

El plan de Gideon se estaba gestando entre las páginas del cuaderno de bocetos de su madre.

Siguió dibujando hasta que hubo arrancado más páginas de las que quedaban en el cuaderno. Siguió dibujando hasta que tuvo el lado de la mano y la muñeca ennegrecidos de carbón y hasta que le dolió la espalda de estar tanto rato encorvado sobre la mesa.

Había amanecido cuando hubo terminado un modelo que no le parecía detestable; uno con el que podría trabajar.

La cuestión era si le gustaría a ella.

Quince

Rune

Las botas de montar de Rune hacían crujir el suelo de piedra a su paso. Estaba en el campus de la universidad, donde había quedado en encontrarse con Verity y Alex. El viento tempestuoso hacía que el polvo volara por los aires y le retorcía el borde de la capa.

La fachada de granito rosa de Summer Hall le dio la bienvenida, aunque sus puertas de madera tachonadas estaban cerradas a cal y canto. Se recolocó el bolso en el hombro para abrir las dos puertas y entró. La recibió el papel pintado violeta decorado con dalias gigantes, y las baldosas verdes convirtieron el sonido de sus botas en un repiqueteo. En el campus de la universidad había cuatro residencias. Summer Hall era conocida por sus colores pastel y sus estampados botánicos. «Si lo primero que ves al llegar son flores por todas partes es que estás en el lugar adecuado», le había dicho Verity la primera vez que le dio indicaciones para llegar.

Saludó a la chica del mostrador con una sonrisa y ella, acostumbrada a sus frecuentes visitas, le dio permiso para pasar con un gesto. Dobló una esquina y luego otra por los pasillos cuyas paredes iban cambiando; pasó junto a lirios azules y luego girasoles amarillos hasta llegar a la habitación de Verity. Llamó a la pequeña puerta, y su amiga la abrió con los ojos entornados. No llevaba las gafas y tenía el pelo rizado aplastado por un lado. Parecía que acabara de despertarse.

—Lo siento, llego pronto —dijo Rune.

Verity parpadeó.

—Me había olvidado de que habíamos quedado.

—¡Ah! ¿Quieres que lo dejemos para otro día?

Negó con la cabeza.

—No, no, pasa. Pero… Bueno, no hagas caso del desastre.

Rune entró en la habitación de su amiga, tan diminuta que parecía un armario, y sorteó las pilas de ropa que había tiradas por el suelo, entre la pared y la cama. Tenía también montones de libros apilados contra las paredes y tarros, algunos con seres vivos como insectos o pequeños roedores y otros con seres muertos preservados en formol. En el más grande de todos vivía Henry, la araña mímica, que estaba zampándose una cosa con alas que había cazado en su telaraña.

Verity apartó la ropa y formó un solo montón con ella para dejarle sitio a Rune en el suelo.

—Siento lo de anoche —dijo mientras alejaba unas medias de una patada.

—¿El qué? —Rune se quitó el bolso y sacó un libro de hechizos.

—Exageré cuando te vi con Gideon en el dormitorio. —Se sentó en su cama diminuta y miró a la pared de enfrente, decorada con rosas blancas—. Me acordé del día que la Guardia de Sangre vino a por mis hermanas y supongo que me asusté.

Verity casi nunca hablaba de la traición de su madre a sus dos hijas mayores. Las tres hermanas De Wilde habían estado muy unidas.

Sin soltar el pesado tomo que tenía entre los brazos, Rune se sentó a su lado y la cogió de la mano. Estaba helada, así que la frotó con las suyas, que estaban calientes. En aquella habitación siempre hacía mucho frío.

—Lo que le pasó a tus hermanas es horrible. Siento haberte asustado.

Verity negó con la cabeza.

—No quiero que te pase nada malo. Ahora eres lo más parecido que tengo a una familia.

Rune la rodeó con un brazo y la atrajo hacia sí, intentando a la vez reconfortarla y darle un poco de calor. Tenía los hombros cada vez más huesudos. ¿No se suponía que su beca incluía las comidas además del alojamiento?

—Tú también eres lo más parecido que tengo a una familia —respondió con

la cabeza apoyada en la de su amiga—. Alex y tú.

Verity señaló el grimorio que tenía en las piernas.

—¿Necesitas ayuda con algún hechizo?

Rune abrió el libro por la página de los hechizos que había estado practicando: Cerrojo y Ganzúa. En la página se veían dos símbolos que eran en realidad el mismo, pero invertido.

—Son hechizos Menora, así que debería ser capaz de conjurarlos con la sangre que me diste, ¿no? Pero, cuando lo intento, me siento como si estuviese caminando en el lodo, y no sucede nada.

Verity cogió el grimorio y se lo apoyó en las piernas:

—Estos Menora son más complicados… Lo más probable es que necesites sangre fresca. ¿Me lo enseñas?

Asintió y se sacó un frasquito de sangre medio lleno del bolsillo interior de la capa. Verity subió los pies a la cama para sentarse de piernas cruzadas y esperó. Aunque no fuese una bruja, sus hermanas siempre le habían permitido estar presente cuando hacían magia. Verity había aprendido mucho más de sus hermanas de lo que Rune había aprendido de su abuela, así que siempre que tenía problemas con algún hechizo acudía a ella.

Rune se arremangó, se levantó de la cama y se acercó a la puerta. Verity era toda una experta en limpiar sangre de cualquier superficie, así que Rune no se lo pensó dos veces. Cerró la puerta con llave manualmente, quitó el tapón del frasco, mojó el dedo índice en sangre y empezó a dibujar el símbolo del hechizo Cerrojo sobre la madera. Tres líneas interconectadas, dos rectas y una curva.

Conjurar hechizos era como tocar un instrumento musical o preparar una comida deliciosa: cuanto más estudiabas y practicabas, más habilidosa te volvías. O así era como funcionaba en circunstancias normales.

Como Rune utilizaba sangre vieja, sus hechizos eran más débiles de lo que lo habrían sido con una fuente más fresca. Para conjurar hechizos poderosos hacía falta sangre fresca, y mucha.

Ella debía limitarse a la escasa cantidad de sangre que podía recolectar en su sangrado menstrual, lo que le dificultaba la tarea y reducía tanto el número de hechizos que podía conjurar como a qué clase pertenecían.

Los Espejismos, por ejemplo, no eran más que ilusiones, encantamientos que manipulaban las percepciones de la gente. Era el tipo de magia que elegía más a menudo, pues era sencilla y requería menos cantidad de sangre.

En cambio, los Menora cambiaban de algún modo el mundo material —como abrir o cerrar una puerta—, y por eso costaban más. Un Menora requería la sangre fresca de la bruja que lo conjurara. Utilizar sangre prestada de Verity era una forma de hacer trampas, porque la sangre de otra persona siempre aumentaba el poder de un hechizo. Sin embargo, funcionaba solo hasta cierto punto, y no siempre.

Era como intentar cocinar un festín exquisito sin más ingredientes que cuatro tubérculos blandos, pan duro y pescado medio podrido. Podías cocinarlo, pero ni sería un festín ni su sabor exquisito.

Rune se mojó de nuevo las puntas de los dedos en sangre y siguió dibujando el símbolo. Al trazar la marca por la madera, en su boca estalló el sabor a sal y reverberó en sus oídos el sonido estruendoso que ya conocía. Era como el bramido de las olas del mar.

Para Rune, conjurar un hechizo era una sensación parecida a tragarse el océano, como si estuviera de pie frente al oleaje cuando sube la marea, solo que esta llegaba más rápido y con más violencia de lo natural, y ella necesitaba de toda su fuerza para mantener los pies en el suelo y que no la arrollara.

Cerró los ojos mientras la magia se hinchaba, con el cuerpo tembloroso del esfuerzo. El mar bramó más alto y su sabor salobre empezó a picarle en la garganta. Apretó los dientes y siguió dibujando, obligándose a continuar trazando el símbolo sangriento en la puerta. Las sienes le palpitaban de dolor, y aquella ola invisible empezó a quebrarse. Rune sentía su peso. Se preparó para el golpe final e intentó terminar la marca justo cuando llegó el impacto. La mano le temblaba tanto que tuvo que cogerse la muñeca para intentar contenerla. Solo le quedaba una línea…

—Rune —la llamó Verity. Su voz sonaba lejana.

«Puedo hacerlo. Ya casi estoy».

—Rune, para. Te vas a…

Con la siguiente embestida de la ola, Rune perdió el equilibrio. El hechizo

cayó sobre ella con toda su fuerza y le fallaron las piernas. Se derrumbó bajo el peso del oleaje y se ahogó en aquel bramido atronador.

Dieciséis

Rune

Alguien la estaba zarandeando.

—¡Rune!

La cabeza le dolía y le palpitaba. En realidad, le dolía el cuerpo entero; las punzadas de dolor nacían en un punto en concreto en la parte trasera del cráneo, donde eran más intensas.

—Aaah…

—Alex…, ¿me ayudas a sentarla?

Rune se obligó a abrir los ojos. La habitación estaba borrosa y daba vueltas a su alrededor. Vio una mancha dorada en el techo, oyó que Alex murmuraba algo y cerró los ojos otra vez.

Supo que estaba en el suelo por la superficie dura que tenía bajo la espalda.

—¿Qué me ha pasado? —susurró.

Alex la cogió en brazos y la tendió en la cama de Verity, que respondió:

—Te has desmayado.

No era la primera vez. Le ocurría cada vez que se esforzaba demasiado en un hechizo excesivamente difícil para ella.

Si su abuela todavía estuviese viva para aconsejarla, tal vez le resultaría más sencillo. Sin embargo, Rune había sangrado por primera vez unos meses después de su purga. Había tenido que aprenderlo todo sola o con la ayuda de Verity. Hacía dos años que era una bruja, pero solo era capaz de conjurar unos pocos hechizos.

Cuando las punzadas de dolor poco a poco empezaron a remitir, se obligó a

abrir los ojos. La habitación todavía le daba vueltas.

—Has hecho un sobreesfuerzo —dijo Verity—. Es como cuando pasa demasiada corriente eléctrica por un cable. El cable no la soporta, se sobrecalienta y se produce un incendio o una explosión.

Rune la miró con el ceño fruncido.

—No te entiendo.

—Tu poder, es decir, la cantidad de magia de la que eres capaz, es demasiado para tu conductor, o para la calidad de la sangre que estás utilizando. Es como si el hechizo cortocircuitara.

Pero Rune no tenía más sangre que usar.

Suspiró y esperó a que se le aclarara la vista. Por fin vio a Alex y a Verity con nitidez: estaban de pie a su lado, mirándola con el ceño fruncido. En el suelo había un frasquito destaponado cuyo contenido se había vertido y formaba un brillante charco de sangre roja.

—¡No! —Rune se apresuró a recogerlo, pero ya era demasiado tarde. La mayor parte de la sangre se había escurrido por las grietas entre los tablones de madera del suelo y ya había empezado a secarse.

Rune acarició el valioso y pegajoso líquido con el dedo índice.

«Qué desperdicio».

Solo le quedaba un frasco lleno hasta el inicio de su siguiente ciclo. Contempló el desastre y cerró el puño con fuerza.

—Ojalá fuera más buena en esto.

—Podrías serlo. —Verity se agachó a su lado—. Esta sangre es vieja, Rune. Por mucho que practiques, y por muy perfectas que sean tus marcas mágicas, algunos hechizos son imposibles de hacer, o peligrosos, sin sangre fresca. Puede que te las arregles para conjurar Espejismos y algunos Menora básicos, pero si quieres utilizar hechizos más complejos necesitas sangre fresca. Si no, te seguirá pasando lo mismo.

—Para hacer eso, tendría que cortarme —contestó Rune. Aquello le haría cicatrices mágicas. No podía correr ese riesgo.

Cuando una bruja sangraba por cortarse la piel, la magia que se usaba en los hechizos decoloraba la cicatriz, tornándola plateada. Por eso se habían

considerado hermosas durante el Reinado de las Brujas. Muchas hechiceras se cortaban con mimo, trazando elaborados dibujos en sus cuerpos. Algunas incluso contrataban a artistas para que las cortaran. Las partes del cuerpo más populares eran los brazos y la espalda, y también los hombros, las clavículas y las muñecas. Sin embargo, estaban muy a la vista; así que, tras la revolución, las brujas que lucían sus cicatrices en esos sitios fueron las primeras en ser identificadas y purgadas.

La abuela de Rune tenía todas sus cicatrices en los brazos. Si cerraba los ojos, todavía podía verlas. Los delicados cortes le nacían en el borde de la clavícula y fluían hasta su muñeca. Los dibujos plateados representaban escenas náuticas: un barco en una tormenta, medio tragado por las olas; monstruos marinos que nadaban en las profundidades…

—No tendrías por qué cortarte —contestó Verity.

—¿Cómo? —preguntó Alex.

Verity lo miró.

—Mis hermanas siempre decían que las habilidades de una bruja son una combinación de estudio y de práctica. Cuanto más aprenda y memorice, y, cuanto más practique sus marcas mágicas, mejores serán sus hechizos. Pero la sangre es un componente igual de vital al que tiene acceso. Una bruja consumada puede conjurar con maestría hechizos complejos con su propia sangre fresca o la de otra persona. Rune no puede usar la suya por razones obvias, pero podría usar la de otras personas… Si estuvieran dispuestas a soportar las cicatrices.

Su abuela se lo había comentado una vez: algunas brujas recurrían a la sangre de otros para amplificar sus hechizos. Era un recurso necesario para trabajos mágicos de gran envergadura, como los Mayora y los Arcana, las dos categorías más altas en brujería. Los hechizos Mayora requerían la sangre de otra persona cedida con permiso, mientras que para lanzar un Arcana era necesaria la sangre de otra persona obtenida contra su voluntad.

Los Arcana eran los hechizos más poderosos, pero llevaban siglos ilegalizados. No solo se consideraban malvados, sino que acarreaban un coste considerable: si una bruja tomaba la sangre de alguien contra su voluntad, el

hechizo conjurado con ella la corrompería. A partir de entonces, ansiaría ese poder y cometería más sangrías forzosas, a menudo matando a su fuente.

—¿Te refieres a que Rune podría usar mi sangre para hacer magia, por ejemplo? —preguntó Alex.

Verity asintió.

—Es capaz de conjurar hechizos poderosos. Simplemente está trabajando con un recurso pobre. La sangre vieja sirve para lanzar hechizos básicos como los Espejismos, pero los más poderosos piden el sacrificio de la sangre fresca.

Alex miró a Rune con un brillo en los ojos.

—No —repuso ella, que ya veía lo que estaba pensando—. De ningún modo.

—¿Por qué? Si te ayuda a…

—Porque entonces las cicatrices las tendrías tú. —Si Rune aceptara la sangre de Alex, aunque fuera con su permiso, aparecerían cicatrices plateadas allá donde lo hubiera cortado. Lo pondría en un riesgo demasiado alto.

Verity parecía a punto de intervenir cuando unas voces en el pasillo llamaron la atención de los tres. Se volvieron hacia la puerta…, donde brillaban las marcas de sangre de un hechizo.

—Tengo que limpiar esto —dijo Rune al darse cuenta de que había puesto a su amiga en grave peligro. Empezó a levantarse—. Antes de que alguien…

Verity le puso una mano en el hombro y ejerció una suave presión.

—Descansa un minuto. Ya lo limpio yo.

Salió a buscar un cubo de agua jabonosa y un mocho, pero cerró la puerta tras ella. El estómago de Rune rugió en mitad de aquel silencio. La magia siempre la dejaba hambrienta.

Alex cogió el grimorio que estaba abierto sobre la cama.

—¿Cerrojo y Ganzúa?

Rune levantó la vista. Él estaba de pie y el libro abierto arrojaba una sombra sobre ella, que se encontraba tumbada.

—Es mi plan alternativo. Por si no conseguimos encontrar a Seraphine antes de que la trasladen. Con Ganzúa abriré las cerraduras más complicadas de la prisión de palacio.

«O eso haría si lograra conjurarlo».

Alex cerró el grimorio y la miró con el ceño fruncido.

—Nunca has estado dentro de la prisión de palacio —señaló—. ¿Cómo vas a saber qué cerrojos hay que abrir?

—Una vez Noah Creed me llevó a visitar Oakhaven Park. —Oakhaven Park era la finca familiar de los Creed—. Su madre es la alcaidesa de la prisión. Vi un plano en la pared de su despacho.

—Y los Creed celebran un baile de máscaras mañana por la noche —murmuró Alex, uniendo las piezas del plan—. Vas a robar el plano.

Ella negó con la cabeza.

—Levantaría demasiadas sospechas. Un robo escamaría a su madre, y probablemente la Guardia de Sangre se pondría en alerta máxima y doblaría la seguridad de la prisión.

Alex se sentó en el suelo, a su lado. Los dos juntos ocupaban todo el espacio de la diminuta habitación de Verity, al menos el que quedaba libre entre su cama y sus libros. Le devolvió el pesado tomo a Rune y le preguntó:

—Entonces ¿cuál es el plan?

—Si logro recordar dónde está el despacho de su madre, podría calcar el plano.

La expresión de Alex sugería que este plan no le parecía mucho mejor que robarlo directamente, pero, si era eso lo que pensaba, se lo guardó para sí.

—Supongo que es un plano bastante grande. ¿Dónde piensas esconder el que calques el resto de la noche, mientras bailas y coqueteas?

Ella le dedicó una sonrisa traviesa.

—Ya te gustaría a ti saberlo.

Para su sorpresa, se sonrojó.

Se hizo un silencio incómodo entre los dos. Ambos apartaron la vista.

—Te echaré una mano —se ofreció él, pero, antes de que pudiera darle las gracias, añadió—: Con una condición.

Rune lo miró con los ojos entornados.

—¿Qué condición?

—Prométeme que, cuando Seraphine esté a salvo, te quedarás quieta durante un tiempo.

Rune arrugó la nariz.

—Ya sabes que no puedo hacer eso.

—Entonces, me temo que no puedo ayudarte. Es una pena, porque sé exactamente dónde está el despacho de la alcaidesa Creed.

—¿Lo sabes? —Rune abrió unos ojos como platos—. Espera. ¡Me estás haciendo chantaje!

—Y tú te estás desmayando del sobreesfuerzo. Necesitas un descanso, Rune.

Odiaba ver esa mirada de pena en sus ojos. Apartó la vista hacia el frasco roto que había en el suelo. Cuánta sangre desaprovechada. Podría haberla utilizado para sacar a Seraphine de su celda.

Pero Alex tenía razón. Estaba agotada.

«Estaría bien poder descansar».

En los últimos tiempos se habían producido cada vez menos purgas, sobre todo gracias a Rune, que, con la ayuda de Verity y de Alex, liberaba brujas de los calabozos de la Guardia de Sangre y las sacaba de la isla. Pero aquella no era la única razón. Las brujas que antes esperaban que las cosas mejorasen se habían dado cuenta de que iban a peor. Las que podían habían huido, y las que no, estaban escondidas.

Tal vez Rune podía justificar tomarse un día o dos…

—Un mes.

—¿Qué? Ni hablar.

—Me voy a Caelis un mes.

—¿Qué?

Caelis era la capital de Umbría, un país pacífico del Continente, justo enfrente del estrecho de Barrow.

«¡Te necesito aquí!», estuvo a punto de gritar.

—¿Por qué te vas tan lejos? —dijo Rune. «¿Y durante cuánto tiempo?».

—Me he estado escribiendo con el decano del conservatorio para acabar mis estudios.

A Rune la había invadido un torbellino de emociones: ira, por que Alex fuese capaz de dejar el destino de brujas inocentes en manos de la Guardia de Sangre; irritación, por que él tuviera una vida y unos deseos separados de la misión de

ambos.

«Pero esta no es su misión —se corrigió—. Es la mía».

Alex la ayudaba poniéndose incluso en peligro a sí mismo, porque era una buena persona y creía que lo que había hecho la Nueva República —lo que seguía haciendo— estaba mal. Pero él no era una bruja. Jamás sabría qué se sentía al ser objeto de tanto odio y presa de una cacería. Al ver cómo purgaban a la gente como tú por el simple crimen de ser quienes eran.

Aquella lucha jamás sería del todo suya, y era injusto que esperara que siguiera poniéndose en peligro por ella día tras día.

Se estaba comportando de forma egoísta.

Notó un dolor demasiado familiar entre las costillas. Bajó la vista hacia el libro de hechizos, pensando en su abuela. Recordó los tiempos en los que se sentía completa, vista, comprendida. Los tiempos en los que no se sentía tan sola.

«Deja de sentir pena por ti misma. La abuela ya no está. No puedes deshacer el pasado. Solo puedes seguir adelante e intentar que el futuro sea mejor. Eso es lo que ella querría que hicieras».

—Si vuelvo al conservatorio, necesitaré un lugar donde vivir —prosiguió Alex. Ya no la estaba mirando; tenía los ojos fijos en la ventana—. Hay una casa a la venta cerca del puerto, bastante cerca de la escuela. Si encaja con lo que busco, la compraré. —Rune asintió, aunque no le gustaba ni un pelo cómo sonaba aquello—. Y si la compro quiero que vengas conmigo.

—¿Un mes entero? —Negó con la cabeza. De ningún modo. ¿Cuántas brujas morirían en ese tiempo? Una sola le habría parecido demasiado—. Si me ayudas a rescatar a Seraphine, te prometo que iré contigo. Pero solo una semana.

—Dos —insistió él, volviéndose hacia ella y cruzándose de brazos, como si aquella fuese su última oferta.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

Se quedaron paralizados.

—Soy yo —anunció Verity.

Rune se puso de pie, le dirigió a Alex una mirada que le indicaba que seguirían hablando de aquello en otro momento y abrió la puerta.

Mientras Verity limpiaba la sangre de su puerta y Alex fregaba el suelo, Rune recogió los pedazos del frasco roto y los tiró a una papelera, mirando a su amigo de la infancia de reojo.

Alexander Sharpe era una de las dos únicas personas del mundo en las que confiaba ciegamente. Imaginárselo en Caelis, tan lejos, la colmaba de una tristeza tan profunda que le entraban ganas de tirarse al suelo y llorar.

¿Qué iba a hacer sin él?

Cuando Rune llegó a la Mansión Wintersea la esperaba un telegrama.

Esperaba que no fuese más que un recordatorio para el baile de máscaras de la noche siguiente en casa de los Creed, así que lo abrió con la intención de leerlo por encima y dejarlo en un lado. Y entonces reparó en que el remitente había incluido su dirección: la Ciudad Vieja. Se trataba de una parte industrial de la capital en la que vivían comerciantes, jornaleros y otra gente de clase trabajadora.

Ninguno de sus amigos vivía allí.

Aquello despertó su curiosidad, y se dispuso a leer el mensaje atentamente:

> Señorita Rune Winters
> Mansión de Wintersea
>
> Te pido disculpas por haber ido tan rápido anoche. Si todavía no te he asustado, tal vez tenga una solución para tu aprieto con relación a la Cena de los Luminarios.
>
> GIDEON

«¿Una solución?».

Las advertencias de Verity resonaron en su mente mientras recordaba que había estado a punto de permitir que Gideon la besara. ¿Hasta dónde habría llegado si ella se lo hubiera permitido? Con sus anteriores pretendientes, Rune siempre había puesto el límite en los besos. Nunca, en ninguna circunstancia, había ido más allá. Aquella regla le hacía sentir que todavía tenía el control. Era como si no pudiera perderse a sí misma del todo, por muy desesperada que se tornara la situación.

«Es una segunda oportunidad para descubrir dónde tienen a Seraphine —se dijo, disculpándose con Verity para sus adentros—, y he de aprovecharla».

Le dictó una respuesta a Lizbeth para que la llevase a la oficina de telégrafos.

Gideon Sharpe
Calle Prudence, 113, Ciudad Vieja

Estoy intrigada. Cuéntame más.

RUNE

P. D. Si alguien ha de disculparse por lo de anoche, es la persona que te estropeó la chaqueta.

Recibió la respuesta aquella misma tarde.

Será más fácil que te lo enseñe. ¿Estás libre mañana a las diez? Si es así, encuéntrate conmigo en esta dirección.

GIDEON

P. D. Te prometo que esta vez iré más despacio.

Diecisiete

Gideon

Aquella noche, de camino al estadio de boxeo, pasó por la oficina de telégrafos y retiró la respuesta de Rune:

> Estoy deseando ir despacio.
>
> RUNE

Sonrió mientras la leía. Aquella noche se sentía mejor. Estaba descansado y preparado. Si Rune era la Polilla Carmesí, lo descubriría a la mañana siguiente.

Cuando entró en el ring de boxeo sin camiseta y se puso los guantes para calentar, seguía sonriendo. Estaba tan ensimismado con sus planes que ni siquiera se dio cuenta de que las puertas del estadio se abrían de golpe y su hermano irrumpía en su interior.

—¿Qué narices te traes entre manos?

El tono de voz de Alex le borró la sonrisa. Vio que su hermano soltaba la mochila, se quitaba la camiseta y cogía los guantes. Luego entró en el ring pasando por debajo de las cuerdas.

—Yo también me alegro de verte, Alex.

—¿Por qué fuiste anoche a la fiesta de Rune? ¿Y de qué iba eso de largarte con ella?

Gideon vio por el rabillo del ojo que los demás hombres habían empezado a mirarlos.

—Yo…

—¡Si no la puedes ni ver! —Se puso frente a él en posición de guardia sin ni

siquiera calentar

No podía decirle la verdad a su hermano porque se lo contaría todo a Rune. Le daría igual que Gideon sospechara que tal vez se tratase de la Polilla, o que quizá él estuviera en peligro. Alex siempre pensaba bien de los demás.

—Puede que haya cambiado de opinión —contestó Gideon mientras se ponía en posición.

Alex negó con la cabeza.

—Eres mi hermano. ¡Te conozco! ¿Qué estás tramando?

Gideon lanzó un puñetazo perezoso. Alex lo esquivó fácilmente y se lo devolvió con el doble de fuerza. Gideon lo bloqueó y se hizo a un lado.

—Es una chica guapa con una buena herencia. Todo el mundo sabe que está buscando marido. He pensado en probar suerte.

—Lo odiarías.

Alex le asestó otro puñetazo, con fuerza y con furia. Gideon retrocedió de un salto justo a tiempo, y la brisa que había levantado el puño de su hermano le alborotó el pelo.

—¿Odiar qué?

—Estar casado con ella. —Alex bajó las manos—. Tendrías que asistir a sus fiestas, entretener e impresionar a sus invitados… Tú desprecias a toda esa gente.

Gideon imitó a su hermano y bajó también los puños.

—Igual puedo aprender a apreciar todo eso.

Al ver que la desesperación afloraba en el rostro de Alex, el sentimiento de culpa le cayó a Gideon como una losa sobre el pecho.

—La gente como Rune no termina con personas como tú —dijo su hermano, bajando las manos a los lados.

La culpa se evaporó.

Gideon sabía exactamente a qué se refería su hermano. La gente como él estaba dañada sin remedio. Manchada. Los hombres como él no encajaban en los salones de baile de personas como Alex o Rune.

Apretó los dientes.

—¿Ah, no?

—No. —Una chispa eléctrica brilló en los ojos de Alex.

—Vaya, pues ilumíname. ¿Con qué tipo de gente terminan las chicas como Rune? ¿Con hombres como tú? —Levantó los puños—. ¿Hombres que se hacen a un lado y se quedan escondidos en las sombras porque tienen demasiado miedo de ir a por lo que quieren? ¿Tanto te has acostumbrado a que en esta vida te lo den todo que te has creído que ella también te caerá del cielo?

Alex le atizó un puñetazo. El dolor en la mandíbula fue como un estallido.

Retrocedió tambaleándose y chocó con las cuerdas, pero se aferró a ellas para no caer de espaldas. El sabor de la sangre le había explotado en la boca, acompañado por un fuerte pitido en los oídos. «Me lo he ganado», pensó mientras escupía sangre. Se quitó de encima el dolor cegador y se incorporó, pero Alex ya se estaba marchando. Se agachó para salir del ring, cogió la camiseta y empezó a alejarse.

—Alex —lo llamó—. ¡Alex, venga ya! No pretendía…

Pero la puerta del ring se cerró, con Alex al otro lado.

—Mierda.

Gideon no pensaba ni una de las palabras que había dicho.

Más o menos.

Alex le había golpeado en su punto más vulnerable, en el más débil, así que se la había devuelto con saña. Y eso no podía pasar.

Gideon era el mayor. Se suponía que debía proteger a su hermano pequeño, aguantar los golpes, aunque fuese él mismo quien se los propinara.

Sintió asco de sí mismo. Echó la cabeza hacia atrás, allí, en mitad del ring, cerró los ojos y suspiró con fuerza.

Alex tenía razón.

—Soy un cabrón.

Dieciocho

Rune

Al día siguiente, tenía lugar un almuerzo para celebrar el compromiso de Charlotte Gong. Rune había confirmado su asistencia mucho antes de recibir el telegrama de Gideon y, por lo tanto, no podía faltar. Sin embargo, como no empezaba hasta mediodía, antes tenía tiempo de reunirse con el cazador.

Así pues, aquella mañana, temprano, Rune cabalgó hasta la capital sin decirle a nadie adónde iba.

Tras guardar a Dama en uno de los establos de la Ciudad Vieja —atrayendo las miradas de sorpresa de los mozos de cuadras, que no estaban acostumbrados a ver caballos de exhibición en sus caballerizas—, se fue en dirección a la calle Prudence.

La encontró poco después de las diez. Estaba llena de vida: salía humo de las chimeneas y el aire estaba impregnado del olor del cartón que ardía en la fábrica. Los gritos de los vendedores resonaban por todas partes. Los trabajadores que pasaban por allí la miraban con curiosidad, aunque ella intentaba no cruzarse en el camino de nadie. Contempló los bloques de pisos desvencijados y se fijó en las grietas que recorrían los ladrillos marrones y en las fachadas, que necesitaban una buena mano de pintura.

Como compensación por haber matado a la más joven de las Roseblood, Cressida, a Alex el Buen Comandante le había dado Thornwood Hall, la residencia de verano de la bruja. Sin embargo, Gideon había hecho mucho más que Alex por la Nueva República: había guiado a los revolucionarios hasta el interior de palacio, había acabado con las dos hermanas mayores de Cressida y

había dedicado su vida a cazar brujas. El Comandante debía de haberle ofrecido al capitán de la Guardia de Sangre lo que él hubiera querido como muestra de gratitud, estaba segura. Así que ¿por qué Gideon vivía allí?

Por fin, Rune atisbó el número 113 en una puerta a pie de calle, al lado de un escaparate entablado. Cuando se acercó y alzó una mano para llamar, se fijó en las letras desdibujadas que se leían en la marquesina que había encima de la puerta.

DUETO SHARPE: SASTERÍA Y CONFECCIÓN

—Oh —susurró.

De repente, la puerta se abrió hacia dentro. Gideon estaba en el umbral, tan imponente como siempre.

«¿Eras así de enorme cuando naciste? —se preguntó ella mientras alzaba la vista para mirarlo—. ¿O alguna vez fuiste tan pequeño y frágil como el resto de nosotros?».

Llevaba unos pantalones sencillos y una camisa blanca arremangada hasta los codos. Sobre sus hombros colgaba una larga cinta de medir.

—Llegas tarde.

«Como debe ser», pensó ella mientras la invitaba a pasar.

En lugar de conducirla hacia las escaleras para ir al piso superior, Gideon la guio hacia una puerta a la izquierda, donde estaba el taller que había pertenecido a dos de los diseñadores más famosos de la historia de la moda. Rune estaba expectante.

A pesar de su amistad con Alex, nunca había estado en casa de los Sharpe. Su abuela siempre le había prohibido poner un pie en aquella zona. «Es peligrosa y sucia y está llena de criminales —le decía siempre que protestaba—. No es lugar para nosotras».

Las ventanas del taller estaban tapadas por tablones que dejaban entrar pequeñas grietas de luz del sol. Mientras se le acostumbraba la vista a aquella oscuridad, intentó no contemplar boquiabierta todas las telas, los juegos de costura y los patrones, que estaban desperdigados allí como si fueran cualquier

cosa.

Gideon debía de haberlo heredado todo de sus padres.

Pero ¿por qué lo conservaba? Era evidente que nadie lo había tocado en años.

«Sun y Levi Sharpe estuvieron justo donde estoy ahora», pensó Rune imaginando a los dos sastres inclinados sobre la larga mesa de trabajo, esbozando sus ideas hasta altas horas de la noche y cosiendo telas hasta que, incapaces de seguir manteniendo abiertos los ojos cansados, apagaban las velas de un soplido y se iban a la cama.

—Esta es mi solución a tu problema —dijo Gideon, deteniéndose junto a la mesa.

Ella se acercó a él y echó un vistazo al cuaderno que estaba abierto sobre la mesa. Un candil iluminaba sus páginas. Al verlo, puso los ojos como platos y se acercó para contemplarlo mejor.

Alguien la había dibujado a ella —a Rune Winters— con el vestido más hermoso que había visto nunca. Mangas ajustadas de encaje, un elegante escote redondo y un corpiño bordado con unos dibujos tan sutiles que no alcanzaba a distinguirlos. La falda acampanada tenía una cola de varios centímetros.

Rune abrió la boca. Luego la cerró. Gideon giró la página para mostrarle bocetos más detallados de cada parte: las mangas, el corpiño, la espalda de encaje… Había incluso dibujado unos zapatos de seda a juego.

—¿Es…?

—El vestido que te voy a hacer. Para la Cena de los Luminarios.

Rune seguía sin comprenderlo. Tenía que ser un truco.

No era la primera vez que un pretendiente le hacía regalos, pero siempre habían sido flores, joyas o paseos en carruaje. Ninguno había sido así. Nadie le había regalado un vestido diseñado especialmente para ella.

Algo aleteaba y hacía piruetas en su interior, como una bandada de pájaros remontando el vuelo. Intentó reprimir la enorme sonrisa que se iba extendiendo poco a poco por su rostro.

—Gideon…, ¿estás seguro?

—Completamente. Solo necesito una cosa. —A cambio de la prenda que salpicaba las páginas de aquel cuaderno, Rune habría estado dispuesta a darle

cualquier cosa que quisiera—. Tus medidas.

—Ah. —Se le congeló la sonrisa—. Claro.

La única persona que le había tomado las medidas alguna vez era su modista.

—Si no te sientes cómoda…

—¡No, no! Me siento muy cómoda. —Trató de sonreír, pero vaciló al pensar lo que implicaría tal cosa: tendría que quedarse en ropa interior delante de Gideon Sharpe. Rune tragó saliva; de repente, estaba acalorada. Si quería el vestido, tendría que permitir que aquel despiadado cazador de brujas acercase la mirada a su cuerpo lo suficiente para advertir todos sus defectos, que midiera todas las curvas carnosas y los recovecos que solía mantener ocultos, no porque tuviera cicatrices que esconder, sino porque era… En fin, tímida.

«Un momento —pensó mientras contemplaba el dibujo con los ojos entornados—. Eso es».

No era un gesto amable. No era una solución a su problema.

«Quiere buscar mis cicatrices mágicas».

Sintió el peso de aquella mirada oscura. Al levantar la vista para mirarlo recordó a quién se enfrentaba. Aquel hombre no era en realidad ningún pretendiente. Y el vestido de aquel cuaderno de bocetos no solucionaba el problema de ella, sino el de él.

«O eso cree».

Reemplazó su sonrisa vacilante por una más sincera.

Rune no tenía cicatrices mágicas. Y, si no encontraba cicatrices mágicas, no tendría ninguna razón para seguir sospechando de ella.

Rezumando seguridad en sí misma —al fin y al cabo, a aquel juego sí que sabía jugar—, se desabrochó los botones de su chaqueta de lana y se la quitó deslizándosela por los hombros.

—¿Dónde quieres que me ponga?

Él vaciló unos instantes, como si se lo estuviese pensando mejor. Sin embargo, cuando Rune lo miró a los ojos, desafiándolo en silencio a echarse atrás, halló de nuevo la determinación necesaria. Cogió el cuaderno y la condujo a la trastienda del taller, donde había un enorme espejo en forma de tríptico que le devolvía su reflejo en tres paneles y un escalón para medirla.

Agradecida por haberse puesto ropa interior bonita, Rune empezó a desabotonarse la blusa.

—Si necesitas… —empezó a decir Gideon mientras se daba la vuelta—. Oh.

Rune ya se estaba desnudando. Su mirada se detuvo un segundo de más en su sujetador de encaje y volvió a ascender hasta su rostro. Se había puesto rojo.

—¿Pasa algo? —preguntó Rune intentando no reírse.

Él negó secamente con la cabeza y se volvió. Dejó el cuaderno en una estantería llena de tul y tardó un buen rato en abrirlo por una página en blanco.

Rune se desató las botas de montar despacio y se tomó un buen rato para quitarse los pantalones, disfrutando de la repentina timidez de Gideon.

—¿Hacías esto a menudo cuando ayudabas a tus padres?

No se volvió para mirarla, como si hubiera percibido que estaba ya desnuda, salvo por la ropa interior. Se aclaró la garganta y preguntó:

—Si hacía a menudo ¿qué?

—Tomar medidas a la gente.

—Las únicas medidas que tomé fueron las de Cressida. —Aquella respuesta pareció hacerlo bajar a la tierra. Se quitó la cinta de medir de los hombros y se dio por fin la vuelta, manteniendo la mirada fija en su rostro. No permitió que sus ojos descendieran ni un centímetro—. ¿Preparada?

—Sí. —Rune se meció sobre sus propios pies, poniéndose de puntillas, e intentó mantener el frío a raya.

Él dio un paso al frente con el candil en la mano.

—Empezaré por arriba e iré bajando.

Sabía a qué se refería, pero, por la forma en que lo dijo, se lo imaginó bajando de una forma… menos vertical. Al parecer no fue la única: Gideon se quedó muy quieto y abrió la boca para aclararlo, pero al final se limitó a toser.

Bajó el candil, que la engulló en un resplandor cálido —«para ver mejor las cicatrices», pensó Rune— y empezó a medir. Movía las manos con rapidez, indicador de que tenía mucha práctica. Ella no podía dejar de comparar aquellas manos con las de Alex. Este tenía manos de músico: palmas anchas y dedos finos, tan elegantes y bonitas como una canción. Las de Gideon, en cambio, eran fuertes, rugosas e incluso callosas en algunas partes. Eran unas manos que

podían sostener tanto una pistola con maestría como arrojar a una bruja a una celda… O tomarle las medidas a una chica, claro.

No se tropezó ni le rozó la piel una sola vez, como si estuviese intentando con todas sus fuerzas no tocarla más de lo necesario. Para distraer a ambos mientras la medía, Rune dijo:

—Ojalá Alex me hubiera dicho que eras tan buen sastre. Si tus trajes, una vez terminados, se parecen a tus bocetos, te habría contratado hace años.

—Cress jamás me habría permitido trabajar para ti. —Que hubiera llamado Cress a la joven reina y no Cressida le provocó a Rune una sensación extraña—. Ni siquiera me habría permitido hablar contigo. —Se apartó para apuntar un número en el cuaderno—. Pero una vez os serví el té a ti y a tus amigas, aunque no te fijaste en mí —añadió cuando volvió junto a ella. Esta vez, le enrolló la cinta de medir en la parte más estrecha de la cintura—. En Thornwood Hall, en una de las fiestas de Cress.

Rune, incapaz de recordarlo, levantó la vista y se encontró el rostro de Gideon a escasos centímetros del suyo, aunque su mirada estaba fija sobre la cinta de medir.

—Si eras su sastre, ¿qué hacías sirviendo el té en su fiesta?

Notó que la cinta se aflojaba, pero él no hizo ademán de apartarse para tomar la siguiente medida.

—En aquel entonces yo vivía en Thornwood Hall. Cress me trasladó allí de palacio para… que satisficiera mejor sus necesidades. Aquella tarde, estaba castigado. —Se pasó una mano por el pelo con brusquedad—. Por descuidar mis obligaciones. —Rune frunció el ceño. Estaba a punto de preguntarle a qué se refería, pero la interrumpió—: Ahora las caderas.

Era evidente que no quería darle más detalles. Mientras le rodeaba las caderas con la cinta, atrayéndola más hacia su cuerpo cálido, intentó recordar aquel día. Intentó visualizar a una versión más joven de Gideon Sharpe rellenándole la taza mientras ella chismorreaba con sus amigas.

Pero no se acordaba. La culpa le retorció las entrañas.

«Aunque ¿por qué debería recordarlo?».

Pensó de nuevo en aquel diminutivo. Cress. ¿Había sido él el único que la

llamaba así?

Cuando él se apartó para anotar las medidas de sus caderas, le preguntó:

—No conocí muy bien a Cressida. ¿Cómo era?

Se quedó inclinado sobre el cuaderno, sin escribir ni responder durante un rato.

—Era… preciosa —contestó al fin—. Y atractiva. —Parecía medio perdido en un sueño—. Y poderosa.

De repente, Rune recordó los rumores sobre Cressida y su amante de baja cuna, rumores a los que no había dado importancia, convencida de que no eran más que chismes. Se preguntó si habría algo de verdad en ellos.

Gideon acababa de decirle que había vivido en la residencia de verano de Cressida, y él desde luego era un regalo para la vista.

«Si los hombres oscuros, taciturnos y crueles son tu tipo», pensó con el ceño fruncido.

Gideon hablaba de la más joven de las Roseblood con mucha familiaridad, no como un sirviente. Más bien como alguien que la había conocido bien.

O con quien había intimado.

Rune se movió, incómoda. Una sensación desagradable retumbaba por su cuerpo al imaginárselo compartiendo lecho con Cressida. Si había sido el amante de una bruja, tendría que ir con mucho más cuidado. No le pasaría desapercibida ni la más pequeña pista.

—¿Conoces las plantas carnívoras que crecen en los pantanos de la isla? —preguntó Gideon.

Aunque se había vuelto hacia ella, los separaban varios pasos. Rune seguía de pie en mitad del halo de luz del candil, todavía en ropa interior. Gideon estaba en las sombras, totalmente vestido. Y, aun así, en aquel momento, él parecía el más vulnerable de los dos.

—¿Esas flores violeta oscuro que atrapan insectos y los devoran?

Él asintió:

—Cress era igual. Era bonita desde lejos, tan tentadora que era imposible no desear acercarte a ella. Y tú, estúpido de ti, no te lo pensabas dos veces. —Tenía la mirada perdida en el espacio vacío que había tras Rune; y una expresión

torturada—. Solo revelaba su verdadera naturaleza cuando ya te tenía ahí. Pero entonces era demasiado tarde. —Miró a Rune a los ojos—. Ya te estaba devorando vivo.

Diecinueve

Gideon

Al principio, la atracción era mutua. La primera vez que había visto a Cressida Roseblood, había acompañado a su madre a palacio a entregar un vestido. Mientras su madre hablaba en privado con las dos reinas brujas mayores, Gideon esperó en el pasillo, consciente de lo importante que era aquel momento. Si a Analise y Elowyn les gustaba el trabajo de sus padres, contratarían al Dueto Sharpe como modistos a tiempo completo.

Sun y Levi recibirían un salario envidiable, y el destino de su familia cambiaría totalmente.

Gideon estaba apoyado en la pared cuando Cressida apareció con sus doncellas. Como no sabía quién era, la miró de arriba abajo, empapándose de su cabello de color marfil, sus ojos azules y su complexión esbelta.

Ella se detuvo y se dio la vuelta. Sonrió y se acercó poco a poco para preguntarle su nombre, y luego se quedó a conversar con él. Quedó cautivado con su belleza, halagado con sus coqueteos y, por encima de todo lo demás, sorprendido porque lo tratara como a un igual.

No se fue hasta que volvió su madre, que, aturdida, le comunicó que había firmado el contrato.

—Supongo que nos seguiremos viendo, entonces.

Gideon aún recordaba el ritmo errático de su pulso cuando ella pronunció aquellas palabras. Cuando le había lanzado una mirada antes de desaparecer por el pasillo.

Al principio fue despacio. Cuando su familia se mudó al palacio, Cressida

empezó a invitarlo a pasear por el jardín o a montar a caballo por la orilla. Él comenzó a acompañarla en la terraza por las mañanas, para desayunar.

Intercambiaban besos en salas vacías del palacio, mientras sus manos paseaban sin rumbo en el cuerpo del otro. Entonces le parecía un sueño, algo demasiado bonito para ser cierto.

Y así era.

—¿Gideon?

La voz de Rune penetró en sus recuerdos. Por un instante, al estar atrapado en el pasado, no fue a Rune Winters a quien vio delante de él, sino a Cressida Roseblood, que lo contemplaba como una leona. Debatiéndose entre jugar con su comida antes de comérsela o ir directa a la yugular.

El corazón le martilleaba contra el pecho; le sudaban las manos.

—¿Va todo bien?

La voz de Rune lo trajo de nuevo al presente. «Cressida está muerta». Era otra chica quien estaba ante él.

Rune bajó del escalón y se acercó a él poco a poco.

Él retrocedió por instinto.

Ella se quedó muy quieta y se mordió el labio, como si se diera cuenta de que estaba alterado, pero no supiera cómo tranquilizarlo.

«Contrólate, Sharpe».

Se aclaró la garganta.

—Perdona. Sí, va todo bien. No tendría que haber sacado el tema.

—Lo he sacado yo —repuso ella, observándolo con mirada penetrante—. Si quieres hablar de ello…

—Preferiría no hacerlo.

¿En qué estaba pensando? Era la peor persona a la que le podría haber confesado sus secretos más vergonzosos. La mismísima reina del cotilleo. Le bastaría con susurrar una sola palabra para arruinar su reputación.

¿Por qué le había contado todo aquello?

—De acuerdo —respondió Rune, abrazándose a sí misma.

Estaba temblando. Por supuesto. Hacía muchísimo frío y solo tenía puesta su ropa interior. «Eres un idiota», se dijo. Sacó una manta de lana de una cómoda,

una manta que su madre usaba para abrigarse en las largas noches de invierno que pasaba en el taller. Volvió junto a Rune y se la echó sobre los hombros.

—Tomo una medida más y habré terminado.

Ella asintió. Él se agachó y, cuando colocó el extremo de la cinta en el suelo, al lado del talón de Rune, su mirada se deslizó por sus suaves piernas, en busca de marcas plateadas en la piel, como había hecho con el resto de su cuerpo. Pero no había nada. Tenía unas piernas tan perfectas que le costó despegar la mirada de ellas.

No había encontrado ni rastro de cicatrices mágicas. Si era sincero consigo mismo, que hubiese accedido a desnudarse y exponerse ante él durante tanto rato, que se hubiera prestado voluntaria a su escrutinio, parecía prueba suficiente de que no tenía ninguna.

Quizá se había equivocado. Tal vez Rune no fuese la Polilla Carmesí.

—Pon el pie aquí encima un momento.

Ella pisó el extremo de la cinta, y él la subió en línea recta hasta su cabeza, estirándola bien, y luego anotó su altura. Medía treinta centímetros menos que él.

Mientras apuntaba la última medida en el cuaderno, Rune fue hacia las estanterías:

—¿Esto es…?

Se dio la vuelta y la vio acurrucada bajo la manta de lana, que le llegaba hasta la parte alta de los muslos. Estaba mirando los viejos cuadernos de su madre, sin mostrar ni una pizca de incomodidad ante la atención de él. Como si estar medio desnuda en la misma habitación que él fuese lo más natural del mundo.

Gideon tragó saliva e intentó resistir el impulso de recorrerle las piernas con la mirada.

—Son los bocetos de mi madre —contestó mientras se aflojaba el cuello de la camisa—. Ahí conservaba todos sus diseños.

—Los bocetos de… —Rune se volvió de golpe hacia él con los ojos como platos—. ¿Puedo?

—Adelante.

Al ver que se le iluminaba el rostro con una sonrisa, Gideon notó una punzada

en las entrañas.

Rune cogió los cuadernos de la estantería y los llevó a la mesa. Los dejó en un montón y se sentó en un taburete. Empezó a observar las imágenes, a estudiarlas, volviendo las páginas con reverencia. La admiración que sentía suavizaba sus rasgos, y parecía casi… inocente. Gideon le acercó el candil para que pudiera verlos mejor.

Había ido con cuidado de no tocarla, pues no había olvidado las palabras que su hermano le había dicho en el ring de boxeo. Tenía muy presente quién era ella, y quién era él.

«No estás a su altura», se recordó.

Cogió un taburete y se sentó al otro lado de la mesa.

Comprendió de inmediato que había cometido un error.

Desde allí, tenía unas vistas perfectas del pronunciado escote de su sujetador. El exquisito encaje dejaba poco a la imaginación. Acababa de medirle el busto, así que no sabía muy bien por qué le afectaba de repente. Subió la mirada y la dejó fija en las líneas de su cuello.

Si se estuvieran cortejando de veras, sin embargo…

Si estuvieran juntos…

Acalló sus pensamientos de golpe:

«¿No aprendiste la lección con la primera bruja que te atrajo?».

Rune y él jamás estarían juntos. Si Rune era la Polilla, aquel cortejo —si es que se le podía llamar así— terminaría con Gideon arrestándola y Rune en el cadalso. Y, si no lo era, tendría que hacerse a un lado y esperar que su hermano aunara el coraje para ir a por lo que quería.

Y así era como debía ser.

Cuando lo descubrió mirándola, Gideon tardó demasiado en apartar la vista. Sus miradas se cruzaron.

Poco a poco, Rune cerró el cuaderno de bocetos que estaba hojeando y se levantó del taburete.

—Supongo que debería devolverte esto. —Rodeó la mesa y dejó que la manta se deslizara por sus hombros. Luego se la tendió. Cuando él la cogió, Rune se apoyó en la mesa para tomar impulso y se sentó en ella, dejando que sus

preciosas piernas colgaran por el borde. Gideon luchó por que sus ojos no abandonaran su rostro, aunque lo único que quería era dejar que se perdieran en su cuerpo.

Rune cogió el cuaderno con sus medidas y buscó el boceto del vestido que había diseñado para ella. Acarició las líneas del dibujo con los dedos, igual que antes había acariciado los bocetos de su madre con la mirada.

La había complacido. Lo llevaba escrito en la cara.

No le gustó cómo le hizo sentir aquello. Le despertaba una sensación cálida. Le derretía el helado corazón.

No debería sentirse tan bien haciéndola feliz.

—¿Qué haces esta tarde? —le preguntó ella mientras le acariciaba el último botón de la camisa—. Yo tengo un almuerzo al mediodía, pero después… Hay una playa muy tranquila cerca de la Mansión Wintersea donde a veces voy a montar a caballo. ¿Te gustaría acompañarme?

—No puedo —consiguió decir mientras se ponía la manta en el regazo—. Hoy trabajo. —Ella agachó la cabeza decepcionada. Gideon no quería que se lo tomara como un rechazo, así que se apresuró a añadir—: Pero puede que salga temprano, según cómo vaya el traslado de hoy. Podríamos vernos después.

Ella lo miró de golpe a los ojos.

—¿El traslado?

Él asintió:

—Laila y yo tenemos que trasladar a una bruja a la prisión de palacio.

Rune bajó la vista.

—¿Está muy lejos? El sitio desde donde tenéis que trasladarla, quiero decir. —Le desabrochó poco a poco el botón de la camisa, y él se sintió tentado de sentársela en las piernas.

«Concéntrate, idiota».

—No, no mucho. La tenemos en la vieja mina que hay cerca del puerto de Seldom.

—Ya veo. —Rune apretó los labios e hizo un puchero mientras bajaba la mano hacia el siguiente botón—. Esta noche hay un baile de máscaras en casa de los Creed. Podríamos vernos luego allí.

A Gideon le costaba no tocarla. La manta de lana le picaba bajo las palmas de las manos.

—Lo intentaré.

Ella esbozó una media sonrisa y soltó el botón sin desabrocharlo. Sin embargo, antes de bajar de la mesa, se inclinó hacia él y le acarició ligeramente el pómulo con la nariz.

—Gracias por el vestido, Gideon.

Oír su nombre en sus labios lo hizo temblar. Apretó los puños. No sería capaz de aguantar mucho más.

—Es un placer —murmuró.

Cuando ella se apartó y se dio la vuelta para vestirse, decidió que era mejor no tentarse más. En lugar de mirarla mientras se ponía la ropa, se puso a recoger.

Veinte

Rune

Tras hacer acto de presencia en el almuerzo de Charlotte, Rune volvió a la Mansión Wintersea con una sonrisa de oreja a oreja. Ni siquiera las nubes grises que acechaban en el horizonte podían acabar con su buen humor.

¡Había sido tan fácil! Rune no podía creerse lo rápido que Gideon le había soltado dónde estaba Seraphine. Había tenido que desnudarse casi del todo, pero qué más daba.

«Ha merecido la pena».

Decidió que Gideon sería el pretendiente al que aceptara.

Sin embargo, cuando irrumpió en su dormitorio para cambiarse a toda prisa, recordó lo que le había contado sobre la más joven de las reinas brujas.

«Cress jamás me habría permitido trabajar para ti».

Casi dejó de desatarse los cordones de los pantalones de montar.

«Aquella tarde, estaba castigado».

No le había dado más explicaciones. Y Rune no tenía forma de averiguar la verdad. Tal vez lo estuviese castigando por algo verdaderamente horrible, o tal vez estuviera mintiendo.

Sin embargo, Rune se acordaba bien de su mirada atormentada. Recordaba que se había apartado bruscamente cuando ella se había acercado, como si por un momento le hubiera parecido que fuera Cressida en persona. Y la temía.

«Cress era igual. Era bonita desde lejos, tan tentadora que era imposible no desear acercarte a ella… Solo revelaba su verdadera naturaleza cuando ya te tenía ahí. Pero entonces era demasiado tarde. Ya te estaba devorando vivo».

Rune se estremeció.

Pero toda historia tenía dos versiones. Y, como Cressida estaba muerta y no podía contar la suya, creer a ciegas la de Gideon habría sido injusto.

Lo apartó de sus pensamientos y terminó de vestirse.

Se puso un jersey con capucha y se preguntó si debería mandarle un mensaje a Verity. Uno de sus barcos partía al amanecer y, si aquella noche tenía éxito, su intención era que Seraphine estuviese dentro. Eso significaba que no llegaría a tiempo a la fiesta en casa de los Creed, y necesitaría que Verity y Alex se inventasen una coartada.

Sin embargo, escribir aquello en un mensaje implicaba correr el riesgo de que cayera en las manos equivocadas, así que decidió no hacerlo y, sin más dilación, cabalgó hacia el puerto de Seldom.

Veintiuno

Gideon

—Rune Winters no tiene cicatrices mágicas —le dijo Gideon a Harrow mientras subían juntos las escaleras de mármol.

Harrow enarcó una de sus delgadas cejas:

—Tú no te duermes en los laureles.

—No es eso —respondió a toda prisa—. Necesitaba tomarle medidas para un vestido que le estoy haciendo.

—Mi fornido amigo, he de reconocer que eres más listo de lo que pensaba.

Pasaron bajo la columnata y entraron en la sede de la Guardia de Sangre. Cuando era la Biblioteca Real, en aquel edificio se conservaba propaganda para brujas, historias plagadas de mentiras y plantas enteras llenas de grimorios. Gideon recordaba los bustos de mármol de brujas famosas repartidos por todas las alas del edificio, así como los cuadros enmarcados en oro que retrataban la edad de oro de las brujas. Ya no quedaba nada de todo aquello; lo habían destruido en los albores de la Nueva República.

—Si no tiene cicatrices, no puedo acusarla.

—¿Cómo de detenidamente has mirado?

Gideon recordó el taller oscuro y entablado y la figura casi desnuda de Rune, de pie bajo el resplandor de su candil.

—No había mucha luz. Pero he mirado bien, créeme.

Su memoria era como un grifo abierto. Una vez que abría la válvula, aunque fuese solo un poquito, no podía evitar que saliera todo como una cascada. El recuerdo de sus curvas blancas y suaves, el delicado encaje de su sujetador, el

aroma de su piel… Había estado muy cerca de una Rune casi desnuda. Y la había recorrido con la mirada de pies a cabeza. No había nada que encontrar.

—Es perfecta.

—¿Estaba completamente desnuda? —preguntó Harrow.

—¿Qué? No. Para tomar medidas no hacía falta que estuviera desnuda.

—Bueno, pues ahí está el problema. La Polilla Carmesí no tendrá cicatrices mágicas en un lugar donde alguien como tú pueda encontrarlas. ¿Cómo crees que ha evitado que la descubran en dos años? Tienes que verla totalmente desnuda.

Sus palabras fueron como si un rayo le atravesara la piel. Pero Harrow tenía razón: Rune no estaba completamente desnuda. Y la había inspeccionado de forma rápida con una iluminación muy tenue.

Se frotó la cara con las manos.

¿Cómo se las iba a arreglar para que Rune Winters se desnudara delante de él?

—Quizá no haga falta.

Harrow puso los ojos en blanco.

—¿Tienes otro plan?

Entraron en el atrio, rodeado por una enorme escalinata que llegaba hasta la última planta. Encima de ellos, más allá del techo abovedado de cristal, se veía un cielo nublado. Siete estatuas sostenían la cúpula, las siete Ancianas, esculpidas en mármol: Libertad, con su pistola alzada; Clemencia, con un arco de palomas blancas que volaban hacia el cristal; Sabiduría, con una lechuza en un hombro y un libro abierto en las manos…

—¿Te acuerdas? —le preguntó Harrow. Se detuvo en el centro del atrio, cuando quedaba medio camino para llegar a las escaleras. Gideon se dio la vuelta y vio que tenía la mirada fija en un punto en mitad del suelo, un punto en el que las baldosas no eran como las demás.

—Antes, aquí crecía un árbol —murmuró—. Sus ramas llegaban hasta la cuarta planta.

Gideon asintió. Los rebeldes habían destruido ese árbol después de la revolución. Habían despedazado ramas y tronco, habían arrancado las raíces y lo habían quemado.

—Cada primavera, florecía durante un mes entero. A mi señora, Juniper, le encantaba venir cuando se deshojaban las flores. Cubrían el suelo como un manto blanco. —Harrow tragó saliva, perdida en el recuerdo—. Decía que era la mismísima Concordia quien lo había plantado aquí, y que la biblioteca se había construido a su alrededor siglos después.

Gideon nunca había oído a Harrow hablar de la bruja que la había esclavizado.

—¿La purgaron?

La pregunta arrancó a Harrow de sus recuerdos. Empezó a caminar de nuevo hacia la escalera a paso más rápido:

—No.

Cuando Gideon la alcanzó, se había hecho un denso silencio entre los dos. Si a aquella tal Juniper no la habían purgado, entonces seguía libre, en algún sitio. Se preguntó si su recuerdo perseguiría a Harrow igual que el de Cressida lo perseguía a él.

—¿Fue ella quien…? —Le señaló la oreja.

Harrow alzó una mano para tocar el lugar donde había tenido una oreja antes de que una bruja se la arrancara.

—No. Pero tampoco hizo nada por evitarlo.

¿Qué otras crueldades habría sufrido Harrow a manos de las brujas? ¿Y cómo podía no saber, o cómo podía no importarle, si su antigua señora estaba viva o muerta?

Sin embargo, era evidente que no quería seguir hablando de ello, porque cambió de tema:

—Me estabas contando tu plan para tenderle una trampa a Rune Winters. El que no implica que se desnude. ¿En qué consiste?

Sus pasos reverberaban al unísono. Llegaron a la segunda planta, donde Gideon tenía su despacho.

—Esta mañana le he dado información falsa.

—¿Ah, sí? —Harrow lo miró.

—Le he dicho que tenemos un calabozo para brujas cerca del puerto de Seldom.

—¿Y eso es falso?

—No hay ningún calabozo. Solo hay una trampa esperando a la Polilla Carmesí.

Harrow abrió mucho sus ojos dorados. Cuando comprendió lo que pretendía, sonrió impresionada.

—Y crees que Rune aparecerá por allí.

—No lo sé. Si acude, tendré a mi fugitiva. Pero, si aparece otra persona, es lo mismo…, porque sabré que Rune está compinchada con la Polilla. Es la única persona a la que le he dado esa información.

—¿Y si no aparece nadie?

Gideon sonrió.

—Entonces, abandonaré esta pista falsa, terminaré esta historia con Rune…

«Y esperaré que mi hermano encuentre por fin sus agallas».

Veintidós

Rune

La vieja mina cercana al puerto de Seldom estaba en la cima de una pequeña colina, a unos cien metros por encima del nivel del mar. Soportaba el peso de un siglo entero.

Rune iba preparada. Se había dibujado en el antebrazo un hechizo de invisibilidad con sangre. Lo llamaba Caminante Fantasma, y era el que más utilizaba en noches como aquella. Lo había creado ella misma con una combinación de otros dos símbolos que había encontrado en uno de los grimorios de su abuela, el de «vacío» y el de «evasión». En realidad no la hacía desaparecer, sino que evitaba que nadie reparase en ella.

Desmontó a Dama a medio kilómetro del sendero. Dejó a la yegua pastando en una pequeña arboleda y se dirigió a la mina, cuya silueta contrastaba con la luz plateada de la luna. Los ojos, la única parte del rostro que no se había tapado, le escocían por la acción del viento y la sal marina. Se había vestido de negro de pies a cabeza, se había ocultado el cabello con una capucha y se había tapado la nariz y la boca con una bufanda. El resto de su cuerpo estaba oculto con una camisa y unas mallas negras, junto con sus botas altas de cuero.

En la entrada de la mina había un candil colgado que se movía con las ráfagas de viento y dispersaba su luz sobre el centinela de la Guardia de Sangre. Cuando se acercó más al edificio de piedra, vio que la soldado allí apostada no era otra que Laila Creed. Protegida por su hechizo, sacó un fino silbato de plata, no más ancho que una pluma estilográfica, del bolsillo escondido dentro de su ropa; el mismo que contenía su último frasco de sangre. Se acercó a Laila, se llevó el frío

metal a los labios y sopló con fuerza tres veces. Las notas eran demasiado agudas para los oídos de Laila, pero Dama las oyó de inmediato.

Dama había sido el caballo de exhibición favorito de su abuela. La había adiestrado para que respondiera a distintos silbidos, y su obediencia les había hecho ganar decenas de premios.

El animal respondió a los silbidos con un relincho que, en la oscuridad, se oyó más cercano de lo que estaba. Al oírlo, Laila cogió la pistola que llevaba sujeta en la cadera y entornó los ojos. Su mirada pasó por encima de Rune sin que ella se inmutara y se dirigió a la fuente del sonido.

«Perfecto —pensó Rune—. Venga, ve. Es mejor que te asegures de que no hay nadie».

Laila echó un vistazo a la entrada de la mina, una puerta vieja desgastada por el sol y cubierta de liquen, y se dirigió a la oscuridad con paso vacilante.

Rune aprovechó para abrir la puerta y entrar.

La entrada de la mina era una pequeña sala con paredes de madera y dos ventanucos, uno de ellos roto. Los viejos tablones del suelo cedían bajo su peso. En el centro había un agujero, lo bastante grande para que dos hombres corpulentos pasaran por él, y el nacimiento de una escalera.

Se asomó, pero no vio más que oscuridad.

Frunció el ceño. Se le había puesto la carne de gallina. La Guardia de Sangre era cada vez más creativa con la elección de sus calabozos, así que la dificultad para poder adivinar dónde encerraban a las brujas tras capturarlas iba en aumento. Sin embargo, normalmente había más guardias que en este momento.

Se agachó e intentó atisbar algo en la primera planta de la mina. Un destello de luz relució en la distancia.

«Hay alguien ahí».

Aun así, dudaba. No lograba desembarazarse de la sensación de que algo no iba bien. Pero, si Seraphine estaba allí abajo y Rune se marchaba, trasladarían a la primera a la prisión de palacio aquella misma noche y tal vez no tuviera otra oportunidad de salvarla.

Y si ya la habían trasladado…

«He de bajar y echar un vistazo», decidió.

Acarició el cuchillo que se había atado en el muslo e intentó que el acero recién afilado le infundiera coraje. Puso los pies en el peldaño, todavía envuelta en el Caminante Fantasma, y se adentró en la oscuridad. Cuanto más bajaba, más aumentaban el frío y la humedad. Cuando sus pies tocaron el suelo, soltó la escalera y se dio la vuelta para enfrentarse a la negrura, buscando aquel resplandor pálido en la distancia.

Una ráfaga de viento. Un movimiento en la oscuridad.

Se le pusieron los pelos de punta. «Es una trampa», le avisó su cerebro segundos antes de que su cuerpo reaccionara.

Se dio la vuelta a toda prisa para coger la escalera y subir, pero entonces una mano la agarró de la muñeca, atenazándola y reteniéndola.

—Te tengo.

Rune le asestó un puñetazo, pero la oscuridad había tornado a su atacante tan invisible como a ella, y no acertó. Antes de que le diera tiempo a volver a intentarlo, la agarró de la otra muñeca y la obligó a arrodillarse. Rune se encogió ante el despliegue de fuerza de su oponente, que la puso contra el suelo sin esfuerzo, presionando su mejilla contra la piedra fría y reteniéndola con las rodillas a los lados de sus caderas.

La había inmovilizado.

El aroma a pólvora y cedro recién cortado la abrumó.

—Ni te imaginas cuánto tiempo llevo esperando este momento.

La voz era inconfundible.

«Gideon».

Una ira ardiente burbujeaba en su pecho. La había engañado. Le había tendido una trampa, y ella había caído de cuatro patas.

«Soy una idiota», pensó.

Y ahora la tenía atrapada, indefensa. Tal y como él quería.

Pero ¿cómo la había visto?

«No me ve», comprendió. Aquel nivel estaba tan oscuro que no se veía nada. Ninguno de los dos veía nada. Debía de haberla oído bajar las escaleras.

Si sobrevivía, en el futuro tendría que trucar el hechizo para que amortiguara también el sonido.

—Tu amiguita no está aquí.

«Sí, ya lo he deducido», pensó Rune, aplastada bajo su peso. Le había puesto las dos palmas de las manos en los omóplatos, inmovilizándola. Tenía las manos libres, pero la estaba presionando de tal manera que no lograba alcanzar el cuchillo.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, Polillita?

Rune no tenía ninguna intención de contestar. Si estaba demasiado oscuro para que la viera, tal vez todavía fuera posible mantener su identidad en secreto. Tendría que esperar a que la levantara antes de intentar nada. No podía tenerla contra el suelo para siempre.

«¿Y si tiene un candil?».

El Caminante Fantasma desviaba la atención, aunque solo la ocultaba si no reparaban en su presencia. El hechizo podía llegar a obligar a Gideon a apartar la mirada, pero estaba sentado encima de ella, así que sabía exactamente dónde estaba. El embrujo ya no podía engañarlo.

Y, si tenía un candil, solo tenía que encenderlo, bajarle la bufanda y quitarle la…

Se oyó el suave siseo del fuego y luego percibió un resplandor rojizo, como unas ascuas, detrás de ella.

«No».

El pánico se adueñó de ella.

La llama crepitó, el resplandor se incrementó y él alargó una mano hacia su capucha. En cuanto se la bajara y dejase su pelo al descubierto —una melena rubia con tintes rojizos que reconocería al instante—, sería su fin.

Sin embargo, para sostener la luz y retirar la capucha a la vez, tenía que quitarle las manos de encima. Sin su peso, Rune podía coger la navaja que llevaba atada al muslo. Y eso hizo.

Rodeó la empuñadura con los dedos.

Él le tiró de la capucha, que empezó a deslizarse hacia atrás por su frente.

Rune sacó el cuchillo de la empuñadura y se lo clavó con fuerza, sin pensar en dónde, siempre que se lo clavara hasta el fondo.

Gideon aulló y se apartó.

Por fin libre, Rune se puso de pie dando traspiés y echó a correr.

Nunca había estado dentro de una mina. No sabía nada sobre ellas, pero sí estaba segura de algo: había un único lugar por donde entrar y salir. Y estaba corriendo en la dirección opuesta.

No tardó en encontrar la fuente de luz que había atisbado desde el nivel superior: un candil colgado a mitad de un estrecho túnel. El techo era tan bajo que Rune tuvo que agacharse para no golpearse la cabeza.

Pensó en Verity y en Alex. Tendría que haber seguido su consejo: evitar al capitán de la Guardia de Sangre a toda costa.

«Todavía no me ha ganado».

Oyó a Gideon dar tumbos tras ella, acercándose a la vez que maldecía. Mientras no la atrapara, tendría una oportunidad de salir de aquel embrollo.

Pero si la cogía iría directa a su purga.

Aquello la hizo correr más rápido.

Al final del túnel iluminado había otra escalera que llevaba al nivel inferior. No quería seguir bajando, ni quería hundirse más en aquella trampa, pero al mirar atrás y ver a Gideon, que cojeaba en la distancia, supo que tampoco podía dar media vuelta.

Así que bajó.

En el nivel inferior hacía todavía más frío y el suelo estaba encharcado. Se resbaló varias veces y tuvo que agarrarse de la pared para no caerse. Sin el candil del primer nivel, no veía absolutamente nada. Se encontró con varios derrumbamientos que le impedían el paso y tuvo que buscar otro camino.

Cuanto más avanzaba, más profunda era el agua.

Cuando oyó los golpes de las botas de Gideon en la escalera, la adrenalina se adueñó de su cuerpo. Tropezando en el agua, empezó a bajar por otro túnel tanteando las paredes, intentando alejarse todo lo posible del cazador de brujas. De repente, pisó una poza de agua y estuvo a punto de caer, pero, en el último segundo, dio un salto hacia atrás, chocando con la pared de rocas que había tras ella.

«Esta mina no solo se está derrumbando —pensó. Tenía la ropa cada vez más mojada y respiraba con dificultad—. Se la está tragando el mar».

Aquel nivel estaba inundado.

Intentó seguir las paredes que rodeaban el agujero en la oscuridad, pero casi se cae de nuevo. No había ni bordes ni salientes; solo un pozo lleno de agua y, al parecer, sin fondo. Y tras ella estaba el túnel por el que había entrado.

«Es un callejón sin salida».

Vio un destello de luz. Se dio la vuelta y vio a Gideon, que iba directo hacia ella. Tenía aquella luz en la mano y, cuanto más se acercaba, más iluminaba la pequeña caverna en la que se encontraban.

Miró a su alrededor e intentó pensar. Su hechizo seguía intacto, y, como Gideon no podía estar seguro de que estaba allí, los símbolos mágicos de su muñeca seguirían funcionando, apartando su atención de ella. O eso esperaba.

Pero, si la magia aguantaba, lo único que Gideon debía hacer era seguir andando… hasta darse de bruces contra ella. No había ningún sitio donde ir. Era un espacio demasiado pequeño para sortear al cazador.

A no ser que…

Observó la oscura poza. Unos centímetros por encima del agua asomaba una escalera, lo que le hacía pensar que aquel agujero había sido la entrada al tercer nivel de la mina.

El agua estaba turbia; era del color del barro. No podía ver ni a un metro de distancia, así que ni hablar del fondo, ni siquiera ahora que la luz de Gideon estaba más cerca. Se bajó la capucha hasta los ojos y contempló el agua. Estaría fría. Congelada. ¿Sería capaz de aguantar la respiración lo suficiente como para permanecer escondida? No lo sabía. Pero, si no quería que Gideon la atrapara, solo tenía una opción. Y era aquella.

Alargó las manos para cogerse de los lados resbaladizos de la escalera y bajó poco a poco, sobresaltándose ante la gélida temperatura. Bajaba muy muy despacio; no quería que el agua ondeara. Lo hizo con la vista fija en Gideon. Ambos se habrían mirado a los ojos si él hubiera podido verla, pero su mirada la sobrepasaba, rebuscando entre las sombras de la caverna.

Rune exhaló aliviada.

Caminante Fantasma seguía haciendo su trabajo. Aún podía convencerlo de que ella no estaba allí.

«Pero me verá en cuanto salga a coger aire», pensó, echando un vistazo a las marcas de sangre de su muñeca. El agua las borraría en cuestión de segundos, pero ¿qué otra opción tenía?

Antes de que Gideon llegara hasta ella, inhaló con fuerza y se sumergió, ayudándose de la escalera para adentrarse todo lo posible en el agua fangosa, fuera del alcance de su perseguidor. Cuanto más bajaba, más sentía que el hechizo se debilitaba, hasta que, al final, se esfumó por completo.

Abrió los ojos y miró hacia arriba, temerosa de encontrarse con la mirada oscura y letal de Gideon. Pero no vio más que oscuridad y el tenue resplandor de la luz del cazador.

Se quedó muy quieta.

El agua fría le ralentizaba el pulso. Poco después empezaron a dolerle los pulmones, ansiosos por respirar, pero el resplandor que había fuera del agua no retrocedía. Gideon seguía con ella en aquella caverna.

Le ardían los pulmones. Cerró los ojos con fuerza e intentó aguantar un poco más, consciente de que el tiempo se le agotaría en pocos segundos. Cuando sintió que el pecho estaba a punto de explotarle, abrió los ojos y miró arriba para encontrar solo oscuridad. Oscuridad por todas partes.

Gideon había cogido su luz y se había ido.

Soltó la escalera y se impulsó al exterior. Cogió aire en cuanto llegó a la superficie.

Y, cuando lo hizo, dos fuertes manos la cogieron y la sacaron del agua a rastras.

Veintitrés

Rune

Se retorció contra Gideon, pero él la tenía agarrada con fuerza y no permitía que separase la espalda de su pecho.

—Si no te quisiera muerta —le susurró al oído—, me sentiría tentado de admirar tu astucia.

Rune apretó los dientes. «Qué halago».

La luz se había apagado. Sin luz, no veía nada… Pero sí sentía, y mucho.

Gideon era todo músculo, duro y amenazante. No había en él ni una pizca de suavidad. Ahora que estaba apretujado contra ella, Rune notaba la diferencia en envergadura en cada centímetro de piel. Le había rodeado el bíceps con una mano sin dificultad alguna.

Su fuerza, junto con su tamaño, siempre la vencería en una pelea física… Así que Rune dejó de resistirse. Se quedó quieta entre sus brazos y se concentró en recuperar el resuello e intentar recomponerse. Él estaba caliente como un horno, mientras que la temperatura de Rune descendía rápidamente. El helor del agua se le había metido en la piel, y la ropa mojada la había hecho presa del frío. Pero el calor de Gideon ahuyentaba la peor parte.

—No tengo ningún problema en sacarte a rastras de aquí de esta manera. —Incluso su aliento estaba caliente—. Pero, si prefieres salir caminando, puedo encadenarte.

De ningún modo pensaba permitirle que le pusiera aquello. Las cadenas que la Guardia de Sangre tenía para las brujas eran una especie de bloques de hierro que les cubrían por entero las manos, lo que les impedía conjurar hechizos.

Pero tampoco iba a dejarle que la sacara a rastras de allí.

Si Rune hubiera sabido dónde le había clavado el cuchillo, podría haberle pegado una patada en la herida. Así, tal vez le habría hecho el daño suficiente para que la soltara. Pero a oscuras tendría que adivinar y, si fallaba, dudaba de que Gideon le diera la oportunidad de volver a atacarlo.

—¿No quieres elegir? —Rune mantuvo la boca cerrada a cal y canto mientras se devanaba los sesos. Sabía que el pozo estaba justo detrás de ellos y el túnel justo delante—. Tú misma…

En cuanto notó que aflojaba un poco, Rune puso los pies en el suelo, dobló las piernas y reculó con todas sus fuerzas. Oyó un resoplido de sorpresa y notó que él perdía el equilibrio. Retrocedió trastabillándose.

Rune tenía la esperanza de que abriera los brazos para intentar recuperar el equilibrio.

Y, sin embargo, se la llevó consigo.

Cayeron juntos al agua.

Pero Rune estaba preparada para el impacto del agua gélida. En cuanto se sumergieron del todo y Gideon la soltó, se apartó de él y buscó la escalera a tientas en las paredes. Se cogió de los peldaños y salió.

Gideon maldijo tras ella. Escuchó el chapoteo del agua; él nadaba buscando los lados del pozo. En pocos segundos, la tendría de nuevo.

Tocando las paredes para que la guiaran, corrió por el túnel negro y subió al primer nivel. Oyó que Gideon maldecía a gritos tras ella, pero aún estaba lejos.

Una vez que llegó al primer nivel, corrió hacia la entrada de la mina, siguiendo la luz. Se lanzó a la última escalera y trepó a toda prisa por los peldaños. Se detuvo al llegar arriba y escuchó para ver si estaba Laila. Oyó los pasos de la chica en el exterior, mientras se paseaba, al otro lado de la puerta de la sala de arriba.

Rune acabó de subir, se acercó a la ventana rota y se asomó. Laila estaba debajo del candil, que se movía por la acción del viento, con el uniforme y la pistola preparada sobre el hombro, mirando al oscuro vacío. Rune se volvió a ajustar la bufanda y la capucha para ocultar el rostro y el pelo. De repente oyó el grito de Gideon:

—¡Laila!

Sonaba demasiado cerca.

Laila se dio la vuelta y corrió a la puerta.

—¡Está aquí! —gritó Gideon. Ya estaba subiendo por la escalera. Rune estaba atrapada entre él y la chica tras la puerta.

Se pegó contra la pared, junto a la puerta, y escuchó el golpe de las botas de él contra cada peldaño que subía. Cada vez estaba más cerca. Apretó el frasco de sangre que tenía en la mano. Solo le quedaban unos pocos segundos. Si pudiera dibujar de nuevo los símbolos de Caminante Fantasma…

La puerta se abrió, y Laila irrumpió en la estancia.

Rune se quedó paralizada. Sin embargo, comprendió que aquella era su única oportunidad. Debía actuar antes de que Laila se percatara de que allí había alguien más pegado a la pared.

Se abalanzó al exterior.

Laila se dio la vuelta a toda prisa, pero ella cerró de un portazo y se apoyó en la puerta, lanzando todo su peso contra la madera. Laila empujó desde el otro lado.

La puerta retumbó.

Gideon llegaría en cualquier momento. Rune necesitaba dejarla cerrada el tiempo suficiente para escapar. La última vez que había intentado conjurar Ganzúa, se había desmayado del esfuerzo. Y su hechizo hermano, Cerrojo, le resultaría igual de complicado.

«Si quieres conjurar hechizos más complejos —resonó la voz de Verity en su mente—, necesitas sangre fresca».

Rune desenfundó el cuchillo que llevaba en el muslo. Gracias a la funda, no estaba del todo mojado, y, aunque se había colado un poco de agua, la hoja seguía bañada en la sangre de Gideon. La sangre estaba diluida, pero era fresca.

Sabía que era peligroso. No le había pedido permiso para usar su sangre, y tampoco lo habría obtenido de haberlo hecho. Aunque no lo había apuñalado con la intención de hacer magia, así que tal vez no pasara nada.

«Pero ¿y si pasa?».

En ese momento, Laila disparó. Los disparos resonaron en el aire, y las balas

se clavaron en la desvencijada puerta. Unos disparos más y la traspasaría.

Si no conjuraba el hechizo en ese preciso instante, estaba perdida.

Con la esperanza de no corromperse, Rune deslizó los dedos sobre la sangre de Gideon y dibujó sobre la puerta el símbolo de Cerrojo.

Notó la sal en la lengua, la subida de un mar tempestuoso en su interior. Sin embargo, esta vez no estaba de pie ante las olas, luchando por no perder el equilibrio mientras la magia acometía contra ella. Esta vez las olas estaban bajo ella y navegaba con maestría en una balsa que ella misma había construido.

«¿Es así como debo sentirme?».

Rune comprendió de inmediato por qué las brujas usaban sangre fresca. ¡Era tan fácil!

Y, bajo el rugido de la magia, algo cobró sentido.

Esta vez fue Gideon quien embistió la puerta. Lo oyó gruñir; notó la fuerza de su peso… Pero la puerta ni siquiera tembló. Cerrojo la mantuvo cerrada, atrapando en la mina a los dos soldados de la Guardia de Sangre.

Rune retrocedió con una sonrisa triunfal.

Pero entonces sonaron más disparos, y las balas astillaron la madera.

La sonrisa se le congeló en los labios.

Se dio la vuelta y echó a correr. Mientras corría, se sacó el silbato del bolsillo, se lo llevó a los labios y sopló una única vez con todas sus fuerzas. Dama salió de la arboleda y galopó por el sendero hacia ella.

Se oyó otro disparo, y esta vez la bala pasó zumbando junto a su cabeza, alborotándole el pelo. Miró atrás y vio que Laila la apuntaba desde la ventana rota. En cuanto Dama llegó y aminoró un poco la marcha, se impulsó a lomos de la yegua e intentó montar mientras esta trotaba. Cuando logró sentarse en la silla tras un esfuerzo enorme y le puso los pies en los estribos, le clavó los talones para hacerle saber que se encontraban en una de esas situaciones en las que Rune las metía a menudo, y de las que Dama debía sacarlas.

Sin embargo, la enorme yegua tardó unos segundos en alcanzar la velocidad necesaria para quedar fuera del alcance de los soldados.

Sonó un tercer disparo y, esta vez, Rune notó la punzada de dolor que le causó la bala al cortarle el antebrazo. La sangre empezó a brotar, caliente y pegajosa.

No se detuvo para ver si era grave; no se lo podía permitir. En aquel momento, necesitaba que Dama se alejara todo lo posible de Laila y de sus certeras balas.

Y después…

Contempló las luces del puerto de Seldom en el horizonte e intentó pensar.

Aquella noche, dos soldados de la Guardia de Sangre habían visto a la Polilla Carmesí en la vieja mina. Por lo tanto, Rune Winters debía ser vista en otro lugar. Un lugar muy muy lejano, a poder ser.

Debía llegar al baile de máscaras de los Creed. Y rápido.

Veinticuatro

Gideon

Cuando oyó a Laila disparar, a Gideon no le quedaban más que tres peldaños que subir. Levantó la vista y vio a su compañera de cacerías tirando de la puerta desesperadamente, su coleta negra sacudiéndose con cada tirón.

—¡Maldita sea! —gruñó Laila—. ¡Nos ha encerrado!

Gideon acabó de subir, aunque su pierna herida parecía protestar por cada paso que daba. Su compañera se hizo a un lado para que lo intentase él.

—Gideon, te sangra la pierna…

El cuchillo de la Polilla no se le había clavado en ningún tendón o arteria principal, pero el dolor en el muslo era de todos modos atroz. Sin embargo, lo que más le molestaba era no haber logrado ver su cara antes de que le clavara el puñal.

—Parece peor de lo que es —contestó él mientras cogía el cerrojo de metal y tiraba con fuerza.

La puerta no se movió ni un ápice.

«La tenía —pensó mientras embestía la puerta—. La había atrapado».

Pero ¿por qué no había intentado clavarle el cuchillo en el cuello? La Polilla era una asesina a sangre fría. Gideon había visto los cadáveres que dejaba abandonados por las calles de la ciudad. Los desangraba sin piedad.

Así que ¿por qué se lo había clavado en la pierna?

Laila se acercó a la ventana. El cristal estaba roto, por lo que apuntó a través del hueco y disparó tres veces.

—Creo que con el último le he dado —dijo asomada a la ventana.

Se puso rígido al pensar que Laila hubiera dado en el blanco.

«Si era Rune…».

Frunció el ceño. ¿Y qué si era Rune? Fuera ella o no, la Polilla Carmesí no se lo habría pensado dos veces si se hubieran invertido los papeles. Prueba de ello era su pierna, ensangrentada y dolorida.

«Y, si era Rune —se dijo—, es una traidora a la República».

Quienquiera que fuese la Polilla Carmesí, aquella noche la había atrapado, al menos unos instantes. Nunca había estado tan cerca. Si Rune y él hubieran llevado más tiempo cortejándose, habría sabido si aquella figura esbelta apretada contra él en la oscuridad le pertenecía a ella. Habría sabido qué se sentía al tener a Rune bajo su peso y habría podido compararlo con la chica a la que había aplastado contra el suelo. Pero, aunque había estado muy cerca de Rune Winters, no había sido lo suficiente para asegurarse.

Le dolía el hombro de tanto embestir la puerta. Acababa de levantar la pierna buena para pegarle una patada cuando Laila dijo:

—No va a funcionar.

Señaló al exterior por la ventana. Gideon se acercó y miró a través del cristal: una polilla de color rojo sangre flotaba sobre el candil que había colgado en el exterior. Sus alas eran delicadas y finas, como un rastro, como una huella dactilar que permitiera ver a través de ella.

—Es un hechizo.

Gideon suspiró. Probablemente pasarían horas antes de que se desvaneciera y la puerta se abriera.

Se volvió hacia Laila.

—¿La has visto?

Ella negó con la cabeza.

—Tenía la cara tapada y se movía muy rápido. Deberíamos haber traído a los perros. Y a los Tasker.

Gideon había dejado a los hermanos Tasker atrás a propósito, ya que habían desobedecido sus órdenes y habían maltratado a la última bruja. Evidentemente se había equivocado. Dos soldados más habrían marcado la diferencia, por no hablar de los perros cazadores de brujas.

Para ser sincero, Gideon no había traído a los perros porque si pensaba en echárselos a Rune se le ponía el estómago del revés. La recordaba temblando bajo sus caricias en su dormitorio, muerta de frío y casi desnuda, mientras él le tomaba las medidas.

Gideon se había ablandado con una bruja homicida o, al menos, con una simpatizante.

«Estúpido».

Se había dejado engañar; se había dejado convencer de que no era más que una muchacha inocente, una chica vulnerable que necesitaba protección.

Pero no admitió nada de eso ante Laila, que estaba rompiendo lo que quedaba de cristal con la culata de la pistola.

—Esto es lo que sabemos —dijo Gideon. Había decidido rendirse ante la puerta encantada, que no se abriría hasta que se desvaneciera la firma mágica—. La Polilla Carmesí se ha presentado en el sitio equivocado; un lugar que solo le revelé a una persona: Rune Winters. Es evidente que está compinchada con la Polilla, si es que no es ella.

Era suficiente para arrestarla.

—Si era Rune, sabrá que le has tendido una trampa —contestó Laila mientras limpiaba las esquirlas de cristal de la ventana con la manga escarlata de su abrigo—. Sabrá que vamos a por ella. Yo, en su lugar, me largaría en el primer barco que saliera de la isla.

Era una medida desesperada. Y, aunque era sin duda lo que debería hacer cualquier criminal que quisiera escapar de él, recurrir a medidas desesperadas no le parecía propio de la Polilla Carmesí.

«Esta noche hay un baile de máscaras en casa de los Creed —le había dicho Rune aquella mañana—. Podríamos vernos luego allí».

Cuando no quedaban más cristales en la ventana, Laila se aupó y salió de la mina.

—Deberíamos ir al muelle.

—Tengo una idea mejor. —Gideon hizo una mueca mientras iba hacia la ventana, intentando no apoyar el peso en la pierna herida—. Vuelve a la sede, reúne una partida de caza e id al muelle. Aseguraos de que esta noche no zarpe

ni un solo barco.

Laila lo miró con el ceño fruncido. El candil le iluminaba el rostro.

—¿Tú no vienes?

—Yo voy al baile de tus padres. —Laila arrugó aún más la frente, así que le explicó—: Rune me ha invitado. Si quien estaba aquí esta noche no era ella, sino otra persona, estará en Oakhaven Park.

Se cogió del marco de la ventana y se asomó. La polilla todavía flotaba por encima de la puerta.

—¿Y si está? —preguntó Laila mientras se apartaba.

Gideon saltó por la ventana con una mueca de dolor.

—La arrestaré por traición.

Veinticinco

Rune

Los terrenos de Oakhaven Park colindaban con un bosque que se extendía cientos de hectáreas. La casa en sí era modesta comparada con la mansión de Wintersea, y había pertenecido a Seraphine Oakes antes de que la reina la mandara al exilio.

Antaño, Seraphine había sido amiga íntima de las Roseblood, pero había perdido el favor de la reina anterior, la madre de Elowyn, Analise y Cressida. Kestrel nunca hablaba de ello, porque le angustiaba, pero había quien creía que el poder de Seraphine era mayor que el de la familia real, así que, por miedo, envidia o ambas cosas, la reina bruja la había desterrado.

Oakhaven Park había estado vacío hasta la revolución, cuando el Buen Comandante se lo había entregado a su esposa, Octavia Creed, como botín de guerra.

«Hay parejas que tienen dormitorios separados —había bromeado Alex una vez— y otras que tienen fincas separadas».

Aunque, gracias al viento, su ropa había pasado de estar empapada a simplemente húmeda, Rune temblaba de frío cuando se adentró en el bosque que rodeaba la propiedad a lomos de Dama. Avanzó tanto como se atrevió: sabía que Octavia tenía una patrulla y no sentía ningún deseo de cruzarse con ella. Una vez dentro del bosque, plagado de pinos y abetos balsámicos, desabrochó con los dedos helados y temblorosos la alforja que contenía su atuendo para la velada.

Se alegró de quitarse por fin la ropa mojada. Desnuda ante el viento, excepto por el cuchillo enfundado en el muslo, se trenzó el pelo, que ya se le había secado, con una técnica sencilla a la que su abuela recurría siempre que llegaban

tarde a algún sitio. Aún estaba un poco húmedo, pero no se notaba.

Después inspeccionó la herida que le había provocado el disparo de Laila. Todavía sangraba, pero había tenido suerte. Un centímetro más y tendría que haberse sacado la bala del brazo. Se trataba de una herida superficial: aunque manase la sangre, no era profunda. Cogió uno de los apósitos de algodón que guardaba en las alforjas de Dama para emergencias, se lo puso alrededor de la herida y metió los bordes por debajo para sujetarlo. Por suerte, había sido previsora y había cogido unos guantes. Se los puso, tapando la venda, y luego hizo lo propio con el vestido y los zapatos.

Por último, se colocó la máscara que había elegido para aquella noche: un zorro blanco con orejas puntiagudas.

Ya vestida, abrió otra alforja y sacó cuatro hojas de papel cebolla y una pluma estilográfica. Después de doblar las hojas y enrollarlas con fuerza alrededor de la pluma, se lo metió todo en el corpiño. Finalmente, por tercera vez aquella noche, sacó el silbato y sopló dos veces para decirle a Dama que fuese directa a casa. Cuando la yegua se hubo marchado, siguió el sendero que serpenteaba a través de los árboles, guiándose con las luces de la casa.

Aquel solía ser su estilo, el de hacerse de rogar y llegar un poco tarde. Entraría alegremente por la puerta principal y anunciaría su llegada. Sin embargo, aquella noche no quería que nadie se enterase de su demora. Quería que la gente pensara que había estado allí todo el rato.

Mientras se acercaba a la casa, contempló la posibilidad de entrar por las cocinas y fingir que se había perdido, pero así solo conseguiría que los sirvientes le dieran a la lengua. Echó un vistazo a las ventanas. Estaban lo bastante cerca del suelo como para poder colarse por una de ellas sin mancharse el vestido. Cuando ya se había decidido por aquella opción, unas voces llamaron su atención.

—Lo único que falta es vender Thornwood Hall.

¡Alex! Rune se sintió tan aliviada al oír su voz familiar que casi se le pasó por alto lo que había dicho.

¿Vender Thornwood Hall?

Se reservó las preguntas para más tarde. Se recolocó la máscara y se puso un

disfraz mucho más tedioso, uno que ya se había convertido en un hábito: el de la chica superficial a la que solo le importaban los vestidos de alta costura, las fiestas extravagantes y los cotilleos más jugosos. Salió del bosque y se dirigió hacia el círculo de jóvenes que rodeaban un fuego que llameaba en una chimenea de hierro ornamentada.

A pesar de las máscaras, reconoció a Alex de inmediato. Estaba mirando el fuego tras su máscara de león, como si estuviese reflexionando sobre un problema que lo torturaba y buscando la solución en el humo y las llamas. A diferencia de su hermano, que tenía el cuerpo de un soldado, Alex era más esbelto. Como era un músico apasionado y pasaba sus días practicando y componiendo, a menudo se olvidaba de comer.

Al ver que se acercaba, Alex la miró con toda su atención.

—¿Rune?

Verlo se le antojó como si se estuviese ahogando y hubiera visto una boya a la que asirse. Quiso lanzarse hacia él, rodearle el cuello con los brazos y aferrarse con fuerza.

Pero no hizo nada de eso.

—¡Esta oscuridad es peligrosa! —Todavía temblando, dio un paso hacia el delicioso calor de la hoguera—. ¡He salido a tomar el aire y en un abrir y cerrar de ojos estaba perdida en mitad de esa jungla!

El caballero con una máscara de lobo dijo:

—No te había visto, Rune. —La voz pertenecía a Noah Creed—. ¿Acabas de llegar?

Antes de que pudiera soltar la historia que se había preparado, Alex se desabotonó el abrigo y se lo echó sobre los hombros:

—Te castañetean los dientes. Entremos, que si no te vas a congelar.

La tela conservaba el calor de su cuerpo, y Rune se acurrucó en él. Como quería calentarse un poquito más —y contestar a Noah—, acercó las manos al fuego y protestó:

—Ya, pero…

—Insisto. —Alex presionó la parte baja de su espalda con la palma de la mano y la apartó del calor.

Su tono de voz, aunque amistoso, escondía una nota incisiva dedicada únicamente a Rune. Levantó la vista y vio que no había ninguna calidez en sus ojos marrón dorado. Y, por la forma en que apretaba los labios, no solo estaba preocupado, sino también enfadado.

«¿Está enfadado conmigo?».

Estaba demasiado cansada para resistirse, así que se dejó conducir a la casa. Miró atrás y se despidió con la mano de Noah y del chico que llevaba una máscara en forma de rana; Bart Wentholt, a juzgar por el pelo rojo.

La primera parte de su plan, ser vista en aquella fiesta, ya estaba en marcha. Ahora lo único que necesitaba era que Alex y Verity cooperasen para que pareciera que había estado allí toda la velada.

Al acusar la ausencia del calor del fuego, se acurrucó bajo la chaqueta de Alex, apretujándosela contra la piel. Él la condujo en silencio hacia la salida de los jardines; pasaron junto a las estatuas de los querubines y subieron los escalones de piedra para entrar en la casa. Los ajetreados sirvientes pasaban por su lado; algunos venían con bandejas vacías del salón de baile, donde se oía el fuerte murmullo de la música y las conversaciones; otros corrían en la dirección opuesta con las bandejas repletas de bebidas y postres.

Rune ya se había dado la vuelta para seguir a estos últimos, pero Alex la cogió de la mano, entrelazó los dedos con los suyos y tiró de ella en dirección opuesta.

—No hace falta que me mangonees así —protestó irritada, aunque la parte de ella que menos lo estaba se sorprendió de que le hubiera dado la mano de aquel modo. Nunca se habían dado la mano.

Alex la ignoró.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó con los dientes apretados mientras tiraba de ella por un pasillo largo y vacío. Los detalles dorados del estampado de helechos del papel pintado contrastaban con su color verde oscuro—. ¡Me temía lo peor!

—No me ha dado tiempo de avisarte —contestó Rune en voz baja mientras miraba atrás—. Y mandarte un telegrama era demasiado arriesgado. Prométeme una cosa: si empiezo a comportarme de forma extraña… Extraña como para asustarte, o sea, si digo o hago cosas malas solo por placer… Díselo a Verity, ¿de

acuerdo?

Rune no sabía qué es lo que haría Verity. Pero, cuando una bruja se corrompía con magia malvada, empezaba a ansiar su poder como si fuese una droga. Después de la primera dosis, era difícil resistirse y siempre volvía a por más.

Y Rune no quería acabar así.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Alex.

No se sentía distinta, pero tal vez a ninguna bruja le pasara. Quizá no tuvieran ni idea de lo que les estaba ocurriendo hasta que ya era demasiado tarde.

Antes de doblar la esquina del pasillo, Alex abrió una puerta y tiró de ella hacia el interior de la sala. Olía a libros y a madera quemada y tres de las cuatro paredes estaban llenas de estanterías. Rune soltó la mano de Alex y cruzó la moqueta, atraída por la luz de un fuego que crepitaba en el hogar. Al pasar junto a un enorme escritorio de roble, se dio cuenta de que ya había estado en aquel lugar.

Miró la pared que había sobre la chimenea y allí se encontraba: el plano de la prisión de palacio.

Un plano que necesitaba si quería albergar esperanzas de rescatar a Seraphine. Alex se había acordado y la había llevado directamente ante él. Al comprenderlo, notó una sensación cálida que la aliviaba más profundamente que el fuego.

—Alex, eres un…

—Todavía no me has dicho dónde has estado esta noche.

Estaba de pie tras ella; su voz sonaba totalmente desprovista de amabilidad, aderezada solo con crudeza. Le quitó el abrigo de los hombros, y Rune, que todavía temblaba y no estaba preparada para separarse de su calor, estuvo a punto de cogerlo…, hasta que se dio cuenta de que se lo había retirado para echarle un vistazo a su brazo.

Su guante de seda estaba manchado de sangre.

«Oh, no».

¿Era esa la verdadera razón por la que la había cubierto con su abrigo?

«¿Lo habrán visto Noah y Bart?».

Con más gentileza de la que teñía su voz, Alex la giró hacia él y empezó a

quitarle el guante tirando de los dedos uno por uno.

—¿Qué te ha pasado?

—Laila me ha disparado —contestó Rune mientras contemplaba cómo la seda se le deslizaba poco a poco por el brazo hasta revelar el vendaje improvisado, que estaba totalmente ensangrentado—. O lo ha intentado. He tenido suerte; solo me ha rozado.

Alex se había quedado mudo. Casi nunca se enfadaba. Sin embargo, esta vez Rune percibía la ira que burbujeaba en su interior, tensa y preparada para saltar, como un muelle.

—¿Y por qué te estaba disparando Laila?

—He ido a buscar a Seraphine a la vieja mina de Seldom. Tu hermano me ha tendido una trampa.

Alex entornó los ojos desde detrás de la máscara de león.

—¿Cómo que te ha tendido una trampa?

Rune lanzó el guante manchado a las llamas para destruir las pruebas. Luego se quitó el segundo e hizo lo mismo. Esperaba que Verity se hubiera puesto unos guantes que pudiera prestarle, de lo contrario, necesitaría que Alex la llevase a casa con su abrigo sobre los hombros… Y la gente hablaría. Un chico que permitía que una chica se llevase su abrigo a casa estaba dejando bien claras sus intenciones.

«Pero si están hablando sobre Alex y sobre mí —pensó— no se preguntarán a qué hora he llegado».

Le contó todo lo que había ocurrido en la mina, aunque omitió lo anterior, cuando había ido sola a casa de Gideon, se había quedado en ropa interior y dejado que le tomase las medidas. Decidió que aquella información no era relevante. Mientras lo ponía al día, Alex se agachó y le levantó la falda para coger el cuchillo que sabía que llevaba sujeto al muslo. Habían estado en aquella situación tantas veces, trabajando como los engranajes de un reloj que hubiera funcionado como la seda durante años, que Alex sabía exactamente dónde lo llevaba.

—Gideon me ha engañado —le explicó mientras él cogía el cuchillo y cortaba con él una tira de tela de su combinación—. Si antes no sospechaba de mí, ahora

sí.

Si Alex reparó en la sangre que manchaba la hoja, no se lo dijo. Cuando se puso de pie para mirarla, le tendió la venda improvisada para que la sostuviera mientras le quitaba la sucia del brazo. Rune lo estudió mientras él se concentraba en su tarea. Su máscara dorada terminaba en la punta de su nariz y cubría la mitad de sus mejillas, dejando su boca al descubierto. Apretó los labios al ver el corte que atravesaba la pálida piel de Rune. No era una herida profunda, pero aún sangraba profusamente.

—Te pedí que pusieras fin a esta historia con Gideon —le espetó. Lanzó la venda manchada a las llamas y le cubrió la herida con la limpia.

—Ha sido él quien se ha puesto en contacto conmigo —se defendió—. Quería que nos viéramos.

Alex fijó la venda con sus dedos elegantes, remetiendo los bordes por debajo.

—Claro, y a ti no te quedó más remedio que obedecer, ¿no?

—¡Es mi mejor baza para encontrar a Seraphine! —Alex respiró hondo, como si Rune fuese una niña poniendo a prueba su paciencia. Cambiando de tema, añadió—: Necesito una coartada. ¿Podemos decir que he llegado a la fiesta contigo?

Con la herida ya vendada, Rune se volvió hacia el plano que había sobre la repisa de la chimenea. Desde allí, la prisión estaba dispuesta en una serie de círculos dentro de otros círculos. Antes de que Alex le respondiera, fue hacia el enorme escritorio de Octavia Creed, que estaba en el centro de la habitación cubierto de informes. Cogió la pesada silla y la arrastró hacia la chimenea, se subió encima, se sacó el papel cebolla y la pluma del corpiño y los dejó sobre la repisa.

—Podemos decir que esta noche has venido conmigo… —dijo Alex, que no le quitaba la vista de encima—, si aceptas mi oferta.

Rune se había puesto de puntillas y estaba a punto de tapar la esquina superior izquierda del plano con la primera hoja de papel cebolla.

—¿Qué oferta? —Miró atrás. La máscara en forma de zorro le impedía verlo con claridad y, de no haber tenido las manos ocupadas, se la habría quitado.

—La de ayudarte a rescatar a Seraphine —contestó sin dejar de mirarla,

apoyado en el escritorio de la alcaidesa—. Te dije que te ayudaría si accedías a pasar un mes en Caelis conmigo.

Rune apretó la pluma que llevaba en la mano, molesta.

—Dijimos dos semanas.

—El viaje en barco hasta allí son tres días, más otros tres para volver. Así que no. Tendrás que venirte el mes entero.

«¿Por qué está tan empeñado en esto?», pensó. No era propio de él.

Rune volvió a concentrarse en el plano, aunque presionaba la pluma demasiado fuerte mientras trazaba las líneas que se marcaban.

—Ya sabes que no puedo irme. Tengo….

—¿Qué pasará cuando tengas éxito, Rune?

—¿Qué quieres decir? —preguntó sin dejar de calcar. Había varios círculos concéntricos, cada uno de los cuales representaba un sector de la prisión. En ese momento estaba con el segundo.

—¿Qué pasará cuando hayas rescatado de la purga hasta a la última bruja?

Si era sincera consigo misma, en el fondo, no creía ser capaz de salvarlas a todas. Esperaba salvar a Seraphine y a más brujas después de ella, pero estaba segura de que tarde o temprano la atraparían. Al fin y al cabo, solo era una chica. Y los cazadores de brujas se contaban por centenares.

—No puedo rescatarlas a todas —admitió mientras contemplaba las líneas que aún no había calcado, que asomaban con timidez bajo el papel traslúcido.

—Digamos que, en este supuesto, sí que puedes. Cuando termines, ¿seguirás ocultándote en las narices de todo el mundo, fingiendo ser aquello que desprecias? Nunca cambiarán de opinión sobre ti, Rune. ¿No quieres librarte de ellos? ¿De todo esto?

Rune bajó la pluma. No quería pensar en eso.

Porque Alex tenía razón.

Antaño, aquella isla había sido su hogar, el lugar en el que había encontrado su sitio. Pero jamás volvería a ser así a no ser que las brujas, de algún modo, recuperasen el poder. Y, aunque fuera posible un nuevo Reinado de las Brujas, jamás podría recuperar su antigua vida con su abuela. Aquella vida había cesado de existir el día que se la habían llevado a rastras a su purga.

Rune levantó la pluma y siguió calcando. Le quedaban todavía tres sectores de la prisión por copiar.

«Nunca lo he llegado a lograr. No del todo». En la Nueva República siempre habría brujas en peligro. Aquel jueguecito de situaciones hipotéticas era una pérdida de tiempo.

Cuando terminó de calcar el plano, bajó la última hoja. Fue entonces cuando recordó lo que Alex había dicho hacía un rato, cuando estaban junto a la hoguera.

«Lo único que falta es vender Thornwood Hall».

—Te vas para siempre —comprendió volviéndose hacia él—. No te vas solo un mes, y no solo a estudiar. Te vas para siempre. —Se sentía como si alguien hubiera retirado la tierra bajo sus pies. Le costaba encontrar las palabras—. ¿Lo sabe Gideon?

—No se lo he dicho. —Alex apartó la vista—. Dudo que le importe. Es más, creo que será un alivio para él.

Rune frunció el ceño. Aquello no tenía sentido.

Alex se apartó del escritorio y caminó hacia ella. Se detuvo delante de la silla en la que estaba subida y levantó el rostro enmascarado para mirarla.

—Quiero que vengas conmigo.

—Sí, a pasar un mes allí. Ya me lo has dicho.

—No, un mes no. Quiero que vengas conmigo y que no vuelvas. Quiero que te liberes de todo esto, Rune. No deberías vivir temiendo constantemente por tu vida. —Alargó una mano y entrelazó suavemente sus dedos con los de ella—. Pero me conformaré con un mes. De momento. Si no me queda más remedio.

«De momento». Como si estuviera siendo paciente con ella. Como si estuviese dispuesto a esperar cuanto fuera necesario para que ella entrase en razón.

—En Caelis iremos a la ópera cada día de la semana —prosiguió—. Allí representan óperas de verdad, y no esa propaganda que desprecias. —Ella apartó la vista, temerosa de que se diera cuenta de lo mucho que deseaba volver a ver una ópera auténtica, hablar de las complejidades de los personajes y los temas en el carruaje, durante el trayecto de vuelta a casa… La persona que iría a su lado

ya no sería su abuela, pero, si esa persona era Alex, estaría bien—. Iremos al ballet y a la orquesta sinfónica. Pasaremos el fin de semana en las montañas umbrianas…

Era tan tentador… Caelis, un lugar donde a la gente no le importaba que fueras una bruja y donde, sobre todo, no te denunciaban a la policía. Y Alex, el chico en quien más confiaba en el mundo entero.

Cerró los ojos. Aquella sensación tan frágil que se había despertado en su pecho se parecía a la esperanza.

«No».

La aplastó. Y se soltó de la mano de Alex.

—Lo que describes es un final feliz. Una fantasía. —Se apoyó en sus hombros para no perder el equilibrio al bajar de la silla—. Y es genial… Para ti. Pero no todo el mundo puede tenerlo.

¿A cuántas brujas les habían robado ese final feliz? A brujas como su abuela, o las hermanas de Verity. A Seraphine también le robarían el suyo si no la salvaba a tiempo.

Se metió el papel calcado debajo del brazo y cogió la pluma con los dientes para poner la silla en su sitio.

—Tienes razón. Hay gente que está decidida a vivir su propia tragedia personal.

Se paró en seco, todavía agarrada al respaldo de la silla. El cuerpo entero le hervía de rabia.

—¿Qué has querido decir con eso?

—¿Cuántas de las brujas que has salvado han intentado devolverte el favor, Rune?

—Ya te lo he dicho: yo no necesito que me salve nadie.

—Sí, eso me dirás el día que te cuelguen de los pies, mientras toda la ciudad grita de júbilo. Mientras te cortan el cuello y dejan que te desangres.

¿Por qué le estaba hablando así? Alex era el único pilar que tenía en su vida, lo único en lo que podía apoyarse.

Nunca discutían. Jamás.

—Igual es lo que me merezco —contestó mientras dejaba el montoncito de

papel calcado encima de la mesa. En cada hoja había un cuarto del plano de la prisión.

—¡¿Qué?! —La palabra de Alex sonó como un trueno. Rune empezó a enrollar las hojas en la pluma y se lo volvió a meter todo en el corpiño—. Mírame, Rune.

Se había puesto detrás de ella, pero Rune, en lugar de darse la vuelta, se quedó mirando fijamente uno de los nudos de la madera oscura del escritorio.

—Traicioné a mi abuela. Yo misma llevé a la Guardia de Sangre a la puerta de nuestra casa. —Apretó los puños y dejó que el desprecio que sentía por sí misma la anegara como una ola—. El día que la mataron, me quedé allí plantada mirando. Permití que creyeran que la odiaba. —Se alegró de que la máscara le tapara la mitad superior de la cara, porque así pudo esconder las lágrimas que le anegaban los ojos cuando se volvió hacia él—. La gente inocente no hace ese tipo de cosas.

Debería haber subido a aquel cadalso y haberlos denunciado a todos. Debería haber gritado la verdad a pleno pulmón: que quería a Kestrel Winters y que los demás eran el diablo por desearla muerta.

—Hiciste lo que tenías que hacer para sobrevivir. —Alex se quitó la máscara —. Kestrel quiso que vivieras, Rune. No malgastes el regalo que te hizo.

Apartó la vista bruscamente.

«Te equivocas».

Estar viva cuando la persona que más amabas estaba muerta por tu culpa no era ningún regalo.

Rune recordaba muy bien el día que la habían matado. Kestrel Winters no se había acobardado, no había suplicado como una criminal. Se había presentado ante sus asesinos con la dignidad y el aplomo de una reina. Cuando Rune fuese a su purga, quería comportarse exactamente así, sabedora de que había hecho todo lo que había estado en su mano para evitar que otras brujas corrieran el mismo destino que su abuela.

—A veces me da la impresión de que tienes miedo de mirarme —dijo Alex. Le puso las manos cálidas en la mejilla, por debajo de la máscara, y le inclinó la cara hacia la suya—. ¿Es porque no quiero herirte? ¿Ni cazarte? ¿Ni verte morir?

—Rune tragó saliva. Él la tenía cogida con firmeza, con decisión—. ¿Crees que mereces todo eso, Rune?

Mirarlo era como ver una ópera que no le gustaba, una de esas comedias ridículas en las que la protagonista consigue todo lo que quiere y tiene un final en el que es feliz para siempre. Esas óperas eran tan poco realistas que siempre le daban ganas de llorar. O de levantarse e irse.

Y a veces sentía lo mismo cuando miraba a Alex.

Él la soltó y le quitó la máscara con suavidad, como si quisiera que lo mirase.

—Rune…

De repente, un traqueteo en la puerta hizo que se apartara de ella bruscamente. Cogió su chaqueta para echársela a Rune por los hombros y esconder el brazo vendado, pero no llegó a tiempo.

Verity irrumpió en el despacho.

—¡Aquí estáis! —Su amiga llevaba los rizos castaños sueltos sobre los hombros, y el color escarlata de su vestido tornaba su piel más pálida que de costumbre—. Si tengo que seguir escuchando a Bart Wentholt ponerse poético describiendo su colección de zapatos, me voy a poner a gritar. ¿Es que nunca se le ha ocurrido que a nadie le importa? —Se detuvo de repente y miró a Alex y luego a Rune—. ¿Qué te ha pasado en el brazo?

Veintiséis

Gideon

Gideon dejó su caballo con el caballerizo y entró a pie por las puertas doradas de Oakhaven Park. En el techo parpadeaba un pequeño candelabro, arrojando una luz fracturada sobre los invitados que esperaban en el vestíbulo frontal a que el personal trajera sus carruajes. A cada lado de la estancia había dos escalinatas de mármol idénticas que llevaban a la segunda planta de la casa de Octavia Creed.

Gideon había luchado junto con su marido, el Buen Comandante, durante el Nuevo Amanecer. En aquel entonces, el Comandante era sencillamente Nicolas Creed, un soldado de la guardia de palacio más.

Se habían conocido años antes, en un club de boxeo, cuando Gideon iba cada noche a que lo molieran a palos. Aquellos combates siempre terminaban igual: Gideon se las arreglaba para levantar su cuerpo magullado del ring y arrastrarse a una mesa del bar del fondo, donde fingía que no se daba cuenta de que los hombres que lo rodeaban lo miraban con desdén. A todos les daba asco su presencia. «El puto de la bruja», lo llamaban. No querían a Gideon en su ring de boxeo, pero ninguno se atrevía a echarlo. Temían la ira de Cressida.

Y, como no podían librarse de él, se turnaban para hacerlo picadillo noche tras noche. Lo usaban como blanco de su ira y de su odio, algo a lo que Gideon accedía de buen grado.

En realidad le estaban haciendo un favor.

Gideon nunca le contaba a Cressida cómo se había hecho los moratones, y a ella o no le importaba o fingía no importarle.

Una noche, después de salir de la cama de ella como el insecto que era,

Gideon se fijó en cómo lo observaba un hombre, que por edad podía ser su padre, beber hasta perder el sentido antes de un combate. Los demás hombres escupían a su paso, pero aquel hombre se limitaba a mirarlo. Dio por hecho que aquel tipo esperaría a que se fuera, saldría al callejón tras él y terminaría lo que los demás habían dejado a medias en el ring. Era lo que a veces hacían esos hombres que lo odiaban.

Miró al hombre a los ojos. Lo esperaba.

Cuando el combate empezó, el láudano que corría por su sangre ya le había hecho efecto. Veía borroso y daba bandazos, pero, aun así, notaba la mirada del hombre. Al terminar, cuando yacía en el suelo —con el cuerpo insensible pese a los muchos puñetazos que le habían asestado; ajeno al dolor de los habones que le estaban apareciendo en la piel y al sabor de la sangre en su boca—, fue ese hombre el que evitó que lo tiraran por la puerta de atrás como si fuese basura, que era lo que solían hacer.

En lugar de eso, ayudó a Gideon a llegar a una mesa privada y pidió comida para él. Gideon apoyó la cabeza ensangrentada en la mesa pegajosa y, mientras el mundo daba vueltas a su alrededor, deseó que esa vez su contrincante le hubiera roto un hueso para ver si por fin sentía algo.

—Si un día te levantas y quieres contraatacar —le dijo—, ven a buscarme. —Escribió una dirección en un papel, se lo puso en la palma de la mano y le dobló los dedos para que no se le cayera.

Ese hombre era Nicolas Creed.

Había sido la única persona en ese club que había visto en él algo más que al puto de una bruja. Había visto lo que había debajo de los moratones; al chico al que ya no le quedaban razones para vivir.

Fue Nicolas quien le enseñó a boxear, quien le demostró que no tenía por qué limitarse a encajar los puñetazos; que él también podía asestarlos, y con más fuerza y más habilidad que sus contrincantes.

Fue Nicolas quien creyó en él cuando ni siquiera creía él en sí mismo.

Parecía que hubiera pasado una vida entera.

Ahora, casi tres años después, en el vestíbulo de la casa de la esposa de Nicolas, Gideon enterró el recuerdo antes de subir la escalera cojeando,

siguiendo el rumor de las conversaciones de la gente. Los invitados se lo quedaban mirando, sorprendidos por su presencia. Echaba un vistazo a los rostros enmascarados, buscando a Rune, y pasaba de largo cuando no la encontraba.

Él no llevaba ninguna máscara. Cuando Laila y los demás se fueron al muelle, había ido a casa a asearse y a curar la herida de arma blanca de su pierna. Luego se había puesto otro de los trajes de su padre —él no tenía ninguno— y había cabalgado directo hacia la fiesta.

—Espero que todo haya ido bien, Gideon. —La voz pertenecía a Charlotte Gong e hizo que se detuviera en seco. Se volvió y la vio escondida tras una máscara de conejo, con un anillo de compromiso dorado resplandeciente en el cuello.

¿Bien? Contempló la posibilidad de preguntarle a qué se refería, pero el tiempo no estaba de su parte. Debía encontrar a Rune y arrestarla.

Gideon comprendió la magnitud de la tarea que tenía entre manos en cuanto puso un pie en el salón de baile. Debía de haber más de cien personas, todavía más si contaba las que estarían paseando por los terrenos de la finca. Y todas ellas escondían su rostro tras una máscara.

Suspiró con fuerza e inició una batida desde el lado este del salón limitándose a los bordes, para evitar a la gente que bailaba. Buscaba un tono muy concreto de rubio rojizo y, cuando no obtuvo resultados, amplió la búsqueda para incluir a su amiga Verity (rizos castaños) y a Alex (rubio oscuro). Solían estar siempre al lado de Rune, así que, si encontraba a uno de ellos, era probable que los otros dos anduvieran cerca.

Gideon hizo un pausa al pensar en su hermano.

Si arrestaba a Rune, debía hacerlo sin que él se enterase. Lo mejor sería en privado. Y, para ello, debía llevarse a la chica lejos de la multitud.

Ya le daría la mala noticia a Alex cuando todo hubiera terminado.

Gideon acababa de empezar su segunda batida del salón cuando alguien lo llamó.

—¡Ciudadano Sharpe! ¡Ha venido! Temía que no llegase a tiempo.

Se dio la vuelta para ver a la propietaria de la voz: una chica con una máscara

resplandeciente en forma de zorro que lo estaba mirando a los ojos. Llevaba una chaqueta de hombre sobre los hombros.

«¿Rune?».

Su sonrisa de labios pintados rojo brillante lo deslumbraba desde debajo de la máscara. Se había recogido el pelo en un moño trenzado en la parte baja de la cabeza. El dorado rojizo se veía más oscuro de lo habitual, como si la hubiese pillado la lluvia y todavía estuviese húmedo.

«O como si se hubiera caído en un pozo».

Entrecerró los ojos.

Recordó las palabras de Laila —«Creo que con el último le he dado»— y bajó la mirada, buscando algo que indicase la presencia de una herida. Recorrió con la mirada el corpiño ajustado de su vestido gris y los guantes de seda que le tapaban los brazos, pero se la veía en plena forma. No parecía una criminal que había corrido desesperadamente para llegar a un baile.

Se acercó a él y le puso una mano sobre el brazo.

—¿Cómo ha ido el traslado?

Él frunció el ceño. ¿Acaso iba a fingir que no había pasado nada?

—Tal y como estaba planeado. —Técnicamente, era cierto. Había trasladado a Seraphine Oakes aquella tarde, después de ver a Harrow. La bruja estaba encerrada en un calabozo en las profundidades de la prisión de palacio.

Gideon echó un vistazo a su alrededor, para ver si Alex o alguno de los pretendientes de Rune merodeaban por allí. Necesitaba quedarse a solas con ella lo antes posible para arrestarla.

—Justo se lo he contado a las chicas en el almuerzo de Charlotte —continuó ella, cogiéndolo del codo y tirando de él hacia el fondo de la sala, como si de verdad no se imaginara que se disponía a detenerla—. Así que les voy a tener que contar qué pasó al final.

Levantó la vista y le sonrió, ansiosa por oír los detalles.

Gideon parpadeó.

—¿Qué…, qué has hecho?

Si Rune había charloteado por ahí sobre la información que le había dado, ahora la conocía más gente. De repente recordó lo que Charlotte le acababa de

decir en las escaleras: «Espero que todo haya ido bien».

Al ver su reacción, Rune lo soltó y dijo:

—Ay…, ¿era un secreto? —Se mordió el labio rojo—. Debería haberme dado cuenta. ¡Vaya!

A Gideon la cabeza le daba vueltas.

Rune le había hablado del almuerzo antes de que él le diera la pista falsa y, a sabiendas de lo mucho que a sus amigas y a ella les gustaba chismorrear, estaba seguro de que había compartido aquella información durante la reunión.

—¡Qué poca cabeza tengo! —se lamentó—. ¡Me siento fatal!

De pronto, Gideon tenía calor. Se desabrochó el cuello de la camisa y le preguntó:

—¿Cuántos invitados había en ese almuerzo?

—Hum, no estoy muy segura… —Se mordió el labio de nuevo—. Varias docenas, tal vez.

Consciente de lo rápido que se extendían los rumores en los círculos sociales de Rune, era muy probable que ese número se hubiese multiplicado mucho antes de la caída de la tarde. Y, si a mediodía decenas de personas conocían el lugar que le había dicho a Rune, cualquiera de ellas podía ser la Polilla o estar compinchada con ella.

Cualquiera podría haber estado en la mina.

Se quedó mirando a Rune, incapaz de decidir si era de veras tan obtusa como parecía o, al contrario, toda una maestra del engaño. Acababa de incrementar drásticamente su red de sospechosos, pero ¿lo había hecho a propósito o sin querer?

«¿Me está saboteando activamente? ¿O es inocente?».

No lo sabía. Y, en cualquier caso, ya no podía arrestarla. No si no reunía más pruebas.

Apretó los dientes, contrariado. Volvía a estar en la casilla de salida.

—Rune, nos vamos ya. ¿Estás lista? —Se dio la vuelta y vio a su hermano a unos pasos de distancia, con una camisa blanca inmaculada y sus característicos tirantes marrones. Gideon comprendió de quién era el abrigo que Rune llevaba sobre los hombros—. Verity tiene un examen mañana por la mañana —le

explicó Alex. Se quitó la máscara de león y lo miró a los ojos.

La chica en cuestión, Verity de Wilde, estaba al lado de Alex, con el rostro semiescondido tras una máscara en forma de cuervo. Se cruzó de brazos por delante del corpiño escarlata que llevaba y miró a Gideon arrugando la nariz, como si no le pareciera bien que estuviese tan cerca de Rune.

—¿Qué tiene que ver el examen de Verity contigo? —le preguntó a Rune.

Verity respondió por ella en tono cortante:

—Rune y yo hemos venido con Alex. Nos va a llevar a casa a las dos.

Vaya.

Gideon dio un paso atrás, alejándose de los tres. Si Rune había venido al baile de máscaras con su hermano, no era posible que hubiera estado a la vez en el puerto de Seldom.

Otro varapalo.

Tal vez Rune mintiera, pero Alex no. Su hermano jamás lo sabotearía a sabiendas para ayudar a una bruja peligrosa, no después de todo lo que había sufrido su familia.

Cuando los tres amigos se volvieron para marcharse, Gideon observó cómo Alex ponía una mano en la parte baja de la espalda de Rune.

«Al menos está siguiendo mi consejo».

Por alguna razón, aquello no le hizo sentir mejor.

En realidad, le hizo sentir mucho peor.

Veintisiete

Rune

El carruaje, conducido por el cochero de Alex, botaba y traqueteaba por las calles adoquinadas de la ciudad. Verity y Alex estaban sentados frente a Rune, que estaba sola en el otro asiento.

Debería haberse sentido victoriosa al ver la expresión de Gideon cuando él se dio cuenta de que le había dado la vuelta a la tortilla y, sin embargo, se sentía… exhausta. Como si pudiese dormir durante un mes entero, si le dieran la oportunidad.

«Quizá sea lo que haré en Caelis», pensó. Pero se interrumpió con brusquedad. Todavía no había decidido si se marcharía con Alex, y mucho menos si iría un mes entero.

Desde que habían salido del despacho de la alcaidesa, irradiaba entre ellos una tensión desconocida. Notaba el peso de su mirada desde el otro lado del carruaje. ¿Qué iba a decirle antes de que Verity irrumpiera en aquella habitación?

—Echemos un vistazo a ese plano.

Claro. El plano.

Fuera, casi había luna llena. Arrojaba la luz justa por la ventana para que pudiesen verlo. Tras agacharse al suelo del carruaje, Rune sacó las hojas calcadas, las desenrolló y las juntó. Verity y Alex se inclinaron hacia delante para ver mejor.

—Hay siete sectores —explicó Rune mientras miraba con los ojos entornados los círculos que había calcado. Una puerta marcaba la entrada al primero y mayor de todos, el exterior. En cada uno de los círculos concéntricos que había

después, que se desplazaban hacia el centro, había más puertas; siete en total. Cada entrada había recibido el nombre de una de las siete Ancianas: Clemencia, Libertad, Sabiduría, Justicia, Concordia, Paciencia y Fortaleza.

Rune todavía recordaba la columnata de la ópera que mostraba las efigies de las Ancianas. Cuando los patriotas saquearon el edificio durante la revolución, el fuego las había destruido. Después de aquello habían repintado las columnas, pero ella seguía siendo capaz de imaginar los retratos de las brujas: Concordia, retratada en plena carcajada y con el pelo enmarañado; Sabiduría, con una sonrisa cómplice; Justicia, que miraba al cielo…

—¿Sabes en qué sector tienen a Seraphine? —preguntó Alex.

Rune negó con la cabeza. No solo desconocía en qué sector o en qué celda estaba la bruja; tampoco sabía a cuántos guardias tendría que esquivar, ni cómo cruzar las puertas, que estarían cerradas. ¿Quién tenía las llaves? Y, una vez que lograra estar al otro lado de todas ellas, ¿cómo saldría de allí?

—Me parece un imposible —se lamentó Rune, hundiendo los hombros desanimada.

—Por algo dicen que es inexpugnable —contestó Alex.

—Así no ayudas —le espetó Verity fulminándolo con la mirada. Bajó al suelo junto a Rune, se sentó con las piernas cruzadas y se inclinó sobre el plano mientras el carruaje seguía traqueteando. Rune arrugó la nariz. Cualquier día le sugeriría amablemente a su amiga que no se pusiera tanto perfume…

Pero no aquella noche. Ella estaba agotada, pero Verity aún tenía peor pinta. Lucía unas ojeras enormes y, cada pocos minutos, interrumpía el silencio del carruaje con un gran bostezo. No era la primera vez que Rune se sentía culpable por robarle tanto tiempo de sus estudios. Estaba segura de que las notas de su amiga se estaban resintiendo.

Pero Verity la habría regañado de haber sabido lo que estaba pensando. Rune y ella estaban juntas en aquella misión, de una forma que Alex jamás podría estarlo. Rune había perdido a su abuela en la purga, y Verity a sus hermanas. Ambas deseaban rescatar a tantas brujas como pudieran para compensar por aquellas que no habían logrado salvar.

—Ojalá tuviera un hechizo para traspasar las paredes —dijo Rune. Apoyó la

cabeza contra el asiento y miró a Alex.

—¿Existe? —le preguntó él.

Ella se encogió de hombros:

—Nunca he visto ninguno.

Verity se recolocó las gafas en el puente de la nariz.

—Estoy segura de que hay un hechizo para reventar paredes. Pero necesitarías mucha más sangre para hacer algo así. Y no tienes.

Se sacó un lápiz y una libreta del bolsillo y empezó a anotar. Mientras escribía diligentemente los puntos de una lista, la punta de su lengua asomó por la comisura de su boca.

—Necesitamos saber dónde está Seraphine, cómo funcionan las puertas, más o menos cuántos guardias…

—Cómo saldrá Rune después de entrar —añadió Alex. No parecía muy complacido, pero había decidido participar.

—Qué día tienen pensado purgarla… —dijo Rune.

Aquella era su última oportunidad. Si llegaba demasiado tarde, no tendría otra.

Cuando terminó la lista, Verity se apoyó la libreta en la rodilla y empezó a tamborilear con el lápiz sobre el papel.

—Es mucha información.

—Seguro que Laila conoce varias de esas respuestas —sugirió Alex—. La alcaidesa es su madre, y ella es cazadora de brujas. Habrá estado dentro de esa prisión más de una vez.

—¿La chica que me ha pegado un tiro? —Rune enarcó las cejas, recordando la última velada en la ópera y las poco amistosas suposiciones de Laila sobre el motivo de su demora.

Verity también pareció recordarlo. Negó con la cabeza y dijo:

—No me gusta nada cómo mira Laila a Rune últimamente. Es mejor evitarla. No obstante… —Un brillo travieso bailaba en sus ojos—. Su hermano podría ser útil.

—Noah no es cazador de brujas —señaló Alex.

—Pero su hermana sí, y su madre es la alcaidesa. Noah es listo; presta atención. Y… —Verity miró a Rune— está en el primer puesto de tu lista de

solteros que cumplen los requisitos. Si consigues quedarte a solas con él…

—¿Solteros que qué? —interrumpió Alex mirando a Rune—. ¿De qué habla?

Rune hizo una mueca al recordar que a Alex le habían excluido de aquella lista. Decidió que ya era hora de informarlo y le dijo:

—Verity me hizo una lista de hombres con los que…

—¡No! —La ferocidad de su respuesta las sorprendió a las dos—. Ya hablaré yo con Noah —contestó Alex con la voz queda, como cuando está a punto de resonar un trueno—. Esta semana los he invitado a él y a Bart a jugar a las cartas.

Rune levantó la vista y lo pilló fulminándola con la mirada:

—¿Y qué vas a hacer? ¿Preguntarle cómo cruzar las puertas de la prisión de su madre como si tal cosa? —Rune negó con la cabeza—. Es muy poco probable que Noah sepa la respuesta a ninguna de estas preguntas. Y estoy segura de que no las sabrá todas. No merece la pena arriesgarnos a levantar sospechas.

Alex abrió la boca para discutírselo, pero Rune no se lo permitió y añadió:

—Ya se me ha ocurrido una solución mejor.

La respuesta había ardido en su interior durante todo ese tiempo, como la llama silenciosa de una vela. No la había verbalizado porque sabía lo que le contestarían.

Verity levantó la vista de su lista.

—Veamos.

—Gideon sabe cada una de estas respuestas. Si utilizo el hechizo Cuentaverdades…

—Eso ya lo has intentado —señaló Verity—. Y no funcionó.

—¿Que ya lo has intentado? —Alex se pasó las manos por el pelo.

Rune lo ignoró.

—No funcionó porque rechazó el vino —protestó—. Pero puedo conjurar el hechizo en cualquier cosa. Un abrigo, un zapato, un reloj… Podría encantar un dedal y metérselo en el bolsillo. Ni siquiera se daría cuenta.

—Sí se dará cuenta —repuso Alex—. Conoce bien la magia.

—Pero no la mía —replicó Rune—. La esencia de una bruja es única.

Después de la trampa que le había tendido —y en la que ella había caído

como una estúpida—, nada le hubiera gustado más que terminar aquella historia con Gideon. Era demasiado listo. Pero cortar con él ahora, cuando más sospechaba de ella, sería casi como admitir su culpa.

Rune no podía retirarse; necesitaba pasar a la ofensiva. Debía comportarse como una mujer embelesada. Como si esa noche no la hubiera atacado en la mina.

—Gideon es capitán de la Guardia de Sangre. Ha cruzado esas puertas con brujas cientos de veces. Sabrá dónde está Seraphine y también la fecha de su purga.

—¡Ya sospecha de ti, Rune!

—Esta noche no me ha arrestado —señaló esta. Había comprado algo de tiempo con aquel almuerzo, aunque no sabía cuánto.

Aquello no pareció tranquilizar a sus amigos, pero no podía reprochárselo. Era posible que, por el momento, hubiese sido más lista que Gideon, pero sabía que no lo había despistado para siempre.

—Lo único que necesito es un objeto que encantar. Algo que lleve encima.

—¿Y la marca mágica? —preguntó Verity con tono desafiante—. La verá y sabrá lo que eres.

—Entonces he de encantar un objeto en el que pueda esconder una marca con facilidad. Ya se me ocurrirá algo, ¿vale? La Cena de los Luminarios es dentro de cuatro días. Le pediré que me acompañe y después usaré el hechizo para conseguir las respuestas que necesito.

—¿Después? —preguntó Alex contrariado.

Verity no dijo nada. Se había quedado muda. De repente, Rune se sintió irritada por el comportamiento de los dos. ¿Acaso no se daban cuenta de que era su mejor opción?

—Si se os ocurre algo mejor, lo descartaré. Hasta entonces, este es el plan.

Alex se volvió con brusquedad hacia la ventanilla del carruaje, mientras daba vueltas y vueltas al anillo plateado que llevaba en el dedo meñique. Verity se limitó a fruncir el ceño.

Cuando Alex la dejó en la Mansión Wintersea casi sin decirle adiós, Rune le dictó un telegrama a Lizbeth:

> Gideon Sharpe
> Calle Prudence, 113, Ciudad Vieja
>
> ¿Me acompañas a la Cena de los Luminarios?
>
> RUNE

Después se metió en la cama e intentó no pensar en la ira de Alex, en su invitación a Caelis o en la tensión que había reinado entre ambos aquella noche. Discutir con él le hacía sentir que perdía el equilibrio, como si un barco en el que hubiera navegado plácidamente durante años se hubiese abocado de repente en aguas tempestuosas.

Alex nunca había difuminado la línea entre su lealtad a Rune y su amor por Gideon. Le gustaba mantenerlos separados. Al cortejar a Gideon, Rune estaba acortando la distancia entre esas dos parcelas de su vida, y Alex empezaba a sufrirlo. Estaba nervioso, eso era todo. Por eso se mostraba tan protector.

Rune negó con la cabeza. En ese momento, no podía permitirse ninguna distracción. Apartó a su más viejo amigo de sus pensamientos y se quedó dormida.

Veintiocho

Rune

Tardó un día y medio en recibir una respuesta de Gideon. Rune estaba en el cuarto de los hechizos trabajando en su discurso para la cena cuando Lizbeth la interrumpió:

—Ha llegado un paquete para usted.

Rune, que estaba inmersa en la tarea de llenar el papel de mentiras de lo más funambulesco, le pidió que se lo dejara sobre la mesa. No lo miró hasta que no terminó de escribir el párrafo con el que estaba ocupada.

Era una sencilla caja blanca atada con unos lazos azul pálido.

«El azul de Wintersea», pensó.

Se puso de pie sin quitar la vista de la caja. Estiró el cuello, movió los hombros en círculos, apartó el discurso que estaba escribiendo y acercó el paquete. Desató los lazos, levantó la tapa, apartó el papel marrón que protegía su contenido y descubrió un vestido de color verde menta debajo. Encima, una nota escrita con tinta negra versaba:

> ¿Me estás pidiendo una cita?
>
> GIDEON

Rune leyó y releyó las palabras varias veces antes de darle la vuelta al papel y buscar si había escrito algo más. Pero no.

«¿Es eso un sí?», se preguntó.

Echó un vistazo a la tela verde claro, dejó la nota a un lado y sacó el vestido. Algo cambió en su interior mientras lo desdoblaba. Al ver las mangas ajustadas

de encaje y el corpiño bordado con delicadeza, se le aceleró el pulso.

Desató los lazos y se desnudó para probarse la elegante prenda. La seda era suave como el agua, y las mangas de encaje se ajustaban a sus brazos como un guante. Como no había nadie que pudiera atárselo por detrás, tuvo que dejar la espalda abierta, pero se puso los zapatos de seda a juego con los que venía y fue a su dormitorio para mirarse en el espejo de cuerpo entero.

El corazón le trepó por la garganta.

El verde menta y el encaje blanco favorecían su complexión pálida y resaltaban los tonos rojizos de su pelo. Mientras acariciaba el bordado en forma de olas casi imperceptible del corpiño, intentó recordar lo mucho que odiaba al hombre que lo había confeccionado.

Pero era el vestido más bonito que había visto nunca, y que por descontado había lucido, y no pudo evitar que una sensación cálida se extendiera por todo el cuerpo. Pensó que ojalá le hubiera pedido a Lizbeth que se quedara y le atase el corpiño, para ver el efecto completo.

Volvió junto a su escritorio con el tul acariciándole las piernas. Se sentó en la silla, cogió una pluma y un papel y escribió una respuesta:

Gideon Sharpe
Calle Prudence, 113, Ciudad Vieja

Sí, Gideon. Te estoy pidiendo una cita.

RUNE

P. D. Mi plan es ganarme tu favor para que siguas haciéndome vestidos para siempre.
P. P. D. Avísame cuando empiece a funcionar.

Después de aquella interrupción le costó mucho concentrarse, así que cuando Lizbeth apareció de nuevo lo agradeció. Había dejado de redactar el discurso y lo estaba recitando, paseándose de un lado a otro de la habitación.

—Señorita Rune… —Lizbeth miró atrás y entró en el cuarto de los hechizos —. Ha venido un joven a verla. Está en el vestíbulo.

Rune, que no esperaba ninguna visita, levantó la lista de la página que estaba leyendo:

—¿Quién es?

—Ese capitán de la Guardia de Sangre —contestó en voz baja.

¿Gideon? Rune puso unos ojos como platos. «¿Qué querrá?», se preguntó.

—Dile que… —Todavía llevaba puesto el vestido que le había hecho, con los lazos de la parte dorsal desatados—. Dile que ahora bajo. Y ofrécele algún refrigerio.

Lizbeth asintió y se marchó.

«Maldita sea».

El día anterior había comprado una chaqueta en el pueblo para él, para encantarla con el Cuentaverdades y para disculparse por la que le había estropeado con el vino. Aunque jamás podría compensarlo por haberle arruinado una chaqueta del Dueto Sharpe; todavía sentía una punzada de culpa al recordarlo. Sin embargo, la modista aún tenía que hacer algunos arreglos para que le quedase bien, así que Rune no la tenía en ese momento y, por lo tanto, no podía servirse de ella para obtener información.

«No pasa nada —se dijo mientras se quitaba el vestido—. Ponte presentable y ve a hablar con él».

Alargó una mano para coger la ropa que se había quitado hacía un rato, pero, como la había dejado en un montón sin cuidado, estaba arrugada. Debía ponerse otra cosa. Corrió a su armario y sacó lo primero que encontró: un sencillo vestido veraniego de algodón que le llegaba a las rodillas. Bajó descalza las escaleras a toda prisa, pero, al verlo, no le quedó más remedio que aminorar el ritmo.

Gideon estaba girado. Contemplaba la estancia con las manos en la espalda. Llevaba unos sencillos pantalones marrones y se había arremangado la camisa hasta los codos, dejando los antebrazos al descubierto. A Rune se le paró el corazón al verlo. Aquel era el mismo chico que la había aprisionado contra el suelo hacía dos noches. El mismo al que había apuñalado en la pierna.

—Gideon —lo llamó, recuperando la compostura—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

Cuando se volvió hacia ella, Rune se estremeció al enfrentarse a su penetrante mirada. ¿Qué recordaría de la mina? Estaba muy oscuro y, cuando Gideon

encendió la antorcha, no le había quitado la capucha a tiempo como para verla. Pero ¿sabría de algún modo que era ella?

Le temblaban las piernas. Se agarró de la barandilla con una fuerza algo excesiva y siguió bajando las escaleras.

—¿Qué te trae por Wintersea? —le preguntó.

—He venido a proponerte que des un paseo conmigo.

—¿Un… paseo?

—Me dijiste que había una playa por aquí. —De repente parecía inseguro. Se soltó las manos—. Pero si estás ocupada…

—¡Ah! Sí. O sea, no, no estoy ocupada. Y sí, hay una playa. —Llegó al final de la escalera y, por extraño que fuera, se descubrió sin aliento—. Me encantaría dar un paseo.

—Estupendo.

«¿Por qué has venido en realidad?», se preguntó Rune.

Trató de sonreír y luego miró a Lizbeth, que acababa de entrar al vestíbulo con un chal en la mano. Rune lo cogió y se lo echó sobre los hombros.

Rune y Gideon se miraron durante unos segundos, incómodos, hasta que ella cayó en la cuenta de que él no podía saber cómo ir a una playa en la que nunca había estado.

—Ay, sí. —Se sonrojó—. Sígueme.

Lo guio a través de la casa y, hasta que no hubieron llegado a los jardines, no se le ocurrió que tal vez habría sido buena idea coger su cuchillo.

Veintinueve

Gideon

Gideon ralentizó el ritmo para seguir los pasos de Rune mientras paseaban por el laberinto de setos de los jardines. Ella portaba un candil en una mano y con la otra se cerraba el chal bien cerca del cuello.

Llevaba el pelo suelto, y la brisa se lo alborotaba, azotándole el rostro suavemente con los mechones. Sentía la necesidad exasperante y desesperada de apartárselos con los dedos. No tenía los labios adornados con pintura alguna, ni colorete que le aportara un poco de rubor a las mejillas. Hasta sus pies estaban descalzos. Tenía un aspecto puro, salvaje, expuesto. No era la misma chica que acostumbraba a ver en las fiestas, siempre de punta en blanco.

Lo desconcertaba. Había ido a recuperar su confianza, porque seguía siendo el mejor hilo del que tirar, pero estaba descubriendo que… flaqueaba. Se sentía inseguro. Y el silencio que reinaba parecía tener cada vez más peso, como in crescendo.

Bajó la vista y descubrió que Rune tenía un corte en el antebrazo. ¿Cómo se había hecho una herida tan profunda una muchacha que pasaba sus días organizando fiestas y chismorreando?

—¿Te has hecho daño?

Rune se sobresaltó.

—Ah… Sí. Ayer…, me caí montando a caballo y me corté con una roca. ¡A veces soy tan torpe! —Le dedicó una sonrisa y luego metió la mano bajo el chal y cambió de tema—. ¿Has pensado qué vas a responder a mi invitación?

—¿A la Cena de los Luminarios? Pensaba que mi respuesta era evidente.

Ella lo miró con los labios entreabiertos.

Al parecer, no lo era.

Él casi se echó a reír.

—Rune…, por supuesto que te acompañaré. ¿Pensabas que te iba a rechazar?

Ella le sostuvo la mirada.

—Contigo nunca sé qué esperarme.

Las palabras quedaron en el aire, entre los dos. ¿Era Rune Winters quien hablaba? ¿O la Polilla Carmesí?

Gideon no disponía de ninguna prueba de que ella y la justiciera fuesen la misma persona. Rune tenía una coartada creíble para la noche anterior, pero también lucía una herida reciente… Como la tendría la Polilla después de que Laila le disparara. No podía arrestarla, pero tampoco estaba convencido de su inocencia.

Por eso estaba allí. Si Rune era, en efecto, la Polilla, de ningún modo confiaría en él después de la trampa que le había tendido en la mina de Seldom. Debía cerrar la brecha que había abierto, pues la única forma de desenmascararla era acercarse más a ella. Y el único modo de hacerlo era convencerla de que volviera a confiar en él. Si es que aquello era posible.

«¿Qué haría si la estuviera cortejando de verdad?», se preguntó.

Gideon se estremeció solo de pensarlo. No sabía cómo enamorarse de alguien tan superficial como Rune Winters.

Aunque tal vez aquella no fuese la forma correcta de planteárselo.

¿Cómo se enamoraría de una chica que estuviera fingiendo ser superficial… para ser más lista que él?

Aquello se le antojaba más fácil.

Carraspeó y dijo:

—Tus jardines son preciosos.

Se imaginó a Harrow poniendo los ojos en blanco e hizo una mueca.

«¿No sabes hacerlo mejor, galán?».

—¿De veras? —murmuró ella mientras contemplaba los alrededores—. Intento que estén cuidados, pero carezco de…, de la devoción de mi abuela. Amaba estas flores como si fueran sus hijas. —Su expresión se suavizó al

mencionar a Kestrel. Continuó hablando mientras acariciaba los setos con la mirada, sin que él tuviera que insistir—: A veces, si cierro los ojos, todavía puedo verla podando los rosales, o bebiendo té en el invernadero, con su cajita de paquetes de semillas al lado, diseñando los jardines para la próxima estación… —Le lanzó una mirada y empalideció, como si se hubiese ido de la lengua—. Yo…

—Nosotros nunca tuvimos jardín —intervino para tranquilizarla—. Pero mi madre cultivaba hierbas en una caja que tenía en el alféizar de la ventana.

De inmediato, deseó haber dicho otra cosa. Que su familia no tuviera tierras era un recordatorio evidente de todo lo que los separaba: su posición social, la forma en que se habían criado, sus vidas… Esa separación se había reducido desde la revolución, pero jamás desaparecería del todo.

—Ahora podrías tener un jardín si quisieras —contestó Rune, lo que le demostró que estaba en lo cierto—. Podrías vivir en un lugar mucho más majestuoso que la mansión de Wintersea, con unos jardines mejor cuidados, como recompensa por todo lo que hiciste por la Nueva República. Estoy segura de que el Buen Comandante te lo concedería si se lo pidieras.

—Soy feliz en la Ciudad Vieja.

—¿De verdad?

Gideon hizo una mueca al oír su pregunta. Recordó el día que le había tomado las medidas en el taller de sus padres y se preguntó qué habría pensado mientras recorría las calles cubiertas de hollín de su vecindario, al respirar el aire contaminado y escuchar el traqueteo y los siseos que salían de las fábricas.

—Veo que no te gustó mucho.

Rune se puso rígida:

—No, quería decir que…

—¿Era la primera vez que ibas?

No hacía falta que respondiera a su pregunta. Podía adivinar la respuesta.

En todos los años que Alex y Rune habían sido amigos, ella jamás había puesto un pie en el edificio donde vivían. Siempre había sido Alex el que iba a la mansión de Wintersea. O bien su hermano se avergonzaba de su hogar o bien la habría invitado y ella se hubiese negado a ir.

—Cuando mis padres murieron, heredé el taller y el piso —le explicó.

—Pero ¿por qué has decidido vivir allí? ¿Por qué no venderlo y pedirle al Comandante que te dé tu propia finca? Thornwood Hall, por ejemplo, podría haber sido tuyo.

Thornwood Hall.

Gideon se estremeció.

Sobre esa casa se abatía una sombra larga y oscura. Todavía sentía la presencia de Cressida entre aquellos muros; todavía notaba el hedor de su magia en el aire. Las pocas veces que había vuelto, un sinfín de pesadillas había asolado hasta sus pensamientos en vigilia.

—Preferiría dormir debajo de un puente que hacerlo en Thornwood Hall —contestó más para sí que para ella—. Y, si no te parece que la Ciudad Vieja esté a la altura de tus estándares, jamás se me ocurriría confesarte en qué barrio vivíamos antes.

—Nunca he dicho que la Ciudad Vieja no esté a la altura de mis estándares.

La voz de Rune le indicó que se había quedado varios pasos antes: había dejado de caminar. Se volvió para mirarla y vio que la luz entre roja y dorada del atardecer la iluminaba desde atrás, dibujando su silueta, y que el viento le movía las faldas del vestido blanco. Habían llegado al final de los jardines: los setos eran más bajos y estaban menos recortados. Más salvajes.

—Tu barrio me parece… pintoresco.

—Esa es una palabra educada a la que la gente recurre cuando no quiere ser ofensiva.

Ella se ruborizó. El viento le alborotó el pelo y le dijo:

—¿Tan decidido estás a malinterpretarme?

Gideon hizo una pausa y la observó. Si Rune Winters y él estuviesen cortejándose de verdad —lo que no ocurriría jamás—, aquella era precisamente la discusión que tendría con ella.

—¿Es pintoresco que los habitantes de la Ciudad Vieja tengan que contar moneditas para mantener la luz encendida? ¿Es pintoresco que los padres pasen la mitad del año muriéndose de hambre para que sus hijos puedan comer? ¿Que los niños Penitentes pidan limosna en las calles? ¿O que los viejos y los

enfermos mueran en sus camas porque no pueden permitirse calentar sus casas?

Todo aquello sucedía en la Ciudad Vieja con frecuencia.

Rune lo miró horrorizada. No sabía nada de todo aquello, por supuesto. Ella vivía en un mundo distinto. Un mundo que estaba a una hora de distancia a caballo, pero que podría haber estado más lejos que la luna.

Se dio la vuelta y siguió andando, molesto consigo mismo por haber sacado el tema. Molesto también con ella, por ser… En fin, ella.

—No entiendo por qué estás enfadado conmigo —protestó Rune—. Si los niños Penitentes piden limosna en las calles, a quien deberías culpar es a la República. El Buen Comandante convirtió a sus familias en marginadas por haber ayudado a las brujas. —Gideon se detuvo en seco—. ¿O no te acuerdas de que fue él quien nos prometió un mundo mejor? —continuó antes de que pudiera responderle—. ¿Un mundo en el que nadie viviera en la miseria?

A pesar de lo enfadado que estaba, ella tenía razón. Gideon recordaba los mítines, los discursos, los panfletos escondidos en bolsillos, zapatos o entre las páginas de los libros y que se pasaban bajo las mismísimas narices de los aristócratas. Nicolas Creed les había prometido que aquello marcaría el inicio de un mundo mejor, pero aquel mundo no había llegado todavía.

—Si la gente vive en la pobreza, deberías dirigir tu ira hacia él —añadió ella.

Él se dio la vuelta con brusquedad:

—¿Te crees que antes no había pobreza? No tienes ni idea de cómo es el mundo real, Rune. Disfrutas de una existencia privilegiada y consentida, y ha sido siempre así. No digo que sea culpa tuya; solo estoy afirmando los hechos. Si no quieres mirar cosas feas, no tienes por qué hacerlo. Puedes hacer como si no existieran. —Ella se ruborizó de nuevo, esta vez, incluso el cuello se le puso rojo—. La gente como tú y tu abuela prosperó bajo el Reinado de las Brujas, cuando la situación era aún peor que ahora, así que no finjas que te importa. No te importaba entonces y tampoco ahora. Las Reinas Hermanas, el Buen Comandante… Para ti todo es lo mismo.

Ella hizo una mueca de dolor, como si la hubiese abofeteado. Cuando lo vio, a Gideon las ganas de discutir se le esfumaron.

«Mierda». Había ido demasiado lejos.

—Rune, disculpa, yo… —Se pasó una mano por el pelo con brusquedad. ¿Tenía que ser tan brutalmente honesto? De repente, la muchacha le pareció diminuta. Quería eliminar la distancia que los separaba, pero le daba miedo que se apartase de él—. Estoy de acuerdo contigo, se suponía que la revolución debía mejorar la situación, para todos; pero todavía queda mucho por hacer.

Ella guardó silencio. Se limitó a observarlo, mientras el viento le azotaba el pelo.

«Lo he estropeado todo —pensó—. Va a dar media vuelta, volverá a su casa y no me dirigirá la palabra nunca más».

Sin embargo, en lugar de intentar arreglarlo, en lugar de asirse al único y frágil hilo que lo conectaba a la Polilla Carmesí, prefirió ofrecerle una salida. Estaba asqueado consigo mismo por haberla insultado: lo correcto era proponerle que volvieran a casa.

Pero, antes de que le diera tiempo, ella se acercó, se detuvo apenas a unos centímetros de él y le dijo:

—Si pensara que no estás a mi altura… —le clavó una mirada dura como el acero—, ¿por qué habría aceptado pasear contigo?

La miró a los ojos.

«Exacto. ¿Por qué?».

Gideon alzó una mano y cogió la maraña de pelo que se le agitaba a Rune ante el rostro. Le sorprendió que no se apartara, que, en lugar de eso, le permitiera que se lo echara hacia atrás. Su expresión pareció suavizarse cuando él se lo sostuvo apartado de la cara, para poder contemplarla bien. No debería haberle gustado tanto la sensación de su pelo en las palmas de sus manos, ni ver cómo ella se relajaba con su caricia.

—A veces, las herederas hermosas cortejan a los soldados de clase baja —dijo él—. Pero no se casan con ellos.

Ella esbozó una media sonrisa:

—¿Me acabas de llamar hermosa, Gideon?

—Solo nombro lo evidente. No cambies de tema. —Ella apartó la vista—. Sabes que es cierto, Rune. La gente de tu posición no se casa con quien está por debajo. —Según su experiencia, los que nacían en un mundo de riqueza y

privilegios querían más, no menos. Era como probar una droga: en el momento en el que la gente conocía el sabor de un poder, necesitaba saciar su sed—. Yo no sé cómo bailar tus canciones —continuó—. No valgo tanto como tus amigos. No uso diecisiete cubiertos para cenar. —Le soltó el pelo, que de nuevo ondeó al viento de forma salvaje—. No tengo medios para incrementar tu herencia.

Sabía que, al recordarle las razones por las que su relación no tenía sentido, caminaba por la cuerda floja. Sabía que la farsa en la que ambos estaban participando pendía de un hilo. Sin embargo, si el objetivo era mostrarse vulnerable para provocar que ella también lo hiciera, debía ser sincero.

—La gente como tú es imposible —replicó ella—. Nada de eso me importa.

Él estuvo cerca de poner los ojos en blanco.

—Claro que te importa.

—Entonces ¿qué hacemos aquí? Si tan superficial soy, si soy todo fachada y no hay nada debajo, ¿qué haces conmigo? ¿Por qué querría alguien como tú a alguien como yo?

Gideon abrió la boca para responder, pero no sabía la respuesta.

La contempló con el pelo iluminado por el sol poniente. Tenía los ojos grises, como acero derretido.

Y, ante su silencio, Rune sacó sus propias conclusiones:

—Quizá tengas razón. —Pasó por su lado, candil en mano, y quitó el cerrojo de la verja blanca que marcaba el final de los jardines para salir al prado—. Uno de los dos se cree mejor que el otro. Pero no soy yo.

Cerró la puerta tras ella.

Gideon se la quedó mirando.

«¿Qué?».

La vio recorrer el camino que atravesaba la hierba alta desde el otro lado de la puerta, en dirección al bosque que asomaba en la distancia. Por alguna extraña razón, Cressida afloró en sus pensamientos.

Había aprendido muy rápido que no debía llevarle la contraria. Discutir con ella le acarreaba consecuencias: cuando la desobedecía o no le daba la razón, lo castigaba, a él o, a veces, a otros. Hasta que dejaba de resistirse a ella.

Rune, en cambio, parecía afectada ante los insultos, pero motivada ante su

actitud desafiante.

Para él era un territorio inexplorado. Y, sin un plano que lo guiara, no podía más que quedarse allí plantado, mirando cómo se alejaba. Ni siquiera la voz de Harrow en su mente le resultaba de ayuda.

«Si esta chica te gustara de verdad —se dijo—, irías tras ella».

Saltó la valla y echó a correr camino abajo, siguiéndola. El corazón le latía con fuerza. Como norma general, Gideon evitaba situaciones que lo hicieran vulnerable, pero allí estaba, lanzándose de cabeza a una.

—Si vamos a seguir adelante —le dijo cuando la alcanzó—, hay varias cosas que debes saber. —Ella levantó la vista y lo miró mientras él continuaba—: Para que puedas decidir si es esto lo que quieres. Si yo soy lo que quieres.

El bosque que tenían delante tapaba las vistas al mar, pero él ya notaba el sabor salado de la brisa. Estaban cerca.

Ella lo observó bajo la luz que arrojaba el candil.

—Muy bien. Cuéntamelas.

«Esto es un juego —se recordó. Notaba una presión en el pecho—. No significa nada».

Pero, si eso era cierto, ¿por qué se sentía como si estuviese caminando por un acantilado con la esperanza de no precipitarse al vacío?

Treinta

Gideon

—La última chica de la que me enamoré era una bruja —confesó. Rune se puso rígida—. La conocí el día en que mis padres se convirtieron en los sastres reales.

Por aquel entonces, hacía ya casi un año que los diseños de su madre habían llamado la atención de la aristocracia. Varios meses antes de aquello, el dinero que ganaban con el negocio, que iba en alza, les había permitido abandonar los Barrios Bajos, el distrito más pobre de la ciudad, y mudarse a un bloque de pisos de la Ciudad Vieja. Y, en un solo día, por voluntad de las reinas, habían ascendido mucho más: la familia se trasladaba a palacio. De repente, podían permitirse los estudios de Alex. Gideon ya no tenía por qué saltarse comidas para que su hermana pequeña, Tessa, pudiera comer.

—Mis padres no daban abasto con las peticiones de las reinas, así que me llevaron con ellos para que les echase una mano. Alex se había marchado a estudiar al conservatorio, y Tessa era demasiado pequeña para hacer nada, más que meterse por medio. Cressida pidió que me asignaran a ella en exclusiva, así que me fui a vivir a Thornwood Hall.

Se le encogió el corazón. Intentó decidir cuánta información revelar. No quería que Rune conociera todos los sórdidos detalles de su pasado. Sin embargo, había ciertas cosas que merecía saber antes de involucrarse más en su vida.

—Cress no me quería solo para que fuera su sastre. —La observó de soslayo. Ella seguía caminando a su lado, mirando al frente—. Y yo acepté de buen grado

satisfacer… sus otras necesidades.

—Teníais una relación íntima. A eso te refieres.

—Sí.

Quiso bloquear los recuerdos que empezaban a inundar su mente. Las noches en los jardines de Cressida que siempre terminaban en la cama de ella; él, recorriendo con los dedos las cicatrices mágicas y plateadas que lucía con orgullo en la piel, como si fuesen la más exquisita obra de arte.

Cada una de sus cicatrices mágicas la había dibujado ella misma o sus hermanas. El conjunto era como un jardín salvaje que iluminaba su cuerpo. Formaban rosas, lirios, azucenas y ranúnculos, flores que crecían entre hojas, tallos y espinas enredados. El jardín plateado trepaba por sus pantorrillas y sus muslos, cubría el lado izquierdo de su torso y su pecho y bajaba por sus brazos. Las preferidas de Gideon eran los pétalos que salpicaban su clavícula.

Lo había embrujado sin remedio.

Decidió ahorrarle aquella parte a Rune.

—Las cosas no tardaron mucho en torcerse.

—¿Qué quieres decir? —La voz de Rune lo sacó de su recuerdo. Volvía a estar en el bosque, donde, igual que en el prado, alguien había limpiado el suelo de ramas y hojas para formar un sendero entre los árboles. Las hojas resplandecían bajo el brillo dorado y neblinoso del sol del atardecer.

—Mi madre… empezó a encontrarse mal. —Recordó sus dedos amoratados y ensangrentados, sus ojos rojos, sus huesos despuntando por debajo de la piel—. Empezó a ver cosas que no existían, y a acusarnos a mi padre y a mí, e incluso a Tessa, de cosas que no habíamos hecho: de robarle los cuadernos, de estropearle las telas… De sabotearla de cualquier forma posible.

Se le tensaron los músculos al recordarlo todo. Su madre los había acusado también de cosas peores: a su marido, de serle infiel; a Tessa, de envenenarla; a Gideon, de abusar de Tessa. Los había acusado de auténticas pesadillas, de barbaridades que todavía le quitaban el sueño. Y siempre podía olerlo en ella: el hedor a cobre de los hechizos de una bruja.

—Las Reinas Hermanas la estaban torturando poco a poco —añadió.

—Eso no tiene sentido —repuso Rune—. Si querían que tu madre fuera su

modista, ¿para qué atormentarla?

Le dirigió una mirada penetrante:

—Es evidente que no conocías a las Roseblood. Las brujas son crueles por naturaleza, pero las hermanas Roseblood eran particularmente malvadas. Torturaban y asesinaban a aquellos que las enojaban y luego usaban la sangre de sus víctimas para conjurar hechizos.

Rune negó con la cabeza con incredulidad.

—Eso es imposible.

—Lo vi con mis propios ojos.

—No, me refiero a que… Lo que describes son hechizos Arcana, y están prohibidos. La reina Raine los ilegalizó hace siglos.

La miró de hito en hito, sorprendido de que lo supiera. Sin embargo, su abuela había sido una bruja. No era de extrañar que tuviera conocimientos sobre brujería.

—Un Arcana es el hechizo de más alto nivel que puede lanzar una bruja —siguió explicando ella—. Requieren sangre tomada contra la voluntad de una persona. De ello surge una magia poderosa y letal, pero corrompe a las brujas que recurren a ella. Si las hermanas Roseblood conjuraban Arcana, se habrían estado corrompiendo a propósito.

Le recordó a algo que Cressida le había dicho hacía años, cuando él había entrado en una habitación y la había descubierto junto a sus hermanas delante de un cuerpo que yacía en un charco de sangre. Aquella imagen, unida al fuerte hedor de la magia, había estado a punto de hacerle vomitar.

«Cuanto más poder tenemos, Gideon, más desean vernos fracasar. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Dejar que quienes nos odian planeen nuestra destrucción? ¿Que respetemos las normas cuando todos los demás se las saltan? Sería una estupidez. Una vez que has logrado conseguir el poder, para ti y para quienes amas, debes hacer todo lo posible por conservarlo, incluso sacrificar tu alma. Si no lo logras, tendrás que ser testigo de cómo quienes ansían lo que tienes hacen daño a las personas que amas».

Rune se había quedado en silencio. Durante varios minutos, en el bosque no hubo más sonido que el de los pies de ambos al aplastar las agujas de los pinos

del camino y el del viento al susurrar entre las hojas de los árboles.

La siguiente parte de la historia sería la más difícil de contar. Gideon miró a Rune e intentó encontrar un motivo para saltársela, pero si la hubiera estado cortejando de verdad habría querido que lo supiese.

«Uno de los dos se cree mejor que el otro. Pero no soy yo».

Se disponía a comprobar si sus palabras eran ciertas. Y, si no lo eran, tenía claro que no podría reprochárselo.

—Cuando le dije a Cressida que habíamos terminado, que no quería tener nada más que ver con ella, me advirtió que, si la rechazaba, mi hermana pequeña correría la misma suerte que mi madre. Para entonces ya me tenía aterrorizado, y yo deseaba desesperadamente proteger a Tessa. Así que seguí haciendo todo lo que me pedía. —Se pasó una mano por el pelo con gesto brusco—. Pero la mató de todos modos.

—Pensaba que tu hermana había muerto de la peste sudorosa.

Es lo que debía de haberle contado Alex.

—¿Te acuerdas de la fiesta en la que te serví el té? Cress estaba convencida de que la estaba engañando con una de las doncellas y quería castigarme. Cuando se dio cuenta de que servir el té no me resultaba humillante, cambió de táctica y me dijo que, para demostrar mi devoción por ella, tendría que confeccionarle tres docenas de rosas de seda antes del amanecer, como las que mi padre hacía para mi madre. Si no lo lograba, a mi hermana pequeña le sucedería algo terrible. —Miró a Rune, que tenía los labios apretados en una delgada línea—. Tardé dos horas en coser la rosa de seda que te regalé.

A Rune se le oscureció la mirada al hacer el cálculo.

Para cuando salió el sol, Gideon se las había arreglado para coser una docena de rosas. Sin embargo, para Cress fue la prueba de que no estaba lo bastante arrepentido. Aquel mismo día, atacó a su hermana pequeña con un hechizo que la maldijo con la peste sudorosa. Luego la encerró en su habitación y se negó a permitir que nadie la cuidara.

Gideon se había lanzado contra la puerta para abrirla, pero Cress la había encantado para que resistiera contra cualquier tipo de fuerza. Intentó abrirla a puñetazos, mientras Tessa lloraba y suplicaba desde el otro lado, llamando a su

madre, delirando por la fiebre. Él le gritó a Cressida, pero ella se limitó a sonreír. Gideon se abalanzó contra ella y la tiró al suelo. Empezó a asfixiarla, preparado para aflojar solo cuando su cuerpo se hubiese quedado flácido, pero los guardias se lo llevaron a rastras y lo encadenaron al suelo de una celda.

Cuando lo dejaron salir, Tessa estaba muerta.

—Mi madre se suicidó al día siguiente, ahogándose, y mi padre se ahorcó pocos días después. Pero ella seguía sin estar satisfecha. —Cerró los puños—. Y yo sabía muy bien que todavía quedaba una persona a quien podía hacer daño si no la obedecía.

—Tu hermano —murmuró Rune.

Gideon asintió. Alex había sido la última amenaza muda que había flotado entre la reina bruja y él.

Después de aquello, había empezado a beber. Lo hacía todos los días, algunos en cuanto se levantaba. Era la única forma de soportar el cometido de meterse en su cama todas las noches.

A veces, le daba la sensación de que Cressida lo prefería cuando él no quería, como si le provocara más placer forzarlo.

Recordaba la noche que lo había marcado. Lo había pegado a la pared con un hechizo, para que no pudiera evitar que le cauterizara la carne. Recordaba los espasmos que había sufrido bajo el hierro ardiente, la tensión insoportable de los músculos mientras encajaban aquel dolor tan atroz.

«Es una maldición, Gideon —le había dicho ella, presionando el hierro contra su piel, mientras él intentaba no gritar—. Y la activaré si vuelves a traicionarme».

—Por eso Alex la mató —murmuró Rune.

Gideon oyó el susurro de las olas en la distancia. El olor del mar era fuerte; atisbó la forma suave y redondeada de las dunas en cuanto los árboles empezaron a escasear. Al salir del bosque, vio la larga orilla que se extendía ante ellos. Hacia el este había un arrecife que separaba aquella bahía superficial del mar abierto, donde el agua de color turquesa resplandecía bajo el cielo rosa.

—He estropeado una velada perfecta —se lamentó, maravillado con las vistas.

Sintió ganas de zambullirse en el agua, de dejar que el mar limpiara aquella

mancha que jamás se iría del todo. Sin embargo, cuando empezó a dirigirse hacia el agua, Rune lo detuvo cogiéndole la mano.

—No has estropeado nada.

Él bajó la vista y contempló sus dedos entrelazados. Cuando la miró a ella, la tempestad que vio en su mirada le pareció tan fiera que se quedó sin respiración.

—Lo que te ha ocurrido no define quién eres, Gideon.

Ojalá aquello hubiera sido cierto.

—Nadie puede escapar de su pasado.

Su pasado lo había formado. Lo perseguía. Lo había destrozado. Todo lo que había hecho en la víspera del Nuevo Amanecer, ayudar a Nicolas Creed y a los demás rebeldes a tomar el palacio, disparar a Analise y a Elowyn en sus camas, ir a por Cressida solo para descubrir que Alex la había encontrado y se había encargado de ella para que él no tuviera que hacerlo… Todo fue por lo que las reinas brujas le habían hecho a él y a su familia.

Era la razón por la que seguía cazando brujas. Porque eran muchos los que habían sufrido tanto como él, o incluso más. Harrow no era más que un ejemplo.

En las brujas no había ni una sola gota de bondad. Eran malvadas. Si se les permitía ostentar poder, abusarían siempre de él, y para evitar que resurgieran, para garantizar que nadie volviera a estar a su merced, era necesario erradicarlas, acabar con todas y cada una de ellas.

Gideon apartó la mano de la de Rune, recordando de repente el motivo que lo había llevado hasta allí.

Sospechaba que Rune Winters era una bruja oculta en las narices de los demás, y para atraparla necesitaba pruebas. Y en toda bruja podía encontrarse la misma.

Se recordó acariciando las cicatrices plateadas de Cressida en la oscuridad, mientras ella dormía.

Recordó el consejo que le había dado Harrow hacía dos noches.

El sol empezaba a colarse por la línea del horizonte. Pronto desaparecería, y la única luz disponible provendría del pequeño candil que Rune llevaba en la mano. Antes de que la oscuridad descendiera del todo sobre ellos, empezó a desabotonarse la camisa.

Rune arrugó la frente:

—¿Qué haces?

—Voy a darme un baño.

—¿Ahora?

—El agua está tranquila y la noche es cálida. Son las condiciones perfectas para nadar.

Cuando se hubo desabrochado los botones suficientes, se quitó la camisa y la tiró sobre la arena. Cualquier objeción que Rune hubiese querido aducir murió en sus labios. Al ver su expresión consternada, Gideon casi se echó a reír.

La miró con una ceja enarcada:

—¿No vienes?

Treinta y uno

Rune

En aquella época del año, el mar estaba congelado. Rune acababa de abrir la boca para decírselo, pero justo en ese momento… Gideon se quitó la camisa.

Y las palabras murieron en sus labios.

Inhaló con brusquedad; la imagen de sus hombros y de sus brazos musculosos le calentó la sangre. Cerró los puños, clavándose las uñas en las palmas de las manos, e intentó no recorrerle el cuerpo entero con la mirada; no admirar las líneas que se le marcaban con nitidez en las clavículas, el abdomen y las caderas. El sol poniente había teñido su cuerpo del color dorado de la miel.

Intentó apartar la vista, pero en el lado derecho del pecho tenía algo que llamó su atención: una rosa llena de espinas rodeada de una luna creciente. Rune lo reconoció al momento. Las Reinas Hermanas habían convertido sus firmas mágicas en sus emblemas y se los bordaban en la ropa. Las hermanas los llevaban cosidos en los puños de las camisas, grabados en sus joyas o impresos en sus capas de montar.

La rosa y la luna creciente pertenecían a Cressida.

«¿Será un tatuaje?», se preguntó.

Sin embargo, en ese momento oyó el ruido de los pantalones de Gideon al caer sobre la arena y se quedó en blanco. Fijó la mirada en aquel blasón, consciente de que él estaba casi desnudo, y sin atreverse a mirar a ningún otro sitio. La historia que le había contado seguía vibrando en cada fibra de su ser. Su voz estaba colmada de rabia, de vergüenza y de dolor, y, aunque Rune deseaba con desesperación pensar que había otra versión de la historia, que Gideon

estaba retorciendo la verdad, no podía fingir que no había visto aquel emblema.

«No es un tatuaje —comprendió mientras inspeccionaba las líneas rojas—. Es una marca».

La más joven de las reinas brujas había marcado a Gideon como un granjero marca en un animal su nombre, para que cuando la bestia salga a pastar todo el mundo sepa que es suya y nadie se la lleve.

Cressida había marcado a Gideon de forma indeleble para dejar así claro que era de su propiedad.

Rune estaba horrorizada. Paralizada.

—Gideon…

Él no era consciente de lo que ella acababa de comprender. Metió un dedo en la cintura de sus calzoncillos y le dijo:

—Ahora o nunca, Rune.

Y se los quitó.

—¡Por todas las estrellas! —Rune se tapó los ojos con las manos—. ¡Gideon Sharpe!

—¿Qué es eso? ¿Te has puesto roja? —Sus provocaciones la calentaban, ahuyentaban el frío—. ¿Por qué tienes tanta vergüenza? No me digas que nunca te has aprovechado de todos esos pretendientes que hacen cola en tu puerta…

Notó aún más calor en la piel, aunque se le estaba escapando una sonrisa.

—¡Eres lo peor!

Y, para sorpresa de ambos, ella se echó a reír.

Rune quería quitarse las manos de los ojos y mirarlo. Lo deseaba desesperadamente. Pero no debía aprovecharse, como lo había hecho otra chica, así que se quedó como estaba, con los ojos tapados.

Oyó el suave ruido de unos pies sobre la arena. Sin embargo, sus pasos no se dirigían hacia el mar, sino que se acercaban a ella. Rune dio un paso atrás y estuvo a punto de tropezarse con un tronco. Él la cogió del codo para evitarlo, y ella notó el golpe de su aliento cálido contra la mejilla.

—Ven conmigo… —Aquel hombre guapísimo de más de metro ochenta estaba a escasos centímetros de ella. Rune se apretó las manos contra su cara con más fuerza—. ¿No quieres sentir el agua del mar sobre la piel?

—En absoluto —respondió ella sin quitar las manos—. Esa agua está congelada.

—Como quieras —dijo él; y la soltó.

Oyó el chapoteo del agua cuando se adentró en el mar, y ese sonido fue lo que acabó de empujarla hacia la tentación. Bajó las manos y lo observó adentrarse desnudo entre las olas.

Intentó recordar el papel que estaba representando, pero la máscara que se había puesto para protegerse había empezado a deslizarse sin remedio. Rune no podía seguir fingiendo que era una chica superficial, que solo se divertía con rumores y cotilleos, después de que él hubiese desnudado su alma ante ella. No podía seguir diciéndose que había dos versiones de cada historia ni que Cressida y sus hermanas eran las verdaderas víctimas.

Nada de lo que le había ocurrido excusaba lo que Gideon hacía ahora: cazar una bruja tras otra y apuntalar un régimen violento. Sin embargo, sí que la ayudaba a comprenderlo.

—Vamos, Rune. El agua está caliente.

Aquella noche, Gideon había subido la apuesta contándole algo profunda y dolorosamente cierto. Y, para que Rune se pusiera a su altura, debía ofrecerle algo a la misma altura.

Pero llevaba tanto tiempo viviendo en una mentira que no sabía si aún quedaba en ella algo auténtico.

«Si no tuviera que esconderme —pensó—, ¿quién sería?».

¿Quién era la verdadera Rune Winters?

No la aristócrata, ni la Polilla Carmesí, sino la persona que había debajo de todas aquellas capas.

Llevaba tanto tiempo representando un papel que no se acordaba.

Antaño había sido una niña a la que le gustaba llevar lazos, vestidos de seda y perlas; alguien que disfrutaba bailando con chicos guapos y charlando sobre nimiedades con sus amigos, siempre vestidos a la última moda. Le gustaba tomar el té con su abuela en la terraza e ir a la ópera.

Pero ¿qué hacía que aquella chica fuese Rune?

Recordó el retrato que tenía colgado en su dormitorio. El de una niña traviesa

con un vestido blanco que intentaba con todas sus fuerzas contener una carcajada.

Si aquella niña fuese una adulta, ¿cómo sería?

¿Qué haría?

«Aceptaría el desafío de nadar desnuda en un mar gélido», pensó Rune. No le cupo duda.

Poco a poco, dejó caer el chal, se llevó una mano a la espalda y tiró de los lazos del vestido hasta aflojarlo. Luego dejó que la tela de algodón se deslizara por su piel y cayera sobre la arena. La brisa cálida le acarició el vientre y las piernas desnudas.

Después se quitó el sujetador y, finalmente, las bragas, consciente de que él la observaba desde el mar.

Se quedó desnuda bajo la luz del sol, que desaparecía, con la melena acariciándole los hombros. Se sentía algo fofa si se comparaba con el cuerpo esbelto y musculoso de Gideon, pero, cuando se dirigió hacia la orilla, luchó contra el impulso de taparse.

Quería que él la mirara, que buscara cicatrices en su cuerpo para no encontrar ninguna. Tenía muchas cicatrices ordinarias, producto de las rascadas y los cortes que había ido coleccionando a lo largo de los años, pero ninguna tendría el color plateado que él buscaba.

Cuando entró en el agua, el frío se le coló en el cuerpo como una corriente eléctrica.

—Eres un mentiroso. —Se abrazó a sí misma para protegerse—. Es como si se acabase de descongelar un glaciar.

Gideon se echó a reír y le tiró agua. Ella se estremeció de frío cuando las gotitas congeladas le salpicaron la piel, pero siguió adentrándose en el mar, respirando hondo mientras el frío colonizaba sus rodillas, sus muslos y su cintura.

«¿Qué estará pensando? —se preguntó mientras se abrazaba el pecho con más fuerza—. ¿Me estará comparando con otras chicas que haya visto desnudas?».

Deseó ser capaz de apartar aquellas dudas de su mente, porque ¿a quién le importaba lo que estuviera pensando él? A ella no.

Cuando por fin llegó a él, el agua le cubría hasta el cuello y tenía los pies arqueados para tocar la cama arenosa del fondo con los dedos de los pies.

—Mi abuela solía traerme aquí cuando era pequeña —dijo mientras contemplaba la forma de la isla en la distancia y el arrecife que la conectaba a la orilla—. Se quedaba en la arena y me gritaba que no me alejara demasiado. Tenía miedo de que se me llevara la corriente.

Aquel era el momento perfecto para desnudar su alma, para contarle cómo había sido crecer con una bruja. Sin embargo, después de los secretos que él le había confesado, Rune no tenía estómago para mentirle ni para fingir un odio que no sentía. Pero tampoco podía contarle la verdad.

Gideon percibió su debilidad, como un verdadero depredador:

—Supongo que entregarla debió de ser muy duro.

«En absoluto», habría anunciado si hubieran estado en el palco de una ópera o en un salón de baile, rodeada de sus amigos.

Pero no era así. Estaban solos y estaban jugando a un juego nuevo; uno que era mucho más peligroso para Rune que para él.

«Entregar a mi abuela no fue duro —pensó—. Fue insoportable».

Respiró hondo y se arriesgó a ofrecerle una pequeña verdad.

—Era mi mejor amiga. —Apartó la vista—. Era… la persona a la que más aspiraba ser yo.

El día que la República la había matado, también había muerto una parte de Rune. Recordaba que aquella mañana se había puesto su mejor vestido, que se había cepillado el pelo hasta que brillaba como el trigo en mitad del verano. Su abuela le había enseñado que siempre tenía que lucir el mejor aspecto posible, fuera cual fuese la ocasión, y a Rune le daba en la nariz que no hacía una excepción por las ejecuciones públicas. Ni siquiera por la suya.

Tras abrirse paso hacia la parte delantera de la muchedumbre enfurecida, Rune había estado a punto de derrumbarse al ver a Kestrel sobre el cadalso en el que se enfrentaría a su purga. El pelo, normalmente peinado y sujeto con un pasador de piedras preciosas, le caía por delante de la cara, enredado y despeinado. Tenía una de sus regias mejillas amoratada y le habían apagado el brillo de los ojos. Alguien incluso le había arrancado la manga de la camisa para que sus cicatrices

quedaran a la vista de todos.

Kestrel había oteado aquel océano de rostros con mirada de halcón, como si no se hubiera dado cuenta de lo mucho que la despreciaban, como si no hubiera oído los terribles insultos que le gritaban.

Y, en cuanto su mirada se detuvo sobre su nieta, la atención de la multitud también lo hizo.

«¿Te has enterado? —Los murmullos aún resonaban en la cabeza de Rune—. Fue ella quien delató a la vieja. Qué valiente».

Se había transformado exactamente en la chica que querían ver: una joven heredera tan leal a la República que había sido capaz de entregar a su propia abuela a sabiendas de que la iban a ejecutar. Y ese era el papel que debía representar ahora también. Sabía que aquello era solo el principio.

Sin embargo, por debajo de la máscara, sentía que el dolor le había partido en dos el corazón.

Aquel día, cuando sus miradas se encontraron, Kestrel movió los labios cuarteados para pronunciar dos palabras. Dos palabras que Rune no merecía:

«Te quiero».

Y, entonces, el chirrido de metal contra metal llenó el aire, y dos cadenas levantaron a su abuela por los tobillos. Y allí quedó, colgada bocabajo, con las manos atrapadas en unos grilletes para brujas y el pelo colgando también.

Uno de los soldados de la Guardia de Sangre dio un paso al frente con un cuchillo en la mano y le cortó el cuello. La sangre empezó a salir a borbotones, salpicando a su alrededor, y la abuela abrió la boca para intentar coger un aire que no era capaz de inhalar. Su cuerpo se retorcía como el de un gusano en un anzuelo. Todo aplomo y elegancia se desvanecieron mientras ella luchaba contra su destino. Rune se clavó los dientes en el labio inferior para no chillar, para no llorar. Se obligó a quedarse muy quieta y a contemplar con estoicismo cómo la sangre brotaba como un lazo, densa y roja, y cómo su abuela se marchaba para siempre.

Después, Rune los vio arrojar su cadáver a una fosa común de las afueras de la ciudad. No pudo llevársela a casa para enterrarla bajo el manzano del jardín, donde caerían flores sobre ella en primavera. No podía permitirse mostrar esa

clase de ternura hacia ella, por si alguien sospechaba cuál era la verdad enraizada en su corazón.

A Gideon solo le contó lo primero. La parte sobre su muerte.

Él la miró con atención, mientras el sol se escondía en el horizonte, el cielo se tornaba violeta oscuro y lo bañaba en tonos azules y dorados, las olas los acariciaban y una gaviota graznaba a lo lejos.

«Has hablado demasiado —pensó y apartó la vista, temerosa de que hubiera visto las lágrimas que le anegaban los ojos—. Ahora todavía tiene más razones para sospechar de ti».

Le ardían los ojos y le picaba la garganta. Se había quitado la máscara y sin ella estaba perdida.

De repente, Gideon nadó hacia ella. La alcanzó antes de que le diera tiempo a retroceder y escapar. Le acarició un lado de la cara con la mano y con la otra le puso un mechón de pelo mojado detrás de la oreja.

—No es un crimen haber amado a una bruja, Rune. —Se inclinó hacia ella hasta que sus frentes se tocaron y su aliento se enredó con el de ella—. Si así fuera, no serías la única culpable.

Su gentileza derribó sus defensas, abrió los cerrojos que protegían su interior.

Le abrió la puerta al enemigo.

Levantó la vista y dejó que las lágrimas cayeran por sus mejillas. El mar ocultaba sus cuerpos, pero en el rostro de Gideon saltaba a la vista que no había olvidado ni por un segundo lo que había bajo las olas. Sin embargo, parecía reacio a eliminar por completo la distancia que los separaba, inseguro de si ella lo deseaba o no.

Rune intentó convencerse de que no. Probablemente, aquel día Gideon estaba entre la gente, celebrando la muerte de Kestrel. No debería, bajo ningún concepto, desear que se acercara más.

Era un cazador de brujas y sospechaba de ella. La estaba acechando, la tenía cada vez más arrinconada, incluso en ese momento.

Y aun así…

Lo recordó encima de ella, en la mina. Recordó el peso y la firmeza de su cuerpo. Lo recordó un rato después, sacándola del agua. La fuerza de sus brazos.

Su calor, empapándola.

¿Qué sentiría al notar su cuerpo caliente contra el suyo?

Era una perversión tener tantas ganas de descubrirlo.

Gideon, que veía sus pensamientos reflejados en sus ojos, temblaba de tanto contenerse. Tragó saliva; ella notaba el ritmo hambriento del pulso de él en la mano con la que le acariciaba el rostro.

Aquel terrible deseo lo perseguía también a él.

«Es un juego —se dijo a sí misma mientras escondía la cara en la palma de su mano—. Solo estamos fingiendo».

Y así fue como justificó enredar los dedos en el pelo de Gideon y traer su boca hacia la suya.

Treinta y dos

Gideon

Si Gideon era sincero, debía reconocer que una parte de él deseaba que la persona que se le había escapado en aquella mina fuese Rune. Debería haberle parecido perturbador. Debería haberla convertido en su enemiga, es más, en una bruja malvada y asesina. Sin embargo, una chica que fuese más lista que él le resultaba demasiado emocionante. No lo podía negar.

Con el beso se sintió igual: como si acabase de probar algo prohibido. Le resultó delicioso y embriagador; le despertó todos los sentidos a la vez. Cuando ella le acarició el labio inferior con los dientes, un calor perverso le atravesó el cuerpo. La cogió de la cintura. Era tan suave… Quería hundirse en tanta suavidad. Enterrarse en ella.

Rune, como si sintiera lo mismo que él, le rodeó el cuello con los brazos y arqueó la espalda, acercándose a él.

Se suponía que no debía sentirse así. Nada de aquello debía hacerlo sentir tan bien, ni parecer tan correcto. Era como si no hubiera nada de lo que avergonzarse, como si tal vez —solo tal vez— pudiera merecerse a una chica como aquella.

«La gente como Rune no termina con personas como tú», le espetó entre dientes una voz que salía de lo más profundo de su ser y que se parecía a la de Alex. Fue como si le arrojaran un jarro de agua fría en la cabeza. Inhaló con brusquedad y retrocedió tambaleándose para apartarse de ella.

«¿Qué cojones estoy haciendo?».

Alex tenía razón, por supuesto. Y, lo que era más importante: Alex estaba

enamorado de Rune.

Rune perdió el equilibrio por culpa de su repentina retirada. Se hundió entre las olas y volvió a salir a la superficie escupiendo agua.

A él le vibraba el cuerpo en protesta por la ausencia de ella, como si tener a Rune entre sus brazos fuera lo único verdadero en el mundo y nada pudiera ir bien hasta volver a tenerla.

Sacudió la cabeza, intentando librarse de ese pensamiento.

—Gideon, yo… Lo siento mucho. Pensaba que… —Llevaba el pelo mojado pegado a las mejillas, el cuello y los hombros. Tragó saliva con dificultad; tenía los ojos muy abiertos y estaba temblando—. Pensaba que tú querías.

«¿Cómo?».

Ella negó con la cabeza con vehemencia y dijo:

—¡Qué idiota soy!

Empezó a nadar hacia la orilla. Pateaba con fuerza y atravesaba las olas con sus brazadas. Se estaba alejando de él a toda prisa, pero no lo logró antes de que él reconociera la humillación que embargaba su voz.

«Pensaba que tú querías».

Lo había malinterpretado.

—¡Rune!

O no lo había oído o había decidido ignorarlo, porque su única respuesta fue nadar más rápido. Gideon corrió tras ella. Necesitaba decirle que sí, que por supuesto que lo deseaba.

Lo seguía deseando.

Rune llegó a la orilla y salió del agua tropezándose, ya que las olas le embestían las piernas. Su cuerpo desnudo resplandecía bajo la luz del candil, que la estaba esperando en la arena. Pese a la prisa que tenía por detenerla, no pudo evitar contemplarla con admiración. «Quizá no sea una bruja». No había visto ni una sola cicatriz mágica que le manchara la suave piel. Y las había buscado; no podía negarlo.

Aquello le hizo dudar. Se obligó a pensar en Alex, el hermano al que acababa de traicionar besando a Rune. ¿Cómo iba a ir tras la chica que su hermano amaba para besarla de nuevo?

Pero si era una bruja y Gideon no iba tras ella, si no le dejaba claro que no había nada que deseara más que besarla, Rune pondría fin a aquella farsa de cortejo… y su mejor oportunidad de atrapar a la Polilla Carmesí se esfumaría.

Gideon debía atraparla. Por el bien de todos.

Y, si Rune era la Polilla y Alex estaba enamorado de ella, debía hacerlo sobre todo por su bien. Debía proteger a su hermano pequeño de otra bruja peligrosa.

Cuando Gideon llegó a la orilla, Rune se estaba poniendo el vestido blanco. Cuando terminó, cogió el candil y huyó al bosque, dejando allí su ropa interior.

Gideon salió por fin del agua, se escurrió el pelo y se puso los pantalones a toda prisa. Cogió la camisa de la arena y echó a correr tras ella, siguiendo el resplandor del candil antes de perderla de vista por completo.

Treinta y tres

Rune

Rune temblaba de frío mientras recorría el sendero del bosque, medio corriendo, medio caminando, a merced del viento, con la intención de poner distancia entre ella misma y aquella playa tan rápido como le fuese posible. Hacía ya un buen rato que el sol se había marchado, y los árboles no eran más que siluetas oscuras a su alrededor. El vestido se le pegaba a las piernas mojadas y el pelo, empapado, goteaba por su espalda.

Pero, a pesar del frío, estaba ardiendo.

—¡Estúpida, más que estúpida!

«Las brujas son crueles por naturaleza». Si Gideon pensaba aquello y sospechaba que ella era una bruja, no debía de considerarla diferente de Cressida. Por supuesto que se había apartado cuando lo había besado. La chica que fingía ser, aquella aristócrata superficial y chismosa, le irritaba. Y la chica que era en realidad… A aquella la quería muerta.

Rune le repugnaba.

«¿Cómo he podido malinterpretarlo así?».

Ojalá conociera un hechizo para desaparecer una semana entera.

—¡Rune!

Le dio un vuelco el corazón. La voz de Gideon se oía demasiado cerca. Miró atrás, pero, más allá del resplandor que arrojaba su candil, la oscuridad lo cubría todo con su manto. Volvió a mirar al frente. Y aceleró.

Pero no lo suficiente.

—Deja de huir de mí. —Esta vez, la voz sonó justo detrás de ella. Cuando

estaba a punto de echar a correr, él la cogió de la muñeca, obligándola a detenerse, y añadió—: No has hecho nada mal.

Negó con la cabeza. La vergüenza era como una llama que ardía en su interior:

—No debí haber dado por hecho que…

Él se puso delante de ella, bloqueándole el camino que la llevaba hasta la mansión de Wintersea. Rune no pudo evitar fijarse en que, en su apuro por perseguirla, no se había puesto la camisa.

—Tus suposiciones eran correctas.

Entonces ¿por qué se había apartado?

«Te está mintiendo. Lo has pillado desprevenido con ese beso y has agrietado su fachada. No quiere besarte. Nunca ha querido. Simplemente, sabe jugar a este juego mejor que tú».

Rune estaba a punto de esquivarlo y echar a correr otra vez, pero, de repente, un sonido reverberó a través del bosque.

«Son voces».

Gideon se volvió de inmediato hacia ellas, pero Rune, que seguía sin aliento, fue la primera en descubrir a sus dueños. Las llamas de media docena de antorchas se acercaban por el sendero, moviéndose arriba y abajo como luciérnagas.

—Viene alguien —dijo Gideon.

—Es evidente —repuso Rune. Apagó el candil, cogió a Gideon de la mano y tiró de él para sacarlo del camino.

Él frunció el ceño al ver las marcas que les cortaban las frentes a los intrusos.

—¿Penitentes? Están invadiendo tu propiedad privada.

—No están invadiendo nada —contestó en voz baja. Se desplazó un poco entre los arbustos para apartarlo más del camino, donde los escondían los gruesos árboles—. Tienen mi permiso para utilizar los senderos.

Gideon seguía con su mano en la suya, pero estaba detrás de ella, invisible. Las antorchas pasaron por su lado.

—¿Se lo permites?

Se alegró de que él no pudiera verle la verdad en el rostro.

«Hago más que eso». A veces, si sabía que nadie la iba a descubrir, Rune les dejaba queso y pan recién hecho.

—Usan estos senderos para llegar a la playa, donde pescan después de que se ponga el sol. —Técnicamente, permitir que los Penitentes utilizaran los senderos de su propiedad no era ayudarlos directamente y, por lo tanto, no era ilegal—. ¿Me vas a denunciar?

—No. Es solo que… Me sorprende.

—Algunos son niños. Como has dicho antes, yo no elegí nacer en mi posición social, igual que esos niños no eligieron nacer en la suya.

—No te estoy acusando de nada, Rune. Me parece… admirable. —Le estrechó la mano. La tenía cálida.

Vaya.

Se hizo un silencio extraño entre los dos.

Rune había odiado a aquel chico desde el día que Alex se lo había presentado, y allí estaba, dándole la mano en la oscuridad. Y por elección propia.

Al darse cuenta, no pudo evitar soltársela.

Porque él también la había odiado a ella. Todavía lo hacía. ¿Sería esa la razón por la que se había apartado cuando lo besó? Quería comprenderlo. ¿Qué había visto en ella exactamente para rechazarla con tanta vehemencia?

—¿Te acuerdas del día que nos conocimos? —le preguntó ella.

Rune tenía trece años. En aquel entonces, Alex y ella eran amigos desde hacía casi dos. Era un caluroso día de verano y la había invitado a saltar de un acantilado en la ensenada Sin Nombre. Le había contado que en aquella cala estaban los mejores acantilados para zambullirse en el mar, y Rune estaba muy emocionada porque nunca había hecho nada tan osado. Por desgracia, la ensenada se encontraba en el lado equivocado de la ciudad. Su abuela le había prohibido terminantemente visitar el hogar de Alex, que estaba en una parte económicamente desfavorecida.

Pero no había dicho nada sobre la ensenada Sin Nombre, así que Rune no le pidió permiso. De hecho, ni siquiera le dijo que iba a ir.

Cuando llegaron, se encontró a un grupo de niños que estaban subiendo por las rocas y zambulléndose en el mar. Uno de ellos siempre trepaba más que los

demás y era capaz de saltar aún más lejos.

Aquel chico era Gideon, el hermano mayor de Alex, del que tanto le había hablado.

—¿Cómo podría olvidarlo? —murmuró Gideon, sacándola del recuerdo. Las densas copas de los árboles empezaban a hacerse más escasas y, gracias a la luz de la luna, que se colaba por entre las hojas, Rune vio que tenía la frente arrugada—. Una niña rica va de visita a los Barrios Bajos para ver cómo viven los sucios campesinos pobres y decide que no es para ella.

«¿Cómo?».

Le ardieron las mejillas como respuesta a su acusación. El bosque había desaparecido, pero no se dio ni cuenta.

—¿No le pediste a Alex que te llevara para eso? —preguntó.

—Alex me invitó —se defendió.

—Por supuesto. —Él apretó los dientes—. Para enseñarte como a un tesoro.

Rune lo fulminó con la mirada:

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No importa.

Ella negó con la cabeza mientras la larga hierba del prado se movía a un lado y otro al compás del viento, acariciándole las piernas desnudas.

—Fuiste tan grosero… Me pareciste el chico más maleducado que había conocido nunca.

—¿Yo? —Tosió—. ¿Que yo fui maleducado? Lo has entendido al revés.

—Insultaste mi ropa.

—Claro que no.

—¡Ya lo creo que sí! Dijiste que mi vestido era «repipi».

—Ah, sí. Sí, me acuerdo. —Se frotó la mandíbula con cierta rigidez—. Solo con la tela de encaje habrías podido pagarle tres platos calientes a cada uno de los críos que se estaban bañando en el mar.

Rune abrió la boca para contestar, pero se dio cuenta de que no sabía qué decir.

—No se me había ocurrido.

—¿No se te ocurrió que llevar un vestido de marca a los Barrios Bajos era

como anunciar que estabas totalmente fuera de nuestro alcance?

«¿Fuera de su alcance?».

—Tenía trece años. Nunca había ido más allá del centro de la ciudad. Alex era la única persona de los Barrios Bajos a la que conocía. —Llegaron a la puerta de madera por la que se entraba a los jardines de Wintersea—. Tenía tantas ganas de conocerte… —murmuró. Él le dirigió una mirada penetrante—. Y ni siquiera quisiste darme un apretón de manos.

Quitó el cerrojo de la puerta y entró, pero Gideon se quedó atrás:

—No lo había hecho nunca.

Ella miró atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Solo los aristócratas se saludan con un apretón de manos. Yo… no entendía qué estabas haciendo. Me dio la sensación de que estabas siendo condescendiente, o que intentabas mantener las distancias. —Rune abrió la boca y luego la cerró, como un pez fuera del agua—. No lo sabías —añadió él como si estuviese tomando prestadas las palabras de sus labios—. Ahora lo veo.

—Me podrías haber dado el beneficio de la duda.

Él suspiró con fuerza:

—Sí, claro.

—¿Sí, claro?

—¿Qué quieres de mí? ¿Una disculpa? —Alzó los brazos al cielo estrellado—. Siento haber sido maleducado contigo, Rune Winters. Ya con quince años era un idiota insoportable. —Bajó los brazos y la miró con atención—. ¿Basta con eso?

—Yo no… Eso no es…

—Entonces ¿por qué es tan importante?

—¡No lo sé! —Rune cerró los puños—. Supongo que me dolió. Quería gustarte.

De repente, se sintió más desnuda que en la playa. Gideon se quedó en silencio, observándola. Rune deseó poder volver a meterse esas palabras en la boca. Le estaba cediendo demasiado terreno. Se dio la vuelta para entrar en los jardines y oyó que la puerta se abría y se cerraba de nuevo tras ella. Él no tardó

nada en alcanzarla.

Gideon se quedó en silencio un buen rato mientras caminaban entre los setos.

—Recuerdo el sonido de tu risa —le confesó cuando la puerta trasera de la mansión apareció en el horizonte—. Me atrajo hacia la playa como un imán, y entonces me encontré a la chica más guapa del mundo en la orilla.

Rune aminoró la marcha al llegar a la puerta.

Pero él se detuvo del todo.

—Cuando vi a Alex a tu lado supe quién eras de inmediato. Rune Winters. La chica de la que Alex no podía dejar de hablar. Una chica que estaba totalmente prohibida porque mi hermano pequeño la había visto primero.

Rune frunció el ceño. Aquello la había molestado.

—La amistad no funciona así —replicó volviéndose hacia él—. Alex no me vio primero. No soy suya.

Gideon le miró la boca.

—No estoy hablando de amistad, Rune. —Ella se estremeció. Gideon levantó una mano y le acarició lentamente el labio inferior con el pulgar. Su caricia encendió en ella una corriente eléctrica que le recorrió el cuerpo entero—. ¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—Te parecí el chico más maleducado que habías conocido nunca —le recordó en un murmullo ronco—. ¿Fue lo único que pensaste?

Rune tragó saliva. No, no fue lo único.

Lo recordó saltando desde el acantilado. Recordó cómo el cuerpo se le había arqueado en el aire, resplandeciente como las escamas de un pez. No presumía ni se jactaba, solo era una demostración de esa silenciosa seguridad en uno mismo que otorga la aptitud.

—Me… Me impresionaste.

—Te impresioné —murmuró él. La comisura de su boca empezó a dibujar una sonrisa—. ¿Algo más?

Rune se mordió el labio. No quería admitir lo demás. Recordó a aquel mismo chico animando a niños más pequeños que no se atrevían a saltar solos. Bajaba por las rocas hasta su altura para saltar con ellos.

—Todos te admiraban —confesó—. Era imposible no hacerlo. Pero no eras

arrogante, aunque podrías haberlo sido.

Él se apartó, como si su respuesta lo hubiera sorprendido.

«¿Seguimos jugando? —se preguntó Rune—. ¿O es esto real?».

No sabía distinguirlo, y aquello la inquietaba.

En aquel silencio, Rune no podía evitar reparar intensamente en su presencia. Reparaba en la sombra de barba que había aparecido en su mandíbula, en el olor a mar que despedía su piel. Se había puesto la camisa mientras volvían, y ella no podía apartar la vista de los botones.

—¿Sigues pensando que soy una repipi? —susurró.

De todas las preguntas que podría haberle hecho…, ¿por qué habría sido precisamente esa la que había salido de su boca?

Él esbozó una media sonrisa.

—Sí. —La cogió con firmeza de las costillas—. ¿Sigues pensando que soy un bruto?

—Por supues…

Le rozó la mandíbula con los labios, y un sinfín de sensaciones se le extendieron por la piel. Rune se quedó sin respiración. No había sido exactamente un beso, sino una especie de caricia. Gideon bajó un poco más y posó los labios en un punto especialmente sensible de su cuello.

A Rune se le paró el corazón.

Cerró los ojos, y Gideon bajó más todavía, hasta el nacimiento de su cuello. Y empezó a besarla, a saborearla. Cuando le rozó la clavícula con los dientes, Rune inhaló con fuerza y cerró las manos en dos puños. La suave insistencia de su boca era una corriente peligrosa que amenazaba con arrastrarla hasta las profundidades.

Él siguió besándola, cada vez con más urgencia, recorriendo cada vez más superficie de su piel. ¿Era real o seguían fingiendo? Ella lo cogió del pelo, acunando su cabeza contra su pecho, pidiéndole en silencio que no se detuviera.

¿Y si lo invitaba a entrar?

¿A subir a su dormitorio?

Si lograba escaparse unos minutos, podría conjurar Cuentaverdades y, esta vez, lanzar el hechizo en algo útil.

Intentó mantener la cabeza clara, pero entonces él le enredó las manos en el pelo y la empujó contra la puerta. Se sentía magnetizada, incapaz de resistirse a la atracción.

«Céntrate», se dijo.

En los juegos que jugaba con sus pretendientes había una regla que nunca rompía. Podía invitarlos a su dormitorio para sacarles información, pero jamás los metía en su cama. Era una línea que no cruzaba jamás.

¿Sería capaz de respetar aquella norma con Gideon?

Las palabras brotaron sin permiso mientras él le besaba la mandíbula.

—¿Quieres entrar?

—Yo…

Rune levantó la vista. Le vibraba todo el cuerpo. Los ojos de él estaban negros como la tinta, ávidos, hambrientos. Iba a pasar. Iba a abrir la puerta e iban a…

Gideon dio un paso atrás y un viento frío se coló en el espacio que de repente los separó.

—Tal vez en otro momento —contestó.

«Un momento… ¿qué?».

Rune se quedó rígida e intentó recuperarse del impacto.

—Se está haciendo tarde —añadió él—. Debería irme a casa.

—Claro. Por supuesto. —Rune apartó la vista, obligada por el punzante dolor del rechazo—. Pediré a uno de los sirvientes que vaya a por tu caballo.

Él negó con la cabeza.

—No hace falta. Ya sé dónde está el establo; puedo ir yo solo a por él.

Rune se disponía a insistir, porque de lo contrario habría sido una mala anfitriona, pero él la interrumpió cogiéndola de la mano:

—Rune… —Le acarició los nudillos con el pulgar—. Me encantaría entrar, pero te prometí que iría despacio. —Le levantó la mano y le dio un beso en la muñeca. Ella se estremeció—. Y me temo que, si cruzo ese umbral ahora, no podré cumplir mi palabra.

Una sensación salvaje y desconocida se adueñó de ella. No quería que cumpliera su palabra. Quería que la cogiera en brazos y la llevara arriba en aquel preciso instante.

—Buenas noches, señorita Winters.

Él se dio la vuelta y se fue hacia los establos. Rune lo observó desaparecer por un lado de la casa y, temblorosa, con la espalda apoyada en la pared, se dejó caer en el suelo de piedra.

Todavía notaba su sabor. Todavía sentía sus manos en las costillas, como una presencia fantasma.

«En realidad no te desea».

Notaba un cosquilleo en la piel, por donde él la había acariciado.

«Estás cayendo en todas sus trampas».

Gideon le estaba ganando la partida. Porque Rune quería volver a hacer lo que habían hecho esa noche, y por razones que nada tenían que ver con rescatar brujas.

—Lo odio —les dijo a las sombras del jardín, mientras intentaba recordar las razones por las que aquella afirmación era cierta.

Sin embargo, le tembló la voz al pronunciarla.

Treinta y cuatro

Gideon

Gideon estaba ante el ventanal que ocupaba una pared entera de su despacho, mientras Harrow le informaba sobre sus últimos descubrimientos:

—¿Recuerdas el barco en el que encontramos la firma mágica? —le dijo—. Una hora antes de que zarpase, metieron un cargamento de último minuto: dos barriles de vino que entregó un aristócrata.

Al otro lado de la ventana, el sol escarlata empezaba a ponerse sobre la capital. Aquel edificio antiguo, que antaño había sido la Biblioteca Real y ahora era el Ministerio de Seguridad Pública, ofrecía, gracias a su ubicación en la cima de una colina del centro, una vista espléndida del puerto.

Pero Gideon no estaba admirando las vistas. Estaba valiéndose de su reflejo en el cristal para colocarse bien la chaqueta nueva mientras escuchaba el informe de Harrow.

—Por desgracia, el hombre llevaba la cara escondida bajo una capucha —continuó—. Y aquella noche no había luna. Los estibadores no pudieron identificarlo.

—¿Y cómo sabían que era un aristócrata? —preguntó Gideon mientras se ponía los gemelos.

La chaqueta era un regalo de Rune y había llegado hacía menos de una hora. «Un reemplazo para la que te estropeé», decía la nota que la acompañaba. Le había dado la vuelta al papel para ver si había escrito algo más, pero aquello era todo. Habían pasado tres días desde que había dejado a Rune en aquellos jardines. Marcharse le había resultado más difícil de lo que quería admitir.

—Los estibadores dijeron que hablaba con sofisticación, como si hubiera recibido una buena educación. Además, llevaba un anillo en el dedo meñique.

—¿Es todo? Eso y nada es lo mismo. —Gideon suspiró—. La mitad de los aristócratas llevan las manos llenas de anillos.

—Este era delgado y sencillo. De plata, tal vez. Según su descripción, parecía la alianza de un pobre.

Gideon negó con la cabeza:

—Tal vez fuese la alianza de un pobre. Un hombre puede ser a la vez pobre e inteligente. —Su padre había sido ambas cosas.

—Yo me limito a transmitirte la información —replicó Harrow—. No hace falta ser tan susceptible. Los dos chicos sospechan que no era de la misma posición social que ellos, a pesar de sus intentos por disimular.

—Es posible que no fuese más que un comerciante que se había retrasado con su cargamento.

Gideon se preguntó si Rune —o quienquiera que hubiese empleado para supervisar su negocio de transportes— tendría una lista de los inventarios de cada uno de los cargueros, y si tal lista seguiría existiendo semanas después de que el barco hubiera entregado su cargamento.

—Estaré atento por si veo a un aristócrata con una alianza sencilla de plata —concluyó. Volvió a mirar su reflejo y observó la chaqueta. Nunca había lucido nada tan elegante. Era de doble solapa, y la tela de un satén de color ocre. Le quedaba sorprendentemente bien y, a juzgar por el nombre de la tienda, que estaba escrito en la caja, en ella Rune se había gastado una pequeña fortuna.

Cuando Gideon abrió el paquete, casi la pudo oler a ella. Era un aroma delicado, como si el viento le trajera la esencia del mar; un aroma hermoso, y salvaje, y… peligroso.

Frunció el ceño y apartó el pensamiento.

Era evidente que quería que se la pusiera para la Cena de los Luminarios, que sería esta noche. De hecho, si tardaba un poco en irse, llegaría tarde.

Se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta.

—Tengo que…

—Hay algo más —lo interrumpió Harrow.

Él se paró en seco y la miró a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Son rumores. No lo hemos verificado. —No había ninguna sonrisa burlona en su boca, ni brillo travieso en sus ojos. Él le hizo un gesto con la cabeza, apremiándola a continuar—: Algunos de mis contactos me han dicho que han visto firmas mágicas por la ciudad, en callejones, en áticos… Y, a menudo, varias firmas juntas. Como brujas colaborando en pequeños grupos.

Todos los sentidos de Gideon se agudizaron a la vez, como si hubiera saltado una alarma en su cuerpo.

—¿Nadie ha informado a la Guardia de Sangre sobre estos incidentes?

Harrow negó con la cabeza.

—La gente tiene miedo de que sospechen de ellos. Si los soldados encuentran la firma de una bruja en un ático, puede que acusen al propietario de simpatizante. Hay otros que, en el fondo, se alegran del retorno de las brujas. Los que sufrieron por ser leales a las reinas muertas, por ejemplo. O los que viven ahora en condiciones aún peores, después de que se les prometiera una vida mejor con la Paz Roja.

Gideon recordó la polilla que había visto flotar sobre la mina del puerto de Seldom, hacía varias noches.

—¿Pertenece a ella alguna de esas firmas?

—No, nadie ha informado sobre una polilla de color carmesí, pero eso no significa que no esté con ellas. O que no las lidere. —Harrow bajó la voz—. Gideon, los Penitentes dicen que se acerca el resurgir de las brujas, que van a volver para recuperar lo que les pertenece. Creen que va a pasar algo grande, algo de una magnitud suficiente como para derrocar al régimen.

A Gideon se le revolvió el estómago al imaginárselo.

Las brujas no podían recuperar el poder. Había dedicado su vida entera a asegurarse de que eso no ocurriera.

—Debemos informar al Buen Comandante —afirmó.

Si lo que Harrow decía era cierto —que había más gente que simpatizaba en secreto con las brujas y les permitía reunirse en sus casas y sus fábricas—, era posible que tuvieran que retomar las redadas, como en los días posteriores al

Nuevo Amanecer.

—Hablando de la Polilla… —dijo Harrow—. ¿Qué pasó con la trampa que le tendiste a Rune Winters? Daba por hecho que ya estaría encarcelada.

—Mi plan fracasó. Creo que era una pista falsa.

—¿Has seguido mi consejo?

Recordó a Rune en el jardín. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para alejarse de ella. Mientras volvía a casa, estuvo a punto de dar media vuelta dos veces.

Si no lo había hecho era por Alex.

Gideon exhaló un suspiro de frustración.

¿Se arrepentía de haberla besado? Sí. Por supuesto. ¿Qué clase de hombre besa a la mujer de los sueños de su hermano pequeño?

Pero también le había gustado.

Recordó a Rune en la playa, desnudándose. Permitiéndole mirarla.

Unas ascuas prendieron en su interior.

Se frotó los ojos e intentó apartar aquella imagen de su mente.

—Sí, he seguido el consejo de las narices.

—La has visto desnuda. —Él apartó la vista. La sangre se le había subido a la cabeza. Harrow silbó—. Tú no te duermes en los laureles. ¿Y?

Gideon negó con la cabeza.

—No había nada. No tiene cicatrices.

—¿Buscaste bien?

—Todo lo que pude.

—O sea, que te acostaste con ella.

—¿Qué? ¡No! —Solo de pensarlo, las ascuas que ardían en su interior crecían hasta convertirse en unas llamaradas incontrolables—. No. La otra noche fuimos a nadar. —Harrow, escéptica, enarcó una ceja—. Miré bien. No encontré nada —concluyó él con un gruñido.

—Has dicho que fuisteis de noche. ¿Se veía bien?

—Harrow…

—Gideon. Estamos hablando de una bruja que lleva dos años pasando desapercibida. No tendrá las cicatrices donde alguien pueda encontrarlas. ¿Le

miraste entre los muslos?

Al pensar en los muslos de Rune tuvo que apretarse los ojos con las palmas de las manos.

—Basta —protestó.

—Porque, si yo fuera una bruja en activo y me estuviera ocultando de todo el mundo, es donde tendría las mías.

Gideon gimió.

—Vas a acabar conmigo, Harrow.

—Tienes que acostarte con ella.

—De ningún modo.

—No me digas que no lo has pensado.

Por supuesto que lo había pensado. Rechazar la invitación de Rune le había resultado físicamente doloroso. Se había dado una ducha fría en cuanto había llegado a casa para lograr dejar de pensar en ello.

Y, si estuvieran saliendo juntos de verdad, no pensaría en otra cosa.

Pero no salían juntos; no de forma auténtica. Así que necesitaba dejar de darle vueltas.

—No hay otro modo de asegurarse.

—He dicho que no —repitió él.

Era ir demasiado lejos. Cruzar una línea.

—Si de verdad estuvieras comprometido con la causa, camarada… —repuso Harrow cruzándose de brazos—. Si de verdad tuvieras tantas ganas de cazar a tu Polilla como dices, mirarías debajo de cada piedra.

Él se pasó ambas manos por la cara y luego se echó el pelo hacia atrás, casi tirando de él.

—Vamos, Gideon —insistió Harrow—. Con esa carita tampoco te costará esfuerzo.

Gideon sentía muchas cosas a la vez. La frustración le oprimía el pecho; el cuerpo le dolía de puro deseo. Y lo peor de todo era que sospechaba que Harrow tenía razón. Todo estaba muy oscuro cuando se habían bañado, y había mirado a Rune desde lejos. Y no, no había inspeccionado cada centímetro de su cuerpo.

Pensar en ello le hizo tragar saliva.

Si quería saber con total certeza si Rune Winters era o no una bruja, tendría que asumir el riesgo. Tendría que ir hasta el final, con todas las consecuencias.

Pero ¿podría vivir después con la culpa?

Por un lado, era posible que su hermano no volviera a hablarle nunca más. Por el otro, si Rune era la Polilla Carmesí —y si no solo estaba rescatando brujas, sino también asesinando a soldados de la Guardia de Sangre y planeando un alzamiento—, su responsabilidad era hacer cuanto fuera necesario por descubrirlo. Y por detenerla.

Soltó un gruñido desde lo más profundo de su garganta.

—Está bien. —Recordó a Rune mientras se quitaba el vestido. Visualizó la tela deslizándose por sus piernas, sus caderas, su torso. La recordó tirando el vestido en la arena y quitándose poco a poco la ropa interior. Era extraño, pero estaba sin aliento—. Lo haré.

Cuando estuviera seguro de su inocencia podría proceder en consecuencia. Si Rune no era la Polilla, ni tampoco su aliada, no suponía ninguna amenaza para Alex. En ese caso, Gideon terminaría aquella historia antes de que escapase a su control y la empujaría hacia el hombre que de verdad la merecía: su hermano.

«Y si la Polilla es ella…».

Fragmentos de recuerdos resplandecían como el vidrio. Rune, caminando desnuda por el agua, hacia él. La suave curva de la cintura bajo su mano. El sabor de su piel, a jabón y a sal marina.

Sin embargo, no eran solo sus cualidades físicas las que le habían nublado el sentido. Era su bondad. Era considerada, atenta. Salvaje. Siempre estaba dispuesta a discutir con él.

Si no tenía cuidado, puede que acabara enamorándose de ella.

Gideon se dirigió a la puerta.

—Si no tienes nada más que comunicarme, me marcho.

Llegaba tarde.

—No, nada más —respondió Harrow mientras lo seguía—. Te acompaño.

En cuanto salieron de su despacho, una soldado de su regimiento se acercó a ellos. Harrow se apoyó en la pared para no meterse en medio, pero Gideon se quedó donde estaba al ver lo pálida que estaba la joven.

—Capitán —dijo la soldado, deteniéndose ante él—. Los hermanos Tasker todavía no se han presentado.

—¿Todavía no? —Unas horas antes, a Gideon ya le había resultado extraña su ausencia. No era propio de ellos. La sed de sangre de los Tasker los convertía en unos soldados devotos. Odiaban a las brujas. Por mucho que Gideon despreciara sus tácticas, su ética de trabajo era impecable.

Y ya era casi de noche.

Llegar tarde era una cosa, pero saltarse una jornada completa era otra muy distinta.

Gideon frunció el ceño y recordó los cadáveres mutilados de los soldados de la Guardia de Sangre que habían ido encontrando por la ciudad durante los últimos meses. Eran como un rastro de migas ensangrentadas.

Tuvo un mal presentimiento.

Miró su reloj de muñeca.

—¿Puedes mandar a Laila a casa de los Tasker?

—Esta noche Laila está en la prisión, señor.

Podía mandar a otro oficial, pero ¿y si los hermanos no estaban en casa? ¿Sabría dónde ir a buscarlos? Gideon sí. Pero ya llegaba tarde a la Cena de los Luminarios. Si se encargaba él mismo de aquella tarea, se la perdería.

Se frotó la frente con la palma de la mano.

—Está bien. Iré yo. Pero necesito enviar un telegrama de inmediato.

—Por supuesto, señor.

Volvió a entrar en su despacho, cogió la pluma estilográfica de su mesa y escribió una nota a toda prisa. La dobló, anotó la dirección y se la entregó.

—Asegúrate de que llegue a Wintersea en menos de una hora.

Treinta y cinco

Rune

MAYORA: f. La segunda categoría de hechizos de más alto nivel.

Los hechizos Mayora son encantamientos de gran envergadura que requieren de la sangre de otra persona, o bien sustraída con permiso o bien entregada libremente. Algunos ejemplos de hechizos Mayora son invocar un desastre natural o causar una enfermedad mortal.

De Las reglas de la magia*, de la reina Callidora la Valerosa*

—He encantado la chaqueta —dijo Rune. Iba vestida solo con la combinación y Verity le estaba recogiendo el pelo en un moño.

—¿La de Gideon? Muy osado —murmuró entre dientes, ya que estaba sujetando las horquillas con la boca—. ¿Dónde has puesto la marca mágica?

—En uno de los bolsillos interiores.

Rune había escrito con sangre el símbolo de Cuentaverdades dentro del bolsillo hacía unas horas y había mandado el paquete. Si había llegado a tiempo, y Gideon se ponía la chaqueta, podría sacarle la información que necesitaba como quien tira de los hilos sueltos de un jersey.

Aquella noche estaba decidida a ser más despiadada. Tras tres días de silencio —ni un telegrama, ni flores, ni invitaciones a dar un paseo—, había llegado a la conclusión de que el capitán de la Guardia de Sangre se había olvidado de ella. Normalmente, tras un encuentro de esa clase, sus pretendientes intentaban asegurarse su afecto, y le enviaban ramos de flores de lo más extravagante o la

invitaban a un pícnic romántico al campo.

Pero Gideon Sharpe no. Era evidente que ella no le importaba.

—Listo —anunció Verity mientras retorcía el último mechón de pelo rubio rojizo y lo fijaba con una horquilla—. Terminado.

Rune se miró al espejo. Aunque el peinado parecía sencillo, no lo era. Su amiga había trenzado varios mechones de pelo y los había mezclado entre las ondas, para luego recogerlo todo en un elegante moño. Como se había criado con dos hermanas mayores que le habían enseñado todos sus trucos, Verity siempre la peinaba mucho mejor de lo que podría haberlo hecho ella sola.

—¿Qué te vas a poner? —le preguntó Verity. Ella todavía llevaba la blusa blanca y la falda plisada del uniforme de la universidad. Había ido directa después de clase para ayudarla a prepararse para la Cena de los Luminarios. Por muy en contra que estuviera del cortejo de Gideon, seguía comprometida con echarle una mano.

Justo cuando iba a buscar su vestido nuevo, Lizbeth llamó a la puerta.

—Ha llegado un telegrama para usted, señorita Rune —anunció el ama de llaves mientras lo dejaba sobre la cómoda.

A Rune se le aceleró el corazón. Lo cogió a toda prisa, rompió el sello y lo desdobló:

> Señorita Rune Winters
> Mansión de Wintersea
>
> Llegaré tarde a la cena. Hay un asunto que requiere mi atención inmediata.
>
> GIDEON

Se le cayó el alma a los pies, junto con todas sus esperanzas. Era la primera vez en tres días que tenía noticias de él, pero el mensaje no era ni una disculpa ni una promesa de compensarla por su silencio.

«¿Será verdad que tiene un asunto urgente del que ocuparse? ¿O me está evitando?».

—¿De quién es? —preguntó Verity, asomando por encima de su hombro.

Rune apartó el dolor que sentía y le enseñó el telegrama a su amiga:

—Gideon va a llegar tarde.

Verity lo leyó con los ojos entornados. Luego levantó la vista:

—¿Crees que tu hechizo durará suficiente?

—Debería aguantar hasta la medianoche. —La magia se desvanecería un poco con el paso de las horas, pero no era eso lo que le preocupaba.

«¿Y si no viene? ¿Y si ha cambiado de opinión sobre mí?».

Quizá la conversación que habían mantenido lo había convencido de que era exactamente tan superficial como fingía ser. O quizá sus besos no habían estado a la altura de sus estándares. O quizá, después de haberla visto desnuda, había decidido que ya no estaba interesado.

Rune se mordió la uña del dedo pulgar. No estaba acostumbrada a que la rechazasen. Odiaba sentir que no era lo bastante buena, lo bastante lista o lo bastante guapa. ¿Eran estas las sensaciones que despertaban ante un verdadero cortejo? Se sentía frágil e inestable, como si la más suave brisa pudiera hacerle perder el equilibrio.

Y lo peor de todo era que, si Gideon no acudía aquella noche, habría estropeado su plan antes de que pudiera ponerlo en marcha. Necesitaba que viniese y que siguiese interesado en ella, y poder así sonsacarle la información necesaria para rescatar a Seraphine.

—Ya te acompaño yo —se ofreció Verity, arrancándola de sus pensamientos.

—¿Qué? No. No te estropees la noche. —Rune se sentó en la cama—. Tienes deberes que hacer y exámenes para los que estudiar.

—Y tú tienes que dar ese discurso horroroso. Y encima, sola. Lo menos que puedo hacer es darte apoyo moral. ¿Quién sabe? Quizá podría enterarme de algo mientras estoy allí… Haré como que me he perdido y, cuando acuda un guardia solícito a acompañarme de vuelta a la cena, le haré varias preguntas inocentes sobre seguridad…

Lo cierto era que, si Gideon pensaba darle calabazas, y de una forma tan pública, Rune quería a Verity bien cerca de ella. Miró el uniforme de su amiga de arriba abajo y le dijo:

—Tendré que prestarte un vestido.

—Es evidente —respondió Verity con una sonrisa mientras se dirigía al

armario de Rune, que estaba lleno de ropa.

—Puedes elegir cualquier cosa que te guste, menos el vestido verde que hay colgado en la puerta.

Era el que le había hecho Gideon.

Le había cosido un bolsillito en el interior. Mientras su amiga buscaba algo que ponerse, Rune abrió la pared falsa que daba a su cuarto de los hechizos y entró. Iba a coger un frasquito de sangre, por si aquella noche necesitaba conjurar algún otro hechizo, pero, en ese momento, un libro que había sobre el escritorio llamó su atención. Ella casi nunca se dejaba los grimorios por ahí, y, además, aquel no lo había reconocido de inmediato. Se acercó al escritorio y contempló sus bordes dorados y su grueso lomo. Lo abrió por la primera página y se dio cuenta de que era uno de los grimorios más abstrusos de su abuela. Sus páginas estaban llenas de poderosas maldiciones.

Qué extraño.

Aquellos hechizos eran demasiado poderosos para Rune. Ella no era capaz de conjurarlos. Entonces ¿qué hacía en su mesa? No recordaba haberlo bajado de las estanterías.

«¿Habrá sido Verity?». A su amiga le gustaba hojear esos volúmenes en busca de nuevos hechizos que pudieran resultarle útiles. Además de ella, la única persona que conocía la existencia de aquel cuarto era Alex.

«Y Lizbeth». A veces, el ama de llaves entraba sin permiso para limpiar el polvo o barrer el suelo.

Las páginas del grimorio estaban repletas de símbolos, de elegantes ilustraciones y descripciones detalladas. Mientras lo hojeaba, el libro se abrió por inercia cerca de la mitad, en un hechizo llamado Desgarratierra. En la página izquierda había siete símbolos dorados, cada uno más complicado que el anterior, y debajo de ellos había una descripción de los efectos de la maldición. La página de al lado mostraba una ilustración de una ciudad partida en dos: un terremoto la había destruido. Sus habitantes chillaban horrorizados entre los edificios derrumbados y las calles resquebrajadas.

—Ni se te ocurra intentarlo. —Rune levantó la vista y descubrió a Verity a su lado. Estaba leyendo la página y llevaba un vestido colgado del brazo—. Si te

desmayas con un hechizo para abrir puertas, este te dejará en coma. —Le dio la vuelta al grimorio para leer la descripción—. Para conjurar esto necesitarías la sangre de otra persona. Y en gran cantidad.

Aquello le recordó a Rune su conversación con Gideon en el bosque, y todo lo que le había contado sobre las Reinas Hermanas. Si alguien sabía la verdad, esa persona era Verity. Sus hermanas habían sido amigas de las Roseblood y a menudo habían hecho magia juntas.

—Verity…, ¿crees que las hermanas Roseblood utilizaban hechizos Arcana?

Su amiga levantó la vista de las páginas del libro.

—¿Por qué lo preguntas?

—Gideon me dijo algo raro la otra noche… —La imagen de él, desnudo en la playa, afloró en sus pensamientos, y un ardor cálido se le extendió por las mejillas. Recordó el momento en el que sus ropas cayeron sobre la arena y cuando el agua le resbalaba por el pecho.

Recordó su boca sobre la suya.

Se obligó a continuar:

—Acusó a Cressida y a sus hermanas de matar a gente y utilizar su sangre para conjurar hechizos. Dijo que se habían corrompido con magia malvada.

—¿Y tú te lo crees?

Rune recordó el pecho del cazador, marcado por esa cicatriz roja e hinchada en forma de rosa y luna creciente. Esa cicatriz parecía demostrar que al menos Cressida sí era capaz de una crueldad extrema.

—No sé qué creer. Explicaría por qué eran tan poderosas.

A Verity se le ensombreció el rostro:

—Así es como mi padrastro volvió a mi madre contra mis hermanas.

Rune retrocedió, sobresaltada.

—¿Qué?

—Mis hermanas usaban la sangre la una de la otra para sus hechizos Mayora. Con permiso, por supuesto. Pero mi padrastro entró en su cuarto un día cuando estaban en mitad de un conjuro. Después de aquello, declaró que su magia era una abominación y convenció a mi madre de que la única manera de que mis hermanas se limpiaran y purificaran era sacarles toda aquella maldad de dentro.

Rune miró a Verity de hito en hito. Nunca se lo había contado. Al verla temblar, alargó una mano y entrelazó los dedos con los suyos.

—Qué horror.

Verity la cogió de la mano con fuerza, tanta que se le pusieron los nudillos blancos, y continuó:

—Las dejaba encerradas en el sótano durante días. Las ataba y les azotaba la espalda desnuda con un cinturón. Las obligaba a pasar horas arrodilladas sobre cristales rotos. —Le clavó las uñas en la piel a Rune, como si estuviese reviviendo aquellas escenas—. Y lo peor de todo era que mi madre se lo permitía. Unos meses antes había perdido a nuestra hermana pequeña durante el parto y no había llegado a recuperarse de todo ese dolor. Mi padrastro se aprovechó de su fragilidad y la convenció de que mis hermanas eran malvadas, perversas hasta la médula. Así que, cuando las oía gritar, no movía un dedo. Se puso del lado de él y contra sus propias hijas.

«Y luego las delató ante la Guardia de Sangre», pensó Rune. No le extrañaba que Verity odiase a sus padres. Aquella era la razón por la que soportaba el agotamiento y se esforzaba tanto por conservar su beca; para no tener que volver a casa y estar a su merced.

Pero…

«¡Ay!».

Rune bajó la vista y vio que su amiga estaba a punto de desgarrarle la piel con las uñas.

—Verity, me haces daño.

Por un instante, le dio la sensación de que no pensaba parar. De que no podía parar. Sin embargo, no tardó en sacudir la cabeza y soltarla.

—Per… Perdona —tartamudeó.

Rune se llevó la mano hacia el pecho y observó las pequeñas marcas en forma de medialuna que le habían quedado en la piel.

—No pasa nada. Estás muy disgustada.

—Mis hermanas no se habían corrompido —declaró Verity. Sus ojos parecían suplicarle a Rune que la creyera—. No eran ninguna abominación. Hace siglos que las brujas utilizan la sangre las unas de las otras para amplificar sus

hechizos. No tiene nada de malo. —Señaló el grimorio, que estaba abierto en las páginas de Desgarratierra—. Este hechizo, por ejemplo. Ninguna bruja podría conjurar algo tan poderoso con solo su propia sangre. Saldría gravemente herida.

«Pero tus hermanas no usaban la sangre de la otra contra su voluntad», quiso matizar Rune. Esa era la acusación que Gideon había hecho contra las reinas.

Sin embargo, Verity estaba demasiado afectada por sus recuerdos, y Rune no podía culparla por ello, así que decidió dejar el tema.

—Vamos —le dijo. Cogió el frasco de sangre que había entrado a buscar y luego echó un vistazo al vestido que Verity había elegido, un modelo de la temporada anterior—. Busquemos algo mejor que ponerte esta noche.

Treinta y seis

Gideon

Cuando Gideon llegó a la calle Freshwater, el sol ya se había puesto. Harrow, que se había ofrecido a acompañarlo, cabalgaba a su lado en un caballo prestado. Tras encontrar la casa de los Tasker vacía, Gideon había encabezado el camino hacia el distrito con más vida nocturna, ya que los hermanos frecuentaban esos establecimientos a menudo. Gideon tenía intención de preguntar por allí con la esperanza de que alguien los hubiera visto.

Aquel distrito, famoso por sus burdeles, sus casas de apuestas y sus peleas de borrachos, representaba el corazón y las tripas de la ciudad. En general, el ambiente iluminaba las calles como si se tratase de una feria permanente, pero aquel día había un silencio inquietante e inusual. Más adelante, en la entrada de un callejón, se había reunido una multitud.

Harrow miró a Gideon, que contemplaba la escena con los ojos entornados.

Al acercarse, los caballos empezaron a moverse nerviosos. Habían notado el olor antes que ellos. El hedor a muerte. Gideon bajó del caballo cuando aún le faltaban varios metros para llegar y se abrió paso entre la multitud de mirones, que se dispersó con rapidez.

Harrow lo siguió.

El callejón separaba dos tabernas que estaban una frente a la otra y lo iluminaban escasamente las farolas y un candil que había en el suelo. Este último parecía pertenecer a un viejo que estaba de pie al lado de una manta que cubría dos grandes bultos. El olor denso de la sangre que colmaba el aire le provocó náuseas. Se tapó la nariz con el cuello de la camisa y se acercó.

—Los he encontrado al sacar la basura —le dijo el hombre, que tenía los hombros encorvados como un cuervo—. No me parecía correcto dejarlos así, por eso… —Señaló la manta.

—¿Le importa si echo un vistazo?

El hombre respondió que sí con un gesto, así que Gideon se agachó y apartó la manta. A pesar de haberse encontrado con decenas de escenas como aquella durante los últimos meses, no estaba preparado para lo que le esperaba.

Lo miraba el rostro de uno de sus oficiales y, sin embargo, sus ojos vacíos y su piel exangüe le resultaban desconocidos. La boca retorcida de James Tasker le confería una expresión que reflejaba lo que debía de haber sentido al morir: el terror más absoluto.

Gideon se obligó a seguir bajando la manta para ver el cuello del soldado, rajado en canal como una segunda boca abierta. Entre aquel amasijo de piel desgarrada, tendones y sangre coagulada resplandecía el hueso blanco. Lo único que mantenía la cabeza de James pegada a su cuerpo era la columna vertebral.

La bilis le trepó por la garganta. Apartó la vista y cubrió el rostro del soldado con la manta.

—El segundo está igual —le informó el anciano—. Con la garganta abierta de par en par. —Negó con la cabeza canosa—. Pobres hombres.

—Pues sí —replicó Gideon.

No tenía a los hermanos Tasker en gran estima, ya que no había logrado mantener su crueldad bajo control. Había pedido varias veces que los licenciaran, pero no los quería muertos. Al ver a Harrow más adelante, en el callejón, con un candil prestado en la mano, se puso de pie.

—Vaya a buscar al de la funeraria —le pidió al hombre mientras pasaba por su lado. Este asintió.

Se adentró en el callejón, donde lo esperaba Harrow. Levantó el candil y señaló la pared de ladrillo que tenían delante.

—Te ha dejado un mensaje, camarada.

Gideon levantó la vista, donde la sangre relucía sobre los ladrillos amarillos. Supuso que pertenecía a los Tasker. Tardó unos instantes en darse cuenta de que la habían usado para escribir unas palabras. Una advertencia:

TÚ ERES EL SIGUIENTE, GIDEON.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Harrow.

—Informar al Comandante —respondió, intentando ignorar el terror gélido que se estaba adueñando de su pecho.

—¿Y luego qué?

—Querrá restablecer el toque de queda. Y las redadas.

Tras el Nuevo Amanecer, Gideon había vulnerado los derechos y las libertades de los ciudadanos de la Nueva República sin pensárselo dos veces. Había hecho lo que tenía que hacer para protegerlos, y si eso implicaba irrumpir en sus hogares y registrarlos sin aviso previo, si implicaba encerrarlos en sus casas tras la puesta de sol o meterlos a la fuerza en salas de interrogatorios cuando se atrevían siquiera a cuestionar si las purgas estaban yendo demasiado lejos, que así fuera. Sin embargo, era fácil abusar de esa clase de poder. Gideon había visto a soldados pasarse de la raya, así que tomar ese tipo de medidas le inquietaba.

—¿Y si con las redadas y los toques de queda no basta? —preguntó Harrow.

Tal vez no bastaran. Aquellas medidas habían servido para mermar la cantidad de brujas y simpatizantes al principio, pero no para detener a la Polilla Carmesí. Gideon se enfrentaba a una bruja capaz de esconderse ante las mismas narices de todo el mundo.

—La única manera de terminar con todo esto es atraparla.

Gideon recordó su conversación anterior sobre Rune y lo que había prometido hacer. Pensar que ella pudiera ser la Polilla Carmesí, que estuviese jugando con él como un gato juega con su comida, y que fuera capaz de una carnicería semejante… le ponía el estómago del revés.

Pero no podía apartar la vista solo porque le resultara incómodo, ni permitir que su compromiso por hallar la verdad flaqueara por culpa de lo que sentía por Rune. Gideon necesitaba tener la mente despejada más que nunca.

La otra noche, bajo la luz de la luna, Rune le había parecido diferente. No tenía nada que ver con la chica irritante que se le había acercado en el palco de la ópera. Se había quedado tan prendado de aquella Rune pensativa y sensible que

la discordancia había levantado sus sospechas.

¿Quién era la verdadera Rune Winters?

Gideon se preguntó si su teoría inicial sería correcta, si estaría fingiendo ser quien no era para esconder una oscura verdad sobre sí misma.

Pues, si era así, debía descubrir esa oscura verdad.

Treinta y siete

Rune

Rune intentaba centrar su atención en la joven que tenía delante, pero la distraía el brillo de los cientos de velas que se entremezclaban en los límites de su visión.

—¡Que te haya criado una bruja debió de ser horrible!

—Un espanto —respondió Rune. Le dolía la cara de prodigarse en sonrisas falsas—. Lo peor. —Sin embargo, si aquel dolor era una penitencia por las mentiras que había contado, y que seguía contando, lo soportaría.

Su discurso había sido todo un triunfo, a juzgar por la ristra de patriotas que se habían congregado a su alrededor y esperaban para hablar con ella. Se había encontrado mal durante toda la cena de seis platos; casi no había tocado la comida. Ahora, mientras sus admiradores revoloteaban a su alrededor, le rugía el estómago. Eran como insectos atraídos por la devoción que Rune mostraba por la Nueva República, porque encarnaba todas sus virtudes y, por supuesto, por su profundo desprecio hacia todo lo relacionado con las brujas.

Rune buscó a Gideon entre los presentes, pero no lo vio.

«No va a venir», pensó mientras intentaba aplastar la decepción que le ardía en el pecho.

«¿Tan fácil es olvidarme?».

La cena ya había terminado, así que solo quedaban la música, las conversaciones y el postre. El personal había apartado las mesas del centro del salón y estaba montando una especie de escenario, donde tendría lugar el espectáculo de la velada.

Rune atisbó a Verity al otro lado del patio. Su amiga se había puesto un

vestido de color crema con adornos dorados que le dejaba los hombros al descubierto. En una mano llevaba un bolso dorado a juego. Con un dedo de la otra le hizo un gesto a Rune para que se acercara, como si tuviese que contarle un secreto.

—Disculpadme —dijo Rune a las chicas con las que charlaba—. Vuelvo enseguida.

Se abrió paso entre el abanico de patriotas y pasó junto al personal que estaba colocando el escenario. Pasó casi tocando el laberinto de largas mesas cubiertas con manteles blancos, estremeciéndose bajo el aire frío de la noche.

La tradición marcaba que la Cena de los Luminarios se celebrase en el gran salón de baile de palacio, pero este año los organizadores lo habían movido al patio. Sin embargo, ante el clima fresco de aquellas noches de primavera, se preguntó si había sido la decisión adecuada.

Cuando llegó junto a Verity, esta entrelazó su brazo con el de ella y la llevó hacia una esquina vacía del patio. Cuando se hubieron alejado lo suficiente de los demás invitados, su amiga bajó la voz y susurró:

—Las brujas están encerradas en el séptimo círculo de la prisión, después de la puerta de Fortaleza.

Fortaleza era la séptima Anciana.

«Y da nombre a la puerta que más lejos está de la entrada», pensó Rune mientras recordaba el plano de la prisión.

Con cuidado de mantener el rostro inexpresivo, por si alguien las vigilaba, preguntó:

—¿Cómo te has enterado?

Verity esbozó una media sonrisa.

—He puesto en práctica algunos de tus truquitos con un carcelero que acababa de terminar su jornada. —Rune atisbó un destello travieso en sus ojos y se preguntó qué trucos habría usado exactamente—. También me ha contado que todos los trabajadores de la prisión tienen una moneda para acceder que corresponde al sector al que están asignados. Esas monedas son como llaves: te permiten llegar al sector en el que estás autorizado para entrar, pero no más lejos.

Interesante.

—Entonces, para rescatar a Seraphine —murmuró Rune, que estaba pensando en voz alta— he de encontrar a un guardia autorizado a cruzar la séptima puerta. —Y robarle su moneda de acceso.

—Un guardia… o un cazador de brujas.

Rune la miró con curiosidad.

—¿Como que un cazador de brujas?

—Me ha dicho que todos los oficiales de la Guardia de Sangre de un cierto rango, normalmente los capitanes o sus segundos, tienen una moneda de acceso que les permite trasladar a las brujas directamente a las celdas que hay después de la puerta de Fortaleza.

Si cada capitán de la Guardia de Sangre tenía una moneda de acceso, Gideon no sería menos. Rune se preguntó dónde la guardaría.

Los engranajes de su cerebro giraban y giraban. Si lograba robar la moneda de Gideon, y quizá también un uniforme de la Guardia de Sangre —aunque todavía no tenía ni idea de cómo hacer tal cosa—, ¿podría cruzar la última puerta?

Un alboroto interrumpió sus pensamientos de repente. Miró hacia las puertas, donde alguien que reconocía entró en el patio. Alguien que le había disparado hacía muy poco.

Laila Creed.

Vestida con su uniforme escarlata de la Guardia de Sangre, Laila se abría paso a través de los invitados con una prisionera agarrada del brazo. Esta llevaba la cabeza tapada con una bolsa negra, pero, por los grilletes de hierro que le inmovilizaban las manos, Rune supo que se trataba de una bruja.

Laila cruzó el patio tirando de la detenida, mientras el personal seguía sirviendo café caliente o vino y platitos con pastas recubiertas de azúcar. Las luces de un millar de velas parpadeaban por las largas mesas, en las que los invitados murmuraban emocionados, mirando el escenario que ya habían terminado de montar en mitad del salón.

«No —pensó Rune—. No es un escenario».

Sobre la plataforma se erigía una enorme viga de la que colgaban unas gruesas cadenas, que Laila estaba enganchando a los tobillos de la bruja.

«Es un cadalso».

Rune empezó a avanzar sin pensárselo dos veces, pero Verity la cogió de la muñeca para detenerla.

—No hay nada que puedas hacer —susurró. Se había puesto pálida como la nieve—. Ahora no.

Rune abrió y cerró los puños. Su amiga tenía razón, era consciente de ello.

—¿Quién…? —empezó a decir Rune.

Laila le quitó la capucha negra a la bruja antes de que le diera tiempo de terminar de formular la pregunta.

Las dos inhalaron con fuerza.

El rostro que había quedado al descubierto le resultaba asombrosamente familiar. Lo conocía por el relicario de oro que su abuela solía llevar en una cadena. De hecho, casi nunca se lo quitaba.

De niña, a Rune le gustaba abrirlo y mirar a las dos jóvenes pintadas en su interior. En un lado estaba el rostro de Kestrel, retratado cuando tenía unos diecinueve años, y en el otro el de Seraphine, que no era mucho mayor. Rune sabía que ambas mujeres habían crecido juntas. Habían sido mejores amigas desde la infancia.

Y por eso la escena que presenciaba no tenía ningún sentido.

La bruja que estaba en el cadalso mostraba exactamente la misma cara que la del retrato del relicario de su abuela: ojos marrones y centelleantes, rasgos duros y afilados como los de un pájaro y unos rizos negros que rodeaban su cabeza como una nube. Era como si Seraphine Oakes no hubiese envejecido ni un solo día.

«¿Cómo es posible que sea tan joven?».

El día que había muerto, Kestrel tenía más de setenta años. La mujer del cadalso —Seraphine— no parecía tener más de veintitrés.

Rune estaba tan confundida que le daba vueltas la cabeza. Mientras intentaba comprender lo que ocurría, el Buen Comandante subió los escalones del cadalso y se hizo el silencio en el patio.

Los soldados de la Guardia de Sangre se retiraron, y Nicolas Creed se acercó a Seraphine, que tenía las manos atadas a los lados de su cuerpo. Los grilletes para brujas le encerraban por completo las manos en hierro para que no pudiera

servirse de ellas. Era como si en las muñecas tuviera dos muñones de metal.

—Buenas noches —saludó Nicolas, que iba, como de costumbre, vestido de negro—. Esta noche os tenemos preparada una sorpresa. Solo debemos esperar a… —Barrió toda la estancia con la mirada penetrante, hasta detenerse directamente en Rune—. Ah, ¡ahí está! Ciudadana Winters, ¿me acompañaría, por favor?

«¿Será otra trampa?», pensó Rune.

Miró los rostros a su alrededor, pero todos los invitados parecían tan sorprendidos como ella. Verity le clavó los dedos en la muñeca, pero Rune no podía negarse a la petición del Comandante, y su amiga lo sabía, así que la soltó a regañadientes.

Como no tenía ninguna otra opción, Rune empezó a caminar hacia el cadalso. Al acercarse a Seraphine, vio que tenía un corte en el labio y un ojo morado que le oscurecía la piel marrón.

—Nuestra invitada de honor es una patriota modelo. La valentía, la lealtad y el completo rechazo a la brujería de la señorita Winters es un ejemplo para todos nosotros.

Al oír el apellido «Winters», Seraphine se volvió bruscamente hacia Rune y la observó con los ojos marrones entornados.

«Me mira con odio», pensó Rune.

Tragó saliva y siguió avanzando hacia el cadalso. Había comprendido lo que estaba ocurriendo y estaba horrorizada.

Iban a matar a Seraphine. Allí mismo, en mitad de aquel patio.

El entretenimiento de la noche era ese: una purga privada para los invitados a la Cena de los Luminarios.

A Rune le martilleaba el pulso en los oídos. En torno a ella, débiles murmullos resonaban en el aire. Miró a su alrededor en busca de Gideon. ¿Lo sabía él? ¿Había caído en otra de sus trampas?

Pero no había ni rastro de él.

Rune llegó junto al Buen Comandante, que le puso una manaza en el hombro. Laila abrió una caja negra y sacó un cuchillo de purga. Lo acunó casi con afecto en un pedazo de terciopelo rojo y luego se lo tendió a Rune.

Con una sonrisa en los labios, le dijo:

—Rune Winters, esta noche le concedo el privilegio de purgar a Seraphine Oakes.

Treinta y ocho

Rune

La curva letal del cuchillo de purga resplandecía en el espacio que las separaba, bajo el silencio atronador que se había adueñado del patio. Aquel cuchillo era el mismo que se había cobrado la vida de su abuela, así como el de cientos de otras brujas.

Rune esperaba que le ardiera en las manos. Sin embargo, cuando Laila se lo dio, tanto el acero como la empuñadora le resultaron fríos. Esperaba que el temblor de sus manos no la delatara.

«¿Qué voy a hacer?», pensó.

Si se negaba a matar a la bruja que tenía ante ella, revelaría su verdad a todos y a cada uno de sus enemigos. Estaba rodeada. No tendría que lidiar solo con Laila o con los demás soldados de la Guardia de Sangre. También estaba presente el Buen Comandante en persona, por no hablar de los cientos de patriotas que se encontraban sentados a las mesas, y los miles de guardias que patrullaban los pasillos de palacio.

El pánico le corría por la sangre, como una vibración gélida.

Estaba atrapada.

El Comandante le hizo una seña a los músicos para que empezaran. Aquella era la parte más terrible de las purgas privadas: la música. Como si cortarle el cuello a una chica y contemplar cómo se desangra en el suelo no fuese un asesinato o una carnicería, sino una refinada obra de arte.

Rune apretó con fuerza la empuñadura del cuchillo.

Laila se retiró hacia la palanca. Al cabo de unos instantes, la accionaría y las

cadenas tirarían de los pies de Seraphine y la subirían hacia el cielo, cabeza abajo, como una vaca que espera su sacrificio.

Durante un instante, Rune y Seraphine se quedaron a solas en el cadalso.

Podía conjurar un hechizo, pero, para ello, tendría que sacarse el frasco de sangre del bolsillo, destaponarlo y dibujar los símbolos. Alguien comprendería lo que estaba haciendo y la detendría antes de que le diera tiempo a terminar.

«Podría pincharme un dedo con el cuchillo —pensó—. Solo la yema. Y dibujar los símbolos de un hechizo en la palma de mi mano».

Pero ¿qué hechizo actuaría con suficiente rapidez? ¿Qué conjuro no requeriría mucha sangre ni llamaría demasiado la atención? Por otra parte, la cicatriz plateada sería su condena.

Pero tal vez aquel era el precio que debía pagar por salvar a Seraphine. Para cumplir con la última petición de su abuela.

Laila cogió la palanca, al compás de la música, que seguía sonando.

—Me das asco. —Seraphine escupió y le dio a Rune en la mejilla. Esta, sobresaltada, miró a la bruja—. Kestrel se avergonzaría de ti. —Bajo toda la mugre, después de tantas noches encerrada en una celda asquerosa, Seraphine aún era hermosa, de huesos delicados. Le recordaba a un gorrión—. No te mereces el apellido Winters. —Los ojos de la bruja ardían como un fuego negro. De haber estado la una en el lugar de la otra, Seraphine ya le habría cortado el cuello.

«Fui a buscarte —quiso decirle Rune—. He pasado todo este tiempo intentando rescatarte».

Pero, con toda aquella gente escuchando, no se atrevió.

—¿No tienes nada que decirme? —A Seraphine le temblaba la voz al decirlo, y Rune no sabía por qué. De odio contra ella, o de pena por Kestrel, o tal vez por la certeza de que estaba a punto de morir.

Lo que necesitaban era una distracción, algo que hiciera que la estancia entera se dejara llevar por el pánico.

Un incendio estaría bien. Rune podía sembrar el caos con un incendio. Sin embargo, para invocar un fuego real hacía falta un hechizo complejo que requería de gran cantidad de sangre fresca, y ella, además de no conocer los

símbolos, no disponía de tanta sangre.

Pero la ilusión de un fuego… Quizá eso sí fuera capaz de conjurarlo.

Laila tiró de la palanca y se produjo el espantoso repiqueteo de metal contra metal. Rune ya sabía lo que venía después de aquello, como todos los demás. Las cadenas levantaron a Seraphine del suelo, poniéndola cabeza abajo. Su cuerpo se mecía, impotente.

Rune decidió correr el riesgo de rasgarse la piel con una cicatriz mágica. No tenía otra opción. Se dispuso a clavarse la punta afilada del cuchillo en la yema del dedo y presionar con fuerza, pero entonces un olor punzante a humo se elevó en el aire.

—¡Fuego! —gritó alguien.

«¿Qué?».

Ni siquiera se había hecho sangre todavía.

—¡FUEGO! —empezó a gritar la gente.

Rune bajó el cuchillo y levantó la vista. El aire estaba manchado de un humo negro y denso y, en el fondo del patio, se alzaba una columna directamente de las llamas, que, en lugar de rojas, eran negras. Igual que los ojos de Seraphine.

Era un fuego brujo.

Y entonces cayó en la cuenta. «Este hechizo no es mío».

Recordando la mirada asesina de Seraphine, se preguntó si lo habría conjurado ella. Y, de repente, la columna se movió con rapidez y serpenteó hacia el cadalso. Directa hacia Rune. Al darse cuenta de lo que se le venía encima, inhaló con fuerza y el humo le irritó la garganta.

Empezó a toser descontroladamente; los ojos le ardían y se le habían llenado de lágrimas, así que apenas veía.

«¡Tengo que ayudar a Seraphine!», se dijo.

Mientras avanzaba a tientas a través del humo, oyó que alguien la llamaba —¿Verity, tal vez?—, pero no hizo caso. Tenía que bajar a Seraphine de allí antes de que las llamas mágicas las devoraran a las dos.

El fuego brujo crepitaba a su alrededor y su calor salvaje se le pegaba a la espalda y le carbonizaba el pelo. La empuñadura del cuchillo también ardía, quemándole la piel, así que lo soltó.

Antes de que lograra llegar hasta Seraphine, las llamas oscuras se interpusieron entre ellas. La bruja desapareció de su vista, y Rune se quedó sola, atrapada en el fuego brujo. Siguiendo una orden invisible, el círculo de fuego se estrechó, cercándola.

Como si quisiera quemarla viva.

Treinta y nueve

Gideon

Tras abandonar la grotesca escena de la calle Freshwater, Gideon cabalgó hacia palacio con la esperanza de no haberse perdido la Cena de los Luminarios entera. Dejó su caballo en los establos y echó un vistazo a los carruajes que empezaban a detenerse en la rotonda, lo que indicaba que la cena casi había llegado a su fin. Subió las escaleras en dirección al patio a toda prisa.

Todavía estaba intentando apartar la imagen del cadáver de James Tasker de su mente. Mientras cruzaba el gran vestíbulo, oyó, de repente, a gente que gritaba: «¡Fuego!». Casi se le salió el corazón por la boca.

Todos venían de la misma dirección.

Gideon empezó a correr al oír más voces que se unían a los gritos desesperados. Como había vivido en palacio, conocía todos los atajos. Cuando llegó al patio, vio que los invitados salían en tropel por las puertas, empujándose y tropezándose los unos contra los otros para escapar. El olor del humo salía también con ellos. Gideon miró por encima de las cabezas de la gente que huía y atisbó a Rune de pie en un cadalso de purga, donde una columna de humo se dirigía hacia ella a toda velocidad.

—¡No!

Se abalanzó sobre la frenética muchedumbre, empujándolos hacia atrás y sin inmutarse ante sus protestas. Ignoró los codazos y los puñetazos que, enfervorecidos, le propinaban y se abrió paso hacia las puertas, intentando desesperadamente llegar hasta Rune.

Entró al fin en el patio, trastabilló, pero a tiempo de levantar la vista y verla desaparecer entre las llamas.

—¡Rune!

Se quitó la chaqueta —esa tan cara que la misma Rune le había mandado por la mañana— y se cubrió la cabeza con ella antes de sumergirse en la densa nube de humo. Intentó no respirar mientras avanzaba; se chocaba con las mesas y tropezaba con las sillas, pero se levantaba y seguía adelante, aunque le escocieran los ojos por culpa del humo y el calor le quemase la piel. La siguiente vez que se tropezó fue con los escalones del cadalso. Los subió dando traspiés, se apretó la chaqueta contra la cabeza y fue directo hacia las oscuras llamas que giraban y giraban en el lugar exacto en el que Rune había desaparecido.

Olía a pira, a madera quemada y pelo chamuscado.

Al resurgir al otro lado, en el ojo que había formado aquel círculo de llamas en movimiento, Rune se volvió hacia él. A Gideon se le encogió el corazón al ver su rostro ceniciento. Recorrió el espacio que los separaba de una sola zancada y la cubrió con la chaqueta, arropándola con ella. Estaba tan conmocionada que le temblaba todo el cuerpo.

—Has venido —susurró.

Atrajo a Rune hacia su pecho para intentar protegerla del calor abrasador. ¿Qué habría pasado si hubiera llegado diez minutos más tarde? ¿O si no se hubiera presentado?

«No lo pienses. Limítate a sacarla de aquí».

—¿Estás preparada para correr?

Ella asintió. La cogió en brazos y se zambulló en las llamas. No sentía el fuego candente en la piel; no sentía nada excepto la frente de Rune pegada a su cuello y la fuerza con la que lo rodeaba con los brazos. Al llegar al otro lado del fuego, notó cómo se asfixiaba con el humo denso, perdió de vista las escaleras y casi se cayó rodando, soltando a Rune.

A los pies de las escaleras recuperó el equilibrio y pudo seguir corriendo, lejos del humo, hacia el otro extremo del patio. Rune se aferró a él con más fuerza y miró atrás:

—Viene a por nosotros.

Notaba el calor del fuego en la espalda y veía la masa negra que parpadeaba por el rabillo del ojo.

«Tienes que llegar a la puerta», se dijo Gideon.

Aquel fuego no era natural. Aquello lo había provocado una bruja, una bruja poderosa. Hacía años que Gideon no era testigo de una magia tan formidable. Solo esperaba que, quienquiera que fuese, no hubiese decidido cerrar también las puertas y dejarlos allí atrapados.

Solo lo alejaban unos diez pasos de las puertas, así que aceleró, suplicándole a sus piernas que corrieran más rápido. Se abalanzó sobre una de ellas, la golpeó con el hombro y se abrió al instante. Rune y él aterrizaron sobre el suelo del vestíbulo. Mientras caían, Gideon se había girado para que fuese su omóplato el que recibiera el impacto. Hizo una mueca de dolor, pero logró proteger a Rune, que cayó encima de él.

Todos los invitados se habían marchado. No permanecía nadie en el vestíbulo.

Rune había quedado sentada a horcajadas sobre él, con las palmas de las manos sobre el suelo, a un lado y otro de su cabeza. Tenía su chaqueta colgada de los hombros, prácticamente calcinada, y el cabello dorado y rojizo de ella era una maraña que ocupaba todo su campo de visión.

Una expresión de gran desconcierto le había iluminado el rostro.

—¿Por qué has hecho eso?

Él frunció el ceño mientras bajaba las manos a sus caderas.

—¿Qué?

—¿Por qué…? ¿Por qué has arriesgado tu vida por mí?

Gideon se incorporó, de forma que los ojos de ambos quedaron a la misma altura.

—¿Creías que sería capaz de dejar que te quemaras viva?

—Puede. ¡Y yo qué sé! ¿Qué debería pensar? —Seguía sentada encima de él, y el vestido se le había subido hasta los muslos—. Hace tres días que no sé nada de ti. ¡Ni siquiera me has mandado flores!

¿Flores?

«¿Qué quiere decir con eso?».

Gideon levantó la vista y contempló el rostro manchado de cenizas de Rune.

—¿Quieres…, quieres flores?

—¿Qué? —Rune se apartó de encima de él e intentó quitarse su chaqueta—.

¡No! Da igual.

Era evidente que estaba conmocionada. Antes de que lograra comprenderla, el olor de la madera quemada llenó el aire. Miraron atrás y descubrieron que aquel fuego sobrenatural empezaba a devorar las puertas, como si estuviese hambriento y solo fuera capaz de saciarse con Rune.

Mientras los guardias y el personal de palacio llegaban con cubos de agua para extinguir las llamas, Gideon se puso de pie y le quitó a Rune los restos de su chaqueta, que estaba prácticamente carbonizada, convertida en cenizas. Consciente de que aquellas llamas no se extinguirían con agua, cogió a la chica de la mano y la apartó de la puerta.

Y siguieron corriendo.

Recordando los días que había vivido en palacio, Gideon la condujo a través del ala de los sirvientes y de las cocinas. El personal de estas últimas se quedó anonadado y contempló boquiabierto al capitán de la Guardia de Sangre y a la aristócrata despeinada, que acababan de pasar por su lugar de trabajo corriendo como alma que lleva el diablo.

Condujo a Rune por la puerta trasera que se usaba para recoger las mercancías. Poco después de que la hubiera cerrado tras ellos y estuvieran a salvo, al menos por el momento, Rune apartó la mano de la de Gideon y se derrumbó contra la pared de piedra, respirando de forma entrecortada. Se inclinó hacia delante, apoyando las manos en las rodillas.

Gideon no quitaba la vista de la puerta de la cocina, temeroso de que también se prendiera fuego.

Pero allí reinaba el silencio, y estaban a solas. La luna llena brillaba sobre sus cabezas, apareciendo y desapareciendo detrás de las nubes.

—¿Qué narices era eso?

—Un hechizo —contestó Rune.

—Eso ya lo sé, pero ¿por qué iba a por ti?

—No lo sé. ¡No lo sé! —Rune deslizó la espalda por la pared y se dejó caer en el sucio callejón. Tenía la cara manchada de hollín negro—. Pero si hubieras visto cómo me ha mirado Seraphine… Me quería ver muerta, Gideon.

—¿Crees que ha sido ella?

Gideon no era una bruja, pero se había pasado casi dos años constantemente en presencia de una. Para lanzar un hechizo tan poderoso, Seraphine habría necesitado mucha sangre y, lo que era más importante, usar sus manos…, que estaban encerradas en bloques de hierro.

—No es posible.

De repente, la puerta de la cocina se abrió. Gideon se llevó la mano a la pistola que tenía en la cadera de inmediato, pero no era más que una niña con los ojos muy abiertos. Probablemente, hija de alguno de los trabajadores de las cocinas. Portaba un vaso de agua en la mano y, tras mirar a Gideon asustada, se agachó para dárselo a Rune:

—El fuego brujo ya está apagado, señorita Winters.

Rune cogió el vaso con dedos temblorosos y, después, acarició la mejilla de la niña; un gesto que, por alguna razón, provocó que a Gideon se le encogiera el corazón.

—Gracias, cariño —le contestó Rune.

Gideon la observó beberse el vaso entero mientras intentaba comprender lo que acababa de ocurrir.

Una bruja había intentado matarla.

Las brujas no mataban a otras brujas.

Por lo tanto, Rune no podía ser una bruja.

¿No?

Cuando la niña volvió al interior y se quedaron de nuevo a solas, recordó esa frase tan extraña que le había dicho unos instantes antes.

—¿Qué querías decir con eso de las flores cuando estábamos en el vestíbulo?

Rune se ruborizó.

—No tengo ni idea de por qué he dicho eso. —Se puso de pie a toda prisa.

—Pero estabas molesta conmigo. ¿Por qué?

Ella apartó la vista y apretó los puños:

—Olvidémoslo, ¿vale?

Gideon se acercó a ella, le cogió la cara con las manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Dímelo. —Rune tenía los dientes apretados, así que la acarició con el

pulgar hasta que relajó la mandíbula.

Estar tan cerca de ella era un peligro. Como la luna y las mareas, cuanto más se acercaba a ella, más cerca deseaba tenerla. Quería que su ternura borrara la imagen del rostro exangüe de James Tasker; quería besarla para hacer desaparecer la funesta advertencia escrita en la pared de aquel callejón.

Rune era como una luz brillante encendida en una noche larga y oscura.

«Pero no es para ti».

—Esperaba recibir algún telegrama —admitió—. O alguna otra señal, tal vez, que me dijera que no es tan fácil dejarme. Pero no he sabido nada de ti hasta la nota que me has mandado esta noche, y era solo para decirme que llegarías tarde. —Lo miró a los ojos—. Pensaba que te habías hartado de mí.

—¿Cómo? —Gideon enarcó las cejas, a punto de echarse a reír—. Rune, hace tres días que no dejo de pensar en ti.

Ella arrugó la frente, confundida. Estaba a punto de demostrarle que le decía la verdad cuando el sonido de unos pasos sobre los guijarros lo interrumpió. La soltó justo cuando alguien apareció al final del camino, silueteado en contraste con las luces de la calle de atrás.

Esta vez Gideon sí sacó su pistola.

—Muéstrate —gritó poniéndose delante de Rune para protegerla.

—¡Por las Ancianas misericordiosas! —exclamó una voz femenina—. ¡Te he buscado por todo el palacio! ¿Estás bien?

Rune entornó los ojos para ver en la distancia:

—¿Verity? —Rodeó a Gideon y se dirigió hacia la voz.

—¡Espera! —le advirtió él—. Podría ser una ilusión.

Pero Rune había echado a correr.

—¿Por qué no me disparas y así vemos si sangro? —le espetó Verity, materializándose en la oscuridad. Fulminó a Gideon con la mirada mientras le daba un abrazo a su amiga.

—No me tientes —replicó él mientras enfundaba el arma.

Rune lo miró con severidad y se volvió a su amiga.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

Verity asintió.

—Sí, pero tenemos que salir de aquí. No han atrapado a la bruja responsable de conjurar ese fuego. Podría estar en cualquier parte.

A Gideon no le hacía ninguna gracia la idea de que Rune volviera sola a Wintersea, y menos después de que una bruja hubiera intentado asesinarla.

—Deja que envíe algunos soldados para que te escolten.

—Aprecio tu preocupación —contestó Rune—, pero no es necesario.

—El objetivo de ese hechizo eras tú —insistió—. Si la bruja que lo ha lanzado vuelve a por ti, no podrás detenerla.

—¿Y tú sí? —le preguntó Verity.

«Por supuesto que sí», quiso contestar. Sin embargo, él no era rival para una bruja tan poderosa, y todos lo sabían.

—No me pasará nada —afirmó Rune. Fue hacia Gideon, se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla—. Gracias por no dejar que me quemase viva.

Notó el peso de la mirada de Verity. No hacía ningún esfuerzo por disimular que no lo creía merecedor de Rune. Molesto por su desprecio y abrumado por la repentina necesidad de demostrarle que se equivocaba, cogió a Rune del cuello con las dos manos y capturó su boca con la suya, evitando así que se marchase. La besó despacio, con pasión, reclamándola como suya ante Verity. O, al menos, así fue como empezó. A medida que Rune se dejaba llevar, deslizándole la mano pecho arriba, se fue olvidando por completo de que tenían público… Pero Rune no tardó en recordarlo. Lo empujó suavemente, poniendo fin al beso, y se apartó de él.

—Los botones de oro son mis preferidas —murmuró sin aliento mientras retrocedía—, aunque las margaritas también son aceptables.

Gideon esbozó una media sonrisa.

—Bueno es saberlo.

Verla marcharse, sin saber qué peligros la esperaban más allá de aquella calle, era ir en contra de todos sus instintos. Pero, como Verity había apuntado, poco podía hacer para proteger a Rune.

Excepto atrapar a la bruja que la había atacado.

La puerta de la cocina se abrió de nuevo. Se volvió para comprobar quién era: Laila.

—Hay algo que deberías ver, pero tenemos que ser rápidos. Ya se está desvaneciendo.

La siguió al interior de palacio, movido por la curiosidad.

Al llegar al patio, colmado del hedor del humo, pero ya sin rastro del fuego brujo, Laila quitó un mantel carbonizado de una larga mesa y señaló algo que había debajo. Gideon se agachó y bajó la cabeza para mirar.

Algo brillaba entre las sillas, delicado y del color de la luna.

—Es una firma mágica —dijo Laila, que seguía de pie.

Gideon se puso a cuatro patas y entornó los ojos para intentar distinguirla. Se metió a rastras bajo la mesa, empujando los guijarros con las rodillas, hasta que supo exactamente qué estaba mirando.

Era lo mismo que veía cada noche en sus pesadillas. Lo que encontraba grabado en su pecho cada vez que se miraba al espejo.

Una rosa llena de espinas encerrada en una luna creciente.

Sintió náuseas solo de mirarlo.

—Esta noche había una bruja escondida entre los invitados.

De repente, notó una punzada de dolor en la marca de su pecho. Se acarició la cicatriz por encima de la camisa, pero el dolor se desvaneció tan rápido como había aparecido. Se preguntó si habría sido real o se lo habría imaginado.

Laila se arrodilló bajo la mesa. Se sentó de piernas cruzadas al otro lado de la firma y, tras agachar la cabeza bajo la madera, lo miró primero a él y luego a la marca.

—¿De quién es?

El pasado había vuelto para morderle, para llevárselo a rastras atrapado entre sus fauces. Ojalá hubiera podido negar lo que tenía delante de los ojos; ojalá hubiera habido otra explicación. Pero conocía aquella firma tan bien como su propio nombre.

—Pertenece a una bruja que debería estar muerta —dijo mirando a Laila a los ojos—. Cressida Roseblood.

Cuarenta

Rune

—Buena actuación —le dijo Verity cuando el carruaje hubo salido de palacio y ya traqueteaba sobre las calles adoquinadas—. Tienes tanto talento que podrías hacer las pruebas para el Teatro Real.

Rune suspiró. Verity estaba enfadada. Se había preocupado muchísimo por Rune al ver que la engullían las llamas del fuego brujo y, cuando al fin la había encontrado con vida, la había descubierto coqueteando con una fuerza igual de peligrosa: Gideon Sharpe.

—Lo digo en serio —insistió—. Si no te conociera, diría que estás encaprichada de un capitán de la Guardia de Sangre que se dedica a cazar a las de tu propia especie.

Rune apartó la vista, incapaz de escapar de la culpa que la reconcomía.

—No estoy encaprichada —contestó mientras miraba pasar la ciudad a través de la ventana—. Y soy muy consciente de que odia a las de mi especie. Por eso estoy dejando que me corteje, ¿recuerdas? Para robarle información confidencial.

—¿Y cuánta información confidencial le has robado exactamente?

Rune abrió la boca para responder, pero la única información que le había sacado a Gideon había resultado ser falsa.

«¿Tendrá razón?», se preguntó.

¿Acaso el cortejo con Gideon no era más que una peligrosa pérdida de tiempo?

—Solo necesito trabajármelo un poco más —se defendió—. Cuando confíe en

mí del todo, estará a mi disposición.

Verity se giró hacia la ventana.

—Lo que tú digas.

Sabía que Verity, en realidad, no estaba enfadada con ella, sino con la gente que estaba intentando hacerle daño, así que cambió de tema.

—¿Seraphine está bien?

Verity asintió, relajándose visiblemente.

—La han devuelto a su celda.

Una vez que la tensión se hubo disipado, reinó el silencio hasta que el carruaje llegó a Thornwood Hall. La casa de Alex estaba dentro de un bosque, y los viejos árboles se elevaban ante ellas. Salieron del carruaje y echaron a andar hacia la vieja casa de piedra.

«Es más bien un pequeño castillo», pensó Rune mientras la contemplaba. Había un torreón en cada una de sus cuatro esquinas y velas encendidas en casi todas las ventanas. Parecían ojos; como si el antiguo hogar de Cressida la estuviera observando.

Se apresuró a alcanzar a Verity y entró junto a ella. Ahora que su amiga había obtenido información sobre la prisión, necesitaban trazar un buen plan para sacar a Seraphine de allí lo antes posible.

Cuando entraron en casa de Alex, les dio la bienvenida una música de piano que flotaba a través de las paredes. Rune se tranquilizó un poco. Mientras Verity iba a la cocina a buscar algo de beber durante la reunión, Rune siguió la melodía hasta el otro extremo de la casa, atraída hacia ella como un barco en apuros a un faro.

Todavía tenía el olor del humo enredado en el pelo. Se acurrucó más bajo el chal al recordarlo. Hacía dos años que la Guardia de Sangre intentaba darle caza; estaba acostumbrada a que hubiera gente que la quisiera ver muerta. Sin embargo, nunca se le había ocurrido que una bruja también pudiera desearle el mal. Aquello la ponía nerviosa.

La puerta de la galería estaba abierta. Cuando atisbó al pianista se quedó quieta para verlo tocar.

Alex tenía los delgados hombros encorvados y sus dedos se movían como

arañas por encima de las teclas. Contemplarlo era como volver a casa. Como acurrucarse bajo una mantita cuando hacía frío.

Alex era una constante; era seguro, amable y bueno.

Rune se apoyó en el dintel y se permitió preguntarse, solo por unos instantes, cómo sería aceptar su oferta, dejar todo atrás y marcharse a Caelis, donde podría vivir una vida sin miedo y ser, por fin, ella misma.

No. Su propósito estaba allí, en la Nueva República. Su propósito y su obligación.

Todavía metían a las brujas en la cárcel, todavía las purgaban. No podía abandonarlas. Eran inocentes y, además, se lo debía a su abuela. Salvar a aquellas chicas de ser asesinadas por la República era el único modo de hacer que su muerte hubiera servido para algo.

Era su elección. Y, por mucho que soñara con una vida diferente, aquella era la que le pertenecía.

De repente, Alex vaciló, se equivocó de tecla y paró la canción.

—Rune. —Se apartó el pelo dorado de los ojos y la miró—. Me has asustado.

—Lo siento. —Se separó del marco de la puerta y entró en la sala para acercarse a él—. No quería interrumpirte.

Se levantó del banco y la miró de arriba abajo.

—¿Qué ha pasado?

Rune echó un vistazo a su aspecto. El precioso vestido que Gideon le había hecho estaba manchado de ceniza y hollín, y probablemente su cara también lo estaba.

—Yo… Es una historia muy larga. Te la contaré cuando Verity vuelva de la cocina.

Alex le hizo sitio en el banco. Parecía preocupado. Rune se sentó y dejó que el chal cayera al suelo. Luego señaló las teclas con la cabeza y le dijo:

—No dejes de tocar por mí.

Con la mirada fija sobre Rune, Alex deslizó los dedos sobre el piano y empezó de nuevo a tocar.

Y fue como si se hubiera marchado, como si volara muy lejos de allí.

—Tocas mejor que tu hermano, de eso no hay duda —comentó ella cuando

terminó, recordando el día que Gideon había aporreado las teclas del piano de su biblioteca.

—¿Ah, sí? ¿Te ha tocado alguna serenata últimamente? —Aunque hubiera formulado la pregunta de forma juguetona, no pudo esconder el rencor de su voz. Antes de que pudiera contestarle, cerró la tapa del piano y las teclas desaparecieron—. Tengo que enseñarte una cosa.

Se levantó del banco y fue hacia la pared del fondo. Allí, entre dos ventanas, estaba su escritorio. Cogió una larga hoja de papel, volvió junto a ella y se la tendió.

—Son las escrituras de la casa de Caelis.

Rune se quedó mirando el documento, presa de un extraño aturdimiento.

—¿La has comprado? —Le empezó a doler el estómago—. ¿Tan pronto?

—Mañana voy a poner Thornwood Hall a la venta. Por favor, no estés tan triste.

—No, si me alegro mucho por ti. —Rune le devolvió las escrituras—. Es lo que querías.

Simplemente, no era lo que quería ella.

Alex era su lugar seguro. Con él, sentía que podía ser ella misma. Alex, junto con Verity, había llenado el enorme agujero que la muerte de su abuela había dejado en su vida. Sus dos amigos estaban siempre a su lado, siempre: después de cada uno de sus golpes para rescatar brujas en noches repletas de peligros; después de cada fiesta ridícula, cuando le dolía la cabeza de tanto cotilleo, coqueteo y tanto fingir que era quien no era. Estaban en los momentos llenos de ruido y confusión, y también en los más llenos de paz.

Y, a diferencia de Verity, que era como una llamarada que la alentaba a seguir, Alex era como un riachuelo fresco que le proporcionaba un lugar donde descansar y recuperarse, alguien que le recordaba que era una chica con debilidades y necesidades y no una salvadora invencible.

«¿Qué haré yo sin ti?», se preguntó.

Quizá el problema fuera ese, que Rune necesitaba a Alex más que él a ella. Él le había dado mucho, y ella le había dado muy poco a cambio.

De hecho, lo estaba haciendo también en este momento. Estaba siendo

egoísta. Lo más generoso que podía hacer por él era dejarlo marchar. Rune se tragó el sabor amargo que notaba en la boca e intentó ser una amiga mejor:

—Quiero que termines tus estudios. —Le dedicó una sonrisa con la esperanza de que no resultase forzada—. Y luego quiero que llegues a ser un compositor famoso en todo el mundo, para poder presumir de ti en las fiestas y contarle a todo el mundo que yo ya te conocía cuando no sabías la diferencia entre un adagio y un allegro. —Él la miró un largo rato. Parecía estar debatiéndose en silencio—. ¿Vendrás a visitarme?

—Sí… Si quieres.

No era la respuesta que Rune necesitaba. Ella quería que él deseara volver, que la necesitara igual que ella lo necesitaba a él.

Se volvió a sentar en el banco y la miró a los ojos. Alex tenía los ojos más bonitos del mundo, de un profundo dorado con motas marrones.

—Pero para ti será más fácil una ruptura limpia —dijo ella, poniendo voz a lo que él no era capaz—. Dejar atrás esta isla para siempre. —En voz más baja, añadió—: Dejarme atrás a mí.

—No. —Habló dulcemente, pero también con firmeza. Alzó las manos para cogerle la cara con suavidad—. Jamás, Rune. Lo que quiero es…

Pero, antes de que le diera tiempo de terminar la frase, Verity irrumpió en la habitación con una bandeja de té y galletas.

—¿No os estáis muriendo de hambre?

Alex bajó las manos y se apartó abruptamente de Rune. Mientras lo miraba levantarse del banco y ponerse al lado de la chimenea para avivar las llamas en silencio, recordó lo que había dicho Gideon en el jardín: «Cuando vi a Alex a tu lado supe quién eras de inmediato… Una chica que estaba totalmente prohibida porque mi hermano pequeño la había visto primero».

En aquel momento, Rune había pensado que se refería a estropear la amistad que había entre Alex y ella, pero empezaba a preguntarse si no habría querido decir otra cosa.

—Bueno, ¿cómo ha ido la cena? —preguntó Alex mientras Verity colocaba la bandeja y servía tres tazas de té.

Verity le contó todo lo que ya le había contado a Rune —que tenían a las

brujas encerradas después de la séptima puerta y que necesitaban una moneda de acceso para moverse por la prisión—, antes de relatarle que Seraphine había conjurado un fuego brujo que había estado a punto de matar a Rune.

Alex escupió el té dentro de su taza.

—¿Que Seraphine ha hecho qué?

Rune, que seguía sentada en el banco del piano, cruzó la estancia y se colocó en el sofá.

—No sabemos seguro que haya sido ella. No debería haber podido, porque tenía las manos atadas.

—¿Y quién si no? —preguntó Alex.

El silencio fue su respuesta.

Cuando el fuego empezó a crepitar en la chimenea, Alex dejó el atizador y se sentó en el sofá al lado de Rune.

—Si tenían intención de purgarla esta misma noche, los días de Seraphine están contados —dijo Verity—. Tenemos que sacarla de esa cárcel cuanto antes.

— Si tienen a Seraphine encerrada en el séptimo círculo de la prisión… —le recordó Rune—, para sacarla, necesito un uniforme de la Guardia de Sangre y una moneda de acceso a la puerta de Fortaleza.

La pregunta era cómo conseguirlos.

Verity sacó su libretita y su lápiz del bolso dorado.

—Si uso Caminante Fantasma para colarme en la sede de la Guardia de Sangre —continuó Rune—, puedo robar un uniforme y una moneda de acceso. El problema es que solo me queda un frasco de sangre y me gustaría reservármelo, si puedo. Por si algo va mal dentro de la prisión.

Verity se dio unos golpecitos en la barbilla con la punta del lápiz, pensativa.

—Quizá yo pueda conseguirte un uniforme. En mi residencia hay una chica que trabaja como becaria en el Ministerio de Salud Pública. No tendrá ninguna moneda de acceso, pero le dieron un uniforme. —Verity evaluó a Rune con la mirada—. Tenéis más o menos la misma talla. Lo único que tengo que hacer es entrar en su habitación, que será bastante fácil. Y la moneda de acceso…

—Yo me encargo de la moneda —interrumpió Alex.

Rune y Verity lo miraron.

—¿Cómo?

—Has dicho que todos los guardias de Sangre de alto rango tienen una. —Alex giró el delgado anillo de plata que llevaba en el dedo meñique de la mano izquierda—. Mi hermano es capitán de la Guardia de Sangre y solo tiene una debilidad, que yo sepa. Si me das unos días, yo conseguiré esa moneda.

Desde que lo conocía, Alex siempre se había negado a elegir bando. O, mejor dicho, a elegir el bando de Rune antes que el de Gideon.

¿Qué le había hecho cambiar de opinión?

—A no ser que creas que purgarán a Seraphine antes.

—Me da en la nariz que se esperarán hasta el Día de la Libertad —añadió Verity. A la luz del fuego, sus ojos parecían llenos de sombras.

El Día de la Libertad sería el segundo aniversario del Nuevo Amanecer, la noche en que los revolucionarios habían derrocado a las reinas. Siempre había un festival por toda la ciudad, y las celebraciones duraban desde el ocaso hasta el alba.

—Estoy de acuerdo —coincidió Rune—. Es un evento público, y el Buen Comandante siempre busca que en las purgas haya el mayor número posible de espectadores, sobre todo si se dispone a matar a una bruja legendaria. Como queda menos de una semana para entonces, no tendrá que esperar mucho.

Aquella noche les habían arrebatado su entretenimiento, así que la próxima oportunidad de hacer de la muerte de Seraphine un espectáculo era el Día de la Libertad.

Lo que significaba que debían poner el plan en marcha antes de que ese día llegara.

Cuarenta y uno

Rune

El estallido de un trueno hizo tambalear la casa hasta sus cimientos y marcó el final prematuro de su reunión.

—Quizá es mejor que os quedéis las dos a pasar la noche aquí —sugirió Alex cuando empezó a llover con ganas y parecía que el cielo se fuese a venir abajo.

Verity negó con la cabeza.

—Mañana tengo un examen a primera hora. —Se puso de pie—. Tengo que irme.

—Entonces, llévate mi carruaje —le ofreció Rune al ver que su amiga rozaba la extenuación—. Al menos así no te mojarás.

El resplandor de un rayo iluminó todas las ventanas de la galería a la vez. Rune se acercó a los ventanales y vio que el agua ya había empezado a formar charcos en el suelo. Esperaba que no hubiese demasiados en las calles; lo último que deseaba era que su amiga se quedase varada en mitad de una tormenta.

Tras darle instrucciones a su cochero, Rune observó desde la puerta principal de Thornwood Hall cómo el carruaje se marchaba con Verity de pasajera.

Alex se puso a su lado:

—Pediré a los sirvientes que preparen una habitación para ti.

Rune se había quedado a dormir en Thornwood Hall decenas de veces, pero aquello había sido antes de que Gideon le contara las cosas terribles que le habían pasado entre aquellas paredes. Además, sospechaba que había otras que no le había contado, para ahorrarle lo más horroroso. Cada vez que lo pensaba se

le ponían los pelos de punta.

Acostada en la cama de la habitación de invitados, con la mirada fija en el techo bajo el que había dormido tantas veces, no pudo evitar hacerse ciertas preguntas. ¿En qué habitación había encerrado Cressida a su hermana moribunda? ¿En qué cama forzaba a Gideon noche tras noche?

«¿Sería esta?», se preguntó.

Se sentó de golpe. Le picaba todo el cuerpo. Aquello había sido un error; debería haberse marchado con Verity. De ningún modo sería capaz de dormir en aquella casa, cuando lo único en lo que podía pensar era en Gideon y en su hermana allí, a merced de una bruja cruel.

Apartó las mantas, se acercó a las ventanas descalza y abrió las cortinas. Durante la hora que había pasado desde que Verity se había marchado, la tormenta no había hecho sino empeorar, y no había dejado de llover. Si las calles ya debían de estar enfangadas antes, ahora seguramente se habrían convertido en una ciénaga. Sería una estupidez volver a Wintersea.

Pero en aquella casa no iba a pegar ojo.

Salió al pasillo oscuro. El suelo estaba frío y su helor le trepaba por las piernas. Los sirvientes habían apagado las luces y se habían ido a la cama, y la casa parecía abandonada. Fue contando puertas hasta llegar al dormitorio de Alex y entró. Cuando los tablones de madera crujieron bajo su peso, oyó que él se movía entre las sábanas.

—¿Rune? —Se incorporó y entornó los ojos en la oscuridad. Tenía el pelo alborotado.

—No podía dormir —dijo ella acercándose a la cama—. ¿Te importa si…?

Alex se apartó para hacerle un hueco, y Rune se acurrucó en el sitio calentito donde había estado su cuerpo. La almohada olía a él; despedía un aroma cálido y masculino. Se quedaron un rato tumbados, quietos y en silencio.

—¿Sabes lo que pasó en esta casa? —susurró ella al fin—. A tu hermano, quiero decir.

Se volvió hacia ella en la oscuridad y le contestó:

—Nunca me ha hablado de ello, pero puedo adivinarlo. —Se estiró y se puso ambas manos detrás de la cabeza—. Me di cuenta de que algo no iba bien

después del funeral de Tessa y del de mis padres. Gideon parecía… Era como si alguien hubiera apagado la luz de su interior. Al principio pensé que era la pena. Habíamos perdido a nuestra madre, a nuestro padre y a nuestra hermana pequeña en cuestión de meses. Por supuesto que no parecía él.

»Pero no era solo el dolor. Al volver a casa para los funerales, fue como si no pudiera soportar mirarme a la cara. Se refugió en su trabajo como sastre para Cressida y me evitó, aunque yo solo había vuelto durante poco tiempo y no sabíamos cuándo nos volveríamos a ver.

»Cuando me mudé al Continente, Gideon y yo nos escribíamos cartas cada semana. Yo seguí haciéndolo tras volver al conservatorio, después de los funerales, pero él dejó de responderme. Le pedí a algunos de nuestros viejos amigos que fuesen a ver si estaba bien, pero nadie lo había visto ni hablado con él en meses. Había algo que no me contaba y no entendía por qué. Siempre nos lo habíamos contado todo. No me di cuenta de que lo que hacía era salvarme. Y yo tampoco sabía que era él quien necesitaba ser salvado.

Alex tragó saliva y se frotó la frente con la mano. Rune guardó silencio y esperó a que continuase.

—Poco antes del comienzo del semestre de primavera, recibí una carta de un amigo que había visto a mi hermano en un combate de boxeo la noche anterior. La frase que usó para describirlo fue «puesto hasta las cejas». Me dijo que iba a acabar muerto. No me parecía propio de mi hermano, así que ese mismo día pedí permiso para ausentarme y me subí a bordo de un barco para volver a casa.

»Fui al estadio de boxeo a buscarlo. Miré cada asiento que había en el edificio y, cuando no lo encontré, le pregunté al camarero si había visto a alguien que respondiera al nombre de Gideon Sharpe. Señaló el ring y me dijo: “¿El puto de la bruja? Está ahí”. Tardé un poco en entender a qué se refería. En caer en la cuenta de que el joven al que estaban moliendo a palos en el ring era mi hermano. Tenía la cara tan amoratada y ensangrentada que ni siquiera lo reconocí. “El puto viene cada noche”, continuó el hombre. “Cuando ella ha terminado con él”. Vi el asco en su mirada. En la mirada de todos. Cuando le dieron el último puñetazo, cuando cayó para no volver a levantarse, los vi tirar su cuerpo al callejón con el resto de la basura, como si fuese algo rutinario. Era

como si fuese allí cada noche, borracho o colocado, y los dejara pegarle hasta casi matarlo. Como si pensase que se lo merecía.

Las palabras de Alex cayeron como una losa sobre el pecho de Rune. Cerró los ojos y notó su peso.

Alex se dio cuenta y alargó una mano bajo las mantas para encontrar la de Rune. Entrelazó los dedos con los suyos y apretó con fuerza.

—No sabía qué hacer. Mi hermano mayor se había convertido en un desconocido y estaba inconsciente en un callejón. Nicolas Creed me ayudó a despertarlo. Tuvimos que zarandearlo para conseguirlo. Luego nos las arreglamos para llevarlo al viejo apartamento de mis padres. Cuando recobró el sentido, no se alegró nada de verme. Me preguntó por qué no estaba en el conservatorio. Le contesté que no pensaba volver hasta que él no estuviera mejor y no quiso ni oír hablar de ello. Me dijo que tenía que regresar, que mi sitio estaba en Caelis y no allí, que no me correspondía estar cerca de él. Me hubiera dolido si no lo hubiera visto tan aterrorizado. Recuerdo que pensé: «Está intentando alejarme de aquí. Hay algo de lo que quiere protegerme».

—Cressida —dijo Rune.

Alex asintió. Le soltó la mano, la cogió de la cintura y la atrajo hacia él, pegándole el pecho a la espalda, abrazándola como un niño abrazaría una mantita para consolarse.

—Empecé a presentarme cada noche en el ring de boxeo y a esperar a que Gideon apareciera, pero me ignoraba. No soportaba que fuera testigo de su desgracia, de su desprecio hacia sí mismo. Pero, si todavía quedaba algo que salvar en él, yo tenía que intentarlo.

»Cada noche, Nicolas y yo lo recogíamos del callejón y lo llevábamos a casa. Cuando se le pasaba la borrachera o el colocón, discutíamos y luego él se largaba. Siempre volvía con ella. Creo que tenía miedo de lo que podía pasar si no lo hacía. —La abrazó con más fuerza—. Una noche, Nicolas me dijo que solo había una forma de salvar a mi hermano y me llevó a una reunión en el sótano de casa de un amigo suyo. Estaba abarrotado de gente, y, cuando Nicolas se puso frente a ellos para hablar, me di cuenta enseguida de cuál era el asunto por tratar: traición. Hacía años que había revueltas, pero aquello era diferente. Esos

hombres y mujeres estaban planeando una revolución. Querían un mundo en el que no reinaran las brujas, una sociedad sin magia. Solo entonces tendríamos un mundo en el que los pobres no pasaran hambre, ni tuvieran que trabajar en atroces condiciones por un sueldo mísero, ni venderse a sí mismos como esclavos para salvar a sus familias de morir de hambre. O eso creían. La gente que había acudido tenía historias desoladoras y razones para estar furiosa, pero su odio, su sed de venganza…, me dio miedo.

»Cuando Gideon descubrió que había asistido a aquella reunión se puso furioso. Me dijo que quienes conspiraban contra las Reinas Hermanas desaparecían, que nadie sabía qué había sido de ellos y que jamás se les volvía a ver. Le contesté que, si quería mantenerme a salvo, tendría que venir conmigo a aquellas reuniones. Así que lo hizo, aunque a regañadientes.

»Tras varias semanas, empezó a beber y a pelear menos. Y, al cabo de pocas semanas más, se presentó voluntario para liderar una resistencia armada en palacio junto con Nicolas. Yo quise ir con él, pero se negó. Él no me veía como a un igual, sino como al hermano pequeño al que debía proteger de situaciones como aquella. Para él, yo no era alguien en quien confiar; no me veía capaz de compartir su carga ni de guardarle las espaldas.

»Tuvimos una discusión terrible al respecto y nos separamos de malas maneras. Mientras Nicolas y él guiaban a los demás hacia palacio, yo fui a Thornwood Hall con una pistola cargada. Sabía que Cressida casi nunca salía de su residencia privada, y yo podía hacer eso por mi hermano. Era una manera de protegerlo, por una vez.

Alex se quedó en silencio, como si no fuera capaz de seguir contando la historia. Seguía abrazado a Rune, acurrucado contra ella, que notaba los fuertes latidos de su corazón en los omóplatos.

Tras varios minutos, ella le dijo:

—¿No te resulta difícil dormir en esta casa sabiendo lo que pasó?

—¿Por qué te crees que voy a venderla? Tras la caída del Reinado de las Brujas, quien la heredó fue Gideon, pero como él no quería saber nada de ella me la dio a mí. Jamás pone un solo pie aquí si puede evitarlo, ni siquiera para venir a visitarme. —Alex suspiró y su aliento le alborotó el pelo a Rune—. Hace

dos años que vivo aquí, Rune, y he pasado todo este tiempo intentando recuperar a mi hermano. Pero el Gideon que yo conocía, al que yo quería…, ya no existe. Y no va a volver.

Al cabo de unos segundos, Rune lo notó temblar y sintió la humedad y el calor de una lágrima en su cuello. Se giró, pero estaba demasiado oscuro para verlo.

Algo se rompió en su interior al percatarse de cómo lloraba. Le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza.

Y Alex sollozó con más violencia.

Rune siguió abrazándolo. Lo dejó llorar hasta que se durmió en sus brazos. Cuando los truenos se aquietaron y la lluvia paró, la luna salió de detrás de las nubes y arrojó su luz plateada sobre la cama. Rune contempló a su amigo, que dormía, y se sintió tentada de quedarse… por el bien de él.

Pero no podía. No podía quedarse en esa casa.

Cuando estuvo segura de que Alex estaba profundamente dormido y de que ya no había peligro de despertarlo, se desenredó con cuidado de sus brazos. Como la tormenta había terminado, se vistió a toda prisa, tomó prestados una capa y un caballo y cabalgó de vuelta a Wintersea antes de que saliera el sol.

Cuarenta y dos

Gideon

—Reinstauraremos el toque de queda —afirmó Nicolas Creed mientras se levantaba de la mesa—. Y apostaremos más soldados de la Guardia de Sangre en las calles. Retomad las redadas e interrogad a cualquiera que os parezca sospechoso, por poco que sea, aunque no tengáis pruebas. Debemos asegurarnos de que la gente comprenda la gravedad de la situación. Con el miedo suficiente, obedecerá.

Gideon, que acababa de transmitirle la información sobre Cressida, miró al Buen Comandante a los ojos.

—En otras circunstancias estaría de acuerdo con usted, señor.

Nicolas enarcó una ceja.

—¿No lo estás?

—Los toques de queda y las redadas fueron muy impopulares durante la Paz Roja. Estas medidas no solo harán que los simpatizantes de las brujas apoyen más la causa de Cressida, sino que podrían poner a más ciudadanos en nuestra contra. A la gente no le gusta que se violen sus derechos, señor.

Nicolas salió de detrás de la mesa. Por primera vez, Gideon se fijó en lo mucho que había envejecido. Las arrugas que marcaban el rostro de su mentor no habían existido dos años antes, ni tampoco las hebras de gris que le salpicaban el pelo.

—Acompáñame. Tengo una reunión con el Tribunal en unos minutos.

Gideon asintió y echó a andar junto a él mientras recordaba al Nicolas de hacía dos años, un hombre que se había metido en el ring de boxeo con él hasta

mucho rato después de que cerrara el club y que se había quedado a su lado hasta el amanecer. Jamás lo dejó rendirse. Creyó en él incluso cuando él no creía en sí mismo.

En aquel entonces, Cressida había quebrado el espíritu de Gideon hasta tal punto que no quedaba nada bueno en él. Estaba en el fondo de un pozo y no había forma de salir de él. Y, aunque Nicolas había intentado una y otra vez lanzarle una cuerda para que subiera a la superficie, esta nunca parecía ser lo bastante larga. Tras una noche particularmente horrible, cuando Gideon se negó a levantarse del ring, Nicolas se agachó a su lado.

«No me voy a rendir —le aseguró con los ojos brillantes clavados en los suyos—. No me pienso marchar. Me quedaré aquí todo el tiempo que sea necesario. ¿Me has entendido?».

«¿Por qué?», le preguntó él.

Nicolas Creed era un desconocido. No tenía obligación de preocuparse por el hijo de un sastre muerto.

«Ponte de pie y lo descubrirás».

Gideon no creía merecer la salvación. Había degenerado demasiado para eso. Pero, al mirar a Nicolas, se preguntó si era posible creer en él, confiar en aquello que ese hombre veía detrás de la calamidad que veían los demás cuando miraban a Gideon. Tal vez sería capaz de reemplazar esa voz de su cabeza —la que le decía que no valía nada, que era repugnante y que estaría mejor muerto— por la de Nicolas.

Así que eso hizo.

Usó la fe que aquel hombre tenía en él como un pilar en el que apoyarse. Tardó meses, pero, poco a poco, la confianza que Nicolas tenía en Gideon se fue convirtiendo en la suya propia. No tardó en dejar de permitir que sus contrincantes le pegaran hasta perder la conciencia. Empezó a ponerse en pie y a devolver los golpes, cada vez mejor y con más fuerza. Empezó a creer que quizá, solo quizá, había algo por lo que merecía la pena luchar.

—Sé que no te falta razón en el asunto de la privación de libertades —dijo Nicolas, interrumpiendo los pensamientos de Gideon, mientras recorrían los pasillos del ala oeste de palacio en dirección al salón del trono. Los flanqueaban

varios soldados, caminando por delante y por detrás de ellos, para proteger al Comandante—. Un buen líder se preocupa sinceramente por aquellos de los que es responsable. Tú me has demostrado, una y otra vez, que eres de esa clase de líderes. —Gideon lo miró con el pecho henchido, sorprendido por el halago—. Tristemente, la gente no siempre sabe lo que le conviene. A veces necesitan que nosotros demos un paso al frente y los protejamos de sí mismos.

Gideon no podía estar en desacuerdo. Si Nicolas no hubiera intervenido en su vida dos años antes, seguiría tirado en el ring de boxeo, esperando la muerte.

Quizá incluso le hubiera llegado ya.

—Un buen líder tiene el coraje necesario para tomar las decisiones difíciles que otros no quieren tomar —prosiguió Nicolas—. Lo hace por el bien de los demás, para proteger a los inocentes. Es su obligación.

—Estoy de acuerdo.

Sin embargo, recordó que Rune permitía que los Penitentes usaran los senderos de su propiedad. Entre la clemencia y el castigo, ella había elegido la clemencia. ¿No podía él hacer lo mismo? Quizá hubiera una forma de detener a Cressida sin violar los derechos de los ciudadanos de a pie, sin obligarlos a vivir aterrorizados por la Guardia de Sangre.

Nicolas salió del pasillo y entró en el salón del trono, en dirección a la Cámara de los Comunes, sede del Tribunal.

Gideon lo siguió.

El salón del trono era más oscuro que los pasillos. Sus pasos reverberaban por el amplio espacio vacío. La noche había opacado las vidrieras y los pilares dorados arrojaban largas sombras sobre los suelos de ágata. En la distancia, se alzaban tres tronos negros e imponentes. Al verlos, un escalofrío le recorrió la nuca, estrujándosela como si de una mano de hielo se tratara.

Que estuvieran vacíos debería haberle supuesto un alivio. Esa imagen tendría que haber representado un triunfo sobre el mal; pero se le antojó más bien una ausencia esperando ser cubierta, como si aquel salón y aquellos tronos estuvieran aguardando el retorno de sus reinas.

Gideon quiso apresurarse, dejar esa sensación atrás, pero Nicolas se detuvo ante los tres asientos de poder, los contempló fijamente y dijo:

—Los toques de queda, las redadas y los interrogatorios son medidas de emergencia. Ante una emergencia, a veces, los derechos individuales deben pasar a un segundo plano hasta que desaparezca el peligro. Se deben poner ambas cosas en una balanza, Gideon; en un lado tenemos la vulneración temporal de los derechos para mantener a la gente a salvo; y en el otro está la constante posibilidad de que Cressida Roseblood recupere su trono y se vengue de todos nosotros. —Se volvió hacia Gideon—. ¿Cuál dirías que es peor a largo plazo?

No había duda posible. Cressida era, por descontado, peor.

Gideon miró a su mentor con atención. Eran más o menos de la misma altura, y Nicolas, pese a ser menos corpulento que Gideon, era musculoso. Un luchador. Gideon no estaba seguro de cuál de los dos resultaría vencedor de un combate de boxeo.

Nicolas lo cogió del hombro y continuó:

—Estoy orgulloso del hombre en el que te has convertido y confío plenamente en tu buen juicio. Es tu decisión. Pero recuerda que un buen líder sopesa las consecuencias de cada decisión y debe soportar el peso de estas, así que hazte una pregunta: ¿con qué consecuencias serías capaz de vivir? —Nicolas lo soltó, echó los hombros atrás y contempló de nuevo los tronos, como si la misma mano gélida lo hubiese agarrado también a él y quisiera quitárselo de encima—. Piénsatelo bien —añadió mientras se volvía para marcharse— y luego comunícame tu decisión.

Gideon se quedó mirando los tronos vacíos. Eran un recordatorio descarnado de todo por lo que había luchado. Si no actuaba con rapidez, si no lograba encontrar a Cressida y aplastar su revuelta antes de que emprendiera el vuelo, perdería todo lo que le importaba: su libertad y su capacidad de proteger a los más vulnerables. El pueblo sufriría aún más que antes, pues Cressida era una criatura vengativa, y su venganza contra la República sería despiadada. Laila y Harrow, Alex, Rune… Todos estaban en peligro.

«Rune no carga con el peso del deber, como yo —pensó, recordando su bondad con los Penitentes—. Ella puede permitirse la clemencia».

Él no. Él necesitaba mantener al pueblo a salvo del mal. Debía detener a

Cressida costara lo que costase.

—Ya he tomado mi decisión —le anunció a Nicolas, que estaba al otro lado del salón. El Buen Comandante se dio la vuelta—. Reinstauraremos el toque de queda y las redadas, y triplicaremos el número de soldados de la Guardia de Sangre en las calles.

No eran buenos tiempos para la clemencia.

Tras comunicar sus nuevas órdenes en la sede de la Guardia de Sangre, Gideon puso rumbo a la Ciudad Vieja. Llegó a casa en las últimas horas de la tarde. Al entrar, vio que habían deslizado un telegrama por debajo de la puerta. Convencido de que sería de Rune, lo cogió y lo abrió.

Pero venía de Thornwood Hall.

> Gideon Sharpe
> Calle Prudence, 113, Ciudad Vieja
>
> Hermano: me marcho a Caelis al final de la semana para retomar mis estudios. Voy a vender la finca y celebraré una pequeña fiesta de despedida esta noche. Algo sencillo. Jugaremos a las cartas entre amigos. Me encantaría que vinieras.
>
> ALEX

Hacía dos años desde la última vez que había puesto un pie en Thornwood Hall, aunque en sus pesadillas volvía a menudo. Odiaba aquella casa, así como los recuerdos que contenía. Que Alex la vendiera era un alivio.

Sin embargo, Caelis estaba al otro lado del estrecho de Barrow. Gideon tenía pocas razones para viajar al Continente, y tampoco podía permitirse ausentarse de su trabajo, sobre todo con Cressida al acecho. ¿Cuándo volvería a ver a su hermano?

Gideon se frotó la mandíbula, recordando el puñetazo que Alex le había propinado en el ring de boxeo. Si este pensaba marcharse de la isla, Gideon tendría que enfrentarse a sus demonios e ir a esa fiesta. Se lo debía. Debía arreglar su relación con él en la medida de lo posible, pues tal vez no volvieran a verse nunca.

Y lo más importante era que Alex debía saber que Cressida estaba viva, que

no la había matado. Que, en adelante, tendría que guardarse las espaldas.

Gideon cogió la chaqueta.

Thornwood Hall solo era una casa. Y estaba harto de acobardarse.

Cuarenta y tres

Gideon

De pie, bajo la lluvia, Gideon observaba las puertas en forma de arco flanqueadas por dos leones de piedra que rugían. Las gotas le empapaban el pelo y le mojaban la ropa, y a cada segundo que pasaba tenía más frío. Sin embargo, en sus huesos yacía un helor todavía más profundo.

No era capaz de mover las piernas. No lograba que su cuerpo obedeciera y lo llevara al interior de esa casa.

«Me he equivocado. No soy capaz», pensó.

Estaba a punto de dar media vuelta y marcharse, redactando mentalmente el telegrama de disculpa que le mandaría a Alex al día siguiente, cuando las palabras de Rune traspasaron el frío que sentía, como el primer día de primavera tras un duro invierno:

«Lo que te ha ocurrido no define quién eres, Gideon».

Su voz invocó algo que yacía bajo las pesadillas, algo más poderoso que el peso de su pasado; fue como un subidón de adrenalina, una inyección de coraje.

Respiró hondo y entró en aquella maldita casa.

El suelo estaba cubierto por las mismas alfombras de color zafiro; el papel pintado de flores que adornaba las paredes era el mismo. Y en el aire aún flotaba un sutil aroma a la magia de Cressida, a sangre y a rosas; un olor rancio y empalagoso.

Mientras el sirviente de Alex lo acompañaba por los pasillos de Thornwood, Gideon sentía que viajaba hacia atrás en el tiempo. Se le tensaron los músculos al ver cómo algunas escenas de sus recuerdos resurgían ante sus ojos como una

niebla. Sin embargo, pensar en Rune bastaba para que aquellos espantosos recuerdos se desvanecieran.

Al llegar al salón, Gideon se dirigió a la mesa redonda dispuesta junto al fuego, donde había media docena de jóvenes jugando a las cartas y un montón de monedas en el centro. Entre ellos se encontraban Noah Creed, Bart Wentholt y otros rostros que le resultaban familiares.

Su hermano estaba de espaldas a él.

—¡Gideon Sharpe! —Bart señaló una silla vacía; el pelo rojo le resplandecía a la luz del fuego—. Llegas en el mejor momento. Alex, reparte.

Gideon se sentó y se quitó la chaqueta. Alex, que estaba enfrente, le dedicó una sonrisa luminosa y barajó y repartió las cartas. Parecía que se alegraba de verlo. Gideon se apoyó en el respaldo. No pudo evitar pensar en todo lo que admiraba de su hermano pequeño.

Para empezar, Alex era debidamente sociable. Tenía amigos a los que invitaba y cuyas invitaciones aceptaba; sabía mantener conversaciones educadas con todo tipo de gente. Nunca miraba mal a nadie, ni gritaba, ni se metía en peleas, salvo por aquella vez que le había dado un puñetazo, pero eso había sido culpa de Gideon.

Alex se vestía bien y sabía bailar, utilizaba el cubierto correcto para cada plato, servía los vinos que impresionaban a sus invitados y conocía el significado de la devoción. Nunca había dejado de practicar su música, ni siquiera después de dejar sus estudios, algo por lo que Gideon habría querido pelear más.

Tras la revolución, había sido Alex quien se había quedado a su lado durante semanas para ayudarlo a luchar contra su adicción al láudano. Alex había estado junto a él hasta que había superado los temblores que le causaba el síndrome de abstinencia. No sabía qué haría sin su hermano pequeño.

Si de verdad Rune Winters estaba buscando marido, no encontraría a nadie mejor que Alexander Sharpe.

Aquella convicción le dejó un sabor amargo en la boca. Antes de apartarlo, se permitió imaginar con libertad: «¿Qué pasaría si Alex no estuviera enamorado de ella? ¿Dejaría de fingir y me decidiría a cortejarla de verdad?».

Durante unos segundos se dio permiso para soñar despierto. Gideon tendría

que asistir a las fiestas de Rune, aprender a bailar sus canciones… Pasar menos tiempo en la Ciudad Vieja y más en Wintersea.

Eso sí lo podía hacer. Era un pequeño precio que pagar por el lujo de dar largos paseos por los bosques a su lado, por el privilegio de discutir con ella, o el precioso regalo de ver a la chica salvaje que escondía bajo la superficie.

«No importa —pensó apretando los puños con fuerza—. Porque solo será una farsa… O no será nada y punto».

—¿Gideon? —Bart deslizó tres monedas de cobre hacia el centro de la mesa —. ¿Vas o no vas?

Una vez arrancado de su fantasía, Gideon asintió.

—Voy. —Cogió un saquito de monedas del bolsillo de su chaqueta, sacó tres monedas de cobre y las lanzó al centro de la mesa.

Mientras Alex repartía las cartas, reparó en una franja más pálida en la base de su dedo meñique, una franja de piel que no estaba morena porque solía llevar un anillo. «El anillo de nuestra madre», recordó. Gideon se lo había dado tras el funeral de sus padres.

De repente, se acordó de algo que le había dicho Harrow: «Una hora antes de que zarpase, subieron un cargamento de último minuto: dos barriles de vino que entregó un aristócrata».

Aquel hombre llevaba un anillo en el dedo meñique.

«Delgado y sencillo. De plata, tal vez. Parecía la alianza de un pobre».

Gideon observó cómo se iban moviendo las cartas por la mesa después de que su hermano las repartiera, mientras intentaba recordar cómo era el anillo de su madre.

Pero se interrumpió de inmediato.

«Alex, ¿cómplice de una bruja criminal? ¿Después de que las brujas destruyeran a nuestra familia?».

Era inconcebible. Alex no era capaz de un engaño de esa magnitud. Sabía lo mucho que Gideon deseaba atrapar a la Polilla Carmesí.

«Alex jamás me sabotearía», se dijo.

—¿Gideon? Te toca.

Levantó la vista y vio que Noah señalaba con la cabeza las cartas que tenía

bocabajo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos los jugadores estaban esperando. Jugó una escalera a toda prisa.

—Menudo escándalo la otra noche, ¿eh? —comentó Noah mientras le ganaba la mano con una escalera de color—. Dejaste a todos los aristócratas boquiabiertos.

—¿Yo? ¿Cuándo?

—Cuando apareciste en la fiesta de Rune Winters.

—Ah —contestó Gideon. Cuando volvió a tocarle, jugó dos pares—. Bueno, no es muy difícil sorprender a los aristócratas. Basta con equivocarse de cuchara durante la cena. O con ponerse un vestido de la temporada pasada.

Noah sonrió, pero su mirada era fría como el hielo. De entre los hermanos Creed, Gideon siempre había preferido a Laila, que llevaba su agresividad del mismo modo que su arma: al descubierto, donde él pudiera verla. Noah era… menos franco.

—No, pero lo digo en serio. ¿Qué te ha dado? La semana pasada, la fiesta de Rune, hoy estás aquí jugando a las cartas… Como sigas así, acabarás organizando tu propia gala benéfica.

—Si lo hago, serás el primero al que invite —replicó Gideon mientras robaba cartas para reemplazar las que había tirado.

Noah sonrió con frialdad:

—¿No tienes una reputación que mantener como el soltero más inaccesible de la Nueva República?

—Gideon —intervino Alex, como si presintiera que se estaba gestando una tormenta y tuviera que aplacarla. Por eso para Gideon siempre era mejor quedarse en casa—. Cuéntanos lo que pasó anoche en la Cena de los Luminarios. ¿Es verdad lo que dicen los periódicos?

—Eso. Cuéntanoslo todo —dijo un joven, de quien Gideon no sabía su nombre, inclinado desde el otro lado de la mesa y con los ojos brillantes por la luz que emanaba de la chimenea—. ¿De verdad hubo un ataque brujo dentro del mismísimo palacio?

Gideon asintió.

—Sí, es cierto.

—¿Tenéis alguna pista? —preguntó su hermano mientras miraba a Bart descartarse.

—Es posible. Todavía lo estamos investigando.

Alex fue el último en mostrar sus cartas: un póquer. Los demás jugadores tiraron las suyas a la mesa, derrotados.

—Rune parecía muy afectada —comentó Alex mientras tomaba sus ganancias. Noah recogió las cartas de todos y empezó a barajar. Luego hicieron nuevas apuestas, lanzando más monedas al centro.

«¿Y tú cuándo has visto a Rune?», se preguntó Gideon mientras miraba fijamente a su hermano. No habían pasado ni veinticuatro horas desde el suceso.

—En el *Nuevo Heraldo* han publicado que si la ciudadana Winters está viva es gracias a ti —dijo el joven cuyo nombre Gideon no recordaba—. Han escrito que te lanzaste a las llamas del fuego brujo para rescatarla.

Gideon no tenía ninguna gana de revivir el momento en el que había visto a Rune engullida por las llamas. El terror de no llegar a tiempo de salvarla todavía le recorría la sangre.

—Me gano la vida cazando brujas —repuso para quitarle importancia—. Estoy familiarizado con su magia.

—¿Fue la Polilla? —preguntó Bart.

No iban a dejar de intentar sonsacarle información, así que Gideon decidió rendirse y les contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido la noche anterior. Mientras Alex y sus amigos se regodeaban con la historia, fueron repartiendo cartas y, poco a poco, su saquito se fue vaciando de monedas.

El juego nunca se le había dado bien.

—En fin, por una vez me alegro de que haya tipos como Gideon para hacer el trabajo sucio por nosotros —dijo Bart al ganar la última ronda con un *full house* —. ¿Os imagináis correr esa clase de peligros todos los días? —Se estremeció—. No me extraña que todas las chicas le vayan detrás.

Gideon se preguntó qué tendrían que decir Laila o Harrow al respecto, y estuvo a punto de echarse a reír.

—Hablando de chicas que le van detrás a Gideon… —dijo Noah y dio un trago de su bebida—. ¿Cómo es la señorita Winters? ¿Está a la altura de su

reputación?

Si Gideon hubiera sido un gato, el tono de voz de Noah habría bastado para que se le erizara el lomo.

—No sé muy bien a qué te refieres —contestó. Tenía la mirada fija en su mano de cartas, pero en realidad no las veía. Lo último que deseaba era pelearse con el hijo del Buen Comandante, así que había preferido ignorar el comentario.

—Sabes perfectamente a qué me refiero —replicó Noah, que se había dado cuenta de que Gideon se estaba conteniendo y quería poner a prueba sus límites—. Rune Winters coquetea con todo el mundo. Cada semana tiene un pretendiente nuevo.

Gideon, incapaz de aguantar, se acercó al anzuelo, si bien no llegó a morderlo:

—Si no me pareciera raro, diría que estás celoso.

—¿Celoso? —Noah resopló—. ¿Celoso de qué? Si los rumores son ciertos, es más ligera de cascos que una puta.

Antes de que se hubiera levantado por completo, alguien dio un puñetazo sobre la mesa, sobresaltándolos a todos. Levantó la vista, con el cuerpo hirviendo de ira, y vio que su hermano miraba a Noah como un león miraría a una hiena.

—Si te atreves a insultarla otra vez, te enseñaré dónde está la puerta.

Noah frunció el ceño.

—Era una broma, Alex.

—Broma o no, no toleraré que se le falte el respeto a Rune.

Noah dejó las cartas sobre la mesa y apretó los puños. Toda la mesa observó en silencio cómo los dos muchachos continuaban con su pulso de miradas.

—Bueno, la noche ha estado bien. —Gideon apartó la silla de la mesa. Tenía que largarse antes de que, muy a su pesar, acabara partiéndole la cara a Noah—. Pero me he quedado sin fondos.

Como no quería sembrar el pánico entre aquellos caballeros, decidió dejarle un mensaje al sirviente de Alex advirtiéndole del retorno de Cressida, para que se lo entregara después.

—Una última ronda —pidió Alex.

Gideon le dio la vuelta al saquito para demostrarle que no había mentido.

—Seguro que tienes alguna otra cosa que apostar.

—Una vez aposté mi pañuelo de seda —propuso Bart. Le habría resultado útil si Gideon hubiera tenido un pañuelo de seda.

Estaba a punto de contestar eso mismo, pero Alex insistió:

—Vacíate los bolsillos.

Gideon enarcó las cejas, pero hizo lo que su hermano le pedía. Se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y vació el contenido: un mensaje arrugado de Harrow sobre su reunión de la noche siguiente y su moneda de acceso a la prisión, que le permitía cruzar la séptima puerta con las brujas a las que detenían.

—Eso sirve —dijo Alex señalando la moneda.

Gideon negó con la cabeza.

—No es dinero. —Esa moneda no tenía ningún valor para aquellos hombres—. Para ti no vale nada.

—Es de plata, ¿no? La plata se puede fundir.

—La necesito para acceder a la prisión —respondió Gideon mientras empezaba a meterse sus cosas en los bolsillos.

—Pero puedes conseguir otra, ¿no? Además, ¿es que el personal de la prisión todavía no sabe quién eres?

—Claro, pero…

—Solo una ronda más —insistió Alex. Parecía tener muchas ganas de que se quedase—. Hazlo por mí.

Gideon recordó la pelea en el ring de boxeo. Recordó que había desafiado a Rune a que se desnudara y se metiera con él en el mar a pesar de saber que Alex la adoraba. Recordó que la había besado con boca y manos insistentes en el jardín, y que la había vuelto a besar en aquel callejón.

La vergüenza le ardía en la cara.

Se sentó de nuevo.

—Está bien, otra partida. —Lanzó la moneda de la prisión sobre el montón de dinero que había en medio de la mesa—. Y luego me voy.

Le bastaron quince minutos para perder también esa ronda. Y, con ella, su acreditación para entrar en la prisión de palacio.

—Te acompaño —le dijo Alex. Lanzó la moneda al aire y se la metió en el bolsillo.

Cuando salieron del salón, chispeaba. Los dos hermanos oían las gotas que salpicaban las ventanas y repiqueteaban contra el techo mientras se dirigían, el uno al lado del otro, al vestíbulo principal.

—Hay algo que debes saber —dijo Gideon mientras intentaba ignorar el persistente aroma a rosas del pasillo—. Pero, hasta que no tenga más información, esto queda entre tú y yo.

Alex lo miró extrañado.

—De acuerdo.

—Cressida Roseblood estaba en la Cena de los Luminarios. El hechizo que atacó a Rune fue cosa suya.

Alex se detuvo en seco. Gideon aminoró la marcha y se volvió hacia su hermano, cuyo rostro había quedado desprovisto de color. Estaba blanco como el papel.

—¿Estás seguro?

—Encontramos su firma mágica debajo de una mesa.

—¿Lo sabe Rune?

Gideon negó con la cabeza.

—Todavía no se lo he contado.

—¿Y no deberías hacerlo? Si Cressida…

—Creo que Rune ya es consciente de que corre peligro, pero sí, tiene que saberlo. Todavía no he podido…

—Ya se lo cuento yo. —Alex se pasó los dedos por el pelo, caminando de un lado a otro, como si todavía estuviese intentando comprender lo que le acababa de decir su hermano—. Cabalgaré a Wintersea a primera hora de la mañana.

—De acuerdo.

Cuando llegaron a la entrada, Alex abrió las puertas mientras Gideon se ponía la chaqueta. La lluvia caía por el dintel y salpicaba las piedras del suelo. Hacía mucho que se había puesto el sol, y la oscuridad envolvía con su manto los

bosques que había más allá de las puertas.

Una pregunta ardía dentro de Gideon. Antes de salir de entre los muros de Thornwood Hall, se volvió para planteársela.

—Alex…, ¿hay alguna posibilidad de que Cressida no estuviera muerta?

Alex se lo quedó mirando:

—Le disparé tres veces.

Gideon asintió. Su hermano odiaba revivir aquella noche. En su cuerpo no había ni una pizca de violencia, así que robarle la vida a una muchacha iba contra todos su principios. Solo lo había hecho por el bien de su hermano mayor.

A la mañana siguiente, los cuerpos de las tres Reinas Hermanas habían desaparecido. Gideon siempre había sospechado que los habían profanado. Sin embargo, si Cressida estaba viva, ¿qué había ocurrido aquella noche en su dormitorio? ¿Había dejado Alex el trabajo inacabado sin darse cuenta o habría tenido algo que ver alguna oscura magia? Se contaban historias de brujas que en el pasado habían sido lo bastante poderosas como para revivir a los muertos, pero Gideon siempre había dado por hecho que se las habían inventado ellas para asustar a la gente y asegurarse así su obediencia.

Sin embargo, había empezado a preguntarse si serían ciertas.

—No importa. —Puso una mano sobre el hombro de su hermano para tranquilizarlo—. Quizá no sea Cressida. Podría ser otra bruja haciéndose pasar por ella. Sea quien sea, la cogeremos. Y esta vez yo terminaré el trabajo con mis propias manos.

Alex se limitó a asentir sin decir nada. Con la sensación de que le había estropeado la noche a su hermano, Gideon bajó la mano y cambió de tema:

—¿Cuándo te marchas a Caelis?

—Dentro de cuatro días. —«¿Tan pronto?», pensó Gideon. Se le hizo un nudo en la garganta—. ¿Vendrás al puerto a despedirme?

—Pues claro. —Gideon se volvió para irse, pero se lo pensó mejor y le dio un fuerte abrazo—. Te echaré de menos.

Por complicado que le resultara despedirse de su hermano, había algo que iba a resultarle mucho más difícil.

Si Alex se iba para siempre en cuestión de días, y Gideon estaba seguro de

que Rune no era una bruja, había llegado el momento de hacerse a un lado. De ese modo, su hermano podría confesarle sus sentimientos antes de irse.

Era lo correcto. Y así repararía su traición.

«La próxima vez que la vea —pensó Gideon mientras caminaba desolado bajo la lluvia— le diré que lo nuestro ha terminado».

Cuarenta y cuatro

Rune

Alguien llamó a la pared falsa y rompió su concentración. Levantó la vista del hechizo Desgarratierra que tenía en el libro abierto delante de ella, y vio a Alex a un par de metros de su mesa. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones de raya diplomática, y el cabello le brillaba como hilo de oro.

—¿Te he interrumpido?

Cerró el grimorio.

—No, no, claro que no. —Bajó la vista y se dio cuenta de que estaba en camisón. Se sonrojó—. No esperaba visitas.

Él se adentró en el cuarto dejando el pasadizo abierto. Alex siempre se olvidaba de cerrarlo, y, si alguien entrara en su dormitorio y viese la pared abierta y los libros repletos de hechizos que guardaba allí…, estaría acabada.

Rune se levantó y fue a cerrarlo.

—Te he traído una cosa —dijo Alex mientras cerraba la pared.

Cuando Rune se volvió hacia él, le puso una moneda de plata en la mano. Era casi tan ancha como largo era su pulgar, y seguía caliente. Tenía grabada la efigie de una mujer.

Fortaleza.

La Anciana lucía una trenza que caía sobre su hombro y tenía la barbilla alzada y una bandolera cruzada en el pecho.

—La moneda de acceso de Gideon —murmuró Rune. No se lo podía creer—. ¿Se la has robado?

—Se la gané en una partida de cartas.

Rune contempló la moneda, maravillada, y luego levantó la vista:

—Pero odias enfrentarte a tu hermano.

—En realidad, ya no me importa tanto —respondió sosteniéndole la mirada.

Y, en ese momento, Rune lo comprendió: la había elegido a ella. Aquel chico sabía exactamente quién era ella y qué era ella, y no le importaba. O le importaba tanto que quería devolverle lo que la revolución le había arrebatado.

«En Caelis iremos a la ópera cada día de la semana. Allí representan óperas de verdad, y no esa propaganda que desprecias».

Rune se permitió imaginar las posibilidades una vez más: una vida lejos de la República, en la que ya no tendría que preocuparse de quién pudiera verla o escucharla. En la que ya no tendría que fingir ser algo que no era.

Rune sería libre.

Pero ¿en qué clase de persona la convertiría eso? ¿Cómo podría vivir una cómoda vida llena de bondades y cosas hermosas, sabiendo que la Guardia de Sangre seguía cazando brujas? ¿Sabiendo que podría haberlo evitado y no lo había hecho?

Jamás sería capaz de vivir consigo misma.

—Hay algo más —dijo Alex. Se apartó y exhaló un largo suspiro.

Rune lo miró con atención.

—¿Qué sucede?

—Cressida Roseblood está viva.

Rune frunció el ceño. Estaba segura de que lo había oído mal.

—¿Cómo?

Alex se volvió de nuevo hacia ella.

—El fuego brujo que estuvo a punto de matarte la otra noche… El hechizo era de Cressida, no de Seraphine. Gideon encontró después su firma.

—No es posible —repuso Rune negando con la cabeza—. Cressida está muerta.

Alex fue hacia la ventana. Sus pasos sobre los tablones de madera reverberaron a su alrededor. Al llegar, se detuvo y miró a través del cristal.

—No pudo haber estado en la Cena de los Luminarios —insistió Rune. De repente, necesitaba que su amigo le diera la razón—. Porque tú la mataste.

Alex se quedó en silencio largo rato, un silencio que bajó la temperatura del cuarto.

—La mataste —repitió ella con vehemencia—. ¿Verdad, Alex?

—Eso es lo otro que he venido a contarte. La otra noche no terminé de contarte mi historia. —Siguió mirando por la ventana mientras lo hacía—. La víspera del Nuevo Amanecer, mientras mi hermano asesinaba a sus hermanas, fui a Thornwood Hall a matar a Cressida. La encontré dormida en su cuarto. Se despertó en cuanto notó el cañón de mi pistola contra su cabeza. —Alex respiraba de forma entrecortada—. Le ordené que saliera de la cama, y ella se arrodilló en el suelo y me suplicó que le perdonara la vida. Me dijo que amaba a mi hermano y que por eso había hecho todo; porque Gideon era suyo. —Rune percibió la ira que había en su voz—. Antes de aquel momento, jamás había deseado hacerle daño a nadie. Pero, Rune, a ella sí quería herirla. Quería sacarle todo el aire de los pulmones y ver cómo se retorcía. Era un ser odioso. Tenía a una de las brujas más poderosas del mundo de rodillas, a mis pies, y la estaba apuntando con una pistola. La misma chica que había matado a mi hermana pequeña y que le había causado un daño irreparable a mi hermano mayor. Lo único que tenía que hacer era apretar el gatillo. Y lo estaba deseando.

—Y entonces le disparaste —dijo Rune, aferrada al borde de la mesa con tanta fuerza que se le habían puesto los nudillos blancos. «¡Dilo! Dime que le disparaste».

Él negó con la cabeza. Tenía la mirada fija más allá de la ventana, como si estuviese oteando el pasado.

—Fue como si hubiera dos versiones de mí: el Alex que quería destruirla y el Alex que sabía que matar brujas no era la respuesta. En el fondo, no creía que la venganza y el derramamiento de sangre que ansiaba mi hermano fuesen la semilla para un mundo mejor. Si las asesinábamos, no seríamos mejores que ellas. Y eso era lo que me asustaba: que, a pesar de mis convicciones, me habría resultado muy fácil rendirme a la sed de sangre y matarla.

»Así que levanté la pistola hacia el techo y disparé tres veces. Y luego le dije que huyera. Le prometí que, si volvía a verla, que si volvía a ponerle un dedo encima a Gideon, me encargaría de que deseara estar muerta. Y la vi desaparecer

en los bosques que crecen detrás de Thornwood Hall.

De repente, Rune se sintió mareada. Se sentó en la silla sin soltar la mesa.

—Mentiste —susurró. El mundo se derrumbaba bajo sus pies.

Si Alex se lo hubiera confesado unas semanas antes, cuando no sabía que Cressida y sus hermanas eran en realidad monstruos, lo habría adorado. Una chica tan poderosa como la más joven de las Roseblood habría podido salvar a muchas más brujas de la purga que la Polilla Carmesí. Solo por eso, Rune habría estado contenta, o, al menos, aliviada.

Pero ahora…

Recordó la marca que Gideon tenía en el pecho y los sufrimientos a los que Cressida lo había sometido. Si la reina bruja estaba viva, el capitán se hallaba en grave peligro.

Y aquello la asustaba.

¡La enfurecía!

—¿Por qué mentiste? —dijo Rune con los puños temblándole.

—Pensé que, si Gideon creía que Cressida estaba muerta, tal vez siguiera adelante. Tal vez incluso pasara página.

En el interior de Rune crecía un estremecimiento que estaba a punto de derrumbarlo todo. Miró a su mejor amigo, pero fue como si una gruesa niebla hubiera descendido sobre él y ya no pudiera verlo con claridad, detrás de todo el gris.

Alex se apartó de la ventana y se dirigió a la puerta secreta:

—He de contarle la verdad a Gideon. Y he de hacerlo ahora mismo, antes de acobardarme.

—No —repuso ella levantándose de la silla. Estaba decepcionada con Alex, pero no pensaba dejar que confesara haberle perdonado la vida a Cressida—. Te condenarán por simpatizar con brujas.

Él se detuvo y la miró. En voz baja, y con cierta tristeza, le dijo:

—Pero es cierto que simpatizo con brujas.

Aquellas palabras la enternecieron. Al fin y al cabo, se trataba de Alex, el chico que, al enterarse de que era una bruja, le había preparado un baño de agua caliente para aliviar su dolor de barriga en lugar de entregarla a una muerte

segura. ¿Quién más habría hecho algo así por ella?

Nadie más.

—Si admites la verdad, te matarán. —Rune lo cogió del brazo—. No le digas ni una palabra a nadie. Sobre todo a Gideon.

Él sería el primero en entregarlo.

Alex no se atrevía a mirarla, avergonzado por su mentira. Avergonzado de sí mismo y de la clemencia que había tenido con Cressida. Rune quería seguir enfadada con él y, sin embargo, sabía que las cualidades que lo habían llevado a perdonarle la vida a aquella bruja eran las mismas que le hicieron perdonársela a ella: su gentileza, su compasión y su firme negativa a participar de tanta crueldad, así como su voluntad de poner su vida en riesgo para hacer lo correcto… Eran aquellas virtudes las que a él le permitían ver quién era Rune, no qué era, y quererla a pesar de los peligros que entrañase hacerlo.

—Perdonarle la vida a alguien que odias no te hace débil —dijo Rune, quizá más para sus oídos que para los de Alex—. Te hace mejor que los demás.

El error había sido mentir.

Le acarició la cara con ambas manos y lo obligó a volverse para mirarlo a los ojos.

—Si te pasara algo… —Cerró los ojos; era incapaz de pensarlo—. Por favor, Alex. Prométeme que no se lo contarás a nadie.

Él exhaló, temblando, y al final respondió:

—Te lo prometo.

Cuarenta y cinco

Gideon

Gideon se apretujó contra la pared y respiró el olor a metal engrasado y a tinta. Sacó su arma y miró a Laila, que, al otro lado de la puerta, imitaba sus movimientos. Su uniforme escarlata resaltaba en la oscuridad.

Siguiendo la petición de Gideon, el Ministerio de Seguridad Pública había reinstaurado el toque de queda y había decretado que los derechos de los ciudadanos se suspenderían temporalmente. La Guardia de Sangre podía organizar redadas en los lugares en los que se hubiera encontrado o se sospechase que podía encontrarse una firma mágica.

Fue Harrow quien le había dado el chivatazo. La semana anterior habían visto tres firmas mágicas en uno de los almacenes de aquella imprenta. Los había alertado uno de los empleados, y Harrow había mandado a varios espías a controlar el establecimiento. Hacía menos de una hora que le había notificado que siete personas habían entrado después de que cerraran, cuando nadie debía estar allí, y que todavía no habían salido.

—A la cuenta de tres —articuló Laila. Levantó tres dedos. Una imprenta asomaba al final de las escaleras detrás de ella, donde la oscuridad escondía al resto de la patrulla.

«Tres.

Dos.

Uno».

Se separaron de la pared. Mientras Laila lo cubría, Gideon pateó la puerta con todas sus fuerzas.

Y se abrió.

Entraron en la habitación más alta de la imprenta apuntando con las pistolas, seguidos por el resto de la patrulla. Gideon y Laila revisaron la habitación desde el centro hasta el fondo, recorriendo el perímetro y apuntando al espacio vacío con las armas.

—No hay nadie.

Había decenas de velas recién encendidas por todo el perímetro, y dentro del flameante círculo, donde estaban Gideon y Laila, habían escrito con sangre símbolos en el suelo.

Gideon miró desde las marcas de sangre a las vigas, que también estaban vacías. La puerta que había abierto a patadas era la única forma de entrar. ¿Dónde estaban?

Bajó la pistola y miró las sombras que arrojaban las llamas parpadeantes.

—¿Dónde coño se han metido?

—Puede que sigan aquí —respondió Laila.

Todos se estremecieron al oírla.

Gideon cruzó el círculo de velas y se dirigió al centro, donde había una firma mágica blanca flotando en el aire. Era extraño lo mucho que podían cambiar las cosas en poco tiempo, porque él esperaba encontrar una firma diferente, de color carmesí y en forma de polilla.

Se le heló la sangre al ver las espinas y los pétalos de la firma.

—¿Gideon?

Miró a los tres guardias que se habían quedado al otro lado de las velas, como si tuvieran miedo de entrar en el círculo. Laila estaba detrás de ellos, mirando algo encima de la cabeza de Gideon.

—Creo que ya sé dónde han ido.

Apartó la vista de la firma de Cressida y la puso donde miraba Laila: unos largos ventanales horizontales a tres metros de altura, en la pared. Uno de ellos estaba abierto.

—Vosotros tres. —Gideon señaló con la cabeza a los soldados que estaban fuera del círculo—. Id a buscar en los callejones. —Se acercó a Laila y le pidió —: ¿Me ayudas a subir?

Ella se acercó y juntó las manos. Cuando él puso un pie encima, ella lo empujó hacia arriba para que se agarrase del marco de la ventana. Después de subirse, alargó una mano y tiró de su compañera.

Sobre el tejado oblicuo del edificio, la niebla era tan espesa que apenas se veía más allá de un par de metros. La imprenta formaba parte de una serie de edificios adosados. Eso, unido a la cobertura que les proporcionaba la niebla, confería a Cressida y a cualquier bruja gran facilidad de movimiento. A estas alturas, ya podrían haber estado en la otra punta de la ciudad.

—Si nos dividimos podremos abarcar más territorio —propuso Laila, que estaba agazapada a su lado. Entornó los ojos y escrutó la niebla—. Espera… ¡Ahí hay algo!

—¿Dónde?

Laila echó a correr, trepó por el tejado y desapareció entre la niebla gris empuñando la pistola.

—Laila, espera… —Gideon la siguió por los tejados. Un solo paso en falso bastaría para que se resbalara por las tejas que había a un lado y otro.

Oyó tres disparos a varios metros de distancia.

«Mierda, mierda, mierda…».

Aceleró, corrió tan rápido como pudo por los tejados, atento al siguiente disparo, pero no oyó ninguno más. De repente, en el último tejado, atisbó una figura. Le apuntó con la pistola y gritó:

—¡No te muevas!

Pero la figura saltó y se perdió entre la niebla.

Cuando Gideon llegó al borde del tejado, no había ni rastro de Laila. La siguiente hilera de casas estaba demasiado lejos como para saltar, así que bajó por la escalera de incendios a toda prisa.

En tierra firme la niebla era aún más densa. No veía nada.

De repente oyó otro disparo, esta vez más cerca. Corrió hacia él.

—¡Laila!

—Estoy aquí —contestó ella mientras se acercaba a la carrera—. Me parece que no les he dado… Pero las he visto. —Se inclinó hacia delante y apoyó las manos en las rodillas, intentando recuperar el resuello—. Se fueron corriendo en

dirección oeste.

—¿Cuántas eran?

—Creo que tres.

Gideon miró en la dirección desde la que Laila había venido y entornó los ojos, intentando ver algo, pero la niebla lo tapaba todo. Tuvo un mal presentimiento.

—Creo que deberíamos volver.

—¿Qué? Ni hablar. ¡Casi la tenía!

Gideon negó con la cabeza. Aquella situación le daba mala espina.

—Volvamos.

Laila parecía a punto de negarse, pero Gideon era su superior, así que lo siguió en silencio hacia la calle principal. Las farolas les iluminaban el camino.

—Casi la tenía —repitió ella.

De pronto, oyeron un ruido tras ellos; el movimiento de una capa o un paso silencioso. A Gideon se le pusieron los pelos de punta, y Laila se puso tensa. Él la miró mientras se llevaba la mano a la pistola enfundada. Ella le devolvió la mirada y asintió. Se dieron la vuelta a la vez apuntando a la niebla con la pistola, y buscaron a un lado y otro de la calle.

—Muéstrate —gruñó Laila.

Un movimiento entre las sombras le heló la sangre a Gideon. Al oír otro paso, presionó todo lo posible sobre el gatillo sin disparar.

Una forma oscura se solidificó contra la niebla gris hasta dejarla atrás. La figura se quitó la capucha, dejando al descubierto un rostro familiar.

—Pues sí que estáis asustados.

—Harrow —dijeron los dos al unísono.

Gideon exhaló con fuerza y bajó el arma:

—Nos has dado un susto de muerte.

Harrow llevaba el pelo recogido en su habitual moño, con la oreja que le faltaba a la vista. Pensó en Cressida, oculta ante los ojos de todos. Gideon conocía muy bien los trucos y los engaños de los que las brujas eran capaces.

«¿Podría Harrow ser Cressida disfrazada?».

Apartó el pensamiento de inmediato. Era imposible. La cantidad de magia que

haría falta para alterar su apariencia de forma tan drástica…

Gideon hizo una pausa y reflexionó. Una bruja tan poderosa como Cressida podría sin duda hacerlo, pero la dejaría exhausta.

«Y yo ya podría oler la peste a magia».

Harrow olía… En fin, a Harrow. Normal, y no a bruja.

Gideon llevaba dos años intentando cazar y desenmascarar a la Polilla Carmesí. ¿Y si había estado perdiendo el tiempo? ¿Y si la verdadera amenaza había sido siempre Cressida, caminando entre ellos vestida con una ilusión? La bilis le trepó por la garganta solo de pensarlo. Le ardía en el esófago. Tragó saliva con dificultad.

—Parece que la redada no ha ido muy bien —dijo Harrow con el ceño fruncido mientras volvían a la entrada de la imprenta.

—Supongo que nos han oído entrar en el edificio.

Los tres soldados a los que había mandado a revisar el callejón regresaron a la vez con las manos vacías. Laila se acercó a ellos para informarse de qué habían visto. Gideon debía mandar a uno de los tres a detener al propietario de la imprenta, para que lo interrogaran en la sede de la Guardia de Sangre. Antes de que huyera.

El capitán miró a través de una de las ventanas de la imprenta, donde los demás soldados registraban la estancia con las luces encendidas. Tal vez allí dentro ya no hubiera brujas, pero era posible que encontraran alguna pista que les diera información sobre el motivo de su reunión.

Cuando Laila ya no podía oírlos, Harrow cogió a Gideon del brazo, evitando que entrase en el establecimiento.

—¿Cómo ha ido con Rune? ¿Has conseguido lo que necesitabas?

Gideon hizo una mueca. No le apetecía nada tener esa conversación.

—He cambiado de opinión.

Harrow entornó los ojos.

—¿Cómo?

—Sobre Rune. No tiene sentido. Si estuviese rescatando brujas en secreto, ¿por qué habría intentado Cressida matarla la otra noche? La explicación más sencilla es que nos hemos equivocado. No es una bruja.

«Y no puedo acostarme con la chica de la que mi hermano está enamorado».

—Puede —respondió ella—. O puede que no.

—Harrow…

—Escúchame. —Alzó una mano—. La Polilla Carmesí no mata brujas. Las salva, ¿no? —Él se cruzó de brazos y esperó a oír el resto de su razonamiento—. La otra noche, el Buen Comandante no le dio más opción que matar a Seraphine cuando la llamó al cadalso y le entregó el cuchillo de purga. Si Rune es la Polilla, jamás purgaría a otra bruja. En cuestión de segundos, todos los presentes se habrían dado cuenta de lo que era. Es muy posible que el hechizo de Cressida fuera solo una distracción. Interrumpió la purga, evitó que Rune quedase en evidencia y encima la perfiló como un objetivo. Es igual de probable que ambas estén compinchadas.

Gideon frunció el ceño. Aquello tenía mucho sentido y no le gustaba nada.

—O puede que Rune no sea una bruja, y Cressida interviniera para que no matase a Seraphine —discutió.

—Pero no puedes estar seguro de cuál de las dos es, ¿no? No hasta que no te acuestes con Rune y encuentres sus cicatrices.

Aquellas palabras sembraron la duda en Gideon, y él no quería tener esa semilla en su interior. Quería excavar para arrancarla y pisotearla.

—Cazar a la Polilla Carmesí ya no es prioritario —replicó—. Tenemos que encontrar a Cressida e impedir que lleve a cabo sus planes.

—¿Por qué eres tan reacio de repente a seguir con el plan? —Harrow lo estudió con los ojos entornados—. Si Rune es la Polilla, y la Polilla está compinchada con Cressida, atrapar a la primera te ayudará a detener a la segunda.

La semilla de duda creció hasta convertirse en una planta adulta que extendía sus hojas a través de él, acabando con sus defensas. La lógica de Harrow era aplastante, y a Gideon le preocupó no haber contemplado esa posibilidad por sí mismo.

De pronto, Harrow prorrumpió en carcajadas:

—Ay, camarada…, dime que no es verdad. —Gideon la miró y vio que tenía los ojos arrugados por las comisuras—. ¡Esto sí que no me lo esperaba!

—¿De qué hablas? —Él se volvió hacia la imprenta y echó a andar hacia la puerta.

—¡Mira que enamorarte de la señoritinga! —Ante estas palabras, Gideon hizo una mueca y se paró en seco. Harrow le sorteó a paso ligero y entró en el establecimiento—. ¿Por qué otra razón te rendirías tan fácilmente?

Gideon apretó los puños.

¿Y si tenía razón? ¿Y si aquel jueguecito que se traía con Rune, junto con los sentimientos que ella despertaba en él, había comprometido su capacidad para pensar? Siguió a Harrow al interior de la imprenta a regañadientes y rodeó a los soldados que la estaban registrando rebuscando en cajas y armarios.

—También es posible que hayamos sospechado de la chica equivocada —insistió Gideon en voz baja—. Puede que Rune no sea una bruja.

Ella retorció la boca en una sonrisa de burla.

—Si no es una bruja, ¿cómo se las ha arreglado para derretir tu corazón helado?

—¿Quién tiene el corazón helado? —preguntó Laila, uniéndose a ellos mientras abrillantaba su pistola.

—Nadie —replicó Gideon. Empezó a subir las escaleras.

Harrow sonrió aún más.

Laila y ella lo siguieron a la trastienda, donde ardía el círculo de velas y la firma de Cressida resplandecía, flotando en el aire.

—¿De quién habláis? —oyó preguntar a Laila.

—¡Centraos! —saltó Gideon—. Cressida Roseblood está viva y trama algo. Ahora necesitamos saber a cuántas brujas ha conseguido reunir en estos encuentros y qué se proponen exactamente.

Entró en el círculo y se agachó para estudiar las marcas mágicas escritas con sangre en el suelo de madera. Ojalá hubiera podido descifrar los símbolos. En momentos como aquel, se preguntaba si se habían precipitado al quemar todos los grimorios. Las referencias les habrían resultado útiles.

Aunque podía copiar aquellas marcas y llevárselas a Seraphine Oakes, que todavía estaba detenida. Ella sabría lo que significaban, si bien era poco probable que quisiera cooperar.

—Si yo fuera una bruja sanguinaria planeando mi venganza —dijo Harrow mientras se agachaba al lado de Gideon para acariciar las marcas con los dedos—, la llevaría a cabo en el Día de la Libertad.

—Estoy de acuerdo —respondió Laila mientras se paseaba por la sala en busca de pistas que se les hubieran pasado por alto la primera vez—. Al menos deberíamos…

Harrow levantó la cabeza de repente:

—¿Oléis eso?

—¿El qué? —preguntó Laila.

Gideon olisqueó el aire. Sangre y rosas.

—Huele a…

—A magia —la interrumpió Gideon poniéndose de pie. El miedo le retorció las entrañas—. Siguen aquí.

Miró hacia las vigas, pero no encontró nada. Harrow también se levantó. El olor era más fuerte cada segundo que pasaba. Gideon empezó a sentir náuseas.

—Tenemos que encontrar la fuente —dijo Harrow mientras se dirigía a la puerta.

Gideon notó un cosquilleo en la espina dorsal: el mal presentimiento había vuelto. Algo no iba bien. La niebla, la habitación vacía, las velas recién encendidas, como si la reunión ni siquiera hubiera empezado cuando habían irrumpido en la imprenta…

Como si les hubieran tendido una trampa.

«Nos estaban esperando», comprendió.

—¡Harrow, espera!

Ella ya estaba en la puerta. Gideon salió del círculo de un salto para detenerla, pero, antes de que lograra cogerla del brazo y tirar de ella hacia la sala, se oyó una explosión que hizo temblar el suelo y las paredes. La fuerza irrefrenable del estallido lo lanzó hacia atrás y lo estampó contra la pared.

El fuego centelleó ante sus ojos justo antes de que el mundo se volviera negro.

Cuarenta y seis

Rune

Durante los dos últimos años, desde la muerte de su abuela, Rune había pasado casi todas las noches dando vueltas en la cama. Sus pensamientos obsesivos siempre la acompañaban mientras repasaba sus planes, descifraba información y se castigaba mentalmente por las brujas que no había logrado salvar.

No obstante, aquella noche durmió peor que nunca. Estaba atrapada en las pesadillas sobre su abuela y, cuando por fin consiguió despertar, dando vueltas con violencia bajo las mantas, se descubrió cubierta de una capa de sudor febril.

Todavía era de noche, pero se levantó de todos modos. Le daba miedo volver a cerrar los ojos. Se vistió con ropa abrigada, ensilló a Dama y cabalgó hasta la orilla para intentar aclararse las ideas mientras salía el sol y se disipaba la neblina que cubría el mar.

Al volver a la mansión de Wintersea, vio que Lizbeth estaba cruzando el jardín, buscándola, con un periódico enrollado en las manos.

Rune desmontó a Dama.

—¿Qué ocurre?

El ama de llaves le dio el periódico.

—Es mejor que lo lea usted misma.

Rune desenrolló el *Nuevo Heraldo*, el periódico oficial del régimen, y echó un vistazo a la portada. En letras grandes y negras, el titular principal versaba: DECENAS DE MUERTOS EN UN ATAQUE BRUJO.

Se le paró el corazón.

«¿Un ataque brujo?».

Todavía aferrada a las riendas de cuero de Dama, leyó la noticia a toda prisa.

> Anoche, de madrugada, una patrulla de soldados de la Guardia de Sangre liderada por el capitán Gideon Sharpe llevó a cabo una redada en una imprenta en la que, supuestamente, se escondía un grupo de brujas. Las mismas hechiceras que se disponían a arrestar les tendieron una trampa: el edificio explotó con una decena de hombres y mujeres en su interior. Mientras llegaban refuerzos, tuvo lugar una segunda explosión en la sede de la Guardia de Sangre. Al cierre de este número, los incendios siguen causando estragos. Se ha confirmado la muerte de veintisiete personas, y el número de heridos es mucho más alto.

Rune no podía dejar de mirar el nombre de Gideon. Le pitaban los oídos. Dos explosiones y veintisiete muertos. Leyó hasta el final de la página, pero no había más información. El *Nuevo Heraldo* no había publicado el nombre de los fallecidos.

«¿Y si él está entre ellos?».

Tragó saliva, conteniendo el pánico como podía, tiró el periódico al suelo y volvió a montarse en la yegua. Cogió las riendas de Dama y la arreó en dirección a la capital.

Vio las dos columnas de humo mucho antes de llegar. Fue directa hacia la imprenta, donde Gideon había capitaneado la redada. Ya era más del mediodía cuando llegó a las ruinas del establecimiento, que estaba envuelto en humo. La ceniza colmaba el aire y le irritaba los pulmones.

Al llegar al infierno carbonizado en el que se había convertido el edificio, los terribles pensamientos que había intentado suprimir resurgieron en todo su esplendor. Una imagen del cadáver calcinado de Gideon apareció en su mente, y sintió que iba a perder la razón.

Era como si el mundo entero se hubiese quedado sin aire.

No podía respirar.

Rune buscó el odio que había sentido por el capitán de la Guardia de Sangre como si de un arma se tratara, para defenderse contra la embestida de sus abrumadores sentimientos. Sin embargo, ese odio no estaba en ninguna parte.

Bajó de la yegua y se metió entre la multitud de mirones que contemplaban la escena boquiabiertos.

—¿Queda alguien dentro? —preguntó. Estaba mareada—. ¿Alguien sabe los

nombres de los muertos?

Pero los espectadores hacían las mismas preguntas que ella. Se abrió paso a empujones hasta la primera fila. Gente cargada con cubos de agua corría al interior para salir después con los cubos vacíos, pidiéndole a la muchedumbre que retrocediera.

—No puede entrar, señorita —le dijo uno de ellos—. El edificio sigue ardiendo.

—¿Has visto a Gideon Sharpe?

Pero nadie lo había hecho.

Rune cabalgó hasta el cuartel de la Guardia de Sangre, donde había tenido lugar el segundo ataque. La antigua Biblioteca Real parecía una calavera gigante, quemada y ennegrecida, de cuyos ojos seguían saliendo amenazantes las llamas. La explosión había roto las paredes de cristal en mil pedazos que yacían en la calle, brillando como el mar.

«Veintisiete muertos».

La cifra estaba grabada a fuego en su mente.

Se le encogió el corazón.

¿Era Cressida la culpable de aquello?

En lugar de volver a casa, a Wintersea, y esperar noticias, o ir a Thornwood Hall por si Alex tenía más información, giró a Dama y cabalgó en dirección a la Ciudad Vieja. Ató a la yegua en un poste cercano y se acercó a casa de Gideon. Llamó a la puerta y escuchó, atenta, por si se oían pasos en el interior.

«Por favor, que esté vivo…».

No le abría nadie, así que volvió a llamar, esa vez con más insistencia.

«Te odio, Gideon Sharpe. Te odio tanto que me duele. Y si no abres esta puerta te odiaré para siempre…».

Seguía sin tener respuesta.

Empezó a aporrear la madera una y otra vez. Lo hizo hasta que le dolieron las manos, mientras intentaba apartar la imagen de su cuerpo calcinado, que tenía grabada bajo los párpados.

Sentía ganas de vomitar.

Cuando le quedó claro que no le abriría nadie, se derrumbó contra la puerta y

apoyó la frente en la madera, preguntándose dónde había nacido aquella tempestad de emociones, aquel remolino de tristeza, de anhelo y de algo más; algo que se negaba a reconocer. Apoyó la espalda y se deslizó hacia el suelo.

Se llevó las rodillas al pecho y lo recordó enfrentándose a las llamas negras que pretendían devorarla. Cuando todo el mundo había salido corriendo, él había ido hacia ella.

Un sollozo surgió de su garganta.

Era consciente de que por allí pasaba gente; consciente de que intentaban no mirar a la tonta aristócrata que lloraba en el suelo en una parte de la ciudad en la que no encajaba, pero le dio igual. Una tempestad arrasaba en su interior, amenazando con destrozarla, y hacía todo lo que podía por evitar que la partiera en dos.

Mientras hipaba frente a su puerta, se le acercó un transeúnte preocupado. Rune le vio las botas borrosas por culpa de las lágrimas.

«Déjame en paz», pensó mientras se apretujaba más las rodillas contra el pecho.

—¿Rune?

Levantó la vista y vio a un joven con un uniforme de la Guardia de Sangre. Le faltaba la chaqueta de lana roja y tenía la camisa blanca manchada de sangre. Acababan de coserle una herida de la frente, y en la mejilla lucía un moratón con muy mal aspecto.

Rune se quedó sin respiración, y luego se puso de pie a toda prisa.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Gideon, que la miraba como si ella fuese un enigma que era incapaz de descifrar.

Al verlo allí, con vida, no pudo evitar romper a llorar de nuevo. Intentó secarse las lágrimas, recobrar la calma entre los enormes sollozos que la dejaban sin respiración, pero le resultó imposible.

—Oye…, vamos. No pasa nada. —De repente, él estaba frente a ella y sus manos fuertes y cálidas la asían de los hombros—. Todo va bien.

—¡Pensaba que estabas muerto! —consiguió decir ella entre lamentos.

Se aferró a su camisa con las dos manos, arrugándosela con los puños, y apoyó la frente en su cuello. No podía parar de temblar. Las manos de él

encontraron su cintura, de donde la cogió con suavidad.

—¿Y… tanto te afecta eso? ¿Pensar que podría estar muerto?

Ella se apartó y lo miró de hito en hito. ¿Estaba de broma? La expresión de él era indescifrable.

—Gideon, pensar que podías estar dentro de ese edificio… Era como si me estuviesen sosteniendo la cabeza bajo el agua. —Bajó la vista y le miró el pulso palpitante en el nacimiento del cuello—. Como si no me dejaran respirar.

Él le acarició la barbilla y llevó su mirada a la de él. La contempló largo rato y al fin le dijo:

—Creo que es lo más bonito que me han dicho nunca.

En el reflejo de sus ojos vio a una muchacha con la cara roja e hinchada de tanto llorar, con el pelo convertido en una maraña después de cabalgar. Estaba espantosa. Llevaba unos pantalones de montar. No tenía nada que ver con la chica que se esforzaba en presentar ante los demás.

Se apartó de él, alarmada, y se chocó con la puerta.

—Por las Ancianas misericordiosas, estoy horrible. Debería irme a casa… —Antes de que alguien más la viera y su reputación quedase mancillada para siempre.

Rune trató de pasar por su lado, pero Gideon alargó una mano y Rune chocó con ella, deteniéndose. La empujó suavemente por la barriga, poniéndola contra la puerta. Ella levantó la vista y lo descubrió mirándola como si estuviera loca.

—Nunca has estado más hermosa.

Se le aceleró el corazón.

«¿Cómo?».

Dio un paso hacia ella. Alzó una mano y le enredó los dedos en el pelo.

—Eres exquisita, Rune.

Ella tragó saliva.

«¿De verdad?».

De pronto, la preocupación que sentía por su reputación se esfumó.

—¿Dónde estabas? He preguntado por todas partes, pero nadie sabía qué había sido de ti.

—Estaba en el hospital. Con mi amiga. Ha resultado herida en la explosión.

Gideon olía a humo y a pólvora. Y también a «Gideon».

Rune, que tenía la espalda apoyada en la puerta, inclinó la cabeza hacia él.

—¿Se pondrá bien?

Él asintió.

Las sombras torturadas de sus ojos habían desaparecido, y en ellos no quedaba más que un anhelo crudo y descarnado. Le acarició la cara a Rune con los dedos, con ternura, despertando las ansias de más de ella.

La estaba haciendo perder la cabeza.

«Ahora mismo eres vulnerable —se dijo—. Coge a Dama y vete directa a Wintersea. Antes de que hagas algo de lo que te arrepientas».

Pero hacía apenas dos minutos pensaba que jamás volvería a verlo y, aunque no tendría que haberle importado, aunque nada de aquello debía importarle, no lograba apartar la vista de él.

Rune era como un cervatillo haciendo ojitos al lobo que quería almorzársela.

«Estúpido cervatillo».

Pero había conocido el terror de haberlo perdido, y de súbito lo deseaba todo de él. Su cuerpo y su alma. Era un sentimiento peligroso, uno que podría costarle todo lo que tenía.

Gideon acercó su boca a la de ella. El corazón a Rune le latía desbocado y se preguntó cómo podía haber pensado alguna vez que él lucía una boca cruel. Su boca era hermosa, reverente, devota, y no quería más que complacerla. Rune tembló bajo sus dedos.

Se estaba ahogando, y él era el aire. No se había dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba hasta que lo había perdido.

—¿Quieres entrar? —murmuró él sin despegar los labios de los suyos.

La pregunta encendió un fuego en su interior.

«No», respondió su cerebro. Pero su boca decidió desobedecer.

—Nada me gustaría más.

Gideon cogió el pomo, que estaba al lado de su cadera. Sin dejar de besarla, lo giró y abrió la puerta de un empujón, guiándola hacia atrás.

Luego la cerró tras él de una patada.

Cuarenta y siete

Gideon

La deseaba de una forma antinatural. Como si en el mundo no importara nada más que conducirla a la planta superior, quitarle aquellos pantalones de montar y llevarla a la cama. Como si nada importara más que ella. Tal vez fuera debido a su encontronazo con la muerte, pero ni siquiera le parecían ya relevantes los sentimientos de su hermano.

Rune era todo lo que jamás había creído que podría encontrar en una chica.

La deseaba, y era evidente que ella también lo deseaba a él. Eso le había dicho cuando había rodeado los hombros con los brazos y se había subido a sus caderas. Respirando de forma temblorosa, la agarró con fuerza de los muslos y la atrajo hacia sí.

Su boca era suave y cálida, feroz y hambrienta. Vencía todo su autocontrol.

Harrow pensaba que el deseo que sentía por Rune no era más que brujería, que le impedía ver la realidad.

«Solo hay una forma de asegurarse», pensó, agarrándola del cuello y besándola con pasión.

«¿Le miraste entre los muslos? Porque, si yo fuera una bruja en activo y me estuviera ocultando de todo el mundo, es donde tendría las mías».

Gideon tenía que sacarse la voz de Harrow de la cabeza, porque si pensaba en estar entre los muslos de Rune se sentía abrumado, incapaz de seguir subiendo las escaleras. La inmovilizó contra la pared, jadeante, y contempló la posibilidad de desengancharse sus piernas de la cintura, arrodillarse y devorarla allí mismo, en la escalera.

«No —se dijo mientras Rune le mordisqueaba el cuello. Se esforzó por recuperar el control—. Ni siquiera sabes qué le gusta».

Quizá tampoco lo supiera ella. No sabía si había hecho alguna vez lo que estaban a punto de hacer.

«Empieza en la cama», se dijo, y la cogió en brazos para acabar de subir al segundo piso. Abrió la puerta de su apartamento y la llevó dentro. Empezaría allí, y, si demostraba merecérsela, quizá aquello podría convertirse en algo más que un juego, en algo más que coqueteo, besos y cortejos; en una vida compartida. Quizá Gideon podía tenerlo todo de ella.

Pero ¿ella lo querría todo de él?

La mera esperanza lo aterrorizaba.

«Empieza en la cama».

Cuarenta y ocho

Rune

Rune había tomado una decisión mientras subían las escaleras.

Ella era la Polilla Carmesí, la chica que salvaba en secreto a otras brujas de la purga. Para seguir haciéndolo, necesitaba una fuente ininterrumpida de información confidencial. Y esa fuente era Gideon Sharpe.

Lo necesitaba.

No tenía nada que ver con la forma en la que él pronunciaba su nombre con voz ronca y la boca pegada a su cuello. Ni con cómo la adoraba con cada caricia. Ni con que pensara que estaba más hermosa cuando su aspecto era un desastre.

Rune necesitaba rendirse ante aquella atracción letal, porque sería el mejor modo de convencer de una vez por todas a su peor enemigo de que no era una bruja. De que no tenía nada que esconder.

Esa noche, acabaría para siempre con las sospechas de Gideon.

Esa noche ganaría el juego definitivamente.

Era la historia que se había contado a sí misma mientras Gideon la llevaba en brazos a su apartamento. Tenía que creérsela, porque si no una verdad más profunda pugnaba por salir a la superficie con una fuerza arrolladora. Una verdad que le preguntaba: «¿Y si…?».

¿Y si ella no fuera una bruja ni él un cazador?

¿Y si aquello no tuviera que ser una farsa?

Una vez dentro, la dejó de pie en el suelo y cerró la puerta. En su momentánea ausencia, Rune echó un vistazo a su alrededor. La luz pálida de las farolas entraba por las ventanas, silueteando el escaso mobiliario. Sintió la extraña

necesidad de encender las luces y aprenderse de memoria cada estantería, cada tablón del suelo, cada mueble, como si todos los objetos de la estancia pudieran contarle algún secreto sobre él. Rune quería conocerlos todos.

La mano de Gideon encontró la suya y tiró para conducirla a la habitación. Cuando Rune reparó en la silueta oscura de la cama y se dio cuenta de dónde estaban, se le hizo un nudo en el estómago. Se sentía igual que antes de dar un golpe: tan nerviosa como emocionada.

Él la besó en el cuello mientras intentaba desabrocharle los botones de la chaqueta de montar.

—Prométeme que si cambias de idea me lo dirás.

Ella arqueó la espalda y le enterró las manos en el pelo.

—No voy a cambiar de idea.

—Pero si lo haces…

—Gideon. —Se acercó a su oído y susurró—: No hables tanto.

Él sonrió con la boca pegada a su piel.

Le desabotonó la chaqueta a toda prisa, y luego se la quitó y la tiró al suelo. Debajo solo llevaba el sujetador. La luz pálida de la calle iluminó el encaje blanco, y Gideon, al verlo, emitió un sonido ronco. Ella se estremeció al oírlo, le sacó a él la camisa de dentro de los pantalones y deslizó por debajo las palmas de las manos para acariciarle el pecho cálido y firme.

Él empezó a desabrocharle el botón de los pantalones mientras le besaba el cuello, las clavículas, la piel que asomaba a través del encaje del sujetador, embrujándola todavía más. Cuando los pantalones ya estaban suficientemente holgados, le metió la mano por la cinturilla de la ropa interior y deslizó sus dedos cálidos entre sus muslos. Rune, temblando bajo sus caricias, soltó un pequeño gemido.

Gideon no se detuvo. Siguió provocándole un placer cada vez más inmenso, y ella enroscó los dedos contra las palmas de las manos y empezó a respirar de forma agitada. Se aferró al cuello de él y apretó la cara contra su camisa. Era incapaz de pensar. Ya no le importaba lo peligroso que fuera, lo malo que todo aquello pudiera llegar a ser para ella.

—Quítate la camisa —le pidió—. Quiero verte.

Él, ansioso por complacerla, obedeció de inmediato.

—¿Hay alguna otra cosa que quieras que…?

Rune lo interrumpió tirando del borde de su sujetador, sacándoselo por encima de la cabeza y tirándolo al suelo. Él inhaló de golpe:

—Rune…

Ella le cogió las manos y las presionó contra su piel, guiándolo hacia los lugares en los que más deseaba que la tocase. Él deslizó las palmas de las manos sobre ella, explorando cada centímetro de su piel, acariciándole las suaves curvas y aprendiéndose su piel desnuda. Mientras tanto, ella se abandonaba al placer que le provocaban la dureza y el calor de sus manos.

Luego, Rune se bajó los pantalones y las bragas a la vez, liberándose del todo. Gideon se quedó sin aliento al verla, y ella, mientras él se estremecía, empezó a desabrocharle el botón de los pantalones a él mientras le acariciaba la mandíbula con la punta de la nariz. Unos instantes después, también esa prenda de ropa estaba en el suelo.

—¿Podemos ir a la cama? —preguntó ella.

—Podemos hacer todo lo que quieras.

La cogió del cuello con suavidad y, mientras la besaba, la guio hacia la cama, haciéndola caminar hacia atrás.

Las pantorrillas desnudas de Rune dieron contra la estructura de madera de la cama. Apartó las mantas, se sentó y lo atrajo hacia ella. Él se inclinó para besarla subiéndose a horcajadas sobre ella, y Rune se perdió en las sensaciones que le provocaban sus labios sobre la piel desnuda del vientre, la dureza de sus dientes en el hueso de la cadera y la aspereza de sus mejillas mientras él la besaba entre los muslos.

Rune nunca había conocido un deseo como aquel, una avidez como esa. Gideon la estaba ahogando en aquellas sensaciones; la ahogaba con su boca y con sus manos y cuando pronunciaba su nombre desde lo más profundo de la garganta. La estaba llevando a la cúspide de un mundo con cuya existencia ni siquiera se había atrevido a soñar.

Pero, justo antes de llegar al límite, Gideon subió hacia ella.

—No, espera —protestó ella sin aliento—. ¿Por qué paras?

—No voy a parar. —Se colocó encima de ella con suavidad y le acarició la mejilla con la nariz—. Solo te estaba calentando…

Oh.

Se movió sobre ella.

«Oh».

Ella lo rodeó con las piernas y las apretó, como un cepo.

—A no ser que prefieras que vuelva a bajar.

—No —respondió sin aliento mientras él la acariciaba, moviendo los dedos y calentándola. Le gustaba tenerlo ahí encima, sentir el calor de su piel sobre la suya y notar su peso delicioso e innegable.

—¿Estás bien? —murmuró él. Parecía casi sin respiración.

Ella asintió; notaba cómo le subía la temperatura. Tenía la piel cada vez más sonrosada y el sudor se le acumulaba en la frente.

—Sí —logró decir.

Él continuó.

—El corazón te late muy rápido…

Ella asintió. Lo sabía. Le rodeó el cuello con los brazos y lo atrajo más hacia sí, y luego presionó los labios contra la cicatriz de su pecho, saboreándolo. Él susurraba su nombre como si de un ensalmo se tratara, y el deseo cálido entre sus piernas se agudizó y se acrecentó hasta engullirla por completo, hasta que era más deseo que mujer.

Gideon siguió moviéndose contra ella, cada vez más profundo, más duro, más insistente.

Y ella estaba perdiendo el control.

—Gideon…

—¿Quieres que pare?

—No. ¡No! —Se le escapó una carcajada—. Por favor, no pares.

Se le tensaron los brazos. Él retiró la mano con la que le acariciaba un pecho y le rodeó la cintura con el brazo. La atrajo hacia sí y se concentró por completo en lo que hacía. Cuando ella se arqueó contra él por última vez, algo se rompió. La sangre le rugió en los oídos y el mundo que los rodeaba desapareció.

Ella gritó su nombre, perdida entre los pedazos.

Él suspiró.

—¡Rune!

Lo abrazó con fuerza y esperó a que el mundo se recolocara en su lugar, preguntándose si se quedaría fuera de su órbita para siempre. Él la besó en los hombros y en el cuello.

—No lo sabía —susurró ella cuando se detuvieron, mirándolo a los ojos.

—¿No sabías qué?

—Que sería así.

Él se apoyó en los antebrazos y la observó atentamente con el ceño fruncido, como si ella acabase de confesarle que no la había satisfecho.

—Así, ¿cómo?

Rune sonrió y le acarició la cara con ternura.

—Poderoso —murmuró y luego le besó en la frente arrugada, para alisársela—. Como dos almas que se funden en una.

«Como si fuera magia».

—Oh —respondió él con una sonrisa.

Una sonrisa.

Rune nunca lo había visto sonreír así. ¿Habría otras maneras de iluminarle el rostro de aquel modo?

Quería descubrirlas.

No fue hasta más tarde, cuando Gideon yacía dormido con ella acurrucada entre sus brazos, cuando a Rune, despierta, el cuerpo entero le vibró con una certeza repentina que la aterrorizó.

«Estoy enamorada de él».

Esa noche, en lugar de desterrar a Gideon Sharpe de su mente, se había hecho adicta a él.

La presa se había enamorado de su cazador.

Cuarenta y nueve

Gideon

Gideon se despertó con el quejido de los tablones de madera del suelo. Abrió los ojos, esperó a que se acostumbraran a la oscuridad y vio la silueta de Rune recogiendo su ropa interior del suelo.

Se incorporó y la contempló mientras se la ponía, recordándola hacía apenas unas horas. Se acordó de cómo se había arqueado contra sus manos, su boca; los sonidos delicados que emitía cuando él hacía algo que le gustaba.

El cuerpo se le tensó de deseo.

Gideon había sido excepcionalmente meticuloso. Por lo tanto, podía decir, sin dejar lugar a dudas, que Rune Winters no tenía cicatrices mágicas en ningún lugar de su cuerpo.

También podía decir, sin dejar lugar a dudas, que quería hacer lo que habían hecho esa noche otra vez.

Y otra.

Y otra más.

Sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Los sentimientos que aquella chica le despertaba —no deseo, sino algo más profundo— lo asustaban un poco. Era como una atadura, como si esa noche le hubiese dado a ella un pedazo de sí mismo, o tal vez mucho antes de esa noche, y, al hacerlo, le hubiese entregado un poder sobre él.

La última vez que había hecho algo así con alguien…

Desterró ese pensamiento.

—¿Ya te has cansado de mí? —le preguntó mientras ella recogía el resto de su

ropa.

Se quedó paralizada, como un ratoncillo frente a un halcón.

—¿Qué? No, yo… —Su voz sonaba extraña. Temblorosa.

Gideon se acercó al borde de la cama.

—¿Qué te pasa?

—Na… Nada —tartamudeó abrazada a la ropa de montar hecha una bola. Gideon encendió la luz de la mesita de noche y se levantó de la cama—. Pero debería irme a casa. Los sirvientes se van a preocupar.

Pero Gideon sabía muy bien que Rune asistía con frecuencia a las fiestas que celebraban los demás aristócratas; fiestas que a menudo terminaban al amanecer. Los sirvientes de la mansión de Wintersea estaban acostumbrados a que su señora volviera a casa a altas horas de la noche.

La luz reveló el brillo de las lágrimas que se le habían agolpado a ella en los ojos.

Gideon, ya de pie, se quedó donde estaba, preguntándose si sería él el causante. ¿Acaso, de algún modo, la había malinterpretado? Quizá ella no deseaba que pasara.

—Hay algo que te da miedo —dijo—. Dime qué es.

Ella se mordió el labio.

Gideon quiso eliminar la distancia que los separaba, cogerle la cara entre las manos y asegurarle que él la protegería, pero se quedó quieto.

—Tú —susurró ella—. Me das miedo tú.

Su corazón se tornó pesado como una piedra.

—¿Yo?

Rune dio un paso atrás.

—Lo que me haces sentir es… —Se abrazó a la ropa con más fuerza—. Me da miedo que sea algo a lo que pueda acostumbrarme. Algo que pueda necesitar. —Negó con la cabeza—. Tengo miedo de que acabes siendo mi perdición, Gideon. —En voz mucho más baja, añadió—: Quizá ya lo seas.

Parecía estar convencida de ello, de que él tenía el extraño poder de destrozarla.

¿Pensaría que la estaba utilizando?

«¿Acaso no la estoy utilizando?», pensó al recordar su conversación con Harrow.

¿Acaso no la había metido en su casa para demostrar que no era una bruja?

«No», se respondió. Aquello no era más que una excusa para quedarse con lo que quería, sin importarle el daño que pudiera causarle a su hermano. De pronto, cayó en la cuenta de lo que había ocurrido, y, cuando comprendió lo que había hecho con la chica que Alex amaba, un peso se derrumbó sobre él como una losa.

Apretó y aflojó los puños. Se encontraba en una encrucijada, y ante él había dos caminos claramente distintos. El primero era el que siempre habría debido elegir: fingir cortejar a Rune para atrapar a la Polilla Carmesí. El final de ese camino había estado claro desde un principio: Gideon tendría que renunciar a ella, o bien llevándola a la purga si era una bruja o dejándola libre para Alex si no lo era. Era el camino correcto; el que mantendría su conciencia intacta. Si no quería seguir desviándose de él, lo único que debía hacer era poner fin a aquella farsa.

Pero, ahora, ante él había aparecido otro camino. En este lo estaba esperando Rune, y le decía que se estaba enamorando de él. Que ella no fingía.

Lo correcto, lo noble, era elegir el primero. Terminar con aquella relación esa misma noche. Lo único que debía hacer era mentirle, decirle que él no sentía lo mismo.

Pero Gideon no era noble. Y no hacía lo correcto.

Porque aquello era lo que quería.

—Yo también tengo miedo.

Ella lo miró a los ojos.

Durante aquellos años, Gideon se había mostrado reservado por una buena razón. Con Cressida se había permitido ser vulnerable, y ella había cogido esa vulnerabilidad y la había utilizado como arma contra él mismo. Debía tener cuidado; no podía abrirse con cualquiera.

—¿Y si te pidiera que confiaras en mí?

Rune, al oír su pregunta, pareció acercarse de nuevo al borde de las lágrimas.

—¿Quieres que confíe en ti? —le preguntó en respuesta.

—Podríamos confiar el uno en el otro —respondió él dando un paso hacia ella. A juzgar por la expresión en el rostro de ella, a Rune se le antojaba una tarea difícil, si no imposible—. ¿Confías en esto? —Se inclinó para besarla en la sien. Su cuerpo le respondió acelerando el pulso, que de repente había adoptado un ritmo frenético—. ¿Y en esto? —Le apartó el pelo y le acarició la piel sensible de detrás de la oreja con los labios. Ella se estremeció—. ¿Y qué me dices de esto? —Deslizó una mano entre sus caderas y empezó a descender lentamente.

A ella le cambió la respiración, tornándose rápida y superficial. Se suavizó con sus caricias, derritiéndose, como si ella fuese hielo, y él, fuego.

¿Por qué se sentía tan bien complaciéndola?

—Lo quiero todo de ti, Rune. —La besó en la frente—. No solo esta noche, sino para siempre, de ahora en adelante.

—Yo también quiero —respondió ella sin aliento mientras echaba la cabeza hacia atrás—. Pero ¿cómo sería? Ayúdame a imaginarlo.

Gideon sonrió ante las imágenes que aparecían en su mente.

—Cada día, al salir del trabajo, volveré a casa contigo y prepararemos la cena juntos.

—Para eso tengo sirvientes.

Le dio un mordisquito en la punta de la nariz.

—Ya estás arruinando la fantasía.

—Perdón —susurró—. Sigue.

Él obedeció, dejándole una ristra de besos en el hombro desnudo.

—Cada noche, después de cenar, daremos un largo paseo por Wintersea y te recogeré un ramo de flores salvajes, y charlaremos… O estaremos en silencio. No me importa, siempre que estés a mi lado.

Podía notar cómo se ablandaba.

—¿Vendrías a algunas de mis fiestas?

Le acarició la espalda desnuda con las palmas de las manos.

—Iré a todas.

Ella se apartó un poco y lo miró.

—Pero tú odias las fiestas. Y tampoco creo que te caigan muy bien mis

amigos.

—Puedo esforzarme para que me caigan bien. —La abrazó por la cintura y la atrajo hacia sí—. Puedo ser educado.

Ella enarcó una ceja, como preguntándole: «¿Seguro?».

«Por ti, sí», pensó él.

Ella se mordió el labio de nuevo, pensativa.

—¿Y bailarás conmigo?

—Eso ni se pregunta.

—¿Y si discutimos todo el tiempo?

—Prefiero discutir contigo que hacer la mayoría de las cosas.

Arrugó la frente, sorprendida.

—¿De verdad?

—Sí —le confirmó acariciándole el pómulo con la punta de la nariz e inhalando su aroma a jabón—. Y, cuando terminemos de discutir, te llevaré a la cama y nos reconciliaremos. De hecho, creo que deberíamos discutir cada día solo para reconciliarnos cada noche.

Gideon notó que se le aceleraba la respiración. Aquella idea le había gustado.

La estaba convenciendo.

—¿Y no acabarás resentido contra mí? —susurró.

—¿Por qué? —Su aliento se mezclaba con el de ella.

—Por ser tonta y superficial.

—No eres ninguna de esas cosas, Rune.

Ella arrugó la nariz.

—Pero a veces lo seré.

—Y yo a veces seré un bruto. ¿Podrás soportarlo?

Rune ladeó la cabeza.

—Creo que sí. —Esbozó una media sonrisa—. Sí. —Deslizó las manos por su torso, acariciándole el pecho y los hombros, y luego enredó los dedos en su pelo.

—¿Necesitas que siga persuadiéndote?

—Mmm… Sí, por favor —murmuró, atrayendo la boca de él hacia la suya—. Y ahora intenta usar menos palabras.

Gideon se echó a reír, sin despegar los labios de los suyos, y entonces la cogió

en brazos y la llevó de vuelta a la cama.

A la mañana siguiente, Gideon se despertó con Rune dormida, acurrucada en su pecho. Justo donde debía estar. Su cabello rubio rojizo yacía desperdigado sobre las almohadas blancas y, desde tan cerca, podía contar todas y cada una de las pecas que adornaban sus hombros.

Casi había esperado despertar en una cama vacía, que no quedase ningún signo de su presencia. O, aún peor, descubrir que lo había soñado.

Pero allí seguía, y era como si todo encajara. Como si su cama, y entre sus brazos, fuera el lugar al que ella pertenecía.

Le acarició el hombro con los labios y respiró su aroma. Rune no utilizaba los perfumes artificiales que tan populares eran entre la élite de la Nueva República. No olía a rosas ni a jazmín; olía a ella, a estar en el borde de un acantilado tras una tormenta; a brisa marina.

Gideon quería inhalarla.

Rune se removió un poco, agarrándose a las sábanas que estaban entre ellos. Gideon se quedó muy quieto y contempló cómo se le arrugaba la frente, como si estuviera presa de un mal sueño. Quiso alisársela con el pulgar, liberarla con gentileza de lo que la preocupaba. Ella se acurrucó más contra él. Deslizó una pierna entre las suyas y dobló la rodilla, enganchándose con fuerza. Satisfecha, se quedó quieta de nuevo.

«Tengo miedo de que acabes siendo mi perdición, Gideon».

Él quería convencerla de que no podía estar más equivocada.

Esperó a asegurarse de que estuviera profundamente dormida y luego le apartó las piernas con cuidado para levantarse de la cama. Se vistió y logró por fin dejar de mirarla para prepararse un café. Después bajó al viejo estudio de sus padres.

Las palabras de Rune todavía reverberaban en su mente. Abrió la puerta de un pequeño trastero que no había abierto en años, accionó el interruptor y la luz del interior iluminó un espacio lleno de cajas polvorientas.

Gideon miró la estantería más alta, donde había un montón de libros. Era la

colección de su madre, los volúmenes en los que buscaba la inspiración. Cuando encontró el que buscaba, una enciclopedia de flores silvestres, lo sacó, le quitó el polvo y lo abrió.

Hojeó sus páginas hasta encontrar el artículo que buscaba. Aplanó las páginas abiertas y estudió la ilustración botánica que tenía delante.

Quizá hubiera una forma de demostrarle que sus intenciones eran sinceras.

Justo cuando se dirigía a las telas, alguien llamó a la puerta del taller. Dejó la enciclopedia encima de la mesa y fue a abrir, preguntándose quién sería a esas horas.

Al otro lado de la puerta estaba Harrow. Tenía media cara magullada, una línea curva de puntos de sutura negros en la mejilla y un brazo en cabestrillo.

—¿No deberías estar en el hospital? —preguntó.

A su lado se encontraba Laila, que iba sin el uniforme y llevaba la melena castaño oscuro recogida en un elegante moño.

—Ha cantado.

Las dos chicas entraron en el taller.

—¿Quién? —preguntó Gideon mientras cerraba la puerta.

—El propietario de la imprenta —respondió Laila—. Lo hemos detenido esta mañana a primera hora.

Harrow le dio la vuelta a una de las sillas de la mesa de trabajo y se sentó:

—Al parecer, una estudiante universitaria le pagó para usar su almacén porque lo necesitaba para un proyecto. El propietario asegura que no sabía para qué lo estaba usando.

Gideon se cruzó de brazos.

—¿No le pareció sospechoso que una estudiante necesitara un almacén?

Laila se encogió de hombros.

—Supongo que le pagó lo suficiente para acabar con su curiosidad.

—¿Sabéis el nombre de la universitaria?

Laila negó con la cabeza.

—Solo tenemos una descripción. Este es el boceto que ha hecho el dibujante a partir de lo que nos ha contado. —Se metió la mano en el bolsillo de los pantalones y sacó un papel doblado.

Se lo dio a Gideon, que lo desdobló para estudiarlo. En él aparecía una chica con una melena oscura y rizada que le llegaba a los hombros, y los ojos oscuros y hundidos medio escondidos detrás de unas gafas.

—Se parece mucho a la amiga de Rune, ¿no te parece? —dijo Harrow.

Se refería a Verity de Wilde.

Sí, había cierto parecido, pero era igual de probable que se tratara de otra estudiante corta de vista. Le devolvió el retrato a Laila.

—Para demostrarlo, necesitaremos algo más que un dibujo —dijo él.

—Podrías empezar preguntándole a tu amorcito dónde estaba su amiga la noche del ataque —replicó Harrow en tono cortante, con los brazos cruzados sobre el respaldo de la silla.

Gideon se pasó una mano por el pelo. No le gustaba adónde se dirigía aquella conversación.

—No estoy de acuerdo —replicó Laila apoyándose en la mesa—. Si la sospechosa resulta ser Verity de Wilde, es probable que Rune esté compinchada con ella. Si le preguntas, irá corriendo a avisar a su amiguita.

—Un momento —protestó Gideon—. No podemos estar seguros de que esta sea Verity de Wilde. —Levantó el boceto—. Aunque se le parezca un poco, puede que el propietario de la imprenta haya dado una descripción falsa. —Harrow abrió la boca para contestar, pero Gideon alzó una mano y la miró a los ojos—. Y lo que es más importante: Rune no estaba enterada del plan.

Harrow lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Estás seguro?

Recordó a Rune tirada en su puerta, deshecha en lágrimas porque lo creía muerto.

Pensó en todo lo que habían hecho la noche anterior.

—No es una bruja.

—¿Tienes pruebas esta vez? —La voz de Harrow irradiaba desconfianza.

Gideon se movió, incómodo, consciente de la mirada de Laila. Sin embargo, no pensaba permitir que lo intimidasen. Rune merecía ser exonerada.

—Ahora mismo, las pruebas están durmiendo en mi cama.

—¿Te has acostado con Rune Winters? —intervino Laila con los ojos como

platos—. ¿Te has vuelto loco?

Gideon miró a su compañera de caza. Quería defender a Rune, pero Harrow ya sospechaba que ella lo había embrujado. Si él se lo confirmaba, lo acusaría de falta de imparcialidad. Y, si no podía ser imparcial, Laila tendría que informar a sus superiores.

Así que Gideon decidió contestar:

—Era la única forma de asegurarme.

—Quiere decir que era la mejor forma de buscarle las cicatrices mágicas —le aclaró Harrow a Laila sin apartar los ojos color miel de Gideon. Era como un gato que espera a que asome el ratón—. ¿Y? ¿Cómo fue, camarada? ¿Te gustó tanto como esperabas?

Se le erizó todo el cuerpo. No le gustaba su tono de voz, y tampoco la pregunta. Sin embargo, debía ir con pies de plomo, tanto por el bien de Rune como por el suyo. Necesitaba convencer a Harrow y a Laila de que no sentía nada por ella, de que solo había estado con Rune por trabajo, por obligación.

—Las he tenido mejores —se obligó a decir sosteniéndole la mirada a Harrow —. Tenías razón, no es que haya sido una ardua tarea, pero tampoco tengo intención de repetir. —La mentira se le hundió en la carne como si de veneno se tratase—. Es una cara bonita y nada más.

Justo cuando Harrow parecía a punto de responder, el suelo de madera crujió, como si alguien estuviera escuchando al otro lado de la puerta.

Los tres se volvieron hacia la puerta cerrada. En tres zancadas, Gideon cruzó la habitación y la abrió.

Rune estaba allí plantada, pálida y con el pelo enredado. Ver el dolor y la consternación que expresaban sus ojos fue como si le partieran el pecho con un hacha.

—Rune…

Temblando de forma visible, ella tartamudeó:

—Te… Tengo que irme.

Y, antes de que pudiera detenerla, Rune dio media vuelta y salió a la calle dando tumbos.

Cincuenta

Rune

Rune no sabía qué le dolía más: que Gideon fuera capaz de actuar así en su propósito de desenmascarar a la Polilla Carmesí o haber caído en su trampa.

«Las he tenido mejores».

Aquellas palabras la perseguían. Fue a toda prisa hacia Dama, que estaba esperando obedientemente en su poste.

«Es una cara bonita y nada más».

Como si acostarse con ella no hubiese sido más que una tarea que debía cumplir. Algo que tenía que quitarse de encima.

Si no hubiese oído aquella conversación, habría seguido creyendo que lo que había entre ellos era sincero. Que le gustaba de verdad, que quizá incluso la amaba. Tenía ganas de llorar.

«Se acabó». Ya bastaba de juegos, de cortejo. No volvería a fingir. «No quiero volver a saber nada de Gideon Sharpe».

En realidad, le había hecho un favor. La había curado de lo que podría haber sido el comienzo de un capricho patético, unilateral y letal.

Pero aun así…

Gideon la alcanzó.

—¡Rune, espera!

La cogió de la muñeca, pero ella la apartó de golpe y se giró para encararse con él.

—No me toques.

Él retrocedió con las manos alzadas en señal de rendición. Su aliento formaba

pequeñas nubes en el frío de la mañana.

—Yo… No pienso nada de lo que he dicho.

Claro.

«Seguro».

Temerosa de romper a llorar, pues no quería que él estuviera delante cuando lo hiciera, corrió hacia Dama. A su alrededor, la gente había dejado de ocuparse de sus tareas para mirar.

—Por favor, deja que me explique. Lo que has oído…

—¡Lo que he oído es repugnante! —lo interrumpió mientras ponía un pie en uno de los estribos de Dama y se subía. Y, como estaba furiosa, añadió—: Incluso viniendo de alguien como tú.

Gideon dio un paso atrás.

—¿Alguien como yo?

Ella negó con la cabeza.

—Yo tenía razón sobre ti desde un principio. Verity y Alex tenían razón sobre ti. Eres un bruto egoísta y horrible. Mientras consigas lo que deseas, te da igual a quién le hagas daño. Me das asco.

Gideon retrocedió al oír sus palabras, pero Rune no se arrepintió de haberlas dicho. Incapaz de mirarlo ni un segundo más, cogió las riendas de Dama y le dio la espalda al capitán de la Guardia de Sangre.

—Tú y yo hemos terminado, Gideon. No quiero volver a verte nunca más.

Rune arreó a la yegua.

No veía la hora de dejarlo atrás.

Cincuenta y uno

Gideon

Gideon casi se detuvo al ver cómo se marchaba.

Rune no miró atrás ni una sola vez.

Así de fácil era olvidarlo.

«¿Y qué esperabas? —se dijo—. ¿Un final feliz?».

Su relación con Rune había estado manchada por la desconfianza desde un principio. Si Gideon había accedido a mantener esa farsa de cortejo, solo había sido porque creía que ella era la Polilla Carmesí; algo que había resultado ser falso.

Se había equivocado.

Se había equivocado de cabo a rabo.

Y ahora que confiaba ciegamente en ella, ahora que sabía qué se sentía al despertar a su lado, al creer que una vida junto a ella estaba al alcance de su mano, lo había estropeado todo.

Echó la cabeza atrás y exhaló con fuerza, temblando. Se merecía hasta la última gota de la ira de Rune. Tras haber accedido a llevar a cabo el estúpido plan de Harrow, Gideon era todo aquello de lo que Rune lo había acusado y mucho más.

Repugnante.

Un bruto corto de entendederas.

Se merecía perderla.

Cincuenta y dos

Rune

El cabello le azotaba las mejillas, movido por el viento del norte; Dama levantaba el polvo de los senderos con los cascos, y las nubes, los pantanos y los bosques se mezclaban en los límites de su campo de visión.

«Lo quiero todo de ti, Rune. No solo esta noche, sino para siempre, de ahora en adelante».

Se notaba febril, poseída; era incapaz de dejar de pensar en lo que Gideon y ella habían hecho, en el sinfín de posibilidades que se había permitido desear.

«¡Qué tonta soy!».

Rune no lograba apartar el recuerdo de su boca recorriendo su cuerpo con adoración, ni de la ternura de su voz cuando le susurraba con dulzura, estando ambos envueltos en la oscuridad.

«Yo también tengo miedo», le había dicho Gideon.

«Podríamos confiar el uno en el otro», le había propuesto.

Como si estuviese siendo sincero con ella.

Dejó caer sus lágrimas mientras cabalgaba, y el viento se las secó. Apremió a Dama otra vez; quería matar eso que había en su interior y que florecía cuando Gideon la tocaba. Necesitaba dejarlo atrás a él para siempre.

Rune había sabido desde el principio que él estaba intentando darle caza, que la quería muerta. Gideon no era más que un muchacho cruel que disfrutaba matando brujas.

«Por Clemencia, ¿por qué me duele tanto?».

De repente, Dama aminoró el ritmo. Rune se enjugó las lágrimas con los

dedos y levantó la vista. Ni siquiera se había dado cuenta de la dirección en la que cabalgaba hasta que su destino asomó en el horizonte.

Thornwood Hall.

Uno de los mozos de cuadras fue a recibirla al verla llegar. Rune desmontó, le tendió las riendas de Dama y se dirigió a la puerta de la casa, cruzando a paso ligero entre los dos leones de mármol.

Alex estaba en el vestíbulo hablando con uno de sus sirvientes. Al verla aparecer, hizo una pausa y se volvió hacia ella.

—¿Rune?

Cuando vio que ella tenía las mejillas llenas de lágrimas, se le ensombreció el rostro. Le pidió al sirviente que se marchase, fue hacia ella y la cogió de los hombros.

—¿Qué ha pasado?

Rune cerró los ojos. Alexander Sharpe, el chico del que no tenía que esconderse. El amable Alex, que jamás le haría daño ni la traicionaría. La persona a la que podía contárselo todo.

—Tenías razón sobre Gideon. He terminado con él.

En el rostro de su amigo pareció reflejarse una ristra de emociones contradictorias que luchaban las unas contra las otras: sorpresa, alivio… y algo más. Algo que Rune no acertaba a identificar.

—¿Te ha hecho daño?

—¿Qué? ¡No! —No físicamente—. Él… —Miró al sirviente, que seguía merodeando por el vestíbulo. No quería que la escuchara, así que cogió a Alex de la mano y se lo llevó a la galería, donde cerró la puerta—. Tu hermano ha sospechado de mí todo este tiempo. —Se apretó las sienes y negó con la cabeza. Empezó a andar, pasó junto al piano y dio media vuelta al llegar al escritorio de Alex, para luego desandar el camino recorrido—. Solo fingía cortejarme porque pensaba que yo era la Polilla Carmesí.

—¿Y lo sigue pensando?

Rune recordó el fragmento de conversación que había escuchado detrás de la puerta. Se había despertado en una cama vacía y, al ver que ya era media mañana, se había vestido y había bajado a la planta inferior, siguiendo el sonido

de la voz de Gideon. Solo había oído el final de aquella terrible conversación con Laila y Harrow, pero se había mostrado muy convencido: no creía que fuera una bruja.

—No lo creo.

—Pero no estás segura.

—Yo…

—Rune… —La voz de Alex sonaba extraña. Ella, que seguía paseándose, había llegado de nuevo junto al escritorio—. Por favor, no me obligues a dejarte aquí.

Ella se volvió hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Aquí. En esta isla. —Fue hacia ella—. Dejarte atrás me mataría. Por favor, vente conmigo.

Ella negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo irme.

Alex se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó algo. Se detuvo ante ella y la cogió de la mano.

—Jamás pensé que aunaría el coraje para hacer esto, pero… —Rune bajó la vista y vio que le ponía un anillo en el dedo anular. Era delgado y notaba el metal frío contra la piel—. He esperado en los márgenes durante años, viendo cómo elegías pretendientes de forma estratégica. Miro a los hombres que escoges, veo lo poco que te merecen y me pregunto por qué no ves lo que tienes delante. Pero no eres capaz, ¿verdad?

Rune apartó la mano de la de él, la alzó, acunándola en el espacio que los separaba, y empezó a acariciar la alianza.

«¿Qué quiere decir?».

—Por eso a veces tienes tanto miedo de verme. Porque yo sé lo que eres, y sé lo que has hecho, y aun así te amo.

A Rune le dio un vuelco el corazón.

«¿Cómo?».

El rostro de Alex estaba a escasos centímetros del suyo. Notaba su aliento cálido en los labios.

—Te amo, Rune Winters. Te amo desde el día en que te conocí. Te amo —le repetía, cogiéndole la cara con las dos manos—. ¿Me crees?

La quería. No como amiga, ni como hermana, sino como…

—Cásate conmigo, Rune. Ven conmigo a Caelis. Deja que te dé la vida que deberías haber tenido.

Las lágrimas le empezaron a caer por el rostro una a una. Se tapó los ojos para esconderlas. Casarse con él…

Alex era su lugar seguro. Era todo lo que no se merecía.

«Pero ¿lo quiero?».

Como amigo, sí. Como un hermano, sin duda.

«¿Podría ser más que eso?».

Rune no lo sabía. Tal vez sí.

Pero había un problema: Alex se marcharía muy pronto. Se marcharía para siempre. Y ella no podía irse con él.

Dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—Si me fuese contigo a Caelis, la culpa y el desprecio hacia mí misma me torturarían todos los días de mi vida.

—Eso ya te pasa ahora —apuntó él.

Ella apartó la vista.

—Puede que sí, pero al menos aquí tengo la oportunidad de hacer algo al respecto. No puedo abandonar a brujas indefensas a su suerte y vivir en una fantasía, lejos de aquí, mientras las asesinan.

—Rune… —La cogió de las caderas—. Mírame. —Ella lo obedeció—. ¿Crees que esto es lo que Kestrel quería para ti? ¿Que te pasaras la vida expiando lo que fue una elección imposible? ¿Una elección que ella quiso que hicieras? ¿Crees que querría que te arriesgaras una y otra vez hasta el día en que por fin te maten? Es hora de que te perdones.

A Rune le ardían los ojos. No era tan fácil.

—Yo…

—Cressida está viva y es más poderosa de lo que tú serás nunca. Deja que se encargue ella de seguir luchando por tu causa. —Antes de que Rune se diera cuenta de lo que estaba pasando, Alex se inclinó hacia ella—. Que sea ella la que

termine lo que empezaste tú.

Y entonces la besó.

Besar a Alex no tenía nada que ver con besar a su hermano. Gideon era peligroso. Letal. Quería, literalmente, cazarla. Jamás podría estar con Gideon, a no ser que deseara su propia muerte.

Cuando Alex la besó, ningún fuego hambriento le prendió en las entrañas. No hubo anhelos desesperados ni apetitos cálidos.

Pero sí hubo ternura, consuelo y seguridad.

Sí hubo amor.

«Quizá sí podría…».

Alex deslizó las manos por sus brazos y luego la asió de la cintura, atrayéndola hacia sí. Cuando sus besos se hicieron más ansiosos, más apasionados, ella se abrió a la posibilidad que encarnaba él. La empujó hacia el escritorio y la subió encima, y cuando se puso entre sus piernas, atrayéndola más y más hacia él, Rune sintió una chispa diminuta en algún lugar de su interior. Un día, tal vez, esa chispa se convirtiera en una llamarada.

—Vente conmigo, Rune. Tu abuela querría que fueras feliz.

Esa vez, no supo cómo defenderse de aquel argumento. Su abuela la había querido más que a nada, y sí, desearía que fuese feliz. Y Alex tenía razón sobre Cressida: no había en el mundo una bruja más poderosa. Era una tontería insistir en hacer más de lo que podía hacer la más joven de las reinas brujas.

—Mereces ser feliz —murmuró él con los labios pegados a los suyos—. Déjame intentar hacerte feliz.

Rune no se acordaba de la última vez que había llorado tanto en un solo día.

—Está bien —susurró.

Él se apartó y la miró sorprendido, con los labios entreabiertos:

—¿En serio?

Asintió.

—Iré contigo a Caelis. Me casaré contigo.

Alex no era la opción más estratégica: era la más segura. El chico con el que podía ser ella misma, el chico con el que podía compartir su vida…, porque no quería verla muerta.

Cincuenta y tres

Rune

Rune se pasó el día siguiente haciendo las maletas y preparando una lista de cosas que tendrían que enviarle al Continente una vez que Alex y ella estuvieran instalados allí. Habían decidido que Rune se marcharía en el mismo barco que él la mañana siguiente al rescate de Seraphine.

Dentro de dos días.

Notó una especie de descarga eléctrica que le recorrió la espina dorsal.

—Hay un montón de maletas en la puerta —dijo una voz de repente—. ¿Tienes visitas?

Rune levantó la vista de la lista y se encontró a Verity, que entró en el cuarto de los hechizos taconeando con sus botas y quitándose los guantes.

Rune había mandado un carruaje a buscar a su amiga temprano, antes de que llegase Alex a la reunión que habían organizado para hablar del golpe que darían al día siguiente. Rune se levantó de la mesa mordiéndose el labio y se volvió hacia su amiga, que estaba mirando a su alrededor, fijándose en los montones de cajas de madera llenas de grimorios y las estanterías vacías. Verity frunció el ceño.

—Eso es lo que quería contarte. —A Rune se le hizo un nudo en la garganta al decirle esto a Verity. No era una conversación que le apeteciera iniciar, así como tampoco le gustaba dejar atrás a su amiga. Respiró hondo y anunció—: Me marcho de la Nueva República. —Verity la miró de golpe a los ojos—. Me voy a Caelis con Alex. —Se llevó una mano a la fina cadena que llevaba al cuello y la levantó del corpiño para enseñarle a Verity el anillo que colgaba de ella—. Me

ha pedido que me case con él.

Verity parpadeó.

—Y tú has aceptado.

—Sé que querías que eligiera a alguien más útil… —Rune arrugó la nariz. No le gustaba insinuar que Alex no fuese valioso—. Pero…

—No —la interrumpió su amiga negando con la cabeza—. No, me alegro de que no hayas seguido mi consejo. —Se acercó a ella y la cogió de las manos apretando con fuerza. Con los ojos negros brillantes, le dijo—: No tendría que haber hecho esa estúpida lista. No estaba pensando en ti, sino en la misión. —Negó con la cabeza con más fuerza, como si estuviera enfadada consigo misma—. He sido una amiga terrible.

Rune exhaló, aliviada.

—Pensaba que te disgustarías más.

—Sí que estoy disgustada. Eres como una hermana para mí. —De repente, lucía una expresión severa—. No quiero que te vayas, pero sí que seas feliz. Y que estés a salvo. En Caelis, ambas cosas son posibles. Además, Alex te adora. Seguro que te malcriará.

Rune sonrió.

—¿Vendrás a visitarnos?

Verity le estrechó las manos.

—Por supuesto.

Rune le dio un abrazo; ya ni siquiera le molestaba su perfume.

—Gracias por entenderlo.

—Yo siempre te entenderé —susurró Verity.

Poco después de que llegara Alex, los tres se reunieron en el cuarto de los hechizos por última vez para discutir sobre el plan para el día siguiente. Mientras el sol se escondía en el horizonte, Verity sacó dos uniformes robados de la Guardia de Sangre de su morral.

—Puede que te vaya un poco grande —le dijo a Rune mientras le daba el suyo—. Pero debería servir.

Una chaqueta de lana roja, una camisa de algodón, unos pantalones, unas botas y un sombrero, robados a la estudiante de su residencia. Rune esperaba que la chica no se diera cuenta de su ausencia antes de que Verity los devolviera.

Rune cogió el montón de ropa y preguntó:

—¿Por qué hay dos?

—Este es para mí —respondió ella. Se quitó las gafas y se frotó los ojos cansados.

—Pero ¿para qué lo necesitas?

—Porque voy contigo.

Rune frunció el ceño.

—Ni hablar, Verity. Es demasiado peligroso.

Verity la ignoró. Cogió el sombrero negro y se lo colocó sobre la cabeza.

—Todo el mundo sabe que los cazadores de brujas van en parejas, cuando no en manada. Si te ven sola, podrían sospechar.

—Estoy de acuerdo —respondió Alex. Se sentó al lado de Rune con las piernas cruzadas y una mano apoyada en el suelo, detrás de ella, de forma que el hombro le rozaba el suyo. Su cercanía le trajo también el reconfortante calor que emanaba de él, así como su olor, a cuero y a roble—. Estarás más segura si Verity está contigo.

Rune los miró a ambos con los ojos entornados.

—¿Y si algo sale mal?

Verity alzó la barbilla para que el ala del sombrero no le tapara la vista:

—Entonces no estarás sola cuando te encierren en una celda.

La firmeza con la que apretaba los labios le dijo que no aceptaría un no como respuesta. De todos modos, Rune debía admitir que se sentía más tranquila ahora que sabía que su amiga la acompañaría.

—Está bien. —Suspiró—. Gracias.

Dejó el montón de ropa en la alfombra, al lado de la moneda de acceso de Gideon y el último frasco de sangre que le quedaba. Estaba casi lleno. Había intentado guardar tanta como pudiera para el golpe del día siguiente, por si algo iba mal y necesitaba conjurar un hechizo, o varios, para sacarlas de allí. Le habría venido muy bien intentar rellenar al menos parte de sus repuestos de

sangre antes, pero su ciclo mensual todavía no había empezado.

—Me sentiría mejor si repasáramos el plan una vez más —pidió Alex.

Así que eso hicieron.

A las tres de la tarde, Rune se reuniría con Verity en su residencia y se pondrían los uniformes de la Guardia de Sangre. Luego, mientras la multitud abarrotaba las calles para las celebraciones del Día de la Libertad, irían a palacio y entrarían en la prisión.

Alex las estaría esperando con los caballos a una manzana de allí.

Una vez dentro, Rune y Verity cruzarían la séptima puerta con la moneda de acceso de Gideon y dirían a los guardias que tenían órdenes de llevar a Seraphine a su purga. Cuando se la hubieran entregado, la sacarían de la prisión de palacio a toda prisa y la llevarían junto a Alex y los caballos.

Luego, Rune y Alex esconderían a Seraphine en Thornwood Hall. Al día siguiente, subirían a bordo del barco que los llevaría a Caelis con Seraphine escondida en el cargamento, camino de la libertad.

A Rune se le paraba el corazón solo de pensarlo. En dos días estaría navegando a través del estrecho de Barrow hacia una nueva vida. Como si pudiera oír sus pensamientos, Alex la cogió de la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

Verity bostezó.

—Deberíamos intentar dormir un poco —propuso Rune, preocupada por lo exhausta que estaba su amiga. Se levantó del suelo del cuarto de los hechizos—. Vamos. Os acompaño a la puerta.

Tras despedirse de Verity y de Alex, Rune volvió a su habitación y se puso el camisón. Justo antes de meterse en la cama, reparó en que a los pies había una caja atada con un lazo. Supuso que, como había estado todo el día tan atareada haciendo las maletas para Caelis, Lizbeth no había querido molestarla.

Se sentó en la cama, cogió la caja y sacó el papel doblado que había debajo del lazo. Lo desdobló, pero dejó de leer en cuanto reconoció la letra.

Era de Gideon.

La conversación que le había oído mantener con aquella tal Harrow resurgió de nuevo en su interior como una llama, quemándola como si de un hierro candente se tratase. La ira y el dolor le ardían en el pecho.

Quiso lanzar la carta al fuego sin leerla.

Pero… ¿era justo que lo odiase tanto solo por haber fingido? Al fin y al cabo, Rune también lo había hecho. Lo había utilizado igual que él lo había hecho con ella. Había sido Rune quien lo había invitado a subir a su dormitorio la noche de su primer beso. Había sido ella quien había contemplado la posibilidad de cruzar esa línea que no se podía cruzar en un intento por sacarle la información que necesitaba. Y la otra noche casi le había suplicado que se la llevara a la cama para embaucarlo de una vez por todas, para hacerle creer la mentira que había construido para arrastrarlo hacia el matrimonio y poder así seguir utilizándolo en el futuro.

Al menos en parte. Una parte diminuta, pero parte al fin y al cabo.

Rune había utilizado otra vara de medir con Gideon Sharpe, a pesar de que habían estado jugando al mismo juego. En realidad, ella no era distinta a él.

Se retorció incómoda con solo pensarlo.

Respiró hondo, cogió la carta y empezó a leer.

> Rune:
>
> Lo que oíste ayer por la mañana, por despreciable que fuera, lo dije para protegernos a los dos. Si le hubiera contado la verdad a Harrow, me habría acusado de no ser imparcial. Necesitaba que Laila y ella creyeran en tu inocencia, y el mejor modo de hacerlo era convencerlas de que no sentía nada por ti.
>
> Eso no me absuelve de mis actos. Es cierto que empecé a cortejarte para intentar desenmascarar a la Polilla Carmesí, así que no espero que me perdones. Sin embargo, necesito que sepas que lo que pasó la otra noche no fue una mentira. No para mí. Todo lo que te dije esa noche, lo sentía.
>
> GIDEON

Rune notó como si alguien hubiese lanzado un ancla en su interior y la estuviera arrastrando hacia el fondo del mar.

Quería creerle.

Pero sería una estúpida si lo creyera.

Y de eso se trataba, ¿no? No importaba qué dijera ni qué hiciera; Rune no

podía confiar en él. Gideon ahora sí pensaba que ella era inocente, y esa era la única razón por la que se disculpaba. Por eso creía estar enamorado de ella. Pero si supiera la verdad…

«Me arrestaría y me entregaría sin dudarlo. Me condenaría a la purga».

Aquella certeza la ayudó a recuperar la compostura. Gideon era su enemigo.

«Y voy a casarme con su hermano».

Rune se mordió el labio inferior. No solo iba a casarse con Alex, también iba a marcharse con él. Gideon merecía, por lo menos, escucharlo de su boca.

Tenía que decírselo. Y despedirse.

Miró la caja, le quitó el lazo y levantó la tapa. Apartó el papel marrón que protegía su contenido y un ramo de botones de oro de seda asomaron del paquete.

El corazón le trepó por la garganta mientras lo sacaba. Las flores eran más sencillas que la rosa que le había regalado, pero diez veces más numerosas. Rune acarició los pétalos diminutos de seda suave y recorrió las delicadas puntadas con las puntas de los dedos.

«Las ha hecho para mí», pensó.

Le había dicho que los botones de oro eran sus flores preferidas, y, en lugar de ir a cogerlas al campo, las había confeccionado para ella. ¿Se habría quedado toda la noche despierto cosiéndolas?

El corazón empezó a latirle desbocado.

¿Por qué tenía que ser Gideon quien supiera hablarle a su alma?

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

«No puedo aceptarlas».

Tenía que devolvérselas.

«Mañana —pensó—. Se las devolveré mañana antes de reunirme con Verity». Porque, después de entonces, ¿quién sabía cuándo volvería a verlo?

Antes de rescatar a Seraphine, dejaría a Gideon atrás para siempre. Y, con él, su papel de Rune Winters. Dejaría de fingir ser una chica superficial de la alta sociedad. Había llegado al final del camino que había emprendido cuando su abuela había muerto. Sus días de arriesgar la vida en la piel de la Polilla Carmesí casi habían terminado.

Comenzaría un nuevo camino, uno que la llevaría a Caelis. Y a Alex. A la seguridad y la felicidad. Rune iba a vivir por fin la vida que su abuela quería para ella, la que les habían robado a las dos el día que la Guardia de Sangre se la había llevado a rastras.

Así que dejó el ramo de flores de seda en la caja y cerró la tapa.

Al día siguiente, se despediría de Gideon Sharpe… para siempre.

Cincuenta y cuatro

Rune

ARCANA: f. La categoría más letal de hechizos.

Los hechizos Arcana requieren sangre que se haya extraído de alguien en contra de su voluntad, y en una cantidad que a menudo resulta en la muerte del donante. Los Arcana no solo son mortales para este, sino que también son corrosivos para el alma de la bruja que los conjure. La reina Raine la Inocente los prohibió por esta razón. Los hechizos Arcana pueden ser de varios tipos, desde ilusiones complejas mantenidas durante largos periodos de tiempo a actos prohibidos, como el de devolverle la vida a los muertos.

De Las reglas de la magia*, de la reina Callidora la Valerosa*

A la mañana siguiente, cuando los rayos de sol penetraron por la ventana, Rune apenas podía abrir los ojos.

«Levántate», se dijo. No se había sentido tan cansada en años; era como si tuviese los brazos y las piernas de arena. Como si sus párpados fuesen de piedra.

¿Así se sentía Verity todo el tiempo?

«Hoy es el día que tienes que salvar a Seraphine», se recordó.

Y, a juzgar por la altura del sol, era casi mediodía.

Entonces recordó las flores que Gideon le había hecho —y que había decidido devolvérselas— y gimió y se obligó a levantarse. Le dictó un telegrama muy breve a Lizbeth en el que le preguntaba a Gideon si podían verse aquella tarde.

Su respuesta, corta y concisa, llegó una hora más tarde.

Señorita Rune Winters
Mansión de Wintersea

Nos vemos en el taller. A las dos en punto.

GIDEON

A esa hora le daba tiempo suficiente para encontrarse después con Verity a las tres. Rune comió algo y fue a buscar lo que necesitaba para su misión: el uniforme robado, la moneda de acceso de Gideon y su último frasquito de sangre. En su reunión con Alex y Verity, había metido la moneda y el frasco en el bolsillo del uniforme, y este lo había dejado doblado encima de la mesa del cuarto de los hechizos.

Sin embargo, cuando fue a buscar sus cosas, solo encontró el uniforme.

Los bolsillos estaban vacíos.

Se arrodilló en el suelo y buscó debajo de la mesa, por si se habían caído al suelo, pero no había rastro ni de la moneda ni de la sangre. Volvió a mirar los bolsillos del uniforme: vacíos. Buscó hasta en el último rincón del cuarto y después hizo lo mismo en su dormitorio. Nada.

Rune se frotó los ojos e intentó pensar. ¿Estaba tan cansada que no se acordaba de dónde los había puesto? Sin ese frasco y con el inicio de su ciclo mensual tan lejos, no tenía sangre para conjurar hechizos. Y sin una moneda de acceso jamás lograría cruzar las puertas de la prisión.

«Verity debió de llevarse sin querer el uniforme equivocado».

Si se marchaba de Wintersea en ese momento, le daría tiempo de pasar por la universidad antes de encontrarse con Gideon y recuperar el frasco y la moneda. Se vistió a toda prisa, metiéndose el anillo de Alex, que seguía colgado de la cadena, por dentro de la camisa. Cuando vio la alianza plateada entre sus pechos, en su mente aparecieron imágenes del futuro. Alex y ella, de pie en la proa del barco, contemplando cómo el Continente asomaba por el horizonte. Se imaginó el momento en el que caminaría por las elegantes calles de Caelis a su lado, el día que encontrarían un grupo de amigos con los que no tuvieran que esconder sus verdaderas identidades. Se imaginó leyendo junto al fuego por la noche mientras él tocaba el piano.

«Queda poco —se dijo. Se echó la capa sobre los hombros y se la abrochó en el cuello—. Muy poco».

Guardó el uniforme en una de las alforjas de Dama y la caja con las flores de seda de Gideon en la otra. Comprobó mentalmente que tuviera todo lo que iba a necesitar, salvo el frasco y la moneda, y cabalgó hasta la universidad. Dejó a la yegua en los establos y anduvo por los familiares caminos del campus hasta llegar a Summer Hall. Abrió las puertas dobles, saludó al personal de recepción con la cabeza y recorrió los pasillos de la residencia, que, al estar casi todos los estudiantes en clase, se encontraban vacíos.

Al llegar, llamó a la puerta de su amiga.

—¿Verity?

Nadie respondió. Llamó de nuevo, más fuerte esta vez, y al ver que no obtenía respuesta decidió intentar abrirla. No estaba cerrada con llave, así que giró el pomo, abrió la puerta y entró.

—Verity…

Se quedó paralizada. La habitación era aún más pequeña de lo que recordaba. En realidad, era una especie de armario. Y en la esquina, en lugar de la cama de su amiga, solo vio una fregona y un cubo. Ya no había estanterías llenas de libros, ni tarros llenos de proyectos de investigación, sino solo productos de limpieza. En la pared había una pila de cerámica con trapos sucios colgados para que se secaran.

—¿Puedo ayudarla en algo? —dijo una voz ronca detrás de ella.

Una mujer con las mejillas sonrosadas y los brazos en jarras la miraba como si lo único extraño allí fuese la propia Rune.

—Esto… —Debía de haberse equivocado de pasillo—. Estoy buscando a una amiga. Verity de Wilde.

—Pues, a no ser que sea una escoba, no la va a encontrar aquí.

—Claro. —Tragó saliva—. Perdón.

La mujer masculló algo entre dientes mientras Rune se alejaba. Una vez en el pasillo, miró atrás. Estaba segura de que era la puerta de la habitación de Verity.

«Pero no puede ser —pensó mientras intentaba orientarse—. Es un armario lleno de escobas».

Dio vueltas por toda la planta principal en busca de la habitación de Verity, pero llegaba al armario una y otra vez, donde la mujer estaba llenando un cubo de agua y jabón. ¿Era posible que estuviera tan exhausta que hubiese olvidado dónde estaba la habitación de su mejor amiga? Teniendo en cuenta lo que tenía que hacer aquella tarde, no era una perspectiva muy alentadora.

Al final, se rindió y fue a recepción. Con una educada sonrisa, se acercó a la joven que había tras el mostrador y le dijo:

—Hola. Me da un poco de vergüenza, pero no encuentro a mi amiga Verity de Wilde. ¿Podrías decirme dónde está su habitación?

La chica la miró con extrañeza:

—¿Cuál era el apellido?

—De Wilde.

La chica sacó una carpeta y revisó una lista de nombres y números de habitación recorriéndola con el dedo. Lo hizo dos veces. Luego, miró a Rune y contestó:

—Creo que te has equivocado de edificio. Aquí no vive nadie con ese nombre.

Rune parpadeó, confundida.

—¿Cómo?

La chica le repitió lo mismo, esta vez mucho más despacio, como si así pudiera ayudarla a entenderlo.

—Verity de Wilde no vive aquí.

Rune contempló las dalias violetas de la pared y las baldosas verde hierba a sus pies.

—Esto es Summer Hall.

La recepcionista asintió.

—Exacto. ¿Qué edificio estás buscando?

«Este», pensó Rune.

Un mal presentimiento se alojó en su estómago, pero ya se hacía tarde. Si no se marchaba pronto, no llegaría a casa de Gideon a las dos.

—Gracias —le dijo a la chica mientras se dirigía a las puertas.

Fuera, el aire se había enfriado. El sol había empezado a descender y unas amenazantes nubes de tormenta se acercaban desde el mar.

«¿Estoy perdiendo la cabeza?».

Primero había extraviado el frasco de sangre y la moneda. Y luego a Verity.

Mientras corría hacia los establos, con la capa ondeando tras ella, intentó razonar. Había estado en Summer Hall cientos de veces. Podía imaginar la habitación de Verity con claridad: las rosas blancas del papel de la pared, su cama siempre deshecha, los enormes montones de libros usados, que parecía que iban a caerse de un momento a otro, en el suelo…

No podía no existir.

«A no ser que fuera una ilusión».

Rune se detuvo en seco.

Recordó la forma en que Verity estudiaba los grimorios de Rune, recorriendo los símbolos con los dedos. ¿Los estaría memorizando?

Recordó el perfume con el que se rociaba sin control, con un olor tan fuerte que a menudo le provocaba dolor de cabeza.

«¿Y si lo hace a propósito para tapar algún otro olor?».

El olor de su magia.

Pero eso convertiría a Verity en una bruja. Y, si eso era cierto, ¿por qué se escondería de Rune, que también era una?

El cielo se oscureció aún más. Rune levantó la vista y vio cómo las nubes de tormenta se acercaban con rapidez. La cabeza le daba vueltas. No lograba comprenderlo. Sin embargo, se le estaba acabando el tiempo: llegaba tarde a casa de Gideon. Después iría a palacio, donde esperaba que la estuviera aguardando Verity con una explicación.

Mientras la lluvia empezaba a caer, sacó a Dama del establo y emprendió a toda prisa el camino hacia la Ciudad Vieja.

Cincuenta y cinco

Rune

Gideon la estaba esperando en la puerta.

Dejó a Dama bajo la lluvia, que caía a mares, sacó la caja con las flores de la alforja y echó a correr, protegida por la capucha de la capa.

Agradecía la tormenta. La ayudaría a borrar las pistas una vez que hubiera sacado a Seraphine de la prisión de palacio.

Gideon le abrió la puerta y entró en el vestíbulo, llenándolo de agua.

—Pasa —le dijo él mientras entraba al taller de sus padres, donde las luces ya estaban encendidas.

Su olor a pólvora llenaba la estancia y envolvía a Rune en una nube de recuerdos; recuerdos que en ese momento no quería revivir. Los apartó y lo siguió al interior, dejando que la puerta se cerrara tras ella.

—No puedo quedarme mucho rato, tengo que…

—¿Tienes algo importante que hacer?

Su voz sonaba extraña, como si alguien la hubiera vaciado de emociones y la hubiera dejado fría y vacua.

—No, yo…

¿Por dónde empezaba? En los últimos días habían pasado muchas cosas.

«Primero las flores».

Le tendió la caja que contenía las flores de seda que había hecho para ella.

—He venido a devolverte esto.

Gideon se volvió hacia ella. Tenía una sombra de barba en las mejillas y unas ojeras pronunciadas, como si no hubiera dormido en toda la noche. Estaba de pie

junto a la larga mesa de trabajo. Al ver que no hacía el gesto de coger la caja, Rune se acercó y la dejó sobre la superficie de madera. Dio un paso atrás al instante, para poner distancia entre los dos.

«Y ahora lo del compromiso».

A Rune le horrorizaba esa parte. Había repasado las palabras mentalmente una y otra vez, tratando de encontrar el mejor modo de contarle que iba a casarse con Alex, pero ninguna le parecía adecuada.

—¿Puedo preguntarle algo, señorita Winters?

—Por supuesto —respondió, aliviada por la interrupción, aunque extrañada ante las formalidades.

—¿Hubo algo real?

—¿Real? —Frunció el ceño—. ¿A qué te refieres?

—A ti. A mí. A nosotros. —Se metió las manos en los bolsillos—. A lo que pasó hace tres noches. ¿Hubo algún sentimiento real? ¿O estuviste jugando conmigo todo el tiempo?

Se le cayó el alma a los pies. ¿De qué estaba hablando?

Se sacó las manos del bolsillo, cerradas en dos puños. Las puso boca arriba y, cuando las abrió, vio lo que escondía en cada una de ellas.

Un frasco de sangre y una moneda de acceso.

«Pero ¿cómo…?».

—Así es como lo consigues —dijo Gideon mientras observaba el frasco, que había alzado a la altura de sus ojos—. Por eso no tienes cicatrices mágicas.

Rune se quedó paralizada.

«Sabe lo que soy».

—La Polilla Carmesí —murmuró mirándola a los ojos—. Por fin te he atrapado.

Ella retrocedió a toda prisa.

«Qué estúpida. ¡Qué estúpida!».

Era una trampa, y no solo había caído de cabeza, sino que ella misma se la había tendido.

Dio media vuelta y echó a correr hacia la entrada del taller. Salió al vestíbulo y justo cuando cogió el pomo de la puerta que daba a la calle, donde Dama la

estaba esperando, alguien la abrió desde el otro lado.

Laila Creed la miró desde el umbral. Detrás de ella, esperaba media docena de soldados de la Guardia de Sangre que la apuntaban con sus pistolas.

Rune reculó. Miró las escaleras. Sabía adónde llevaban. Si conseguía subir y encerrarse en el apartamento de Gideon, tal vez lograra escapar por una ventana…

—No tan rápido, bruja.

Laila la agarró del pelo y tiró hacia atrás. Rune se desplomó en el suelo mientras el dolor le atravesaba el cuero cabelludo. Notó el escozor de las lágrimas. Intentó levantarse, pero, cada vez que se movía, Laila le tiraba más fuerte, obligándola a quedarse quieta. Alguien la agarró con fuerza de los brazos y la arrastró al interior del taller. La puerta se cerró de golpe.

El bestia que le había clavado los dedazos en los brazos la empujó hacia delante. Ella se cayó y se quedó de rodillas ante Gideon, que no movió ni un dedo para ayudarla.

—No… No lo entiendo. —Notó el frío del cemento en las palmas de las manos—. ¿Cómo has…?

—Anoche fui a Wintersea. Quería disculparme en persona y aclarar las cosas.

«Claro. Las flores». No había sido Lizbeth quien las había dejado sobre su cama. Había sido el propio Gideon.

—Cuando llegué —continuó él— estaba todo oscuro y no vino ningún sirviente a recibirme. Estuve a punto de dar media vuelta y marcharme, pero entonces oí unas voces. Lo primero que pensé fue que Cressida había ido a por ti, así que, temiéndome lo peor, las seguí.

«Nos oyó planeando el rescate de Seraphine», comprendió.

Él siguió:

—Te podrás imaginar mi sorpresa cuando la pared de tu dormitorio se abrió ante mis ojos. Me escondí mientras tú y tus cómplices salíais de tu cuarto de los hechizos.

Así fue como encontró el frasco de sangre. Mientras Rune acompañaba a Alex y a Verity a la puerta, se habría colado en el interior del cuarto. Debió de verlo todo: los grimorios, los frascos de sangre, los símbolos pintados en el suelo…

—No sé qué me da más asco —prosiguió Gideon—. Lo que eres o haberme creído tu actuación.

Aquellas palabras fueron como una bofetada.

—¿La desnudamos, capitán? —preguntó el animal que había tras ella.

—Ya ha mirado él —replicó Rune mientras se incorporaba, con la voz embargada de ira—. ¿O no, Gideon? ¿No buscaste hace tres noches en cada centímetro de mi piel?

A él se le ensombreció el rostro.

—No hace falta desnudarla. Tengo todas las pruebas que necesito.

—Al menos deberíamos cachearla —intervino Laila—. Podría ir armada.

—Está bien. Cacheadla. —Le hizo un gesto con la cabeza al soldado que esperaba en el vestíbulo—. Tiene el caballo ahí fuera. Registra las alforjas.

Rune se estremeció. Ahí era donde tenía guardado el uniforme de la Guardia de Sangre. En ese momento, se dio cuenta de que todo había terminado. Las pruebas que había en su contra eran irrefutables.

Laila tiró de ella para obligarla a ponerse de pie y le quitó la capa. El soldado rechoncho la aguantó de los brazos, y Laila se agachó y rebuscó dentro de sus botas, sin dejar de apuntarla a la cara con la pistola.

—Que no se te ocurra moverte.

La cacheó en una pierna y luego en la otra. Rune fulminó a Gideon con la mirada, recordando muy bien lo que era. Un enemigo formidable. Un chico que quería que colgaran y mataran a las chicas como ella. Había estado reuniendo pruebas en su contra desde el principio, esperando al momento adecuado para acabar con ella. Los regalos, los besos, las palabras que le había susurrado en la oscuridad, entre las sábanas…

Nada de ello había significado nada.

—Eres justo lo que pensaba que eras —le espetó Rune.

Laila encontró el cuchillo que llevaba sujeto en el muslo. Se lo quitó y lo tiró. Gideon lo vio resbalar por el suelo.

—Y tú… —le contestó él en voz baja— no te pareces en nada a lo que yo imaginaba.

Teniendo en cuenta que llevaba dos años intentando darle caza

incansablemente, Rune pensó que tendría que haberse comportado de una forma más triunfal. Que se regodearía y presumiría. Y, sin embargo, parecía… destrozado.

Laila siguió cacheándola sin mirarla a los ojos ni una sola vez, como si Rune no fuera mejor que un perro.

—No hay nada más —dijo Rune. Le ardía la cara—. Solo el cuchillo.

—Eso lo decidiré yo —replicó la soldado.

En ese momento, volvió el hombre que había registrado sus alforjas y se acercó a Gideon con el uniforme robado de la Guardia de Sangre, que dejó sobre la mesa. Rune tragó saliva y miró a Gideon, que contempló la ropa con los ojos entornados, preguntándose de dónde lo había sacado.

—¿Qué es esto? —Laila puso el cañón frío de la pistola contra su pecho y tiró de la cadena de plata medio escondida bajo su camisa.

Rune contempló cómo, con la misma pistola, sacaba el anillo que Alex le había regalado de debajo de la prenda. Se quedó colgando en el aire, reflejando la luz. Rune intentó cogerlo, pero la tenían agarrada de los brazos, y Laila fue más rápida. Cogió la alianza de plata y tiró con fuerza, rompiendo la cadena. Luego se la entregó a Gideon.

Rune supo, por cómo apretó los dientes, que había reconocido el anillo de inmediato. Sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor. No había querido que se enterase así.

—¿Te has prometido con él?

Parecía que le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—Iba a contártelo. —Rune consiguió liberar un brazo y dio un paso hacia él, rozándole la manga con los dedos—. Gideon…

Él se apartó de golpe, como si se hubiera quemado. La miró a los ojos con una expresión sombría.

—No vuelvas a tocarme.

Rune se encogió. Algo se había marchitado en su interior.

Pero ¿por qué debía acobardarse? Había sido él quien la había embaucado para que se enamorase. Era él quien estaba consumido por el odio. Era él quien la iba a entregar, quien la iba a condenar a muerte.

Rune se puso recta.

—Sí, estoy prometida con él. Tu hermano es dos veces más hombre de lo que tú serás jamás.

El dolor en los ojos de Gideon era inconfundible.

—¿Sabes qué? —Dio un paso hacia ella, la cogió de la mano y le puso el anillo en el dedo—. Quédatelo.

Por alguna extraña razón, el gesto la llevó al borde de las lágrimas.

—Hemos acabado —anunció al resto pasando junto a ella—. Detened a la Polilla Carmesí.

Los soldados le abrieron paso, y ella lo vio marcharse. Lo vio cerrar de un portazo al salir, dejándola a merced de los cazadores de brujas.

Como si no pudiera soportar respirar el mismo aire que ella ni un segundo más.

Cincuenta y seis

Gideon

Gideon rompió el frasco de Rune lanzándolo con todas sus fuerzas contra los adoquines y luego contempló cómo la lluvia limpiaba la sangre.

No podía dejar de pensar en el anillo de su madre, colgado de aquella cadena que ella llevaba alrededor del cuello. El anillo que le había dado a Alex para que lo guardara.

Alex le había pedido matrimonio a Rune, y ella había aceptado.

«Eres un idiota», se dijo mientras subía a su caballo.

Por supuesto que nada de lo que había pasado había significado nada. Por supuesto que él no significaba nada. No para ella. Todo había sido un juego, y, aunque al final se suponía que había ganado él, de algún modo, se sentía que había terminado con las manos vacías.

Ella había elegido a Alex.

¿Y quién no lo habría hecho?

«Tu hermano es dos veces más hombre de lo que tú serás jamás».

Esa frase le había convertido el corazón en piedra.

Pero ¿qué más daba? Era la Polilla Carmesí, una espina clavada que había tardado dos años en sacarse. Una puta bruja.

Lo habían engañado por segunda vez. Se había abierto con alguien solo para que volvieran a clavarle un puñal. Había creído en la chica que Rune fingía ser y se había permitido albergar esperanzas, pensar que tal vez podían construir algo bonito juntos. Algo bueno.

¿Había algo malo en él que lo hiciera tan ingenuo? ¿Tan vulnerable ante el

engaño? Se pasó una mano por la cara para secar las gotas de lluvia. Cuando Laila había por fin inmovilizado a la bruja con las cadenas, la había sacado a empujones del viejo taller de sus padres y la había subido a un caballo, él no había sido capaz de mirar a Rune. Había clavado la vista al frente y había encabezado el camino hacia el centro de la ciudad a través de la tormenta, en dirección al cadalso que había en la plaza principal, donde pronto ejecutarían a Seraphine.

Y donde ahora se le uniría otra bruja.

Un rayo cruzó el cielo justo cuando llegaron, iluminando las vigas del cadalso. A su alrededor ya se había arracimado una multitud, que esperaba ansiosa el inicio de las purgas. Gideon intentó endurecer su patético corazón para soportar lo que estaba por venir. Debería haber estado celebrando la captura de una famosa criminal. Esa bruja había sido su obsesión durante dos años, y nada había deseado más que darle caza y condenarla a muerte; ver que por fin se hacía justicia.

Ella había sido la razón por la que se levantaba cada mañana.

Pero ahora que la tenía y que la justicia estaba al alcance de su mano, solo se sentía vacío.

—¡Gideon!

Se volvió bruscamente al oír la voz de su hermano y lo buscó entre el gentío. Por fin lo vio en la distancia. Llevaba el pelo rubio mojado y aplastado y se estaba abriendo paso entre la gente.

Gideon bajó del caballo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —gritó Alex, que estaba totalmente empapado.

—¿Que qué estoy haciendo yo?

Alex pasó de largo y fue hacia Rune, que seguía montada en el caballo de Laila.

—Soltadla.

Gideon agarró a su hermano de las solapas y lo obligó a retroceder.

—Ten cuidado, hermano. Estás metiéndote en un terreno pantanoso.

Alex lo fulminó con la mirada. Sus ojos, siempre amables, estaban colmados

de furia. Señaló a Rune con el dedo mientras la multitud la abucheaba y le escupía.

—¿Esto te parece bien?

Situado entre su hermano y la Polilla Carmesí, Gideon repitió algo que una vez había oído decir a Bart Wentholt:

—Alguien tiene que hacer el trabajo sucio y protegernos de las brujas peligrosas.

—¡No es una bruja peligrosa! —le gritó Alex a la cara—. ¡Es una chica inocente!

—¿Inocente? —Gideon casi se echó a reír—. Te ha embrujado, Alex.

«Nos ha embrujado a los dos».

—¡Párate de una vez a pensar! —Por el rostro de Alex caían arroyos de lluvia mientras hablaba—. ¡Ese retorcido sentido de la justicia tuyo te está destruyendo! —Negó con la cabeza con tanta vehemencia que las gotas de lluvia salieron disparadas en todas las direcciones—. Vas a asesinar a la chica que amo. ¿No ves que es terrible?

Gideon apretó los puños.

—Es una bruja, Alex. —Su voz era tan fría como el cielo gris que se cernía sobre ellos—. Simpatizar con ellas es una ofensa que se castiga con la muerte.

Alex alzó la barbilla, desafiante:

—Pues arréstame.

Oírlo pronunciar aquellas palabras fue como recibir un golpe. Después de tantos años intentando protegerlo, su hermano pequeño le tiraba a la cara todos sus sacrificios.

—No seas estúpido —replicó. Sintió la necesidad abrumadora de cogerlo y sacarlo de allí a rastras, de encerrarlo en un armario hasta que todo terminara. De, tal vez, no dejarlo salir jamás. Por su bien.

La mirada de su hermano era puro fuego. Sin apartar los ojos de los suyos, Alex gritó muy muy alto, para que lo oyera todo el mundo:

—¡Yo sabía que era la Polilla Carmesí y no te lo dije!

—Alex —interrumpió Rune—. No lo hagas.

Gideon los vio mirarse a los ojos y se le retorció el corazón. Reparó en lo

mucho que a Rune le temblaba la voz al añadir:

—Por favor. ¡Vete, por favor!

—Hazle caso —le aconsejó Gideon.

Alex la miró.

—Lo siento, Rune, pero, si crees que me voy a quedar aquí plantado viendo cómo te matan, eres una idiota. —Le dio la espalda a su prometida y a su hermano y se dirigió a la multitud sedienta de sangre—. ¡La ayudé a robar brujas de las celdas de mi hermano! ¡La ayudé a sacar criminales de esta maldita isla! ¡Soy culpable! —Cuando se volvió hacia Gideon le brillaban los ojos—. Y ahora arréstame.

Gideon apretó los dientes. Alex había declarado, sin ambages ni ambigüedades, que era un enemigo de la República. Un simpatizante de brujas.

Sabía muy bien lo que tenía que hacer.

Pero Alex era su hermano pequeño, y su obligación era mantenerlo a salvo, costara lo que costase.

—Capitán —dijo Laila con gentileza—. Si no lo haces tú, lo haré yo.

Le tendió un juego de grilletes de hierro, y las cadenas repiquetearon bajo el viento. Alex tendió los puños y esperó, desafiando a Gideon a hacer lo impensable.

Pero Gideon sabía cuál era su deber: había jurado acabar con las brujas y con sus simpatizantes, impedir que volvieran a resurgir y a ejercer su tiranía sobre los inocentes. Ese era su propósito. Su vocación.

Así que, aunque se le estuviera rompiendo el corazón dentro del pecho, cogió las cadenas frías de las manos de Laila y rodeó con ellas las muñecas de su hermano.

Cincuenta y siete

Rune

Tenía los pesados grilletes para brujas apoyados en el regazo. El hierro helado envolvía sus manos desde las muñecas hasta las puntas de los dedos, impidiéndole que se cortara o dibujara las marcas de un hechizo.

El estallido de un trueno retumbó sobre su cabeza mientras contemplaba a la multitud. Muchos de aquellos que ahora le escupían, la maldecían y clamaban para que pagara con su vida por sus crímenes, eran los mismos que se habían sentado a su mesa y habían bailado en su salón.

No le sorprendía.

Esa gente nunca había sido su amiga.

De algún modo, era un alivio. Ya no tenía que fingir: por fin sabían qué era. Sin embargo, sí que le importaba Alex, que ahora se enfrentaría a una muerte segura. Una muerte a la que lo condenaría su propio hermano.

Se miraron a los ojos por encima de las cabezas de los soldados de la Guardia de Sangre que había entre ellos.

—Tendrías que haber renegado de mí —le dijo mientras Laila la cogía de los brazos para bajarla del caballo—. Podrías haberte salvado.

—Uno no puede renegar de su propio corazón —respondió él mientras se acercaba a ella. La emoción se desbordaba de su rostro. Inclinó la cabeza y le presionó la mejilla contra la sien a Rune.

Gideon los separó antes de que pudiera hacer nada más.

—Ya es suficiente.

Rune miró la chaqueta del capitán de la Guardia de Sangre. La lluvia había

empapado tanto la lana escarlata que casi parecía negra. Gideon tenía aspecto de estar esculpido en piedra, tan frío e inamovible como una montaña.

—Ha llegado la hora —anunció, volviéndola hacia el cadalso de la purga.

Había dos escaleras, una a cada lado de la plataforma. Mientras él la guiaba hacia la que estaba más cerca, Rune vio que estaban subiendo a otra persona por la otra: una mujer con aspecto de pájaro y una nube de rizos negros. Seraphine. Llevaba las manos inmovilizadas con unos grilletes como los que llevaba ella.

Rune tragó saliva e intentó contener el miedo.

«Esto siempre iba a terminar así. Tú condenaste a tu abuela a la purga y ahora te irás con ella».

Creer que podría escaparse con Alex había sido un error. Solo los idiotas creen en los finales felices.

Mientras Gideon la conducía a su muerte, Rune pensó que le parecía oportuno que fuera él quien la entregara. Había pasado dos años odiando a aquel muchacho, así que tenía sentido seguir odiándolo hasta su último aliento.

Solo que, incluso en este momento, en el final, su odio le falló.

Rune sabía lo que las brujas le habían hecho a su familia. Conocía los horrores que había sufrido a manos de la reina bruja. Y ella, igual que había hecho Cressida, había jugado con él. Lo había engañado y traicionado. Gideon tenía razones para creer que todas las brujas eran iguales: atrozmente crueles y malvadas.

Así que ¿cómo iba a odiarlo?

Sobre todo ahora, cuando él tenía una mano apoyada en la parte baja de su espalda. A pesar de su furia, la trataba con ternura. El estoico Gideon, tan firme en sus convicciones, tan diligente con su deber, se mostraba reticente. Estaba dividido. Rune lo notaba en la suavidad de su tacto.

Recordó lo último que le había dicho su abuela antes de que le cortaran el cuello con el cuchillo: «Te quiero», había susurrado mirándola a los ojos.

Rune tragó saliva, a pesar del nudo que tenía en la garganta, y miró al muchacho que tenía a su lado.

«Te perdono», pensó. Quizá aquello la convertía en una estúpida, pero ¿qué más daba, si aquello era el final?

Y, al perdonarlo, sucedió algo extraño: Rune halló también el perdón para ella misma. Por lo que le había hecho a su abuela. Lo que siempre había necesitado, había estado siempre ahí, en su interior.

Gideon, sin mirarla, se la entregó a los cuatro soldados de la Guardia de Sangre que esperaban para encadenarla por los tobillos. Aquellas cadenas la levantarían y la pondrían bocabajo, y así sería sacrificada. El capitán se dio la vuelta para marcharse y el calor de la palma de su mano desapareció de su espalda.

—Gideon. —Él se estremeció y se detuvo, pero no miró atrás—. Lo siento. Lo siento mucho. Por todo.

Por fin la miró. El dolor que emanaba de sus ojos la atravesó como un cuchillo.

Por encima del repiqueteo de la lluvia, lo oyó decir:

—Yo también.

Se fue justo cuando el frío hierro le mordió los tobillos desnudos y oyó el sonido metálico de los cerrojos.

Cincuenta y ocho

Rune

Seraphine y Rune estaban una al lado de la otra. La manivela tensó las cadenas que las sujetaban, preparándolas para levantarles los pies hacia el cielo y dejar sus cuellos desnudos vulnerables ante el cuchillo de purga.

Seraphine miró a Rune con los ojos oscuros entornados. Sin embargo, en lugar de sorprenderse porque fuese una bruja, le preguntó:

—¿Por qué delataste a Kestrel?

Rune, que comprendía su inevitable destino, había empezado a llorar:

—Alguien nos traicionó. La Guardia de Sangre nos habría matado a las dos, a ella por ser una bruja y a mí por no haberla entregado. Me dijo que, si la quería, debía traicionarla. Para que no tuviera que verme morir. —La frente de Seraphine se arrugó casi con delicadeza. Cayó un rayo y la electricidad del aire le puso los pelos de punta—. Me dijo que te buscara. La noche en que te arrestaron, fui a tu casa. Me pasé dos años intentando dar contigo y llegué demasiado tarde. —¿Qué habría pasado si hubiera llegado una hora antes? ¿Estarían allí en ese momento, esperando la muerte?—. Os fallé a las dos.

Seraphine aguzó la mirada:

—No. —Sus pupilas centellearon de forma extraña, como si algo hubiera llamado su atención en la distancia—. No creo que nos hayas fallado.

Rune vio una luz parpadeante por el rabillo del ojo. Levantó la vista justo cuando cuatro cometas negros y llameantes se estrellaban contra el cadalso como balas de cañón, directos contra los guardias que flanqueaban a las dos brujas. Sus cuerpos se desplomaron sobre la madera con un golpe sordo.

El cadalso se había prendido fuego y el calor chisporroteaba en el aire a pesar de la lluvia. Más bolas de fuego golpearon la viga de madera que había sobre sus cabezas, y Rune se cubrió con las manos enmanilladas, aunque sabía que serviría de poco. Seraphine y ella estaban completamente expuestas.

Oyó un fuerte crujido y, al levantar la vista, vio que la viga había empezado a resquebrajarse.

Y entonces cayó.

Seraphine saltó sobre ella para apartarla antes de que el pesado tronco las aplastara. La viga cayó en el cadalso, justo en el lugar donde estaban antes. Luego se levantó y le preguntó:

—¿Estás bien?

Rune asintió. Olía a carne quemada… y a algo más.

«Sangre y rosas», pensó.

Magia.

Rune había percibido ese mismo aroma otra vez: la noche de la Cena de los Luminarios. El olor la anegó, empapándola como una ola.

Se oyó un grito entre la muchedumbre.

Seraphine corrió hacia la barandilla de madera que había al borde del cadalso mientras otros gritos se unían al primero y se inclinó, tan lejos como le permitieron las cadenas que todavía le sujetaban los tobillos. Cuando Rune se disponía a levantarse, sintió un retortijón y una caliente y dolorosa hinchazón en el vientre.

Ese dolor. Se pasaba casi todo el mes deseando sentirlo.

La embargó el alivio cuando algo mojado y caliente empezó a acumularse entre sus muslos. Su ciclo mensual acababa de empezar.

«Sangre fresca con la que conjurar…».

Pero no había forma de usarla: tenía las manos atrapadas en pedazos de hierro. Se preguntó por qué no acudían los soldados a matarlas y acabar con todo aquello, aunque no se detuvo. Se puso de pie y corrió junto a Seraphine, mirando a su alrededor.

—Por las Ancianas misericordiosas… —murmuró la bruja.

Decenas de figuras ocultas bajo capas grises recorrían la plaza de la ciudad en

dirección al cadalso. Los soldados de la Guardia de Sangre estaban intentando llegar hasta ellas; se veían los uniformes escarlata entre la multitud cada vez más agitada. Había estallado el caos, y los ciudadanos trataban de escapar de allí, chillando y empujándose, desesperados por quitarse del medio.

Bajo el cielo oscuro, los truenos retumbaban amenazantes y el sonido de los disparos cortaba el aire. Rune entornó los ojos e intentó ver las caras que se escondían bajo las capuchas grises.

—¿Quiénes son?

—Brujas —respondió Seraphine.

El corazón le dio un vuelco. Aguzó más la vista y se dio cuenta de que reconocía a algunas de ellas. Eran las brujas que había rescatado de las garras de Gideon. A la mayoría no las conocía de nada, pero sí que conocía muy bien a la que las lideraba.

Verity de Wilde.

Un rayo le iluminó de repente las gafas. Llevaba los rizos castaños sueltos sobre los hombros y un cuchillo en la mano que Rune no había visto nunca, en forma de luna creciente.

—Cressida Roseblood está viva —anunció Seraphine—. Y no sé cómo, pero ha conseguido un ejército de brujas.

—Esa no es Cressida —la corrigió Rune—. Es mi amiga Verity.

Rune había conocido a Cressida. Verity y la más joven de las reinas brujas no se parecían en nada.

—Te aseguro que esa chica es una Roseblood —insistió Seraphine—. Simplemente ha alterado su aspecto.

Rune frunció el ceño. No pudo evitar recordar el cuarto de Verity, que se había desvanecido de repente. Su agotamiento constante, su fuerte aroma a perfume…

«¿Todo había sido una ilusión sostenida?».

La magnitud de ese hechizo, fingir ser otra persona durante dos años seguidos, requeriría muchísimo poder.

Y muchísima sangre fresca.

Una sensación terrible había empezado a adueñarse de ella.

Verity se había puesto casi a la defensiva cuando le había preguntado sobre el

uso de hechizos Arcana de las hermanas Roseblood. Y también había asistido a la Cena de los Luminarios el día que Cressida reapareció. ¿Y si la responsable del fuego brujo había sido su amiga?

¿Y si Verity de Wilde era Cressida Roseblood disfrazada?

—Lo siento —dijo Seraphine—. Pero tu amiga Verity no existe. Y, si existió algún día, ya no está entre nosotros.

—¿Me estás diciendo que Cressida mató a Verity y robó su identidad?

—Es muy posible, sí.

—Pero entonces…

La confidente de Rune durante los últimos dos años no había sido Verity de Wilde, sino Cressida Roseblood. Todo ese tiempo, sin saberlo, había confiado y compartido todos sus secretos con una asesina. Con la chica que había torturado a Gideon y había matado a su hermana pequeña.

Apoyó las manos atrapadas en la barandilla de madera e intentó recuperar la compostura.

«No puede ser cierto».

Verity era su amiga.

Aunque Rune no había forjado su amistad con Verity hasta los meses posteriores a la revolución. Para entonces, Cressida ya había sido destronada y había huido. Le había dado tiempo de sobra de matar a la chica y adoptar su identidad antes de hacerse amiga de Rune.

Pensar en Verity —la verdadera Verity, una chica que Rune se vio obligada a admitir que no había conocido jamás— acorralada por la reina bruja le provocaba ganas de vomitar.

«¿Cómo se me pudieron pasar por alto las señales?».

Rune miró a la chica que había conocido como Verity mientras esta se abría paso entre la multitud seguida por un ejército de brujas. A pesar del horror y del odio, en aquel momento, esa chica era lo más parecido que Seraphine y ella tenían a una aliada.

El resto de la gente quería verlas muertas.

Rune recordó las incontables veces que Verity —no, Cressida— había recorrido con los dedos los símbolos de los hechizos de las páginas abiertas de

sus grimorios. Si había memorizado sus hechizos, era probable que conociera el que podría liberarlas a Seraphine y a ella.

Ganzúa.

Se inclinó tanto como pudo sobre la barandilla y entonces, luchando contra el restallido de los truenos, gritó:

—¡Mi reina! —La chica que había robado la identidad de Verity levantó la vista y clavó en Rune su mirada de halcón. Rune alzó las manos al aire, cada vez más lleno de humo—. ¿Nos echas una mano?

La reina bruja sonrió, y Rune se estremeció al ver el gesto. Extendió su antebrazo pálido, que estaba recubierto de marcas de sangre, y emborronó los símbolos con la mano.

Y la ilusión se desvaneció.

Verity ya no estaba.

La melena castaña y rizada se le alisó y se le aclaró hasta adoptar un color blanco como el de la luna. Sus ojos oscuros se tornaron de un azul cristalino, y las curvas de su cuerpo se aplanaron y se alargaron hasta que apareció el cuerpo delgado de la esbelta reina que Rune recordaba.

Agarró a una joven de entre la multitud y le tiró del pelo, echándole la cabeza hacia atrás. Mientras su víctima chillaba y se resistía, intentando escapar, Cressida dejó su cuello pálido desnudo ante el borde afilado y curvo de su cuchillo y se lo cortó.

Rune apartó la vista demasiado tarde. No pudo evitar ver la sangre roja que corría como un río cuello abajo. La chica cayó sobre los adoquines, asfixiándose, y Cressida mojó los dedos en la sangre y dibujó un nuevo símbolo.

El hechizo cobró vida. Los cerrojos de los grilletes de Rune y Seraphine cedieron y los pesados bloques de hierro se abrieron de golpe, junto con las cadenas que rodeaban sus tobillos; luego cayeron al suelo, golpeando el cadalso en llamas con un repiqueteo.

Rune y Seraphine eran libres.

Cincuenta y nueve

Gideon

El caos había estallado entre la multitud que rodeaba a Gideon. Mirara adonde mirase, había gente chillando y empujándose, intentado desesperadamente salir de la plaza y huir de las brujas que habían ido a por ellos. Gideon sacó su pistola y se adentró en el gentío, que se embestía y se atropellaba.

Las brujas superaban en número a la Guardia de Sangre. El fuego brujo había matado a los soldados del cadalso, y solo quedaban los que estaban en el terreno. Había suficientes para gestionar una purga, pero no un ataque como aquel, y los furiosos sonidos de los disparos que se oían por toda la plaza significaban que las brujas iban armadas.

Los superaban en número y en armas.

Gideon sabía que Cressida estaba tramando algo. Debería haber estado preparado para cualquier cosa que ocurriera.

La multitud empezaba a dispersarse y era cada vez más escasa. Quedaban las brujas, decenas de ellas, vestidas con capas grises. Avanzaban como una unidad, sincronizadas: las de delante disparaban y luego se quedaban atrás para recargar sus armas, mientras que las de la retaguardia daban un paso al frente para cubrirlas.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Unas balas pasaron zumbando junto a él. Respondió con más disparos y ordenó a los demás soldados que se retiraran hacia el cadalso de la purga, cuya estructura de madera, envuelta en llamas, podía servirles de refugio.

Gideon siguió disparando mientras los soldados obedecían sus órdenes. Todos

menos Laila, que se quedó a su lado, disparando.

—¡Vete! —le dijo.

Ella lo ignoró. Su pistola echaba humo.

—Algunas de esas chicas son las brujas que capturamos.

Gideon asintió. Eran las brujas que Rune había dejado en libertad… con ayuda de su hermano.

—Y la bruja que las lidera…

Gideon se estremeció. Cressida. La protagonista de sus pesadillas estaba allí, en carne y hueso. No quería pensar en lo que eso implicaba. Si perdían aquella batalla…

De repente, las brujas se detuvieron. Cuando dejaron de disparar, en la plaza se hizo un silencio atronador.

—¡Gideon Sharpe! —gritó Cressida—. ¡Diles a tus perros que se retiren!

Oír su voz fue como si un rayo le atravesara las piernas. Casi perdió el equilibrio.

Laila y él detuvieron los disparos, pero no bajaron sus armas. Cuando los demás soldados los imitaron, Cressida avanzó, dejando atrás al resto de su ejército, acompañada de otra bruja. Esta estaba arrastrando a un hombre por el cuello de la camisa. El rehén tropezaba una y otra vez. Tenía la cara tan ensangrentada y amoratada que, al principio, Gideon no lo reconoció.

—¡Papá! —gritó Laila.

Gideon se fijó en el hombre. En efecto, era Nicolas Creed. El hombre que lo recogía del callejón de detrás del ring de boxeo; el hombre que le había enseñado a pelear.

«¿Cómo se las ha arreglado para capturarlo?», se preguntó.

El Buen Comandante no iba jamás sin escoltas. Sin embargo, si Cress podía disfrazarse de Verity, también podía disfrazarse de cualquiera. Podría haber suplantado la identidad de uno de los soldados más devotos, quizá; o de su esposa; o de uno de sus hijos. No había nada que hacer.

La otra bruja tiró al Buen Comandante al suelo, a los pies de Cressida, y Laila bajó el arma y dio un paso al frente. Gideon alargó un brazo para detenerla.

—Mantén la calma —le advirtió—. Ahora mismo, es la única forma de

ayudarlo.

Laila tragó saliva, asintió y volvió a colocarse al lado de su capitán, aunque sin apartar la mirada de su padre. Cressida se enfundó el cuchillo —una hoja en forma de luna creciente que Gideon conocía demasiado bien— y sacó una pistola. Dio un paso al frente y presionó el cañón contra la sien de Nicolas. Tenía los dedos manchados de sangre roja y brillante y uno de los brazos cubiertos de símbolos difuminados.

Su penetrante mirada estaba fija en Gideon.

—Diles a tus soldados que se desarmen y que dejen sus armas aquí. —Señaló un punto unos metros por delante de ella—. Y luego tráeme a Rune Winters y a Seraphine Oakes. Hazlo ahora mismo o lo mato.

Nicolas estaba arrodillado en el suelo con las manos atadas a la espalda. Levantó la cabeza y los miró a los ojos. Tenía un ojo tan hinchado que no podía ni abrirlo.

Laila se aferró con más fuerza a su pistola.

El Comandante dirigió su mirada solo a Gideon.

—No la obedezcas. No te rindas.

Cressida presionó con más fuerza la pistola contra su sien. Vio una chispa oscura en sus ojos.

—Tráeme las armas, Gideon.

—Recuerda cómo era vivir a su merced —añadió el Comandante.

Cressida bajó la vista de golpe y miró a su presa de hito en hito.

—Nicolas —le dijo suavemente, casi arrullándolo. Engañándolo. Gideon conocía esa voz. Sus sentidos se agudizaron y se transformaron en terror—. Cállate.

—Comandante —le advirtió Gideon—. Con todos mis respetos, creo que debería obedecer.

Nicolas miró a Gideon, a Laila y luego a Gideon otra vez. Quizá le hubieran lacerado el cuerpo, pero su espíritu estaba intacto. No parecía resignado, sino decidido.

—Piensa en lo que les hará a las personas que amas. Piensa en lo que te hará a ti. ¿Quieres vivir así otra vez? ¿Quieres…?

Sonó un disparo.

Gideon se estremeció, Laila inhaló de golpe, y el silencio se extendió por la plaza mientras el cuerpo del Comandante se inclinaba lentamente hacia delante y se desplomaba. Sus ojos vacíos se quedaron fijos en Gideon.

Un entumecimiento helado le recorrió el pecho. Contempló a su mentor, un hombre que había sido como un padre para él, y que ahora yacía muerto sobre las piedras.

—En fin, ya es suficiente —dijo Cressida.

—Papá…

Laila se movió y obligó a Gideon a hacer lo mismo. Enfundó su pistola y la cogió con fuerza de la cintura para que no se acercara a la bruja.

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar! —Laila se revolvió contra él—. ¡Suéltame, Gideon! —Él consiguió arrebatarle la pistola y la lanzó al suelo, delante de Cressida. Luego inmovilizó a la chica, sosteniéndola con fuerza contra su pecho—. Suéltame, suéltame, suéltame…

Lloraba desconsolada. Suplicaba. Gideon la cogió todavía con más fuerza. Esa no era la Laila que conocía. Laila era dura, resiliente. Indestructible.

No podía permitir que Cressida quebrara también su espíritu.

—Mantén la calma —repitió Gideon mientras notaba cómo la furia se le agolpaba en el pecho. No sabía si aquellas palabras eran para Laila o para él mismo—. Es lo que tu padre querría.

Esa era la razón por la que la revolución había sido necesaria. La razón por la que Gideon se había convertido en cazador: para no volver a estar nunca a merced de las brujas. Para asegurarse de que ninguna de ellas recuperase el poder.

—¿Gideon?

Alex estaba a su lado. Ya no estaba esposado y le tendía la chaqueta de un oficial de la Guardia de Sangre, que sostenía en forma de cesta. Dentro tenía las pistolas de los soldados de Gideon. Las estaba recogiendo para entregárselas a la reina bruja.

Rune y Seraphine estaban junto a él.

Le acercó la chaqueta y lo miró, esperando a que añadiera su pistola al

montón que ya tenía. En sus ojos había una disculpa muda, pero a Gideon le entraron ganas de escupir en ella. Era evidente que le había mentido cuando le había dicho que había matado a la más joven de las hermanas Roseblood la noche de la revolución. Se preguntó hasta dónde llegaba su implicación en aquel complot.

Su hermano era tan cómplice como Rune.

Soltó a Laila, que se desplomó sobre sus rodillas sin dejar de sollozar, y luego tiró su pistola en la chaqueta, con las demás.

—No tienes ni idea de lo que has hecho.

Alex no respondió. Se limitó a darse la vuelta para entregar las armas, seguido de Rune y de Seraphine. Gideon contempló cómo las dejaba a los pies de Cressida, y la sonrisa que se le dibujaba a la bruja en los labios. Era la misma que él veía en sus pesadillas. La sonrisa de quien sabe cuánto poder ostenta sobre ti y quiere que tú también lo sepas.

La sonrisa de un monstruo que vuelve de entre los muertos.

Cressida alzó la pistola y esta vez lo apuntó a él.

—Una cosa más —dijo—. Tú te vienes con nosotras, Gideon.

Él estuvo a punto de soltar una carcajada.

—No, gracias. Prefiero estar muerto.

La sonrisa de ella desapareció.

—¿Y también prefieres que ella esté muerta? —Apuntó a Laila, que seguía de rodillas.

Gideon se puso delante de su compañera para protegerla de la bala.

—Ya te darás cuenta de que muchos de nosotros elegiríamos la muerte antes de volver a estar encogidos de miedo ante ti, Cress.

Ella entornó los ojos.

—Como quieras —contestó apuntándole al pecho a Gideon.

Este esperó el impacto de la bala. La recibiría con los brazos abiertos y con la esperanza de que la muerte no tardase demasiado en llegar.

Pero la bala nunca le alcanzó.

Cuando sonó el disparo, su hermano se puso delante de él.

Sesenta

Gideon

—¡No!

Alex retrocedió tambaleándose por el impacto. Gideon oyó gritar a Rune, y entonces su hermano, balanceándose, se volvió para mirarlo a los ojos.

Se cruzaron sus miradas.

La sangre brotaba ya de su pecho.

—No, no, no…

La patrulla de Gideon desapareció de su alrededor. Lo único que veía era a su hermano, que bajó la vista para observar la mancha roja que se extendía rápidamente por su camisa blanca. La acarició con los dedos, como si empezase a comprender.

Gideon corrió hacia su hermano pequeño. Necesitaba cogerlo antes de que se desplomara. Antes de que sus ojos estuvieran tan vacuos como los de Nicolas.

«No, por favor. Eres lo único que me queda…».

Sesenta y uno

Rune

Cuando vio a Cressida apretar el gatillo, un alarido brotó de su garganta. Ver a Gideon en peligro la había consumido tanto que no se dio cuenta de que Alex se interpuso hasta que no fue demasiado tarde.

—¡Alex! —bramó Gideon.

Rune sintió que el corazón se le marchitaba en el pecho.

Estaba viviendo una pesadilla.

Gideon corrió hacia su hermano, pero Rune estaba más cerca. Cuando a Alex le fallaron las piernas, era ella quien estaba allí para cogerlo.

Lo agarró de la cintura, pero se hundió bajo su peso. Él la miró a los ojos mientras la sangre le empapaba la camisa. La mancha crecía cada segundo que pasaba.

—Rune —susurró mientras ella lo depositaba en el suelo—. Hazme un favor. Dile a mi hermano que lo quiero.

A ella le ardían los ojos. Negó con la cabeza y lo acunó entre sus brazos.

—Puedes decírselo tú mismo.

De repente, Rune oyó el sonido de las pistolas, de las balas que pasaban zumbando sobre sus cabezas, así que alzó la vista. Escuchó gritos, el golpeteo rítmico de las botas y vio cómo un océano de uniformes rojos invadía la plaza.

El ejército de la Guardia de Sangre había llegado. Junto a los soldados marchaban también civiles que se dirigían contra las brujas. Debía de haber miles. Comerciantes y estibadores, madres e hijos. Patriotas que preferían arriesgar la vida antes que contemplar la resurrección del Reinado de las Brujas.

Se estaban arremolinando alrededor de las hechiceras, y la plaza estaba cada vez más abarrotada.

«Estamos acabadas», pensó Rune. Miró a Cressida, que se había puesto pálida y tenía los labios apretados en una mueca lúgubre.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alex.

—Esto es el fin —respondió ella—. Todo ha terminado.

Alex le puso una mano en la mejilla para reclamar su atención.

—Quiero que hagas una última cosa por mí.

Rune lo acercó más a ella y lo abrazó, como si así pudiera evitar que la muerte le clavara sus garras.

—Calla. No hagas esfuerzos. —Se quedaría abrazada a él hasta que la mataran a ella también y se lo arrancaran de los brazos fríos y sin vida.

Él alzó la otra mano hacia ella y le acarició la cara. De la herida de su pecho seguía manando sangre caliente que empapaba la ropa de Rune, formando un charco en las piedras.

—No me queda mucho tiempo. Pero a ti… Tú tienes toda la vida por delante. Rune… Quiero que la vivas.

Ella cerró los ojos.

—Ahora ya no importa. —Le apoyó los labios en el pelo. Aunque lograran sobrevivir, lo había perdido todo. Todo el mundo sabía quién era ella. Gideon la quería muerta. Y ahora Alex…

—Te lo suplico, Rune. Sálvate.

Negó con la cabeza. El olor punzante de la pólvora flotaba en el aire. La Guardia de Sangre empezaría a eliminarlas una a una en cualquier momento. Cressida era poderosa, pero no sería capaz de detener a un ejército entero, formado por miles de patriotas decididos a acabar con ellas.

Alex la cogió de una mano y presionó su palma sobre su pecho, sobre la herida abierta que había donde había entrado la bala. Rune todavía tenía los ojos cerrados, pero notó la sangre mojada y caliente.

—Te doy permiso —dijo Alex.

Rune abrió los ojos.

«¿Qué?», pensó.

—Si solo has podido lanzar hechizos y conjurar ilusiones pequeñas es porque nunca has tenido suficiente sangre fresca para hacer más —continuó él.

Rune frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Utiliza mi sangre. No la voy a necesitar durante mucho más tiempo. —Sonrió con tristeza—. Coge toda la que necesites.

—Yo… no puedo. —Pero sí podía, y ambos lo sabían. La magia solo corrompía a una bruja si utilizaba la sangre de una persona contra su voluntad—. Y, aunque pudiera, ¿de qué me serviría?

Los ojos de él empezaron a apagarse.

—Te serviría para vivir —contestó mientras le ponía un mechón de pelo detrás de la oreja—. Serviría para que yo pueda darte esta nimiedad, ya que no podré darte todo lo demás. —Rune apoyó la frente en la de él. Le temblaba la barbilla—. Prométeme que no moriré por nada, Rune. Dime que la usarás para salvarte. —Ella negó con la cabeza mientras él suplicaba—: ¡Por favor!

Rune cerró los ojos con fuerza. Sabía que rechazarlo sería un acto de egoísmo. Si estuvieran el uno en el lugar del otro, ella estaría rogándole lo mismo. Si tenía que perderlo, podía al menos concederle este último deseo.

—Está bien —respondió con la voz temblorosa. Le caían las lágrimas—. Te lo prometo.

Alex enredó su mano en el pelo de ella y atrajo su boca hacia la de él para besarla por última vez. Rune le devolvió el beso, y aquella pequeña chispa parpadeó en su interior. Una pequeña chispa que no tendría la oportunidad de crecer hasta convertirse en una llamarada.

Lo besó hasta que notó que su pecho dejaba de subir y bajar bajo la palma de su mano. Hasta que su último aliento se hubo extinguido entre sus labios. Cuando se apartó de él, sus ojos dorados estaban tan en paz como un mar en calma, reflejando el cielo de tormenta.

Alex estaba muerto.

Un sollozo surgió desde sus entrañas. Quería quedarse allí y llorar su cuerpo, tumbarse a su lado hasta que la muerte fuera a buscarla a ella también.

Pero la promesa que le había hecho no se lo permitía. Y no podía romperla.

El mundo le daba vueltas, como si estuviese en el ojo de un huracán. El aire olía a sangre y a humo, a magia y a pólvora. Rune intentó recordar las páginas de los grimorios de su abuela, y los soldados que gritaban y los disparos parecieron quedarse quietos, en silencio.

Había hojeado tantos hechizos a lo largo de los años… La mayoría no había podido conjurarlos porque no tenía la sangre necesaria.

Pero ahora sí.

Tenía que aprovecharla.

«Sálvate», reverberó la voz de Alex en su mente.

Mientras su cuerpo se enfriaba bajo su mano, Rune dejó que esas palabras la guiaran. Recordó el último grimorio que había abierto, y un hechizo demasiado poderoso para una bruja como ella resurgió entre sus pensamientos.

Desgarratierra.

Los siete caracteres dorados cobraron vida en su cabeza.

Con Alex todavía entre los brazos, levantó la mano de su sangre y empezó a dibujar en las losas del suelo. No entendía cómo recordaba los símbolos con tanta claridad, pero así era. Trazó cada uno de ellos en el suelo. Algo indescriptible guiaba los movimientos de su mano. Algo antiguo. Y, entonces, ese rugido tan familiar rompió en sus oídos, la sangre afloró en su lengua. Aquella ola tan poderosa crecía y crecía, solo que, esta vez, Rune crecía con ella. Movió los dedos como si estuviera poseída. Era la magia quien la guiaba.

En cuanto terminaba de dibujar una empezaba con la siguiente.

«¿Así es como se debe sentir una bruja?».

Se sentía bien. Era fácil y todo encajaba.

Con aquella inmensa cantidad de sangre fresca, nada podía pararla. El océano que había en su interior no era algo que le estuviese pasando. Ella era el océano. La magia y ella eran una sola cosa.

Cuando terminó la última línea de la marca final, encerrándose con Alex en un círculo de símbolos blancos y brillantes, levantó del suelo los dedos ensangrentados. Y ese gesto marcó el estallido estruendoso de aquella ola, que rompió y la hizo vibrar desde el interior para luego salir de ella a borbotones. La tierra empezó a temblar y un rugido ensordecedor partió el mundo en dos.

Sesenta y dos

Gideon

Gideon contempló cómo su hermano se desplomaba en el suelo. Contempló cómo Rune lo cogía y se hundía bajo su peso, y cómo Alex después acunaba el rostro de ella entre sus manos, y ella se agachaba para besarlo.

Y ahí es cuando se detuvo.

Porque Alex no quería a Gideon a su lado. La quería a ella.

Cuando oyó el desolador sollozo de Rune, supo que su hermano había muerto.

Se le hizo un nudo en la garganta.

«No…».

Alex estaba muerto. Lo había matado una bala que llevaba su nombre y no el de su hermano.

El mundo pareció quedarse desprovisto de color.

«No he podido despedirme».

Cayó sobre sus rodillas y golpeó la piedra con los puños. Luego apretó la frente contra ellos. Había perdido a la última persona que le quedaba en el mundo y le temblaba todo el cuerpo. Un grito desgarrado brotó de su garganta y pareció atravesarle el cuerpo entero.

«¿Es este mi sino? ¿Fallarle a todas las personas que amo?».

De repente, un sonido atronador resonó en la plaza. Gideon levantó la vista y descubrió que el mundo se había quedado sin luz, como si alguien se hubiera tragado el sol. Lo oyó antes de notarlo: la tierra se resquebrajó, se partió en dos, levantándose y desplomándose bajo sus pies como un mar tempestuoso. El olor metálico de la magia de sangre se propagó por el aire, mezclándose con otro.

Olor a sal. A mar.

Intentó ponerse de pie, pero perdía el equilibrio. Cuando la luz del sol regresó, descubrió que yacía ante él una sima enorme y negra que lo separaba del cuerpo de su hermano, y que ese vacío se llenaba del océano, que protegía a las brujas de aquellos que habían venido a matarlas. La plaza de la ciudad se había partido en dos.

La tierra seguía temblando, y Gideon se vio obligado a retroceder por si el seísmo acababa arrojándolo al vacío. Mientras las olas blancas se revolvían y crecían para llenar el hueco, el polvo del terremoto se elevaba en el aire, tiñéndolo de gris. Su hermano desapareció tras él.

Gideon se volvió y contempló el caos que había a su alrededor. Buscó a Laila y a Harrow —cuya voz oía dando órdenes— con la esperanza de que ninguna de las dos estuviera cerca de la sima, cada vez más ancha. Si estaban cerca del borde, se las tragaría.

Volvió a mirar atrás y descubrió que Cressida lo observaba fijamente. A través de la nube de gris, vio que Seraphine estaba a su izquierda y Rune a su derecha. Cuando los ojos pálidos de Cressida se clavaron en él, comprendió que aquello estaba muy lejos de haber terminado.

La reina bruja se retiró, y el movimiento levantó el polvo en un remolino que acabó por ocultarla. Seraphine la siguió y solo quedó Rune, cuya mirada de tristeza se encontró con la de Gideon hasta que la nube de polvo se la tragó también a ella.

Él apretó los puños.

—Intentaré darte caza durante el resto de mi vida, Rune Winters. Iré a por ti dondequiera que vayas.

En su ausencia, Gideon vio que algo revoloteaba en el aire, por encima de la sima. Era pequeña, roja y delicada, y sus alas resplandecían entre tanta oscuridad.

Una polilla color carmesí.

A Gideon se le congeló el corazón al verla.

Entreacto

Rune

Rune contempló el mar resplandeciente que se extendía ante ella, en el que la isla rota en la distancia se hacía cada vez más pequeña. Se sentía como una extraña dentro de su propio cuerpo. Todo lo que la había convertido en Rune Winters estaba en esa isla —o había estado en ella—, y ahora se alejaba de allí.

Mientras las gaviotas graznaban y el viento azotaba las velas del barco, hizo una lista de todo lo que había perdido.

Wintersea.

Dama, su leal caballo.

Alex, su querido amigo.

Tragó saliva y lo recordó en sus últimos momentos, cuando la había mirado a los ojos, colmado de amor y de confianza. Ahora ya nunca terminaría sus estudios ni compondría más canciones. Su música ya no llenaría más salones ni atraería a Rune hacia él. Nunca volvería a acurrucarse entre sus brazos y a saber que estaba a salvo, ni se sentaría a su lado en la ópera o en la orquesta sinfónica. Nunca pasearía por las calles de Caelis junto a él.

Alex ya no estaba.

Sentía que el peso de su ausencia la partía en dos. Sus sueños de una nueva vida estaban despedazados y desperdigados por cada rincón de la tierra, y jamás conseguiría volver a ensamblarlos.

Un ruido la hizo apartar la vista del ojo de buey. Al otro lado del camarote de su carguero, Cressida estaba sentada en una mesa con otras brujas, planificando el siguiente paso. Rune la observó levantarse, inclinarse sobre un mapa que

habían abierto sobre la mesa y señalar un punto que no alcanzaba a ver desde allí. Al moverse, las cicatrices plateadas en forma de plantas y flores brillaban bajo la luz de las velas.

A Rune le dolía mirarla.

Durante dos años, Rune le había confiado a aquella chica su vida, convencida de que se trataba de Verity de Wilde. Si se paraba a pensar en que durante todo ese tiempo su mejor amiga no había sido una estudiante becada, sino una asesina, sentía que le faltaba el aire.

«¿Qué somos ahora la una para la otra?».

Y ¿qué esperaría Cressida de ella cuando llegaran al Continente?

Sin saberlo, se había pasado todo ese tiempo salvando a brujas que pasaban a engrosar el ejército de la reina bruja; y, ahora que sabían que la heredera de la dinastía Roseblood seguía viva, se unían todavía más brujas a su rebaño. El carguero de Rune iba rumbo a Caelis, donde Cressida reforzaría su ejército, se prepararía para recuperar lo que les habían robado y para restituir un nuevo Reinado de las Brujas.

Rune no tenía en gran estima a la Nueva República, donde su vida corría peligro, pero tampoco quería volver a lo que había antes de aquel régimen. Sabía de lo que Cressida era capaz y no sentía ningún interés en cambiar un mal por otro.

Pero no tenía adónde ir. No podía volver a casa, donde la Guardia de Sangre la estaba esperando para matarla. Y sin Alex ya no la esperaba nada en el horizonte.

Alguien carraspeó a su lado, arrancándola de sus pensamientos. Se volvió y vio a Seraphine, que tenía una taza de té humeante entre sus manos delgadas.

—Si eres capaz de partir una ciudad en dos, querrá saber de qué más eres capaz —le advirtió—. Por si puedes serle útil.

Rune se estremeció solo de pensarlo.

—No tengo ninguna intención de serle útil.

Seraphine le dirigió una mirada penetrante.

—Es mejor ser útil que estar muerta.

Rune contempló a la joven que tenía delante sorbiendo su té. Por el cuello de

su camisa asomaba parte de una cicatriz mágica plateada, grabada en su piel marrón oscuro, pero no acababa de distinguir qué era. Unas plumas, quizá.

¿Un pájaro?

De pronto, la voz de su abuela resonó en su mente: «Encuentra a Seraphine Oakes, cariño».

Rune se había obcecado tanto en intentar cumplir con la primera parte que no se había parado nunca a pensar en la segunda: «Ella te contará todo lo que yo no he podido».

—Quería que me entrenaras —le dijo Rune. Si pretendía albergar esperanzas de sobrevivir a lo que estaba por venir, necesitaría toda la ayuda posible.

—¿Quién?

—Mi abuela.

Seraphine enarcó las delgadas cejas.

—¿Ah, sí?

—Creo que por eso me pidió que te encontrase.

Seraphine inhaló y exhaló un fuerte suspiro mientras bajaba su taza de té.

—Te queda mucho que aprender —contestó, mirándola de arriba abajo.

Rune estaba a punto de decirle que no le daba miedo trabajar duro y que estaba decidida a aprender todo lo que pudiera, pero, entonces, Cressida levantó la vista y la miró a los ojos.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

En la expresión de la reina bruja había algo insaciable. Era la mirada de una depredadora, de alguien capaz de matar a una persona inocente como Verity de Wilde solo para suplantar su identidad, con tanta maestría que nadie se había percatado. Alguien capaz de dejar al valiente Gideon Sharpe sin salida posible y luego quebrar su espíritu en un millón de piezas rotas.

Gideon…

Rune había intentado desesperadamente no pensar en él.

Apartó la mirada de Cressida, incapaz de seguir ignorando que en su corazón había un agujero en forma de Gideon; doloroso como una herida de bala.

El capitán de la Guardia de Sangre entraba en sus sueños todas las noches. Aquellos ojos oscuros llenos de odio la atravesaban hasta llegar a su corazón; y

su boca severa maldecía el nombre de Rune y juraba darle caza. Cuando se despertaba, tenía las mejillas llenas de lágrimas porque había llorado en sueños. Lloraba por él y por la vida que había creído, engañada, que él quería construir junto a ella.

Rune debía recordarse, cada vez, que eran enemigos acérrimos. Mortales. Que lo que los unía era el odio que sentían el uno por el otro, y no el amor o el afecto. Y por eso le parecía mal que hubiera un océano entre los dos: el capitán de la Guardia de Sangre había empleado tanto tiempo intentando cazar a la Polilla Carmesí que ella se sentía perdida sin que él la persiguiera.

Gideon era el rival perfecto, un enemigo mortal que la obligaba a ser más lista que él. Sin él, Rune solo contaba con la mitad de su potencial. Esa era la razón por la que, en el fondo, quería que fuese a por ella. Ansiaba el desafío que le supondría. Necesitaba poner fin a lo que, entre ambos, no había terminado.

Volvió a mirar el mar frío a través del ojo de buey. No sabía qué la esperaba en el horizonte; su futuro estaba oculto tras la niebla.

Solo estaba segura de una cosa.

Que Gideon iría a por ella y, cuando lo hiciera, Rune estaría preparada.

Agradecimientos

En primer lugar, gracias a la baronesa Orczy por regalarnos *La Pimpinela Escarlata*, una historia que vive en mi imaginación desde mi niñez y que ha inspirado (libremente) la que tenéis en las manos.

Muchísimas gracias a Danielle Burby, por creer tanto en esta historia y por dejar siempre el listón tan alto.

Gracias a Vicki Lame por apostar por esto cuando no era más que una idea y por haberme ayudado a convertirlo en un libro de verdad, y al equipo de Wednesday Books por ser tan maravillosos: Vanessa Aguirre, Sara Goodman, Eileen Rothschild, Kerri Resnick, Alexis Neuville, Austin Adams, Brant Janeway, Alyssa Gammello, Chris Leonowicz, Eric Meyer, Cassie Gutman y Martha Cipolla.

Gracias a Taryn Fagerness, por darle a esta bruja y a su cazador alas para volar por todo el mundo.

Gracias a Elizabeth Varizi y a Ajebowale Roberts por luchar por este libro, y al equipo de Magpie por llevárselo a los lectores del Reino Unido.

Tanaz, Jo, Rosaria y Eloise: gracias por leer los primeros borradores y por vuestros agudos comentarios. ¡Y también a Emily y a Whitney por la rapidísima revisión!

Al Consejo de las Artes de Canadá: gracias por haber financiado este proyecto. Hablar es fácil, pero vosotros lleváis el apoyo a las mujeres artistas y a las madres trabajadoras a la práctica. Mi agradecimiento a vosotros es infinito.

Un agradecimiento especial a Jolene, a papá, a mamá, a Art y a Myrna por cuidar del bebé mientras escribía. No podría ser madre y escritora a la vez sin

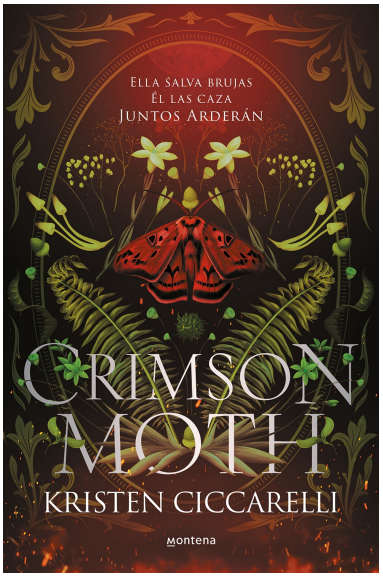
vuestra inestimable ayuda.

Sibyl, gracias por haber cambiado mi vida a mejor.

Por último, y sobre todo, a Joe: gracias por encargarte de hacer la colada, de cocinar, de leer los borradores, de construirme un rincón para escribir y por hacer esta cosa tan preciosa y salvaje que es la vida junto a mí. Te quiero, camarada.

La nueva saga de fantasía romántica que hará las delicias de los fans de Sarah J. Maas y Jennifer L. Armentrout: ella es una bruja, una de las últimas de su linaje, y él, un cazador de brujas, su enemigo más mortífero.

Un *enemies to lovers* en un mundo de fantasía *steampunk* que no podrás dejar de leer.



La noche en la que la vida de Rune cambió para siempre, la sangre corría por las calles. Ahora, tras una revolución devastadora, las brujas se han convertido en criminales perseguidas.

Durante el día finge no ser más que una joven superficial de la alta sociedad, pero por la noche es la Polilla Carmesí, una bruja justiciera que salva a las suyas de la purga. Cuando la vida de la única familia que le queda se pone en peligro, decide conseguir la información confidencial que tan desesperadamente necesita

cortejando al apuesto Gideon Sharpe, un cazador famoso, implacable y leal a la revolución.

Gideon desprecia la superficialidad y los lujos que Rune representa, pero, cuanto más la conoce, más atraído se siente por ella. Los dos comienzan un peligroso baile en el que cualquier paso en falso podría ser mortal.

¿Y si Gideon descubre que Rune es la villana a la que lleva dos años persiguiendo?

Kristen Ciccarelli es una autora internacional cuyos libros se han traducido a una docena de idiomas, además de estar entre los más vendidos. Creció en el viñedo de su abuelo, así que pasó su infancia corriendo entre las vides, construyendo fuertes en el granero y recorriendo los bosques densos y oscuros que había detrás de la granja. Actualmente, Kristen vive en la región del Niágara, en Ontario, con su marido y su hijo, que está obsesionado con los libros.

Título original: *The Crimson Moth*

Primera edición: marzo de 2024

© 2024, Kristen Ciccarelli
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Derechos de traducción gestionados por Taryn Fagerness Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
Todos los derechos reservados
© 2024, Elena Macian Masip, por la traducción

Diseño de portada: © 2024, Toby James / HarperCollinsPublishers Ltd
Ilustración de portada: Shutterstock.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19501-48-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Crimson Moth

Obertura
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Veintiséis
Veintisiete
Veintiocho

Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y séis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y séis
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Sesenta
Sesenta y uno
Sesenta y dos
Entreacto
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Kristen Ciccarelli
Créditos